

Agur Euskadi, hasta nunca

Luis Santamaría



Luis Santamaría

AGUR EUSKADI, HASTA NUNCA

HIJOS DE EUSKADI PERDIDOS
HIJOS DE EUSKADI OLVIDADOS

Madrid, 2008

Catálogo general de publicaciones oficiales
<http://www.060.es>



Edita y distribuye:

Ministerio de Trabajo e Inmigración
Subdirección General de Información Administrativa y Publicaciones

C/ Agustín de Bethencourt, 11 - 28003 MADRID

Correo electrónico: sgpublic@mtin.es

Internet: www.mtin.es

Prólogo: Lala Isla

Texto: Luis Santamaría

Dibujo de portada: María de los Ángeles Rodríguez

NIPO: 201-08-026-0

ISBN: 978-84-8417-297-0

Depósito Legal: M. 29033-2008

NOTA DEL AUTOR

Al basarme en recuerdos tan remotos, es posible que algunos hechos aparezcan exagerados e incluso, por el contrario, que los haya restado de importancia.

Igualmente, y por idénticas razones, es posible que haya atribuido determinados hechos a determinadas personas, cuando no fueron precisamente aquéllas las protagonistas. A ellas, mis sinceras disculpas. Aun y todo, confirmo que todos los hechos narrados en el libro vieron la luz en su día.

Luis Santamaría

ÍNDICE

	<i>Págs.</i>
PRÓLOGO (Lala Isla).....	9
NOTA PRELIMINAR	13
PREÁMBULO CON PERDÓN DE VIRGILIO	17
Capítulo Primero. LA DESPEDIDA.....	19
Capítulo 2. UN VERANO EN LAGUARDIA.....	23
Capítulo 3. NAVEGANDO HACIA INGLATERRA	29
Capítulo 4. NORTH STONEHAM, EL CAMPAMENTO	37
Capítulo 5. SWANSEA	49
Capítulo 6. UPTON VILLAGE	91
Capítulo 7. SHIPTON UNDER WITCH WOOD	115
Capítulo 8. ASTON	133
Capítulo 9. MARGATE	137
Capítulo 10. THE OAKS	143
Capítulo 11. THE CULVERS	157
Capítulo 12. EL FINAL DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL.....	173
Capítulo 13. BASQUE REFUGEES	183
Capítulo 14. CONCLUSIÓN.....	185
DEDICATORIA	

PRÓLOGO

En 1995, haciendo una investigación sobre los españoles de la tercera edad en Londres, el periodista Carlos López Guarín me prestó el resumen de un libro inédito, escrito por Luis Santamaría, uno de los «niños vascos» evacuados a Gran Bretaña en 1937, donde se describe con todo lujo de pormenores el viaje de ida a la isla y la posterior estancia en las diferentes colonias que le tocó habitar. Después de leerlo y encontrarlo de gran interés, Luis me pidió que le escribiera el prólogo, lo que hago ahora con sumo gusto.

Hasta hace muy poco tiempo siempre que se ha hablado de los «niños vascos» ha sido para contar la experiencia rusa o francesa, pero poco o nada se había dicho de los que fueron a Gran Bretaña, así como tampoco se ha hecho una investigación a fondo sobre el resto de la emigración española a ese país. Si excluimos los estudios que se han hecho sobre los exilados que llegan en el siglo xix a Inglaterra a consecuencia de la represión de Fernando VII, no hay bibliografía ni datos estadísticos sobre la del siglo xx y ahora —desde que la entrada en la Comunidad Europea acabó con los controles aduaneros— ni modo de censarla. La persona que intente hacer un serio trabajo sobre el tema tendrá que empezar casi de cero. Por todo ello no se pueden dar cifras exactas, pero en 1996 se supone que hay unos sesenta y tantos mil españoles en Gran Bretaña, de los cuales ciento cincuenta, más o menos, son «niños vascos». Este número consta en el registro de la asociación que con carácter informal crearon los «niños vascos» en Gran Bretaña, aunque puede haber otros que no se han inscrito nunca.

Londres siempre ha tenido fama de acoger a revolucionarios internacionales, Marx, el general Miranda y Espoz y Mina son algunos de los más famosos, pero el mérito de su hospitalidad ha consistido muchas veces más en la carencia de un control policial, dejándolos campar por sus respetos, que en la calidad de su acogida. Es decir, que en el pasado algunos gobiernos británicos, sea cual haya sido su tendencia política, no han cerrado las puertas al exiliado o exiliada pero tampoco se han preocupado de él o de ella como sucedió con los «niños vascos» que si llegaron a Gran Bretaña fue sólo y exclusivamente por iniciativa de los comités de solidaridad con la República española. Los primeros ministros del gobierno conservador en el poder en 1937 —primero Baldwin y luego Chamberlain— no sólo evitaron activamente involucrarse en ello sino que pusieron bastantes pegas para que estos niños no vinieran a Gran Bretaña.

¿Quiénes son hoy los «niños vascos» y qué relación tienen con el resto de los españoles que viven en las islas británicas? Desde 1939 hasta 1996 la emigración española a Gran

Bretaña, sobre todo a Londres, donde se concentra la gran mayoría de la población de origen extranjero del país, se podría dividir en tres partes muy bien diferenciadas. La primera oleada se da en los años treinta y es de carácter político, formándola los «niños vascos», sus acompañantes y un pequeño número de republicanos exilados. La segunda es de carácter económico y está compuesta en su casi totalidad por gallegos que llegaron a finales de la década del cincuenta y sobre todo del sesenta y los andaluces en los años siguientes a 1969, cuando Franco cerró la frontera de Gibraltar. Tanto unos como otros vienen de áreas muy determinadas. La tercera emigración se ha dado desde el final de la década del sesenta y la componen más que nada profesionales y estudiantes que están un tiempo más o menos largo y vuelven luego a España.

Si la segunda oleada de emigrantes estuvo casi en exclusiva compuesta por andaluces y gallegos fue porque a Gran Bretaña no llegó nunca una emigración concertada por el gobierno o empresas que acogían directamente al trabajador, como pasó con los caribeños e indúes que llegaron en los años cincuenta a trabajar en las islas británicas o los españoles que marcharon a Francia o Alemania.

Los gallegos llegaron a Londres de forma individual, a trabajar en el servicio doméstico, y su lugar de procedencia fue la provincia de La Coruña, porque allí había una colonia inglesa muy importante relacionada con la industria naval. Venía primero a servir una mujer y luego empezaba a traerse a los más allegados comenzando una larga cadena que dejó casi vacíos algunos pueblos de la misma provincia. Los andaluces, en cambio, vienen de la zona de La Línea, al perder su trabajo en Gibraltar por el cierre de la frontera. Esto ha hecho que ambas sean emigraciones sin la cohesión de grupo que han tenido la francesa o la alemana, tan necesario para hacer reivindicaciones laborales y combatir la soledad, sobre todo en Londres, donde las enormes distancias son un fertilísimo campo de cultivo para el aislamiento personal.

Tanto los republicanos, que llegaron de adultos al final de la Guerra Civil, como los «niños vascos», trajeron consigo una fortísima identidad nacional y cultural que han cultivado y les ha acompañado el resto de sus días. Sus hijos, normalmente bilingües, mantienen con los padres una relación bastante estrecha, manteniendo la identidad con el país de sus mayores hasta el extremo, a veces, de parecer más una primera emigración que los descendientes de ella. Muchos han aprovechado bien las ventajas de una educación que no pudieron tener sus padres y han llegado a ostentar cargos culturales, de profesores de colegio o universidad, como es el caso de Mirella, una de las hijas de Luis, que da clase en una facultad de Nottingham.

Los de la emigración económica, en cambio, tienden a tener las mismas características que los de otras en otros continentes: rechazo a la lengua y cultura de sus padres por creer que es inferior a la del país donde han emigrado y un alejamiento emocional de éstos. Ello crea conflictos de adaptación agravados en la tercera edad por el aislamiento y la falta de, no ya un bueno, sino rudimentario conocimiento del inglés, cosa que no sucede igual con los «niños vascos». Como dice bien Carlos López Guarín, todas las emigraciones son malas pero la económica española en Londres lo ha sido más. Al final, y de formas muy diversas, las consecuencias se han dejado sentir en los hijos de las dos. Aunque unos estén más adaptados que otros y sean más o menos conscientes de ello, todos llevan abierta una brecha interior, ya sea por identificación con la cultura paterna o por rechazo.

A diferencia de los «niños vascos» rusos, que recibieron en su mayoría una gran ayuda de la URSS y en muchos casos una buenísima educación, los de Londres, con alguna excep-

ción aislada, tuvieron sólo formación técnica, si llegaron a tenerla, al faltarles en su tiempo el apoyo institucional. Los comités de solidaridad les proveyeron de ayuda material necesaria durante el tiempo que permanecieron en las colonias pero en seguida —eso lo explica muy bien Luis— tuvieron que valerse por sí mismos con las enormes dificultades que se crearon en el país al empezar la Segunda Guerra Mundial.

Al conocer personas españolas de la tercera edad en Londres, yo he comprobado que si son «niños vascos» lo dicen en seguida, orgullosos de serlo y también, de forma más o menos consciente, para diferenciarse de la emigración económica, a la que miran un poco por encima del hombro. Por otra parte, miembros de ésta han tenido en los años de la represión franquista cierta reticencia, si no un activo rechazo, a tratarse con los anteriores por sus ideas políticas, pensando que el contacto con ellos les iba a crear conflictos políticos cuando volvieran a España. No hay que olvidar la represión que se vivía allí y las dificultades que los «niños vascos» no nacionalizados británicos tenían en los consulados para cambiar su pasaporte de las Naciones Unidas por uno español, cosa que también explica Luis.

Viendo hoy día a unos y otros, que proceden en su mayoría de los mismos estratos sociales, se ve la diferencia entre lo que hicieron los ideales de cultura y educación de la República y las consecuencias del franquismo. En el club de jubilados españoles de Londres, a la hora de organizar actividades, están claras las preferencias de unos y otros a la hora de elegir entre actos culturales o ver la televisión. Aunque los «niños vascos» hayan sufrido la falta de una ayuda familiar en su infancia y lleven a cuestas ese trauma, a mí, personalmente, por lo que he podido ver en Londres, me parecen personas con una coherencia de vida y una formación que se distinguen de la mayoría de la emigración económica.

Al no volver a Bilbao, Luis Santamaría pertenece a la clase atípica de «niños vascos», los que nunca pudieron volver, ya fuera por muerte o por prisión de los padres, o, en el caso de tantos como Luis y sus hermanos, por tener la familia unas dificultades económicas tales que el regreso significaba morirse, literalmente, de hambre. Aunque el grupo de los «niños vascos» tenga unas características similares en Gran Bretaña, hay varios subgrupos que se podrían dividir entre los que, como Luis, se sienten españoles y vascos, el grupo de socialistas internacionalistas vascos, y el grupo del PNV. Desde fuera todos tienen mucho en común, pero desde cerca hay grandes diferencias. Todos se reúnen una vez al año en una gran comida pero no llevan a cabo otro tipo de encuentros regulares donde se tomen minutas ni se nombren cargos representativos.

Hay ya varios libros sobre los «niños vascos» que reúnen todo lujo de estadísticas y detalles históricos, pero para mí éste de Luis tiene un interés especial por haber sido redactado desde la mentalidad de un niño, acordándose el autor de expresiones y frases enteras que decían cuando llegaron a Gran Bretaña, puestas con el acento exacto de un chico de barrio bilbaíno de por aquel entonces. Hablando con él lo cuenta todo con un apasionamiento tal, que si una entorna los ojos, al abrirlos, espera encontrar a un chaval de pantalón corto y tirachinas en la mano. Pero esa intensidad del recuerdo está siempre presente en todos los «niños vascos» que he conocido en Londres sacando el tema de su origen a la mínima ocasión, sin pudor alguno. Esto habla de un dolor muy a flor de piel y de una pena por dejar atrás a la madre —hablan menos de los padres— tan viva como el primer día. Uno de ellos, me decía con lágrimas en los ojos: «La dejé siendo una moza y cuando la volví a ver era una anciana».

La indignación por las injusticias y los abusos de poder que Luis niño pudo sufrir en algún momento de su estadía en las colonias, sigue tan fresca como si el hecho hubiera su-

cedido ayer. La herida por no haber podido estudiar música como él quería sigue abierta, a pesar del orgullo que siente por haber conseguido aprender a tocar por sí mismo cuanto instrumento se le haya puesto por delante, realizando al mismo tiempo trabajos finísimos de ebanistería, su profesión, donde ha podido volcar parte de su sensibilidad, de esa infancia interrumpida por una guerra que nunca debió suceder. Luis, para su propio beneficio y el de los que le rodean, no ha perdido la capacidad de entusiasmarse porque nunca pudo llegar a hacerse del todo adulto y ese trozo inacabado de su infancia flota a su alrededor como espíritu sin apaciguar.

Por suerte le ha acompañado Flora, su mujer, otra «niña vasca» que vino de Francia, niña de la vida, que ha conservado su frescura y generosidad intactas. Oyéndoles a los dos en su casa de Londres rodeados de los trabajos de Luis, no parece que hubieran salido de Bilbao nunca. Yo les deseo de corazón que este libro les sirva un poco de exorcismo y, con la satisfacción de explicar a otros la travesuras, alegrías y penas por las que pasaron todos ellos, consigan aliviar en algo esa ansia de reparación que sienten los que tanto perdieron con el fin de la República.

Lala Isla

NOTA PRELIMINAR

Siempre he considerado que los libros de Historia, pese a la gran importancia que poseen, sólo ocupan el interés de un grupo minoritario. El vulgo, en general, busca distracción y pasatiempo en la literatura, y mi libro, si bien yo no soy historiador, es un libro de Historia. Lo que sucede es que en mi ilusión de que sea leído por el público en general, y no solo por los entendidos en la materia, lo he dotado de un sentido novelesco en su composición. Así el lector se identificara mejor con los eventos y datos que dan a conocer la odisea que protagonizó un grupo de niñas y niños como consecuencia de uno de los periodos más nefastos de la Historia contemporánea. De este modo el lector no se aburre o da de lado la lectura (que es el lo que el autor se propuso al escribir el libro) y lo mas importante, se entera del daño que personas sin alma causaron a su pueblo.

Agur Euskadi hasta nunca trata el éxodo de un grupo de 4.000 niños y niñas, entre los que nos encontrábamos mis hermanos y yo, procedentes del País Vasco. En su prólogo, Lala Isla explica que, no todos ellos eran vascos, pero sí la mayoría. El libro habla de los años 1937 - 1975. Algo que quiero dejar claro es que, aunque ordene los hechos de forma novelada, no hay en él ningún personaje o evento que sea ficticio, todo es real, y tanto es así que los nombres de las personas que aparecen en el texto son verdaderos, no supuestos ni inventados, incluyendo cada apellido. Lo único que puede suceder es que a veces, alguno de los chavales no tomara parte en un acontecimiento determinado, pero sí en otro. Por eso quiero aquí dar mis más sinceras disculpas a toda persona que pudiera sentirse incómoda u ofendida por haber sido incluida en este libro.

El diálogo de los niños se ajusta fielmente al lenguaje infantil de 1937, así hablábamos entonces en Bilbao los de mi barrio, y pongo las expresiones que habríamos utilizado en cada momento determinado. No hay un diálogo artificial poco natural en un chiquillo. Ninguno de nosotros habría dicho entonces: «A Don Segundo le hubiera encantado»... lo que habría salido de nuestras bocas es: «A Don Segundo l'habria gustau»...» como hacían incluso los adultos que me rodeaban en aquella época en Euskadi, usando el modo potencial en todo momento.

El título es un reflejo de la grave condena que el libro hace a todo lo largo de sus páginas hacia quienes la codicia condujo a perpetrar contra la patria el crimen más horrendo que se haya cometido en el siglo XX ¿Por qué lo he titulado *Agur Euskadi, hasta nunca* en lugar de *Agur Euskadi hasta pronto*, como decían los padres y las madres cuando nos despedían en el muelle de Santurce? Ellos aseguraban «en tres meses estaréis de vuelta porque

habremos ganado la guerra.» No sé si lo decían para animarnos o es que lo creían de veras. De los 4.000 niños que salimos de Euskadi ninguno pisó su tierra a los tres meses de dejarla.

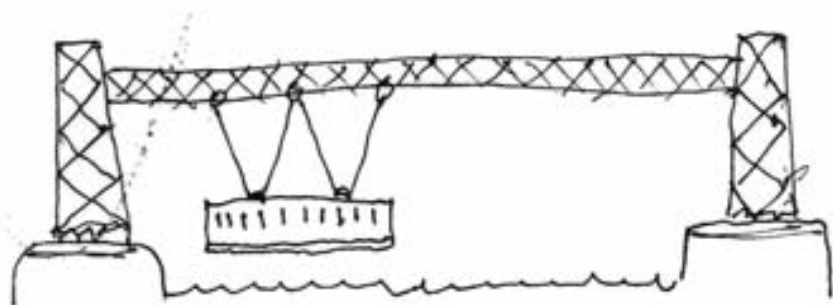
Las repatriaciones de los niños comenzaron a finales del 1937, extendiéndose al lo largo de 1938, 1939 y la primera fase de la Segunda Guerra Mundial. La derrota de los aliados en Dunkerque dio al traste con las repatriaciones y, aunque el Gobierno Británico intentó como fuera quitarse de en medio a todos nosotros, quedaron sin volver a la patria unos 400 niños y niñas entre ellos, mis hermanos y yo. La mayoría de ellos regresaron de adultos y sólo de visita. Yo lo hice en 1976 a los cincuenta años, y después de la muerte de aquel hombre cruel que violó a España durante casi cuarenta años. Dejé a mis padres jóvenes y los volví a ver de nuevo siendo ya ancianos. Todo esto se narra en Agur Euskadi, hasta nunca.

Luis Santamaría

Londres 19 de Diciembre 2005

¡AGUR EUSKADI!

HASTA NUNCA



LUIS SANTAMARÍA

Azotado su rostro por el viento y la gran nube espuma microscópica levantada por la proa de su embarcación, que cortaba el agua enrojecida por el reflejo de Troya saqueada y en llamas, Eneas derrotado, contemplaba desde la popa los últimos momentos de existencia de su amada ciudadela. Las lágrimas que de sus ojos emanaban, le cegaban antes de deslizarse mejillas abajo para fundirse con las gotas de agua salina que habían sido depositadas por la espuma y se mantenían obstinadamente pegadas a su semblante. Se despedía por última vez agobiado por el remordimiento y la pena, de su Troya que yacía a riberas del mar, ultrajada y en ruinas, en manos del terrible Ulises de Ítaca.

Diez años había durado la guerra que culminaba cruel, con la catastrófica derrota de los defensores troyanos. Habían caído en los campos de batalla miles de guerreros griegos y troyanos fundiendo su sangre en una paz fúnebre. Entre las víctimas contaban también, decenas de jefes de los dos campos... Héctor de Troya, vencido y muerto por Aquiles... Aquiles a su vez., víctima de la certera flecha de Paris que encontró blanco en su talón, único punto vulnerable en su cuerpo.

Eneas se consideraba invencible porque miles de veces había rechazado los furiosos ataques de los ejércitos de Menelao, que con Ulises al mando, segaron como espigas en los campos troyanos a la flor guerrera griega. Era el hijo de Venus, y ella le ayudaba en sus heroicas hazañas con amor de madre y poder de diosa. Eneas no temía las artimañas de las que se valía Juno, reina divina de los dioses, que habiendo sido ofendida por Paris, quien menospreció su belleza en comparación a la de Venus, socorría en campaña a Ulises invocando monstruos, hechiceros y dioses para asegurar su derrota. A Eneas tampoco le preocupaba la astucia de Ulises, habiéndola burlado en numerosas ocasiones casi a capricho. Pero al final, una combinación de fuerzas terrestres y extraterrestres, asistidas por la vanidad de Eneas y el campo troyano le derrotaron, y ahora Troya yacía en el horizonte, herida de muerte, violada y en llamas.

Así se encontraba Eneas lamentando, acompañado por un bando de supervivientes troyanos, alejándose para siempre de su querida tierra en varias naves, condenado a sufrir en compañía de los suyos por mar y por tierra, fantásticas y terribles aventuras, amenazado siempre por el furor de Juno que seguía evocando temibles acaecimientos que le obligaban a enfrentarse con la muerte o le entorpecían severamente su progreso. Su madre Venus le protegía de todo peligro y Eneas por su parte, se encomendaba a la voluntad de los dioses que le guiaban hacia Lacio donde alcanzaría su destino sublime.

Paralelamente a los Troyanos unidos en común por el acontecimiento de otra cruenta e inmundada guerra, miles de años después cerca de cuatro mil *Niños / Eneas de Bilbao / Troya* y sus alrededores, se disponían a embarcar en otra no menos apreciable empresa de fantásticas y temibles aventuras. Su Lacio se encontraba desparramado por tierras de Albión, y hacia allá marcharían muy pronto afrontando todos los peligros que cruzasen su camino.

El equipaje estaba preparado ya días antes, y se acostaban por última vez en los lechos de sus hogares, al calor de padres y de los hermanos que no tenían la 'suerte' de participar en la aventura proyectada, por encontrarse fuera de los límites de las edades 'privilegiadas'.

Cerca de cuatro mil niños de Bilbao y sus alrededores íbamos a ser lanzados al éxodo por el remolino de la Guerra Civil, una imposición de los generales que hacían llover muerte y terror de los cielos sobre nosotros y nuestros familiares. Nuestros destinos se hallarían desparramados por diversos puntos a lo largo y ancho de la geografía británica.

Muchos de aquellos niños se encontraron a su regreso con la familia diezmada por la guerra: el padre, el hermano o el tío... caídos en el frente o ante un pelotón de fusilamiento de las fuerzas rebeldes o, quizás, encarcelados por la osadía de haber luchado en defensa de su hogar, su patria y la causa de la República. La madre, la hermana o una prima... víctimas de un bombardeo. Posiblemente, su hogar destruido. En el peor de los casos, huérfanos y solos en el mundo. La mayoría estarían alejados de sus seres queridos entre seis meses y tres años. Algunos, muchos menos, no volverían nunca; morirían en tierra extraña, lejos de los suyos. Por último, entre doscientos y trescientos niños¹ no volveríamos a pisar Bilbao en diez o incluso cuarenta años (como mis hermanos y yo mismo). Dejábamos unos padres aún jóvenes y no volveríamos a verlos sino ya ancianos. Privados de su amor precisamente cuando más lo necesitábamos, muchos irían olvidando poco a poco los lazos que los unían a los suyos, enfriándose sin remedio sus sentimientos.

El 21 de mayo de 1937 era el día señalado. Mi hermano mayor (Josechu, que tenía doce años), el menor (Ramonchu, de nueve años y cuatro meses) y yo (Luis, de diez años y medio) estábamos muy contentos de haber podido conseguir plaza para iniciar nuestra aventura. Las hermanas mellizas no pudieron viajar con nosotros, porque a la hora de apuntarlas les faltaba un mes, más o menos, para llegar a la edad mínima de cinco años. Ese mismo 21 de mayo era su cumpleaños.

La noche anterior a nuestra partida la habíamos pasado nerviosos y nos costó quedarnos dormidos. Mis hermanos y yo nos levantamos cuando mi padre ya estaba desayunando. Aquel 21 de mayo era un día especial y no solamente porque el padre no había ido al trabajo. Encima de la mesa había aparecido, como por encanto, un huevo frito, igual que en los domingos felices de antes de iniciarse la guerra. Pudimos entonces repetir la costumbre que teníamos los tres hermanos cada vez que «sorprendíamos» a mi padre des-

¹ Según la lista publicada en el *Libro histórico*, del P. Gregorio Arrien, a quien le fue facilitado el acceso a los archivos del Ayuntamiento de Bilbao, la cifra de «no menos de cuatrocientos, no más de quinientos».

ayunando, sobre todo si eran huevos fritos. Nuestro padre, casi ceremoniosamente, nos ponía a los tres en fila india (mis dos hermanitas no participaban) y empezando por Josechu, que era el mayor, untaba un corrusco en la yema del huevo y se lo daba a comer. Josechu lo engullía en un santiamén. A mí, como mediano, me correspondía el segundo pedazo y Ramonchu, por ser el menor, era el último en recibir el trozo de corrusco untado. Aquel día era, quizás, el último desayuno que íbamos a compartir con el padre. Tal vez por esa razón, se dejó «abusar», quedándose casi en ayunas. Después de todo, era nuestro día. Nuestra madre también planeó una comida especial que culminó con un estupendo arroz con leche. Mataba así dos pájaros de un tiro: era el día de nuestra partida y el cumpleaños de mis hermanas mellizas. ¡Sí...! ¡Era nuestro día...!

Nuestra madre nos había hecho unos pantalones cortos milrayas a juego con unas marineras (de las que se estilaban en aquellos tiempos) y unas zamarras, ¡nada menos que de terciopelo! Las zamarras recuerdo que tenían *colco*, donde poder almacenar todos nuestros «tesoros», tales como manzanas de los huertos o los puestos de fruta en los que el amo se descuidaba, piedras para «hacer la guerra» o un sinfín de cosas que llamaran nuestra atención. La zamarra de Josechu era de color azul chillón, mientras que la de Ramonchu y la mía eran de franjas de tonos marrones. También nos hizo tres saquitos de lona con un cordón corredizo que permitía cerrarlos y llevarlos colgados del hombro. En ellos iba el escaso equipaje que nos llevamos.

Esperábamos nerviosos el momento de marcharnos mientras nuestros padres disimulaban su tristeza para no contagiarnosla. Por fin llegó el momento de ponernos en marcha. Nuestra excitación dejó paso al temor, pero allí estaban nuestros padres sonriendo, tranquilizándonos, dándonos confianza mientras por dentro se consumían de dolor. Nos decían que sólo nos separaríamos durante tres o cuatro meses y que además eran los meses de verano, los mejores para pasárnoslo bien. Nuestro padre aseguraba que la guerra acabaría muy pronto y ninguno dudaba que la victoria estaría del lado de la República. Nuevamente animados, luciendo las flamantes zamarras, salimos de casa. Aquel piso de la plaza de Zumárraga (número 1, quinto derecha) no lo volveríamos a ver más, pero eso no lo sabíamos todavía.

Una vez en la escalera, los vecinos nos saludaban y daban ánimos.

—Adiós, muchachos. Divertíos mucho —nos decía uno cariñosamente.

—Adiós, majos. No seáis muy traviesos, ¿eh? —nos advertía una vecina.

—Pobrecillos... ¿qué va a ser de ellos? —le susurraba otra vecina a mi madre, cual si fuera una agorera presagiando un desastre.

Ya en la calle, seguíamos siendo el foco de atracción de todas las miradas. Los amigos del barrio que no podían venir envidiaban nuestra suerte.

La estación de Portugalete estaba al otro lado de la ría. Según nos acercábamos, nos íbamos juntando más y más niños acompañados de nuestros familiares. Cada uno llevábamos una cartulina hexagonal con un número —nosotros tres, el 1.143, 1.144 y 1.145— y nuestro lugar de destino, Inglaterra. Todo Bilbao parecía aglomerarse en los alrededores de la estación, aquello era comparable a una despedida de milicianos partiendo al frente. El alboroto era inmenso.

Nuestra madre y hermanas lloraban despidiéndonos, pero eso no nos sorprendía. En cambio, cuando vimos al padre llorar nos empezamos a sentir inquietos. Era la primera vez que lo veíamos así. Acabamos, como era de esperar, llorando todos, uniéndose nuestro llanto, como único consuelo, a la infinidad de otros.

**IDENTIFICATION CARD ISSUED BY THE BASQUE CHILDREN'S COMMITTEE,
4, GT. SMITH STREET, LONDON, S.W.1.**

Card No. BCC16/ 483 Bilbao Registration No. 1144

Surnames *SANTAMARIA GARCIA*

Christian Names *LUIS*

Nationality *Spanish*

Date of Birth *18.10.26* Place of Birth *BILBAO, Spain*

Present address in U.K. *Colons, Foreman, 260 Cresser Road
Booker, High Wycombe, Bucks*

The above-named arrived in this country on 23rd May, 1937, with the party of Basque children evacuated from Bilbao.

H. T. Carter
.....
for BASQUE CHILDREN'S COMMITTEE

Date *17.10.42*

Vacher 65585

Documento de identidad expedido por el Basque Children's Committee.

Poco a poco fuimos subiendo al vagón. Sonó el silbato de la locomotora y el tren se puso en marcha con dirección a Santurce. Nuestros padres quedaban atrás, ocultos en el gentío que se agolpaba en el andén. Las ruedas sobre los rieles parecían repetir en su monótono traquetear: adiós, adiós. Adiós, plaza de Zumárraga, hipódromo de nuestros juegos; adiós, calle Fica, campo de batalla de nuestras guerras de barriada; agur, depósito de agua; agur, huerta de Atano, con sus peras y manzanas; adiós, Zabalbide, con sus tiendas de ultramarinos que en tiempos mejores sacaban a las aceras sacos donde buscábamos golosinas cuando el tendero se descuidaba; adiós Nervión, ría de Bilbao; agur, montes, Archanda con su *funi*... adiós, Bilbao, agur.

Nos acompañaba un grupo de adultos: enfermeras, maestras y ayudantes (todas ellas mujeres), además de quince sacerdotes. Pasado el disgusto de la despedida, el ambiente del tren olía a excursión, a la Fiesta del Niño². La conversación pronto nos hizo olvidar las lágrimas. Algunos niños iban señalando los sitios por los que pasábamos y haciendo comentarios sobre ellos, como guías que llevaran a un grupo de turistas. El tren avanzaba entre una cordillera de pequeños montes a la izquierda y el río Nervión, a la derecha.

—Aquí acaba Bilbao —sentenció uno de los niños.

—Mirar, eso es Deusto —decía otro.

Los demás nos agolpábamos en las ventanillas para devolver los saludos que nos hacían con sus pañuelos los grupos de personas con los que nos cruzábamos. Pasamos Sestao, Erandio... Altos Hornos.

² La Fiesta del Niño se celebraba una vez al año al comenzar las vacaciones. A todos los escolapios de Bilbao —me supongo costeado por el ayuntamiento— nos obsequiaban con una merienda y un gran espectáculo en la plaza de toros o bien en San Mamés con un partido amistoso entre el Athletic y otro equipo local.

—Mirar, Altosornos —decía un niño—. Mi padre y mis tíos trabajan allí. ¡Eso sí que es un trabajo difícil! Además, tienen que tenerlos encendidos día y noche. ¿Sabíais que no se han apagau nunca desde la primera vez que los encendieron? Están hechos con millones de ladrillos y las paredes son muy gordas y tienen por dentro una cosa que se llama crisol pa que resistan el calor. No los pueden apagar, porque si senfrían se rajan y luego no valen y la gente se quedaría sin trabajo.

Algunos obreros nos saludaban agitando sus gorras y boinas. Nosotros contábamos lo que sabíamos o nos inventábamos datos de la gran empresa: que si era la más grande del mundo, que si producía tanto hierro o gastaba más carbón en un día que Bilbao en todo un año, etc.

—A mí me han dicho que se han caído dentro muchos trabajadores y que después no se encuentra nada dellos —terció Josechu.

—Sí, es verdaz —corroboró otro—, se mezclan con el hierro derretido y desaparecen sin dejar rastro. ¿Quién sabe dónde van a parar? Igual a las chapas brindadas de algún tanque o de un barco de guerra o lo mismo hay alguno mezclau con las vías por las que va el tren.

—¡Jolines, qué burro! —le reprendió alguien mientras los demás reíamos.

—¡Qué raro que no bombardeen Altosornos los fascistas! —decía otro entonces.

—Esos cabrones... ¡qué van a bombardear Altosornos! —contestó uno inmediatamente—. ¿Por qué creéis que nos han hecho la guerra? Porque quieren robarnos la riqueza de Vizcaya, por eso. Esos mierdas no bombardean más que las casas de las ciudades y matan a las mujeres y a los niños, como en Gernika y en Durango y aquí en Bilbao, y por eso estamos nosotros en este tren.

La arenga nos dejó un tanto mudos, hasta que un niño rompió el silencio y, en un arrebatado de fervor patriótico, dijo:

—¡Vamos a cantar La internacional!

Todos los críos, como si un director de orquesta invisible hubiera dado la señal, comenzamos a cantar:

*Arriba los de la cuchara,
abajo los del tenedor
y gritemos todos unidos:
Viva la revolución.
Agrupémonos todos
en la lucha final
y se alcen los pueblos con valor,
por la Internacional.*

Pasamos por Portugalete, con su puente colgante, y el tren llegó a Santurce, parándose en el muelle, donde nos esperaba el barco que nos había de llevar a Inglaterra: el *Habana*. Zarpamos despedidos por los trabajadores del puerto. Se iniciaba para nosotros la aventura. Atrás quedaba Bilbao, atrás Euskadi, mi patria querida. Dejaba España herida, ensangrentada, y no volvería en cuarenta años.

No era la primera vez que la guerra me mantenía separado de mi familia. Unos meses antes, cuando estalló la rebelión fascista, ya había sufrido en mis carnes la angustia de la ausencia.

Capítulo 2

UN VERANO EN LAGUARDIA

Siendo muy pequeño, un cólico había estado a punto de matarme. Según contaba mi madre, la muchacha que me estaba cuidando se descuidó y me atiborré de ciruelas verdes caídas en torno a un árbol. A consecuencia del cólico quedé débil, sin llegar a sanar del todo. Mis padres consiguieron apuntarme en uno de esos balnearios de verano que la República organizaba para niños enfermizos y necesitados. A los niños bilbaínos nos llevaban a Peder-nales, Laguardia y creo que también a Gorliz. Los campamentos duraban tres meses. Así que, en mayo de 1936, dos autocares llenos de niñas y niños nos dirigíamos a la colonia de Laguardia.

Yo llevaba en el bolsillo un monedero con unas pocas pesetas. Mi madre, además del dinero, me había dado los consejos de siempre: tenía que ser bueno, obedecer a las maestras y a las personas mayores e ir a misa si era preciso.

En cuanto llegamos a la colonia nos recibió el personal que se iba a hacer cargo de nosotros durante los tres meses siguientes. Eran personas excelentes que se desvivían por atendernos. El lugar era una maravilla y la casa, un palacio situado entre jardines, arboledas, campos de deporte con pistas de tenis y fútbol, cuadras, talleres con toda clase de herramientas agrícolas y de jardinería y un viñedo inmenso. Los dormitorios eran pabellones iluminados por grandes ventanales, con una pequeña celda separada de la habitación donde dormía la maestra a nuestro cargo. Las camas eran cómodas y bien abrigadas y cada uno contaba con un pequeño armario. Los suelos eran de madera y relucían. El aspecto general era de limpieza absoluta; lo recuerdo frío, pero a la vez acogedor. En mi dormitorio éramos diez o doce niños, además de una maestra. En las paredes había colgados dibujos que representaban el cuento *Caperucita Roja*. El comedor era magnífico, había salones de juego y descanso —¡había hasta un juego de la rana!—. Tenía una biblioteca y estupendos baños y duchas, enfermería y una lujosa capilla. Sin duda, aquello era el paraíso para cualquier niño que procediera de un hogar humilde.

¡Aquello sí que era vivir! Después de todo, estaba la República y gracias al espectacular progreso que había significado nos encontrábamos en aquella colonia llenos de dicha. Además, el 16 de febrero el Frente Popular había vencido...

El primer día nos dijeron que los domingos, después del desayuno, todo aquel que quisiera iría a la iglesia del pueblo para oír misa, haciendo hincapié en que no era obligatorio, aunque querían saber de antemano quién deseaba ir y quién no.

Yo prefería quedarme jugando a ir a misa, pero, a pesar de que no nos la pedían, creía que tenía que dar una excusa. Lo difícil era encontrar una razón convincente así por las buenas, sin tiempo para discurrir algo. La solución me la proporcionó un chaval que conocía levemente de Bilbao; se llamaba José Luis Revuelta y también, como mis hermanos y yo, iría después a Inglaterra acompañado de sus tres hermanos, Pedro, Javier y Raimundo. Ni corto ni perezoso, se le ocurrió decir que él no iba a misa porque era «socialista». Yo, aprovechando la oportunidad, dije que era «comunista» y otro niño dio también una excusa parecida. No las tenía todas conmigo, pero se lo dijimos a la maestra que organizaba la asistencia a misa y ésta nos sorprendió, pese a las miradas burlonas de los otros niños que parecían advertir: «ahora os la vais a cargar», cuando, fiel a su promesa de no tomar represalias, preguntó:

—Muy bien, ¿alguien más?

Así, sin más complicaciones, quedamos los tres exentos de las aburridas misas, libres para poder vagar por los jardines mientras los demás estaban en la iglesia.

El señor director, del cual no recuerdo el nombre, era un hombre afable, algo grueso, de prominente barriga. De cuando en cuando este hombre bondadoso aparecía en la colonia cargado de dulces y golosinas que repartía entre nosotros. Las maestras, cuando nos avisaban de su llegada, nos hacían lavarnos bien, vestirnos guapos y nos recordaban que diéramos las gracias si nos daba algo. El director, que siempre se alegraba al vernos, repartía sus bolsitas de caramelos y nos preguntaba si nos encontrábamos bien en el campamento. Como es lógico, le queríamos muchísimo.

Así vivíamos en una completa felicidad. No recuerdo haber sido castigado ni reprendido con dureza por las muchas diabluras que pude realizar durante aquellos días de ensueño. Hasta creo que a veces me remordió la conciencia por no haber querido ir a misa, como mi madre me había aconsejado.

A mediados de aquellas vacaciones, nos visitaron nuestros padres. El director aquel día no nos trajo caramelos, sino una montaña de regalos. Para repartirlos, metió en una bolsa papelitos con el nombre de cada uno y según cogía los regalos sacaba un papelito y los adjudicaba. A mí me correspondió una raqueta de tenis. Me sentía dichoso, parecía que me había tocado la lotería. Por la tarde, después de una succulenta merienda, nuestros padres volvieron a Bilbao; esperábamos volver a verlos en unas pocas semanas.

Los días siguientes pasaban felices, mientras lamentábamos que poco a poco se acababan nuestras fabulosas vacaciones. El señor director venía cada vez con más frecuencia y siempre cargado de golosinas. Sin duda, deseaba pasar a nuestro lado el mayor tiempo posible, ahora que pronto volveríamos a nuestros hogares. ¡Qué bueno era el director, con qué ternura y paciencia nos trataba! Tomaba parte en nuestros juegos y respondía con paciencia a todas nuestras preguntas: ¿Por qué los *zampaburus*³ se convertían en ranas?, ¿se podía dar de comer a las lagartijas comida de culebras?...

Pero aquel paraíso se iba a acabar. El infame 18 de julio nos pilló en Laguardia, automáticamente en poder de los requetés, y nuestro regreso a Bilbao quedó indefinidamente cancelado. La siguiente vez que vimos a nuestro director, éste lucía uniforme azul y venía a

³ Renacuajos.

quedarse en la colonia. Era un *camisa nueva*. Su aspecto afable de tío bondadoso había desaparecido bajo el uniforme: era la misma cara, el mismo cuerpo algo rechoncho, pero no era el mismo hombre. Aquellos ojos de cordero inofensivo, redondos, de sólo unos días antes; se mostraban ahora achinados y mantenían la mirada fija, parecían dos ascuas candentes que nos dañaban la vista. Todo él, desde la grotesca borla dorada que adornaba su gorro hasta las botas negras, mostraba un aspecto fiero y arrogante. Su semblante también había cambiado y aparecía ahora cruel. Repartía órdenes autoritarias a diestro y siniestro. Parecía increíble... aquel hombre afable, bondadoso, había sufrido un cambio brutal. El uniforme que lucía lo había transformado del buen doctor Jekyll en el malvado mister Hyde. Se dirigió a los niños que allí estábamos y nos hizo formar frente a él. Entre insultos a nuestros padres ausentes y amenazas a nosotros mismos, nos hizo saber que éramos hijos de «rojos», gentuza indecente que no tenía derecho a la vida. Aterrados, escuchábamos entre gemidos y sollozos. No entendíamos nada. Ser anarquista, comunista, socialista, republicano o nacionalista, en nuestra mente de niños, era más o menos bueno según lo que hubiéramos oído en nuestras casas; en lo que todos teníamos un criterio unánime era en que ser fascista era lo peor. Pero ¿rojo? No lo habíamos oído nunca y menos aún en sentido peyorativo. ¿Nos estaría llamando fascistas? De cualquier forma, acabó su babosa arenga diciendo que iba a haber un cambio radical y que jauja se acababa desde aquel día.

A la mañana siguiente, cuando formábamos para hacer los acostumbrados ejercicios de gimnasia, apareció el director uniformado; en la mano llevaba una verga. Los ejercicios ya no serían de gimnasia, sino de instrucción militar. Lo primero que hizo fue gritar:

—A ver esos tres rojillos que no quieren ir a misa... ¡que salgan aquí!

A mí, igual que a los otros dos, se me cayó el alma a los pies (confiaba, infundadamente, que con ir a misa sin rechistar el domingo siguiente se iba a arreglar todo y no nos iban a decir nada sobre el asunto). Salimos titubeantes de las filas después de la segunda y más feroz demanda del director y aterrados de miedo nos colocamos, obedeciendo sumisos, delante de él, que nos esperaba dando impacientes golpecitos con la fusta en sus polainas de cuero:

—De manera que no habéis cumplido con vuestra obligación sagrada y no queréis ser buenos cristianos... ¿sí o no?

Los tres escuchábamos paralizados de terror, sin saber qué responder. Todavía si hubiera hecho la pregunta en dos partes... porque no, no habíamos cumplido con nuestra «obligación sagrada», pero sí, sí que queríamos «ser buenos cristianos». Pero ¿cómo contestar con un simple «sí» o «no» como nos exigía aquel bruto? Nuestros balbuceos, entre gemidos y sollozos, alternaban el «sí» y el «no» hasta que el director nos cortó diciendo:

—Vais a aprenderos el catecismo en tres semanas y al cabo de tres semanas haréis la comunión, ¿entendido? ¡Y pobre del que no esté preparado para entonces!

—Sí, sí, señor director —tartamudeábamos mientras nos encogíamos intentando evitar la fusta que agitaba sobre nuestras cabezas.

—No por eso os vais a librar de aprender la instrucción, así que a las filas —concluyó mientras nos empujaba.

Si alguno de los otros niños pensó que se iba a librar de la furia del director por haber ido a misa, se equivocaba: ellos también eran hijos de rojos. Aquel día no tuvimos tiempo para otra cosa que aprender a desfilar, comer, asearnos y dormir —y nosotros tres, claro, apren-



Luis y otros niños y niñas en la playa.

der el catecismo—. Golpes y castigos fueron el pan de cada día. El señor director se ensañaba a menudo con los que no sabían distinguir la mano derecha de la izquierda; a fuerza de coscorriones, golpes y quedarnos sin postre, nos íbamos convirtiendo en pequeños soldados.

Una de las maniobras nos costó sangre y sudores aprenderla; estuvimos un día desde después del desayuno hasta las dos de la tarde desfilando, aterrados por los gritos, insultos y trompazos que nos propinaba aquel desalmado.

—¡Rojos imbéciles...! No hay comida hasta que no lo hagáis como es debido — nos gritaba.

Nosotros, desvanecidos de hambre y cansancio, gemíamos... Cada vez más aturdidos y desorientados, comenzábamos a ejecutar sus órdenes cada uno a un tiempo.

—¡Esperad la señal, burros! —nos gritaba iracundo—. Vamos a repetirla otra vez. ¡A formar, eup!

Entre *eups*, órdenes e insultos estuvimos desfilando aquel día, marcando el paso con nuestros pies torturados hasta que por fin quedó satisfecho de que hubiéramos aprendido a cambiar de pares a líneas de cuatro en fondo.

Entre los ensayos de las maniobras, los demás niños tenían de cuando en cuando momentos de recreo. En cambio, nosotros tres, después de haber sufrido la instrucción, teníamos que soportar que aquel bárbaro arremetiera contra nuestras mentes, instruyéndonos igual de brutalmente —con la fusta siempre amenazante— en las reglas del catecismo. Ni que decir tiene que en tres semanas nos lo aprendimos de principio a fin.

Debo decir, en honor a la verdad, que el director utilizaba más la verga para imponer miedo y respeto que para pegarnos. En cualquier caso, nos infundía terror y estábamos atormentados por el sinfín de empujones y bofetadas que repartía a diario. Aun habiendo pa-

sado tanto tiempo, a duras penas puedo perdonarle, pero no le olvido ni a él ni a lo que representaba y, sin duda, me alejó para el resto de mis días de la Iglesia. Incluso hoy, si me cruza la mente alguna oración aprendida en la niñez, inmediatamente recuerdo su brutal imagen y la fusta ondeando.

A las tres semanas, más o menos, hicimos la comunión los tres «rojillos». Lo recuerdo como si fuera ayer. Antes de comulgar había que confesar por lo menos un pecado. A mí no se me ocurría nada y acabé inventándome que, en la escuela, había robado un lápiz a un compañero (aunque era mentira). Es más, cuando íbamos a comulgar, los tres nos pusimos de acuerdo en masticar la hostia, porque habíamos oído que así «no valía» la comunión. Así expresábamos nuestra rebeldía.

El director —quien, obviamente, desconocía nuestro acuerdo— nos regaló un cucurucho de caramelos y nos felicitó:

—Bueno, ya sois cristianos.

En aquel instante todo el sufrimiento y congoja almacenados durante las semanas anteriores me invadieron y estallé en un llanto desconsolado. El director, pensando que era una demostración de emoción y agradecimiento, me abrazó con ternura y trató de serenarme con suaves palabras. Yo quedé sumiso en sus brazos, pero consumiéndome por dentro de rabia e impotencia. «No quiero tus caramelos, cabrón», pensaba para mis adentros.

En el camino de vuelta a la colonia, mientras íbamos desfilar, tiré con disimulo los caramelos a unos matorrales, vengándome así con infantil inocencia.

Desde aquel día, los tres que no habíamos querido ir a misa no recibimos más golpes y amenazas que el resto de los niños. No teníamos que seguir aprendiendo el catecismo con el director, con lo que también nos librábamos de los castigos que acompañaban estas clases.

Poco a poco, a medida que aprendíamos a desfilar, los golpes fueron menos frecuentes y fueron más los postres que comíamos. Llegó el día en que los coscorriones y castigos desaparecieron casi por completo.

Un domingo se presentó en la colonia un pelotón de soldados, unos cuantos militares de rango, algunos jefes eclesíasticos, un número más reducido de civiles y unas cuantas damas emperifolladas y cubiertas de alhajas. Para la ocasión, nos vistieron con camisetas y pantalones azules, gorritas con una borla y unos diminutos correaes, al modo militar. Se levantó una tribuna y allí subieron el director y las diversas personalidades.

Al cargo de un sargento, nos unimos al pelotón de soldados y desfilaron junto a ellos por el campo de fútbol. Después tuvimos que hacer un juramento a la bandera, desfilar de nuevo delante de la tribuna y, por último, merendaríamos.

A muchos nos desconcertó la nueva bandera española, ya que la que nosotros conocíamos era la tricolor. La que teníamos delante, además de sustituir la franja morada por una roja, llevaba en medio un gran pajarraco negro que parecía haberse tragado el escudo. Desde luego, nos parecía más bonita la republicana.

A partir de ese día, raro era el domingo que no nos llevaban a las aldeas cercanas a escuchar los mítines que pronunciaban militares y sacerdotes. Entre desfiles y arengas, solían durar la mayor parte del día y cuando regresábamos a la colonia —que se había convertido en nuestra prisión— estábamos completamente destrozados por el cansancio. Parece que ni el director ni nadie tenía en cuenta que habíamos llegado a Laguardia precisamente por estar delicados de salud. A pesar de eso, debo reconocer que el alimento siempre fue abundante.

Un día fuimos a Logroño a desfilar, que está a unos doce o catorce kilómetros de Logroña. El camino lo hicimos a pie, con lo que llegamos completamente extenuados. Después de comer, saciar la sed y descansar una hora, formamos bajo el mando del director y desfilaros maniobrando hasta quedar junto a un regimiento de requetés que al día siguiente marchaba hacia el frente. Allí permanecimos más de una hora escuchando discursos. Afortunadamente, alguien se debió de apiadar de nosotros, porque el regreso lo hicimos en camiones militares.

En otra ocasión, un domingo marchábamos desfilando para escuchar misa en la iglesia del pueblo y pasamos por delante de la cárcel, un edificio lúgubre abarrotado de presos políticos y milicianos hechos prisioneros. Cuando oyeron los gritos del director dándonos órdenes, algunos de los presos se asomaron entre los barrotes y comenzaron a burlarse de nosotros riéndose a carcajadas. El director, lívido de ira, los amenazaba agitando la fusta y los puños. Si hubieran sabido aquellos pobres prisioneros que éramos cien bilbainitos y que estábamos tan presos como ellos, probablemente en vez de reír habrían llorado. Nos enteramos después de que la mayoría de aquellos hombres no dejarían la cárcel sino para ser asesinados.

El 18 de octubre, en aquella colonia, cumplí diez años. Unos pocos días después, nos subieron en dos autocares sin explicarnos adónde íbamos. Nosotros, por supuesto, no nos atrevimos a preguntarlo. Nuestro destino era San Sebastián.

Llegamos al atardecer y pasamos dos noches en un convento. Las monjas nos dieron muy buen trato. Nos llevaron a ver el acuario y después al puerto, donde vimos anclado un buque de guerra inglés⁴.

—Es un destróyer inglés al servicio de la Cruz Roja —nos dijeron entonces— que os va a llevar a Bilbao después de comer.

Fue la primera información que tuvimos sobre nuestro destino. Por fin volvíamos a Bilbao. ¡Volvíamos a Bilbao! La mayoría de los niños lloramos de alegría.

Al despedirse de nosotros, las monjas nos regalaron medallas de la Virgen y escapularios del Sagrado Corazón. Los míos los arrojé a la bahía de la Concha desde la borda del buque: era mi forma de manifestar mi rechazo al sistema que me había hecho sufrir tanto durante más de tres meses.

Cuando llegamos a Bilbao nos enteramos de que habíamos sido canjeados por adultos y el mismo buque inglés que nos había llevado a Bilbao regresó esa misma noche a San Sebastián cargado de fascistas.

Poco después me separaría de nuevo, y no unos meses, de mis padres y hermanas, esta vez acompañado de mis dos hermanos y, más o menos, otros cuatro mil niños vascos que también huían del horror de la guerra, de los bombardeos fascistas sobre objetivos civiles, del hambre.

⁴ Por aquel entonces operaban en el mar Cantábrico dos destructores ingleses bajo bandera de la Cruz Roja, el H.M.S. (Barco de Su Majestad) *Blanche* y el H.M.S. *Campbell*. Sin duda uno de los dos barcos nos trasladó a Bilbao. Más tarde, el H.M.S. *Blanche*, además de tomar parte en otras evacuaciones de niños, escoltaría al Habana rumbo a Inglaterra y se enfrentaría al crucero *Cervera*. Se hundió al chocar con una mina en 1939. El H.M.S. *Campbell* sobrevivió a la Segunda Guerra Mundial y fue vendido para chatarra en 1947.

Capítulo 3

NAVEGANDO HACIA INGLATERRA

Estábamos, pues, los tres hermanos Santamaría junto a los otros niños embarcados en el *Habana*. Éste sería un buque de carga de mediano tonelaje, con capacidad para acomodar a un grupo pequeño de pasajeros. Durante los días que durase el viaje de Vizcaya a Inglaterra, el *Habana* sería nuestra casa. Los niños esperábamos impacientes que alguien se hiciese cargo de la caótica situación. Entre la mole infantil que oscilaba de un lado a otro, se abrían paso las maestras y auxiliares que nos acompañaban. Con ayuda de algunos marinos, comenzaron a dividirnos en grupos más manejables para embarcarnos. Mientras tanto, desde las pasarelas que subían al buque nos despedíamos de los obreros portuarios.

Nosotros tres procurábamos no perdernos el uno del otro. Por todos lados aparecían niños y niñas que llorando buscaban a sus hermanos, perdidos al bajarse del tren o después, en el mismo barco. Las maestras y auxiliares, con la ayuda de la megafonía del barco, indicaban dónde se encontraban los que se habían separado, pero el susto no se lo quitaba nadie.

—A merendar, chavales —nos decían los marineros en cuanto subíamos al barco.

En los comedores había montones de bocadillos (*richis*) de chorizo que varios marineros repartían sin dar abasto. Después de un hambre que nos duraba ya meses, la primera sorpresa agradable en el barco fue la abundancia de alimentos. Desde poco después de la sublevación militar las despensas habían estado vacías, así que poder comer hasta saciarnos nos parecía algo de otro mundo.

—¡Hostias, cuánto chorizo! —decía un chaval al lado nuestro—. Si yo lo habría agarrado en Bilbao, me habría hecho rico vendiendo.

—Pues si yo podría —seguía Josechu—, me llevaba unos cuantos richis pa casa. ¡Qué bien que vendrían!

—Yo les voy a pedir que me den dos por lo menos.

—Oye, pues nosotros vamos hacer lo mismo. Y vosotros, Luisito y Ramonchu, si os preguntan que si tenéis hambre, contestáis que sí —concluyó mi hermano.

Como llevábamos encima hambre de meses, no era necesario fingir nada, que se leía en nuestras caras. Pero los bocadillos eran grandes y nuestros estómagos no estaban acostumbrados a tanta abundancia, así que se nos olvidó repetir.

Cogimos entonces nuestros saquitos y nos dirigimos a cubierta para inspeccionar el barco. Un montón de críos se afanaba en la misma tarea. «Por allí se va la punta y por ese otro lado atrás, a la popa». «Ésta es la escalera que sube al puente donde vive el capitán».

Vimos cómo retiraron las pasarelas, ya sólo nos unían al muelle las amarras del barco, igual que vivificantes cordones umbilicales, aunque sin prestarnos la menor posibilidad de desembarque. El único camino a seguir ya sólo era más allá del rompeolas en la lejanía inmediata, mar adentro, donde nos esperaba un destino desconocido... ¡nuestra aventura! Todavía quedaban bastantes obreros portuarios detrás de las barreras despidiéndose cariñosamente. Nosotros les contestamos sonrientes. Como estaba anocheciendo, decidimos meternos otra vez en el barco y buscar un sitio para dormir.

Casi cuatro mil niños⁵ abarrotábamos el barco y, por supuesto, no había camas para todos. En medio del jaleo, las «señoritas» que nos cuidaban y la tripulación del barco se esforzaban en acomodarnos. Los tres hermanos y el niño con el que habíamos estado merendando (Javier) nos pusimos, pues, a buscar un camarote donde dormir. Recorrimos sin éxito un sinnúmero de pasillos estrechísimos, tropezando con otros niños que ya habían desistido de encontrar una cama y se tumbaban en el primer sitio que encontraban: encima o debajo de una mesa, en las banquetas, en los pasillos... El barco estaba cargado hasta los topes y la posibilidad de conseguir una cama, aunque no nos lo pareciera en aquel momento, remota. Como en nuestra búsqueda hacíamos ruido y no dejábamos dormir a los demás, una señorita de unos veintitrés años abrió la puerta de su camarote y nos llamó:

—¿Qué pasa aquí? Haced el favor de callar inmediatamente.

Pero al ver a Ramonchu, que estaba agotado y llorando, suavizó el tono y le preguntó cariñosamente:

—Tú, ¿cómo te llamas?

—Ramonchu

—Vamos a ver, ¿por qué lloras?

—Es que mire usted, señorita, estamos *encontrando* un sitio para dormir y éstos no nos quieren dejar pasar.

—*Buscando*, Ramonchu —corrigió la maestra—. Bueno, esto es lo que vamos a hacer: pasad al camarote los cuatro y ya veremos cómo nos arreglamos para haceros sitio. Y vosotros, dejadles paso. Venga, peques, a descansar y si alguien necesita algo, que llame a la puerta.

La maestra volvió a distribuir las camas para los que estábamos mientras sostenía en sus brazos a una niña que apenas había cumplido cinco años y lloraba sin consuelo llamando a su mamá. El camarote tenía dos camas. Una la ocupaba la maestra con la niña y en la otra había ya tres niños. Ramonchu y yo, que éramos más pequeños, nos metimos también en la cama y Josechu y Javi durmieron en el suelo.

De pronto el buque se estremeció. Un sonido sordo, metálico, se transmitió a través del casco del buque. Pegando nuestros oídos a la pared del camarote, pudimos distinguir el sursurro de las máquinas que se ponían en marcha. Los maquinistas habían despertado al *Habana*.

—Estándando, estándando.

—No, todavía no anda. Primero tiene que calentar las máquinas.

—Sí, sí que estándando —dije yo, que ya había montado en barco para volver de San Sebastián a Bilbao.

⁵ Cuatro mil fueron las plazas ofrecidas, pero algunos padres se arrepintieron a última hora y faltaron unas cuarenta plazas para llegar a las cuatro mil.



Cubierta del Habana. Foto: Fundación Universitaria Española.

Nada más cruzar el rompeolas, sentimos cómo el barco se balanceaba de un lado a otro y de arriba hacia abajo. Muchos nos mareamos y comenzamos a vomitar todo lo que habíamos comido antes. El ambiente se llenó de un fuerte olor agrio sumamente desagradable que ayudaba a mantenernos mareados. Los sollozos y gemidos que emitíamos entre convulsión y convulsión completaban la escena. Así que la primera noche en el barco la pasamos francamente mal.

Al día siguiente amanecemos manchados de vómitos de pies a cabeza, pero afortunadamente el mar había amainado. Nos limpiamos como pudimos y abandonamos el camarote, muy sucio de vómitos. La mayoría de los niños habían dormido en los pasillos y salones del barco. El desorden de maletas y bultos era total; todo estaba manchado y la atmósfera era irrespirable. Tapándonos la boca y procurando no resbalar en los vómitos fuimos avanzando. Un marino a la puerta del comedor nos saludó.

—Buenos días, majos. ¿Qué tal os va? ¿Queréis entrar y comer algo?

De sobra sabía que no estábamos para comer. Le dijimos que no y fuimos a cubierta. Hasta que no respiramos aire fresco no se nos pasó el mareo.

En cubierta nos encontramos con un grupo de niños que rumoreaban que un barco fascista había intentado interceptarnos y que el barco que nos escoltaba había entrado en batalla contra él. Decían que el barco atacante era el *Canarias* o el *Cervera* y que el *Ciscar*⁶, que

⁶ En realidad nos escoltaba un destructor inglés, probablemente el *H.M.S. Blanche* que ya he mencionado anteriormente

según ellos nos escoltaba junto a un submarino, era el que nos había protegido. No sé qué hubo de verdad en todo esto. Yo recuerdo vagamente, entre mareos y vómitos, haber oído durante la noche estampidos semejantes a cañonazos. La destrucción de Gernika por la *Legión Cóndor*, los bombardeos contra la población civil de Bilbao, el cañoneo desde el mar de San Sebastián por el *España* y el *Cervera*, etc., sin duda facilitaban que corrieran los rumores.

—Bárbaros —decía un niño de unos catorce años—, ya podrán con un barco cargado de niños. Cobardes, pero os ha salido el tiro por la culata porque nos protegía el *Ciscar*. Y si por casualidad lo hundís, también nos protege un submarino.

—Allí está —gritaba un niño apuntando con el dedo al horizonte.

Lo que se veía podía ser tanto un submarino como algún pez grande atraído por los desperdicios de la cocina que se arrojaban al mar, pero para los allí presentes no había duda: era nuestro submarino. Al mediodía, vimos la costa francesa, pero la perdimos de vista al cabo de unos minutos, quizás fuera aquello la península bretona, a la altura de Brest.

Poco después un buque de guerra comenzó a navegar a nuestro lado. Algunos decían que era el *Ciscar*, otros que el *José Luis Díez* y alguno había que decía que el *Jaime I*. Fuere cual fuere, todos nos sentíamos orgullosos de que nos acompañara. Si hubiera escuchado las animadas conversaciones algún chaval no allí presente, su confusión habría sido total. Se hablaba de nuestra participación en la batalla naval como hecho de causa. No hablábamos del *Habana* ni del *Ciscar* ni del submarino como tres entidades. La vara mágica infantil nos había transformado de una en niños protegidos y en marinos protectores del *Ciscar* y del supuesto submarino.

Al día siguiente era un barco inglés el que navegaba a nuestro lado. A media mañana divisamos Inglaterra, concretamente la isla de Wight. Según nos acercábamos a Southampton Water, numerosas embarcaciones hacían sonar sus bocinas mientras se acercaban al *Habana* para saludarnos.

Una vez ya en el muelle, una multitud de estibadores y demás obreros portuarios nos daba la bienvenida y alzaba gritos de apoyo a la República. Si en Santurce nos habían despedido los obreros portuarios, aquí nos recibían. Eran las dos de la tarde del 23 de mayo de 1937.

En el muelle, aparte de los obreros, nos esperaban una banda de música, el alcalde de la ciudad, representantes de la República, del gobierno vasco y personalidades políticas progresistas, junto a los periodistas. El alcalde de la ciudad se dirigió a nosotros a través de los altavoces:

—Bienvenidos los chicos vascos...

No entendimos nada más. Cuando acabaron los discursos, por fortuna no demasiado largos, la banda tocó el himno de Riego y todos los chavales, emocionados, con el puño en alto comenzamos a cantar:

*Si Alfonso pide corona,
que se la den de cartón,
que la corona de España
no es pa ningún maricón.*

*Ese cochino, ese marrano,
ese cochino nos quiere pegar.
Ese cochino, ese marrano,
ese cochino nos quiere pegar.*

*Chiquillos a la escuela,
mujeres a fregar,
hombres a la taberna
y que viva la libertad.*

Otros chavales cantaban otra versión, predominante en sus barrios, que los demás también conocíamos, pero la cantábamos menos frecuentemente:

*Si supieran los curas y frailes
la paliza que se van a llevar,
subirán a coro cantando:
«Libertad, libertad, libertad».*

Ese cochino, ese marrano...

*Qué religión es ésta
que contra Cristo van,
los curas son fascistas
y Cristo liberal.*

Otros, más enterados, cantaban la versión casi correctamente:

*Serenos y alegres,
valientes y osados,
cantemos, soldados,
el himno de la lid.*

*De nuestros acentos
el orbe se admira
y en nosotros miran
los hijos del Cid.*

*Soldados, la patria
nos llama a la lid,
juremos por ella
vencer o morir.*

El recibimiento fue muy caluroso. Se repetían las consignas y los fotógrafos disparaban sin cesar sus cámaras... La clase obrera inglesa, en general, apoyaba sin titubeos a la República española. Incluso un sector importante de la burguesía sentía cierta afinidad con la República. Lo mismo ocurría con gran parte de la intelectualidad inglesa. Por desgracia, su gobierno y parte de la prensa eran firmes defensores de la infame política de «no intervención».

Según pude comprobar años más tarde en recortes de la prensa, los periódicos de la derecha mostraron poco o ningún entusiasmo con nuestra llegada. Incluso uno encabezó un artículo con el siguiente título: «The Red Hordes Have Arrived» («Las hordas rojas han llegado»).

Sólo algunos periódicos del centro y los de izquierda hablaban con pasión de nuestra trágica huida del hambre y los bombardeos de los fascistas.

Poco a poco el muelle se fue quedando vacío. Aquella noche todavía dormiríamos en el *Habana*. Allí cenamos los últimos *richis* que tomaríamos en mucho tiempo. Después de desayunar, la señorita en cuyo camarote dormíamos nos juntó y nos comenzó a hablar:

—¿Os ha gustado el desayuno? Bueno, pues sentaos donde podáis. Bien, hoy desembarcaremos la mayoría.

—¿A dónde vamos, señorita? —pregunté excitado.

—Cada cosa a su tiempo, Luisito, tened paciencia. Como iba diciendo, desembarcaremos todos o casi todos y os podéis figurar lo difícil que va a ser la tarea con todos los que somos. Es muy importante que os portéis como es debido y que obedezcáis todo lo que os digamos para poder desalojar el *Habana* de la forma más ordenada posible. Los que tenéis hermanos más pequeños tenéis que tener cuidado de que no se extravíen, pero si alguno se pierde no será mucho problema, porque ahora mismo vais a quedar de acuerdo para juntaros en un lado del barco si os separáis. Si tenéis algún problema, dirigíos a alguien del personal, que para eso estamos, para ayudaros. ¿Queréis hacer alguna pregunta?

—Señorita, ¿qué pasa si nos perdemos alguno y no nos *buscamos*?

—*Encontramos*, Javier —corrigió la maestra—. Bueno, Javier, eso de perderse no atañe más que a hermanos. Los que vais solos no podéis perderos. Comprendo que queráis permanecer juntos, pero eso va a ser muy difícil, ya se va a hacer un esfuerzo muy grande porque los hermanos no queden separados. De todas formas, no está mal que tratéis de permanecer juntos.

—Señorita —balbuceó un niño más pequeño casi llorando—, tengo miedo. ¿No podríamos quedarnos aquí con usted?

—No es posible —le contestó con ternura—, porque voy a estar muy ocupada ayudando a desembarcar. Sólo la nena se quedará conmigo, porque todavía es muy pequeña. Pero, ¿quién sabe?, quizá volvamos a estar juntos... ¿Algo más? Bien, pues sigamos. No muy lejos de Southampton, que es donde estamos, los ingleses han preparado para nosotros un campo de tránsito... ¿sabéis qué es eso?

—¿Un campo de concentración?

—No, hombre, no —contestó la señorita mientras se reía—, un campo de concentración es para prisioneros de guerra y presos políticos. Al que vamos nosotros es de *tránsito*, que quiere decir que es sólo para un tiempo, pero no mucho.

—¿Y dónde vamos a dormir? ¿En chabolas?

—Creo que en tiendas de campaña...

—¡Aivá!, como los pieles rojas —gritó Ramonchu entusiasmado—, igual nos dan cabayos.

—Bueno, tanto como eso no —dijo sonriente la maestra—. Haréis la vida lo más normal posible e iréis a clase para no atrasaros en los estudios.

—¡Bah! Ya me figuraba yo que no podíamos hacer lo que queríamos.

—Bueno, cuando desembarquéis, iréis al punto de control más cercano, que es el que está más cerca de la enfermería. Allí les dais vuestros datos a quien os los pida y después unos médicos ingleses os van a hacer una inspección médica. Después os llevaremos en autobuses al campo de tránsito. ¿Habéis entendido? Tomad este papel, que son las señas del campo, y después de copiarlas se las mandáis con una carta a vuestros padres.

Los que sabíamos escribir copiamos las señas:

*The Basque children's camp
North Stoneham
Nr. Southampton
Hampshire
Inglaterra.*

Cuando acabamos, nos despedimos de la maestra y de los marineros que nos habían acompañado hasta allí. Los marineros lloraban, se les veía que estaban conmovidos. Nosotros, en cambio, sólo pensábamos en bajar a tierra y en las aventuras que esperábamos disfrutar.

Mientras esperábamos que nos hicieran el reconocimiento médico imprescindible para desembarcar del *Habana*, Josechu, Ramonchu y yo nos manteníamos agarrados de la mano para no perdernos en medio del desconcierto —éramos más de cuatro mil niños—. El alboroto, se puede suponer, era inmenso. Poco a poco fuimos perdiendo a nuestros compañeros de camarote, incluido Javi, del que nos habíamos hecho bastante amigos. Después de mucho esperar, logramos que nos hicieran el reconocimiento médico, pero al acabar éste (en el momento en que nos iban a llevar al campamento de tránsito) nos dimos cuenta de que habíamos perdido a nuestro hermano pequeño: Ramonchu había desaparecido.



Luis en el Plan Internacional.

Capítulo 4

NORTH STONEHAM, EL CAMPAMENTO

El campamento de tránsito estaba situado a pocos kilómetros del muelle, junto a una pequeña aldea. Había numerosas tiendas de campaña; una alta alambrada separaba el campamento de la carretera, pero el resto estaba cercado por un pequeño vallado, lo que causaría más de un quebradero de cabeza, como se verá más adelante. Detrás de la ridícula valla que marcaba el límite del campamento había un pequeño valle con un arroyo de agua fangosa y semiestancada. El personal a nuestro cargo era un grupo de *boy-scouts* adultos, algunos doctores y enfermeras y un grupo de cocineros, probablemente todos voluntarios. Además, seguían con nosotros las maestras, auxiliares, enfermeras y curas que nos habían acompañado en el barco.

En el campamento se nos dividió en tres grupos: a la derecha, los nacionalistas vascos; en el centro, republicanos y socialistas, y a la izquierda, comunistas y anarquistas, por muy absurda que pueda parecer esta división, tratándose de niños.

Josechu y yo estábamos muy preocupados por encontrar a Ramonchu. Al bajar del autocar, preguntamos al que nos había acompañado desde el muelle que qué podíamos hacer y nos mandó que fuéramos a la tienda de recepción. En el autocar, Josechu y yo habíamos acordado, con inocencia pueril, preguntar por nuestro hermano primero por las buenas, pero que, si de primeras no nos hacían caso, entonces no nos andaríamos con rodeos y les cantaríamos las cuarenta. Exigiríamos la devolución inmediata de Ramonchu y si no accedían iríamos a la policía y, además, se lo diríamos a nuestra madre, ¡pues buenos éramos nosotros como para dejarnos robar un hermano! Una vez en la tienda de campaña habilitada para información, nos dirigimos a una de las mesas. Allí estaba una señora ya madura, que algo debió notar de desafiante en nuestra actitud, porque nos preguntó secamente:

—Buenas, ¿qué deseáis?

—¡Ramonchu! —contestamos los dos un poco gallitos.

—¿Qué? —volvió a preguntar sorprendida.

—Venimos a por Ramonchu —contestó Josechu confiado en la fuerza de su argumento.

La señora tenía poca paciencia, porque hizo ademanes como si buscara debajo de la mesa y nos contestó con brusquedad:

—Pues aquí no está... ¡Vamos, empieza de nuevo y no me hagáis perder el tiempo!
¿Qué os pasa? —bufó.

—Venimos a por nuestro hermano Ramonchu —respondió Josechu algo cohibido por la señora—, que nos lo han quitau en el barco.

—¡Qué barbaridad! ¿Pero qué dices, niño? Ni aquí ni en el *Habana* se le ha quitado a nadie su hermano.

—Pos a nosotros sí —aseguré yo misteriosamente.

—¡Tú a callar! —me dijo la señora y, dirigiéndose a Josechu, añadió con un tono de voz menos áspero—: Empieza de nuevo y trata de explicarte con exactitud, que me entere yo de una vez por todas de qué es lo que os pasa.

—Pos mire ustez —dijo Josechu con algo más de confianza—, que cuando estábamos en la cola para que nos miráran los doctores unos chicos decían que si te encontraban piejos o algo te separaban y te mandaban para Bilbao y Ramonchu no tiene piejos, pero una enfermera se lo llevó por ahí y nos han separau y mi madre me dijo que no nos separáramos y que yo tenía que cuidar de Luisito y Ramonchu, porque era el más grande...

—Bueno, abrevia —le cortó la señora, pero en un tono menos desagradable, ya casi amable.

—Pos queremos saber dónde está y cuándo nos van a dejar que estemos juntos con él.

—Ya, ya voy comprendiendo. O sea, que al reconocer los doctores vuestro hermano se quedó separado de vosotros, ¿no es así?

—Sí, señora —respondimos los dos aliviados—. ¡Ya era hora de que se enteraría! —susurré a Josechu.

—Pues bien —continuó la señora—, ¿quién fue el primero en acabar la revisión?

—Pos Ramonchu —contesté— fue el primero; yo, el segundo, y Josechu, el tercero. Y yo vi cómo una enfermera le llevaba a Ramonchu de la mano y pensé: «¡Qué idiota!, lemos dicho que nos espere y se va». Cuando terminaron con Josechu, se lo conté y fuimos corriendo al autobús, pero no lo «buscamos».

—*Encontramos* —me corrigió.



North Stoneham, primer campamento de acogida: niños escribiendo a casa. Foto: CEGES-SOMA, Bruselas.

—Sí, señora, yaquí estamos.

—Bueno, pues aquí han podido suceder dos cosas. Puede ser que cuando la enfermera se llevó a vuestro hermano éste no se atreviera a decir que quería esperaros y le enviaran al campamento en otro autocar antes que a vosotros; aunque no lo creo probable, porque alguien se habría dado cuenta. Lo más seguro es que los médicos al examinarle le encontraran algo. No es necesario que fueran piojos, podría ser otra cosa, algo sin importancia, claro está —nos dijo para tranquilizarnos—. Si es así, lo habrán llevado a una clínica y después de curarlo lo traerán al campamento. Decidme, ¿cómo os apellidáis?

—Santamaría García —contestamos los dos a la vez.

—Bien... O sea, que Ramón Santamaría García. Esperad aquí.

Entonces salió y tardó en volver cinco minutos como cinco siglos. Al vernos impacientes, nos dijo:

—Bueno, calmaos. En efecto, a Ramón le han llevado de momento a una clínica para hacerle algunas curas sin importancia y lo traerán al campamento esta tarde o mañana a más tardar. Ahora viene un autocar del hospital, así que id a esperarle y, si no está vuestro hermano, le preguntáis al encargado del autobús cuándo llega el siguiente. Así hasta que lo encontréis. Perdido no está, así que seguro que en uno de los autocares llegará.

—Gracias —replicamos.

Dejamos la tienda algo más calmados por la explicación, pero aún nerviosos. El resto de la tarde la pasamos rondando por la entrada del campamento, mirando en todos los autocares que llegaban, pero Ramonchu seguía sin aparecer. ¡Qué desesperación! Al final, agotados, decidimos volver a la tienda de administración, pero el personal que atendía ya se había retirado y no tuvimos más remedio que irnos a buscar una tienda para dormir (a la zona de los republicanos, que era lo que habíamos dicho que éramos).

A la mañana siguiente nos levantamos pronto (estimulados por la música que sonaba por los altavoces a todo volumen). Después de desayunar, nos fuimos a esperar a Ramonchu. Hasta las doce por lo menos, ya absolutamente desesperados, no lo encontramos. A lo lejos vimos a un chaval caminar despistado, como atontado: echaba a andar, de repente se paraba y volvía sobre sus pasos.

—¡Allí está Ramonchu! —gritó Josechu.

Y comenzamos a correr hacia él. Ramonchu traía los ojos rojos de haber estado llorando —menudo disgusto se había llevado el pobre.

—¡Idiota! —le riñó Josechu—. ¿No te dije que nos esperarías?

—No fue mi culpa —protestó—; la idiota de la enfermera se hizo la tonta y no me dejó esperaros. Encima fue y me metió a la fuerza en el autobús.

Por el camino nos contó que le habían llevado al hospital por unas pequeñas ampollas que tenía: era sarna. Cuando nos lo dijo, nos miramos y vimos que nosotros también teníamos las mismas ampollas, por eso nos picaba tanto, no sólo las manos, sino todo el cuerpo. Pero, como éramos desconfiados, decidimos no contárselo a nadie.

* * *

Los primeros días la desorganización era terrible. Los niños, como ya he dicho, veníamos de pasar mucha hambre. Por eso, a las horas de la comida, los más fuertes comían varias veces y había niños que probablemente se quedaran sin comer.

Por ejemplo, para merendar nos llevaban bandejas de pan (tan blanco como el que habíamos conocido antes de la guerra, un lujo) con mantequilla a las tiendas, pero antes de llegar a ellas nos abalanzábamos impacientes y rodábamos por el suelo disputándonoslas a mordiscos o puñetazos. Quienes podíamos cogíamos mucho más de lo que podíamos comer y lo guardábamos para tiempos peores. Después de unas semanas nos dimos cuenta de lo absurdo que era. Además teníamos que tirar el pan, porque se ponía duro casi sin probarlo. ¡Después de lo que nos había costado conseguirlo...! Poco a poco, el problema de las comidas fue normalizándose y nadie se quedaba sin rancho, que, aunque insípido a nuestro paladar, era abundante.

Un día corrió la noticia de que se servían naranjas de postre en el comedor «nacionalista». Al ver que en nuestro comedor no había naranjas, los tres hermanos Santamaría nos dirigimos al comedor de los «nacionalistas», intentando colarnos. Los adultos nos pillaron en la cola e intentamos pasar por debajo de la lona de la tienda, pero también sin éxito. Finalmente, en un descuido, conseguimos sentarnos en una de las mesas, pero seguramente nuestras caras de susto nos delataron, porque nos echaron sin que pudiéramos siquiera oler una naranja.

Detalles como éste, además de la separación por afinidades políticas (de nuestros padres, más que nuestras), fueron alimentando la discordia, absurda de todo punto, pues todos veníamos de sufrir lo mismo. Nosotros, con nuestro sectarismo pueril, con frecuencia nos pinchábamos un grupo a otro lanzándonos consignas del tipo: «Rojo, blanco y verde, la bandera del moco verde» (en alusión a la ikurriña); «rojo, amarillo y «morau», la bandera de los «cagaus», etc.



Un grupo de niñas acarreando leña en Stoneham.

El pasatiempo favorito de los chavales más de izquierdas era visitar el sector de los «nacionalistas» los domingos por la mañana, donde uno de los sacerdotes que nos habían acompañado desde Bilbao celebraba misa al aire libre, y burlarnos de las niñas y niños que asistían a la ceremonia. Por otro lado, ellos nos provocaban diciendo que sus postres eran mejores que los nuestros. Pero, como es lógico, estos pequeños roces no impedían que nos mezcláramos los unos con los otros en nuestros juegos.

* * *

Pese al esfuerzo del personal inglés, las condiciones higiénicas no eran las óptimas. Pocos días después de llegar murió el primer niño, de tifus, parece ser. La edición del *Glasgow Herald* del 1 de junio de 1937 anunciaba en su página 19: «Un caso de tifus ha sido descubierto entre los niños del campamento de refugiados vascos», aunque no decía nada sobre la suerte del chiquillo. El descubrimiento del caso provocó una apresurada campaña de prevención. Recuerdo que nos pusieron una vacuna que nos dejaba el brazo hinchado y dolorido durante unos días.

Pasábamos los días cometiendo travesuras y jugando por el campamento. Las maestras se esforzaban en organizar sesiones educativas, pero tenían poco éxito. Los presuntos alumnos las esquivábamos y cuando veíamos algún grupo de chavales en torno a una maestra nos alejábamos discretamente. Un día, en una de estas maniobras de huida, nos encontramos de sopetón, al rodear una tienda de campaña, con otro grupo que daba clase y no tuvimos más remedio que quedarnos. Ésta fue la única mañana que pasamos estudiando, porque, por supuesto, a pesar de lo que nos había ordenado la maestra, no volvimos después de comer.

Otro de nuestros pasatiempos era escuchar la megafonía del campamento. Desde un punto elevado, un hombre que hablaba perfectamente castellano anunciaba diversas actividades al tiempo que llamaba la atención a quien veía haciendo travesuras: «¡Hoy, a las cuatro de la tarde, proyección de películas al aire libre!», decía mientras nos frotábamos las manos de júbilo; «¡se está sirviendo leche malteada en estos momentos al lado de la tienda de administración!», «qué asco, si sabe a leche cortada», protestábamos; «aquel niño que se está subiendo a la valla, ¡que ahueque el ala!»; «mañana se celebra la misa a las nueve en punto», «pues que vaya su padre», nos decíamos entre nosotros; «quien quiera mandar una carta a su familia que entregue el sobre con las señas bien puestas en administración; quien no tenga papel y lápiz que los pida también allí»; «esos niños que han saltado la valla, ¡que vuelvan a entrar en el campamento si no quieren que yo mismo los ahueque el ala!»... y así todo el día. Con tanto «que ahueque el ala» por aquí y «que ahueque el ala» por allá, parecía como si hubiese un inmenso gallinero y no un campamento abarrotado de niñas y niños vascos. La conclusión es que los chavales acabaron tildando a aquel señor «Agüecalala».

Josechu, que era el mayor de los tres Santamaría, buscaba amigos por su cuenta. Ramonchu y yo jugábamos juntos con niños de nuestra edad. Nos solíamos ver únicamente a las horas de comer y al ir a dormir.

Un día decidimos usar la tienda de campaña como tobogán. Primero aflojamos las cuerdas que la tensaban. Cogíamos carrerilla y escalábamos hasta la parte más alta, desde donde nos dejábamos deslizar. A Josechu se le ocurrió, con un cuchillo que había cogido en el comedor (lo había afilado con una piedra y lo llevaba colgado del cinto), cortar la lona de la sufrida tienda a la altura de la base. Así, cuando nos deslizábamos tienda abajo, caíamos sobre

un montón de colchonetas que habíamos puesto en la hendidura. Los niños de otras tiendas también querían probar el juego que habíamos inventado —quizás en recuerdo del Gargantúa que en fiestas se colocaba en Bilbao, un gigante en el que entrabas por la boca, bajabas por un tobogán y salías por el culo—. No sé cómo, el caso es que la tienda aguantó sin venirse abajo hasta la hora de la comida.

Aquel día, por la tarde, cayó una tormenta. Cuando volvimos a la tienda, su aspecto era lamentable: estaba flácida, a punto de derrumbarse. No tuvimos más remedio que salir a tensarla, calándonos hasta los huesos. La lluvia se convertía en nuevo motivo de juego para nosotros y mientras nos empapábamos cantábamos alegremente:

*Que llueva, que llueva,
la virgen de la cueva,
los pajaritos cantan,
las nubes se levantan.
Que caiga un chaparrón
que rompa los cristales
de la estación...*

Cuando entramos de nuevo en la tienda nos quedamos pálidos: la hendidura hecha por Josechu, que tanto nos había divertido por la mañana, dejaba entrar agua como si la echaran con baldes. Por fortuna, habíamos retirado las colchonetas a un rincón de la tienda, fuera del alcance del agua, pero el charco que se había formado se iba agrandando poco a poco, amenazando con inundar toda la tienda. Lo cierto es que fue una suerte que ese día no pilláramos una pulmonía.

Al día siguiente, cuando llegaron unos *boys-scouts* y vieron el estado de la tienda se armó la de san Quintín. No les entendimos nada, pero por los gestos se notaba que nos estaban echando la bronca. Lo bueno fue que no hubo ningún castigo, a pesar de que lo esperábamos.

* * *

En otra ocasión, Ramonchu y yo nos tropezamos con un grupo de chavales que comían unos fabulosos cucuruchos de helado.

—¡Mecachis la mar! ¡Vaya helaus más cojonudos! ¿De dónde los habéis cogido?

—De cogido nada, nos los han comprado unos polis.

—¿Nos dais un poco? —les pregunté.

—Si queréis helaus, hacer como nosotros. Es mu fácil, mirar, hacéis como que vos estáis escapando, pasáis por debajo de las vallas y con cuidado de que no vos vean vos metéis por el bosque. Allí hay un camino entre los árboles, lo seguís hasta que llegáis a una valla muy alta, la saltáis y en la otra parte hay una carretera y un coche de policías esperando. Dejáis que vos cojan y ellos vos meten en el coche y vos traen aquí, pero antes pasan por un pueblo donde vos compran un helau y encima vos dais una vuelta en coche.

Uno de los chicos, que ya había acabado su helado, propuso acompañarnos ante la perspectiva de hacerse con otro. Nosotros, tras dudarlo un poco, decidimos ponernos manos a la obra. Evitando que nos viera el señor de la megafonía, alcanzamos el bosque sin ser descubiertos. A partir de ahí todo era coser y cantar. Llegamos a la valla, la saltamos y poco des-

pués ya nos habían detenido los policías que patrullaban la carretera. Diez minutos después nos llevaban al campamento, cada uno con su helado y llenos de regocijo por lo bien que nos había salido todo. Ya en el campamento, nos echaron un pequeño sermón, pero pronto nos dejaron libres para seguir haciendo de las nuestras.

Entonces apareció Josechu con un grupo de amigos. Lo primero que hizo fue pegarle un bocado a nuestros helados. Acto seguido nos preguntó cómo los habíamos conseguido. Mientras comíamos, deprisa por si acaso, el resto de los helados le explicamos nuestra aventura y Josechu, con sus amigos, se fue a probar suerte.

Este método para obtener helados gratis fue tan popular entre los chavales que los pobres policías no daban abasto. Pero la avaricia rompe el saco, así que pronto desaparecieron los helados, primero, y la vuelta por el pueblo («Soutantón», decíamos los niños), poco después.

En un extremo del campamento había cavadas unas zanjas que servían de letrinas. A las pocas semanas, aquéllas eran evitadas excepto cuando no había más remedio que usarlas, pues su olor era pestilente —aparte de lo insalubres que fueran, aunque esto último a nosotros, sinceramente, no nos preocupaba ni poco ni mucho—.

Una mañana, cuando aún el rocío no se había retirado, fui a las letrinas acompañado por Ramonchu.

En cuclillas, me esforzaba por acabar cuanto antes para poder abandonar el hediondo lugar. Hasta ahí, todo normal, pero cuando me estaba levantando, con la precipitación por alejarme lo antes posible, resbalé y caí a la letrina. Por suerte, sólo hundí una pierna (hasta la rodilla), quedando la alpargata de cáñamo y el calcetín con un aspecto repulsivo.

Me limpié con hierba lo mejor que pude y volví a la tienda a coger jabón para lavar la ropa, poniéndome la única muda que tenía de repuesto.

Desde aquel día, las veces que tuve que visitar las letrinas lo hacía con una prudencia que quizá fuera excesiva, pues no me acercaba más de dos metros por miedo a que se repitiera la desagradable experiencia.

* * *

En Bilbao nos habían acechado, entre otros, dos feroces enemigos: el hambre y la falta de vestimenta. Si el primer enemigo quedó derrotado en el campamento —allí ya nadie pasaba hambre—, no así el segundo. Hasta entonces no nos había preocupado, pero saciada el hambre comenzamos a darnos cuenta de nuestro estado de semidesnudez. Algunos, los menos, tenían hermanas mayores que los mantenían limpios y remendaban sus ropas, pero para la mayoría llevar la ropa limpia y sin rotos era un lujo que se había quedado en Bilbao. El abandono, fruto de la libertad que disfrutábamos, se iba convirtiendo en un problema. Nuestra ropa se deterioraba poco a poco, sin otras manos que las nuestras para remendarla o lavarla. La vestimenta y el calzado fue un problema que nos iba a acompañar a lo largo de toda nuestra niñez. De vez en cuando nos llegaba ropa, casi siempre de segunda mano, donada por organizaciones benéficas. Casi siempre, ésta se limitaba a ropa interior.

Josechu, Ramonchu y yo conservábamos nuestras zamarras como el primer día: inmaculadas. El resto de nuestra ropa, bien escasa, hacía tiempo que necesitaba un reemplazo, pero vestir a cerca de cuatro mil niños era un esfuerzo monumental. Casi todos los días anun-

ciaban por megafonía que se estaba repartiendo ropa o calzado en tal o cual tienda. Los tres hermanos intentamos, juntos y por separado, conseguir unos zapatos, pero el resultado fue siempre negativo.

Ramonchu y yo, sin decir nada a Josechu, decidimos probar suerte como atracadores, pues sabíamos que ya lo habían hecho otros. Decidimos acercarnos a la tienda donde estaba el calzado y, mientras Ramonchu vigilaba, yo metería la mano por debajo de la tienda y cogería los zapatos. Empezamos dando un rodeo a la tienda, buscando el lugar adecuado. Hacíamos que jugábamos para no llamar la atención, intentando aparentar naturalidad. Por fortuna, no veíamos a nadie haciendo guardia, aparte del que estaba a la entrada misma de la inmensa tienda; además, la hierba era alta y abundante, lo que nos venía de perilla para ocultarnos.

Calcular la talla de los zapatos no nos había parecido un gran problema: éramos tres y a alguno ya nos valdría, además siempre existiría el recurso de poder cambiarlos con otro chaval. Lo importante en ese momento era conseguir los zapatos, después ya veríamos.

Arrastrándome por el suelo mientras Ramonchu vigilaba, me acerqué a la tienda, levanté con sigilo la falda de ésta y pude observar una fila de zapatos fuera de mi alcance. Expliqué a Ramonchu lo que ocurría y nos acercamos por el lado opuesto; allí nos encontramos de cara con otro chaval de nuestra edad, que aparentaba jugar con la misma intención que nosotros. De nada servía disimular, los ojos de los tres demostraban nuestro objetivo. Como si se le ocurriera en aquel instante, el otro niño nos dijo:

—¿Sabéis que en esta tienda están dando zapatos? Creo que voy a pifar un par dellos.

—¿Sí? Pos nosotros también —dijo Ramonchu, como si la idea le hubiese cogido de sorpresa.

Sin más, hice la segunda intentona, mientras que el otro chaval se ocupaba del asunto por su cuenta, pues no quería aliados. Al levantar la lona esta vez, descubrí una hilera de zapatos de niña a mi alcance. Hice varias tentativas más, interrumpidas de vez en cuando por la alarma de mi hermano pequeño, hasta que, ya sin grandes esperanzas, levanté otra vez la falda de la tienda y me quedé paralizado: al alcance de mis manos había un par de botas katiuskas flamantes, negras y brillantes. Ni corto ni perezoso, alargué los brazos y las trinqué, pero otro par de manos, casi al mismo tiempo, me asieron como tenazas por las muñecas y comenzaron a tirar de mí hacia el interior de la tienda. Aterrado, hice el máximo esfuerzo por resistirme y, de hecho, le costó sujetarme.

Ya en el interior de la tienda, con las botas aún en las manos, me puse a llorar a la vez que alegaba mi inocencia, que evidentemente nadie creía. Me sentaron en una silla en el centro de la tienda y me hicieron esperar. Yo, en ese momento, estaba muerto de miedo pensando que avisarían a la policía.

Ramonchu, por su parte, venciendo el miedo, se había acercado al punto de la tienda por donde yo había desaparecido y me hacía señas para que escapara hacia donde él estaba. Al primer descuido del hombre que me vigilaba, emprendí una loca carrera hacia donde estaba mi hermano. Ramonchu levantó la tienda todo lo que pudo y yo me tiré de cabeza en busca de la salvación. No paramos de correr hasta llegar al otro extremo del campamento, a pesar de que el guardián de los zapatos no nos persiguió demasiado rato. Yo viví inmerso en

el terror temiendo que aquel individuo me reconociera, hasta que un día me topé de cara con él y, aliviado, comprobé que entre tanto crío no se acordaba de mí.

* * *

Al principio de nuestra llegada al campamento de Stoneham, era costumbre para los ingleses de la zona venir a vernos desde la alambrada. Desde allí reían, la mayoría supongo que sin malicia, al ver el alboroto que se organizaba cada vez que nos lanzaban caramelos, pastelillos o fruta. Para ellos era una frívola diversión, pero para nosotros, aunque entonces no fuéramos conscientes, era una degradación. Poco a poco fue viniendo menos gente, pero mientras duró llegaron ingleses de todo tipo: los que iban como al zoo a ver animalillos raros, coleccionistas de firmas que pagaban las nuestras con tabaco rubio, los filántropos cargados de golosinas y obsequios, curiosos, los que sufrían complejo de superioridad chovinista y, cómo no, verdaderos amigos de la República española, que traían ayuda material y moral. Estos últimos fueron los únicos que se mantuvieron firmes en sus visitas; el resto, después de haber saciado su curiosidad, pronto olvidaron aquel campamento en el que casi cuatro mil niños vascos quedaban desterrados.

Había transcurrido casi un mes de estancia en el campamento y, con algunas excepciones, nos habíamos acostumbrado a la vida rutinaria. El clima templado hacía más llevadera nuestra existencia. Nos divertíamos saqueando árboles frutales, buscando nidos, animalillos... En los campos comenzaban a crecer los cereales, patatas, legumbres, remolacha, trébol para los animales, etc. El sol comenzaba a calentar y se nos hacía menos necesario ir abrigados, aliviándose así el grave problema de la vestidura.

Nosotros fuimos perdiendo el interés hacia *Agüecalala* por las cosas que decía. Su actitud nos parecía despótica y demostraba tener poca o ninguna simpatía por los niños vascos. Tampoco le hacíamos ya caso, excepto cuando nos convenía la información que



Niñas haciendo la colada.

daba. Finalmente, acabó abandonando su puesto de observación y quedó instalado en una caravana, donde ya no nos vigilaba y se limitaba a dar información sobre las diversas actividades.

Un día, sin ninguna emoción, simpatía o pena, dio la terrible noticia: «Noticias de España: ayer las tropas nacionales de Franco entraron en Bilbao». Así de frío fue, sin más explicaciones, sin ningún consuelo, sin darnos ninguna esperanza. Todos nos quedamos atónitos, la noticia nos había pillado por sorpresa. Unos llorábamos, otros dábamos gritos indignados, todos temíamos lo que les hubiera podido ocurrir a nuestras familias. Muchos nos negábamos a creer lo que acabábamos de oír; «¡mentira!», gritábamos.

La ira y el odio se fueron apoderando de nosotros y de forma espontánea nos fuimos agrupando, dirigiéndonos hacia la caravana de megafonía de donde había partido tal noticia. «¡Facha, a por él!» De todos lados iban llegando más y más niños y niñas, apartando de nuestro camino a todo el personal que intentaba cortarnos el paso. Nos armamos con todo lo que encontrábamos: cuñas, estacas, mazos de madera, piedras, platos, cuchillos, tenedores, todo lo que pudiera servir como proyectil... Deseábamos apaciguar nuestra ira sobre las espaldas de aquel miserable; derrumbábamos tiendas de campaña a nuestro paso, llorando y emitiendo gritos angustiosos mezclados con amenazas e insultos. Las primeras víctimas de nuestro furor fueron los altavoces, los decapitamos de sus soportes y los destrozamos a patadas mientras gritábamos:

—¡Mentira, facha! ¡Mentira, hijo puta!

Cuando llegamos a la caravana, *Agüecalala* salió de ella exigiendo que nos retiráramos. Nuestra respuesta fue una lluvia de piedras, mazos, platos, cuchillos, etc. Aterrorizado por nuestra furia, retrocedió y se encerró bajo llave en la caravana, sobre la que seguían cayendo todo tipo de proyectiles.

Nuestra furia había pillado de sorpresa a todo el mundo. Llegó un pelotón de la policía de la localidad que poco a poco, con la ayuda del personal del campamento, logró desalojarnos de la zona de administración. Nuestra ira se encaminó entonces a derrumbar y destrozar las tiendas de campaña durante más o menos media hora, mientras muchas de las señoritas que nos cuidaban trataban de convencernos de que tal actitud sólo podía repercutir en nuestra contra.

Estábamos siendo desalojados de esa zona cuando empezó a correr el rumor de que muchos niños estaban escapándose por la parte baja del campamento. Ramonchu y yo nos habíamos encontrado con Josechu y caminábamos los tres juntos, en medio de una masa de niños que más parecíamos un ejército dirigidos por un general invisible; entonces, nos dirigimos hacia la parte donde la valla era más baja. Al fondo del campo, una hilera de miembros del personal, ayudados por el pelotón de policía, trataba de impedir, sin conseguirlo del todo, nuestra fuga. Bandadas de niños habían conseguido escapar y se escabullían entre los árboles.

Después de horas, el cansancio y el hambre se hicieron sentir y, poco a poco, fuimos regresando a nuestras tiendas de campaña, derrumbadas o a medio derrumbar, para llorar en silencio nuestra pena por la derrota de los *gudaris* y por la caída de Bilbao. Aquel día terrible era el 20 de junio de 1937.

A la mañana siguiente, entristecidos, los tres hermanos caminábamos hacia el comedor para desayunar. Por el camino vimos cómo el personal inglés se afanaba en reparar el destrozo

que habíamos causado el día anterior. Entonces, dos de ellos, compadeciéndose, nos abrazaron con ternura. Así nos demostraban su simpatía y cariño.

El aspecto del campamento era desolador, pero más aún el de la caravana de megafonía, con las ruedas pinchadas, todas las ventanas rotas, la puerta medio arrancada y la carrocería llena de golpes y abolladuras. A los pocos días se llevaron la caravana fuera del campamento y no volvimos a verla nunca más, ni tampoco a *Agüecalala*.

* * *

Desde aquel día, todo nuestro afán era abandonar el campamento lo antes posible. Ya no nos dedicábamos a hacer travesuras y los tres hermanos pasábamos todo el día juntos. Casi desde el día que llegamos, se habían ido evacuando niños a diversas colonias, por lo general en grupos de cien —más o menos, cincuenta niños y cincuenta niñas—. A partir de aquel día la evacuación se aceleró. Las maestras y auxiliares que aún permanecían en el campamento —muchas se habían ido ya acompañando a otros niños a las colonias— alistaban a los niños.

Nosotros tres habíamos tratado de apuntarnos muchas veces sin conseguirlo, siempre llegábamos tarde. En algunas mesas tenían plazas para uno o dos, pero no queríamos separarnos —como ya había ocurrido con otros— y seguíamos esperando una colonia donde hubiera plaza para los tres.

Un día, a mediados de julio, después de esperar una larga cola —desde que la guerra había estallado estábamos condenados a formar colas interminables para cualquier cosa—, una auxiliar nos dijo que había sitio para los tres.

—A ver, decidme vuestros nombres, apellidos, fechas de nacimiento y vuestros números personales.

—Somos José, Luis y Ramón Santamaría García y los tres somos hermanos —mi hermano Josechu calló un momento aturdido, había visto una mueca de sorpresa en la cara de la auxiliar.

Ninguno de los tres comprendíamos el porqué de su gesto de sorpresa, pero duró sólo unos segundos y nos siguió inscribiendo. Por fin estábamos apuntados. Mientras le dábamos las gracias llegó a la mesa una maestra muy mayor. Al verla se nos cayó el alma a los pies: ¡era la *Lorito*!, muy conocida por los Santamaría; una maestra de la vieja escuela más partidaria de la disciplina que del cariño. Ya la habíamos sufrido en Bilbao, en la *Normal*, que así se llamaba a nuestra escuela junto a la plaza Zumárraga.

—¡Aivá, la *Lorito*! —murmuró Ramonchu nervioso.

—¿No habrá usted incluido a estos tres? —inquirió la maestra con semblante severo al reconocernos.

—Desde luego que sí, ¿por qué no iba a hacerlo si hay puestos de sobra? —le respondió la auxiliar.

—Porque no van a traernos más que líos y complicaciones, son unos diablos, unos judíos. ¡Bórrelos de la lista!

Ramonchu y yo comenzamos a sollozar, mientras Josechu miraba con ojos enfurecidos a la *Lorito*.

—¿Qué dice usted? No, señora, aquí no se rechaza a ningún niño mientras esté yo presente. Aquí, señora, estamos para cuidar y ayudar a estas criaturas, no para hacer preferencias. ¡Bastante tienen los pobres con estar separados de sus padres para tener

que ocasionarles más disgustos y problemas! —contestó completamente indignada e ignorando las protestas de la vieja maestra, se dirigió a nosotros con cariño infinito—: ¿Queréis venir a la colonia conmigo?

—Sí, señorita —contestamos emocionados.

—Trato hecho, entonces. Mañana a las once en punto venid a la tienda de administración y nos marcharemos en autobús. ¡Ah, una cosa más! ¿Sois por casualidad sobrinos de una señora que se llama Raquel y vive en la calle Dos de Mayo?

—Sí, señorita —contestamos intrigados.

—Bueno, pues yo me llamo Antonia Lopera y soy amiga de vuestra tía...

Quedó así aclarado el porqué de su sorpresa al enterarse de nuestros nombres y apellidos. Nosotros nos pusimos muy contentos: habíamos encontrado el que sería durante mucho tiempo nuestro ángel de la guarda.

Al día siguiente, en dos autocares, partíamos niños y niñas hacia la estación de Southampton, donde tomaríamos el tren que nos llevaría a un nuevo destino.

En la estación nos subieron a los dos últimos vagones, aislados del resto de los pasajeros. Nos acompañaban durante el viaje cinco mujeres.

La que sería la directora de la colonia era inglesa, aunque de ascendencia hispana, y en Swansea sería la que haría de intérprete. Era una mujer seria y severa, pero justa y eficiente. Las otras cuatro creo que eran vascas: la *Lorito*, la señorita Antonia, la señorita Lola (hermana de la anterior) y la *Señorita Segunda*.

La *Lorito*, cuyo nombre de pila no recuerdo, aunque muy dedicada a su profesión, era seguidora de las anticuadas reglas de la «vieja escuela». Autoritaria e injusta, utilizaba muy frecuentemente el castigo, por lo que era más temida que respetada. Era muy religiosa, aunque sus ideas políticas eran republicanas. Su apodo se debía a su nariz aguileña y una barbilla muy picuda, y fuimos los Santamaría quienes lo extendimos, con éxito, entre el resto de compañeros.

La *Señorita Segunda* tenía unos veintitrés años y sus métodos eran más modernos, de la «nueva escuela». Simpática y bondadosa, lograba nuestra participación entusiasta y aprendíamos mucho con ella. Partidaria de hacernos comprender lo que nos explicaba, no nos hacía cantar de memoria la lista de los reyes godos o la tabla de multiplicar. La queríamos muchísimo. También era muy religiosa y sus ideas políticas eran «dudosas», lo que nos afectaría mucho, ya que más adelante nos sentiríamos traicionados por ella.

La señorita Antonia y su hermana, la señorita Lola, eran auxiliares. La primera, de unos veinticuatro años, era cariñosa, algo seria, pero comprensiva. No tenía favoritismos, para ella todos éramos iguales. Hacía todo lo posible por defendernos frente a las injusticias, como los castigos en masa, casi siempre provocados por la *Lorito*. Se enfrentaba a ella, unas veces con éxito y otras sin él. Castigaba sólo en casos muy excepcionales, como último recurso. Le gustaban mucho las canciones románticas y nos dejaba embelesados cuando nos las cantaba. Nos mostraba lo más parecido al amor de madre que recibiríamos en aquel entonces, además, como ya he dicho, era el ángel de la guarda de los tres Santamaría, sin que por eso nos demostrase ninguna preferencia. Los niños le correspondíamos con cariño y aprecio. Era de una religiosidad normal, como la mayoría de su generación, y ferviente republicana.

Finalmente nos acompañaba en el tren la hermana de esta última, la señorita Lola, de unos veintidós años. Alta y morena, como su hermana, era simpatiquísima y salada como ella

sola. Cariñosísima y también acérrima defensora de los chavales. Irradiaba alegría y entusiasmo a cada paso. Sin duda, era nuestra favorita indiscutible, confesora de nuestros secretos. También era algo loca, lo que seguramente le acarrearía algún reproche del resto de sus compañeras. En las ocasiones en que sin remedio la obligábamos a reprocharnos, lo hacía con todo el salero del mundo, soltando incluso algún que otro gracioso «taco». Nos hablaba, con nostalgia, de sus amigas de Bilbao, de las fiestas y romerías, del cine Olimpia, donde no se había perdido ninguna película de Carlos Gardel, Imperio Argentina, José Mújica... Era, como su hermana, religiosa sin excesos, como era costumbre en la época, donde no se concebía una mujer que no fuese a misa, aunque el único templo habitual del macho fuese la taberna. También era firme republicana.

Nuestro destino era Swansea, literalmente «mar del cisne», ave que abunda en aquella zona del País de Gales. Según nos acercábamos, el paisaje se iba haciendo más montañoso y de vez en cuando aparecían montañas de escoria junto a las minas de carbón. Entramos en Port Talbot, uno de los bastiones siderúrgicos de Gran Bretaña; sus hornos de fundición, sus chimeneas gigantes vomitando grandes columnas de humo, la abundancia de trenes que transportaban hulla, coque, hierro y acero, el tumulto de obreros en pleno ajetreo... nos recordaban nuestro lejano Bilbao, con su Altos Hornos.

Finalmente, llegamos a Swansea. Salimos desde la estación a una pequeña plaza abarrotada de gente que comenzó a aplaudirnos estrepitosamente. ¡Pobre gente, no sabían lo que se les avecinaba! Subimos a dos autobuses mientras la multitud, abalanzándose sobre nosotros, nos obsequiaba con regalos y golosinas. Partimos, pues, contentos por nuestro primer encuentro con la clase obrera galesa.

* * *

A unos dos kilómetros de la ciudad estaba la casa de campo que iba a ser nuestro hogar. A la puerta nos esperaba un pequeño grupo de bienvenida. En él, una chica de unos veinte años que hablaba perfectamente castellano —seguramente hija de españoles— y que creo que se llamaba Rosa. El resto formaba parte de un comité de ayuda local que no veríamos más que en raras ocasiones, pero que trabajaría constantemente en pro de nuestro bienestar.



Colonia de Swansea. Grupo de niñas, niños y personal. 1937-1938.

Después de instalarnos en nuestros cuartos, nos dedicamos a investigar la casa y sus alrededores. Esta gran mansión estaba dividida en dos partes diferenciadas: la zona de servicio y la que habría correspondido a los señores de la casa. La fachada estaba ricamente adornada; la planta baja constaba de varios salones y cuartos majestuosos, además de una suntuosa entrada y una bella escalera que conducía a los dormitorios y cuartos de aseo de la segunda planta, que ya de antemano fueron destinados para las niñas.

—¡Jo, qué asco! —diría un chaval—. Las chicas siempre tienen las mejores cosas.

El resto del edificio, donde habría habitado la servidumbre, contrastaba con esta parte señorial: largos pasillos estrechos y mal alumbrados, una gran cocina y un lavadero, además de almacenes y despensas. En esta parte de la casa, una escalera pequeña y retorcida subía a la buhardilla, donde se hallaban los dormitorios y cuartos de aseo, también predestinados a su ocupación por los niños. En la parte baja, un gran sótano —una de sus habitaciones tenía una gruesa puerta de hierro (¿habría sido, en sus tiempos, caja fuerte de la casa?)—.

Junto a la entrada de servicio había un patio adoquinado y, cerrando éste, una cuadra. En el patio, una grúa sobre ruedas, maltrecha e inservible, evidenciaba otros tiempos de grandeza.

A lo lejos se divisaba el mar, con una playa enorme. Abundaban los rododendros de bellas flores y pinos de diversas especies, además de un tupido bosque y un huerto protegido por una alta valla de ladrillo en el que nunca pudimos colarnos.

Comparado con el balneario de Laguardia, este caserón dejaba mucho que desear en cuanto a equipamiento, a pesar del gran esfuerzo realizado por el Basque Children Refugees Committee por recoger donativos y acomodar lo mejor posible a los cuatro mil niños vascos.

Para nuestra educación escolar fuimos divididos en grupos. Ramonchu y yo tuvimos suerte, no así Josechu, que le tocó sufrir sus clases con la *Lorito*.

Habíamos traído con nosotros, desde Euskadi, libros de estudio. También había una biblioteca, de la que recuerdo una colección de libros encuadernados con pastas de cartulina, en la que leí todo lo relacionado con animales, que era lo que más me gustaba. También recuerdo que nos gustaba especialmente uno que se llamaba *Flor de leyendas* (una versión infantil de *Las mil y una noches*), un cuento sobre las walkirias y otro de Guillermo Tell.

El primer día de clase nos mandaron escribir a nuestros padres para darles la nueva dirección y nos avisaron de que tuviéramos cuidado con lo que decíamos en las cartas, pues éstas debían pasar por la censura franquista. Las nuevas señas eran:

The Basque Children's Home
Sketty Park
Swansea
Glamorgan
Wales (Gran Bretaña).

Nosotros habíamos recibido en el campamento una carta de nuestra madre en la que, no sabíamos por qué, nos decía que escribiéramos a casa de la tía Raquel, a la calle Dos de Mayo, número 13. Nosotros aún no sabíamos que nuestro padre había caído preso inten-



Jose txu. Colonia de Swansea, 1937.

tando embarcarse en Gijón y que habían echado a nuestra madre y nuestras hermanas de la casa, sin permitirles sacar nada.

El cambio del campamento a la colonia fue enorme. Aquí no disfrutábamos de la libertad anterior, estábamos mucho más controlados. También nos estabilizábamos un poco y conocíamos a otros niños con los que íbamos a estar más tiempo, sin la precariedad anterior —nos hicimos y perdimos amigos para siempre al menos dos ocasiones, en el *Habana* y en el campamento—. Las edades de los niños oscilaban entre los cinco y los quince años.

Ramonchu y yo trabamos inmediata amistad con Pepito Sanz. Éste era de Donosti y había llegado a Bilbao junto a miles de donostiarros que huían de la guerra. Era simpático, valiente y con una imaginación asombrosa. Los tres nos hicimos inseparables.

Junto a nosotros estaban Fausto García y Alejandro Ortiz de Pineda. Más adelante, también Eliseo, cuyo apellido ya no recuerdo.

Jugábamos a la garza, la pala, al taco, a güitos... Fausto, además de ganarnos siempre a las canicas, era un experto en todo lo relacionado con la vida de los pájaros y plantas. Conocía el nombre de todo tipo de pájaros y cómo cazarlos: tordos, estorninos, pechorros (petirrojos), jilgueros, calandrias, tiñosas (trogloditas), chontas (pinzones), carboneros (paros), señoritas (aguzanieves), etc. Lo mismo con las plantas: moras, andrinas, peruchas,

manzanas silvestres, avellanas, agrias —una planta de hoja larga y estrecha que crece en los prados—, churros —así llamaba Fausto a los tallos jóvenes de las zarzas, que pelábamos y luego nos los comíamos— y panecillos —una mata cuya semilla tenía forma de panes diminutos, de sabor insípido—. Era él quien solía decirnos: «Ésta se puede comer; ésta es venenosa y se llama *comida de culebras*; ésta no sabe a nada». O tuvimos suerte o nuestros estómagos se habían acostumbrado a todo, porque lo cierto es que, aparte de alguna diarrea, no tuvimos mayor problema.

Tanto Fausto como Alejandro, dentro del grupo, eran los menos proclives a saltarse las reglas. Alejandro era siempre el primero en rajarse en todo lo que planeábamos y siempre temíamos de él que se chivase. Además, solía recurrir a sus hermanos mayores (Luis y Enrique) cuando se veía envuelto en alguna pelea, por lo que los demás no lo querían aceptar en el grupo. Yo, en cambio, lo defendía; la verdadera razón era que me gustaba su hermana Lola y así creía ganarme su favor, aunque no creo que ella se diera cuenta en todo el tiempo que estuvimos en Swansea ni siquiera de que yo existía.

En general, las fechorías las hacíamos Pepito, Ramonchu y yo, y más adelante Eliseo, quedando al margen Fausto y Alejandro. Los cuatro fuimos ganando fama de pequeños diablos y muy a menudo estábamos castigados.

De vez en cuando nos juntábamos los chicos de todas las edades para jugar, por ejemplo, un partido de fútbol —¡entre cincuenta niños!—. Los capitanes eran Luis (el hermano mayor de Alejandro) y Teodoro García. Lanzaban una perra gorda —abundaban, porque no las habíamos podido gastar desde que habíamos llegado a Inglaterra— y elegían, por turno, cada uno su equipo. Los mayores eran los jefes indiscutibles y nos echaban las culpas a los más pequeños si perdían —si se ganaba, el mérito tampoco era nuestro—. Aunque los dos capitanes se esforzaban en decir quién era defensa y quién delantero —todos queríamos ser delantero centro—, en cuanto el balón se ponía en movimiento todo el mundo se apelotonaba intentando cogerlo, luchando tanto contra los jugadores del otro equipo como contra los del propio. El resto del campo, con un portero a cada extremo quedaba que ni el Sáhara. Si, por casualidad, el portero (que solía ser el más pequeño de edad) paraba el balón, todos los del equipo le felicitábamos, pero pobre de él si le colaban un gol.

Estos partidos tenían mucho de épicos y podían durar dos, tres, cuatro días o incluso una semana. La razón era que ninguno de los dos equipos admitía nunca la derrota y así se prolongaban y prolongaban los encuentros.

Un día normal comenzaba a las siete y media de la mañana. La señorita Rosa iba por los dormitorios tocando una campanilla para despertarnos. En media hora teníamos que limpiar nuestros calzados, lavarnos, vestirnos, hacer la cama y dejarnos peinar por la *Lorito*. A las ocho, y había que llegar a tiempo, desayunábamos. A las nueve volvía a sonar la campanilla para comenzar las clases. De diez y media a once había recreo —era la segunda oportunidad para hacer pira (novillos) y no regresar a la clase que había de once a doce, lo que ocurría especialmente en la clase de la *Lorito*—. A las doce comíamos, normalmente sopa, seguida —según la costumbre bilbaína— de un plato de lentejas o alubias con algunos pedazos de carne, pero sin chorizo, tocino o morcilla. El postre solía ser una pieza de fruta. Después de comer teníamos libre hasta las dos de la tarde —a menos que estuvieras castigado—, hasta que sonaba otra vez la campanilla llamando a la última clase, que duraba hasta las cuatro. A esta hora, merendábamos. El tazón de leche había sido sustituido por una rebanada de pan con mermelada. A las seis cenábamos un plato único, aunque más sabroso que el de la comida, y un café con leche. Entonces jugábamos hasta

las nueve o las diez de la noche, según la época del año. A esa hora nos llamaban con la campañilla, nos hacían lavarnos las piernas y nos acostábamos. Nunca me he podido explicar por qué se nos exigía lavarnos las piernas y no se nos decía nada del resto del cuerpo, incluidos los dientes, pues, en efecto, no teníamos cepillo. Así que nos acostábamos con las piernas limpiísimas y el resto del cuerpo como carboneros.

Los sábados y domingos eran distintos, comenzando con que nos levantábamos a las ocho de la mañana. La única tarea que teníamos esos días era limpiar los jardines y el patio de papeles; el resto del día estábamos libres para hacer lo que quisiéramos. Las niñas, por su parte, tenían que limpiar la casa antes de ponerse a jugar.

Los domingos todas las niñas y algunos niños, sobre todo los más jóvenes, eran llevados a Swansea para asistir a misa.

Normalmente, los días festivos la colonia era visitada por gente de la ciudad, la mayoría miembros de la clase obrera; venían cargados de regalos y pasaban casi todo el día con nosotros. También nos llevaban a merendar a sus casas, lo que aprovechábamos para pedirles —con gestos, porque no dominábamos el inglés— todo lo que se nos pusiera en la vista. El derecho a salir con alguna de estas familias iba por turno, bajo el control del personal y la *Lorito* mantenía a un grupo casi en perpetuo castigo, en el que a menudo nos encontrábamos Pepito, Ramonchu, Eli-seo y yo. Gracias a la señorita Antonia y a la señorita Lola éramos absueltos casi siempre y podíamos salir con estas visitas, con el consiguiente enfado de la vieja maestra, que veía así minada su autoridad por dos personas inferiores a ella (pues eran sólo auxiliares, no maestras).

La *Señorita Segunda*, nuestra maestra, cuando hacía bueno, nos solía sacar a dar la clase en la campa cercana a la casa, al menos una hora. Éstas eran las lecciones que más nos gustaban y así estudiábamos directamente lo que era un nido, una planta, los minerales, un hormiguero, diferentes clases de árboles, etc. Cuando una lección nos resultaba muy pesada, la maestra buscaba algo que recuperara nuestro interés. Así, por ejemplo, nos enseñaba canciones. Recuerdo claramente la primera que aprendí en Inglaterra, una de sus favoritas:

*A la mar fui por naranjas,
cosa que la mar no tiene,
me pusieron caladita
las olas que van y vienen.*

*¡Ay, mi dulce bien!,
ese mar que ves tan bello,
¡ay, mi dulce bien!,
ese mar que ves tan bello
es un traidor...*

Cantábamos canciones de la guerra y también de esas de saltar a la cuerda, aunque los niños las considerábamos cosa de niñas. Los niños de la otra clase nos miraban con envidia; nuestra maestra era, desde luego, mucho más agradable que la *Lorito*.

Pero poco a poco, de forma casi imperceptible, se fue formando una pequeña nubecilla que acabaría en borrasca. Me explico, nuestra maestra era muy católica.

A pesar de lo que decía la propaganda reaccionaria, esto no era raro, especialmente en Vizcaya y Guipúzcoa, donde gran número de católicos apoyaban decididamente la causa republicana y muchos de ellos eran *gudaris* («soldados»). No hay que olvidar que católicos y



Jose txu, Ramontxu y Luisito obsequiados por una familia minera a una suntuosa merienda en su hogar que a duras penas y con sacrificio pudieron probablemente financiar con su parco sueldo.

ateos lucharon por su libertad hombro con hombro, acechados y mal armados, conteniendo el furor del fascismo internacional durante 32 meses.

No era, pues, extraño que nuestra maestra incluyera como asignatura la religión. Nos contaba bonitas historias sobre el diluvio universal, Adán y Eva, los mártires cristianos en los circos romanos, algunas peripecias del Nuevo Testamento...

Al principio todo iba bien, nos gustaban esas «aventuras». Pero poco a poco nuestra maestra, pienso que con habilidad y astucia, mezclaba la historia sagrada con apenas perceptibles opiniones políticas, comparando aquellas historietas con los acontecimientos de nuestra tierra. Hablaba de sacerdotes perseguidos, de que no eran tan malos los nacionales y decía que los cristianos siempre habían sido perseguidos, que los fascistas —claro, sin nombrarlos— luchaban por defender el sagrado derecho de creer en Dios.

Desde luego, olvidaba todos los crímenes que la Iglesia ha cometido, todas las torturas que la Inquisición ha impuesto, todos los asesinatos que en su nombre se han hecho. Olvidaba también cómo los milicianos, muchos de ellos ateos, en muchas ocasiones, debían proteger obras de arte religioso de los bombardeos fascistas y cómo éstos no habían evitado destruir iglesias ni personas en Gernika, Durango, Bilbao... Sin embargo, recalca actos injustos cometidos de forma individual o en grupo que se llevaba a cabo con la sangre aún caliente después de un bombardeo.

Los chavales más mayores, sin comprender totalmente, se daban cuenta de que el tono de la maestra se iba haciendo gradualmente más antirrepublicano, de que se aludía a los «rojos» —sin mencionarlos directamente— cada vez que hablaba de alguna barbaridad ocu-

rrida en nuestra patria, de que se disculpaba (inversamente) la actitud de los nacionales. Comenzaron a correr, primero débilmente y luego con más fuerza, rumores entre los niños que acusaban a la maestra.

Nos costaba, por el cariño que le teníamos, hablar mal de ella, pero llegó el momento en que no cabían dudas; como consecuencia, sus lecciones de religión e historia sagrada habían perdido todo el interés para nosotros. Finalmente algunos la denunciaron ante la administración y nuestra maestra fue expulsada de la colonia y enviada a España.

Los niños, que habíamos confiado ciegamente en ella, recibimos un golpe tremendo, nos sentimos heridos y traicionados y nunca pudimos perdonárselo. Esto ocurría dos meses después de llegar a Swansea.

Después de este suceso, algunos fuimos integrados en las clases de la *Lorito* y, aunque no hubo ya más lecciones religiosas, también se acabaron las lecciones de música y las que se hacían al aire libre.

* * *

En Swansea, a diferencia de Southampton, los controles médicos eran más rigurosos, ya que al ser menos niños eran más fáciles de realizar. Lo cierto es que después de dos semanas de reconocimientos médicos no quedó prácticamente ningún niño o niña que no fuese sometido a curas de diverso tipo o rapado al cero por los piojos.

Los tres Santamaría fuimos sometidos a baños de azufre para combatir la sarna, pero esto no fue suficiente. Josechu y yo tuvimos que ingresar en un hospital, a pesar de nuestros intentos pueriles por ocultar nuestra enfermedad. Al llegar a Inglaterra había sido Ramonchu el hospitalizado, ahora era nuestro turno.

Desde entonces, cada vez que aparecieron en nuestros dedos pequeñas ampollas de agüilla y nos entraban ganas de rascarnos escondíamos siempre que podíamos las manos para que nadie las viera y luego, en privado, nos frotábamos furiosamente con jabón carbónico tratando de hacerlas desaparecer. Durante toda nuestra niñez nos acompañó el temor a ser calificados de sarnosos, temor absurdo, dado que éramos muchos entre los niños desterrados los que padecíamos este mal. En efecto, muchos eran los apodos que nos dábamos en aquella época, pero no recuerdo que llamásemos a nadie «sarnoso» o «piojoso».

Josechu y yo culpábamos a Ramonchu de habernos contagiado la sarna. Olvidábamos, porque nos convenía, que cuando Ramonchu nos había explicado la causa por la que, nada más llegar a Inglaterra, le habían internado en el hospital Josechu y yo habíamos visto que lucíamos, como él, una sarna que nos afectaba todo el cuerpo. Si nos habíamos librado ya entonces de la visita a la clínica, había sido sin duda porque, entre tantos niños, habíamos pasado inadvertidos en el reconocimiento médico que nos hicieron antes de desembarcar.

Así pues, una vez más, nos separábamos los tres hermanos y no sabíamos por cuánto tiempo.

Nada más llegar al hospital, nos hicieron quitar los andrajos que llevábamos puestos y nos metieron en una bañera con agua caliente y azufre, de un olor muy desagradable que los críos llamábamos olor a «pedo de monja». Al poco rato se presentaron una enfermera y un médico con un cepillo en la mano, era la primera de las muchas curas que nos harían, que, por cierto, eran muy dolorosas. Después de frotarnos bien por todo el cuerpo, mientras llorábamos desconsolados, nos secaron y nos untaron con un ungüento pegajoso de pies a ca-

beza. Finalmente, nos dieron unos camisones de franela que nos llegaban hasta los tobillos: era la primera vez en nuestra vida que teníamos ropa de dormir. Ya nos había avergonzado estar desnudos delante de la enfermera y ahora también nos sentíamos incómodos: los camisones eran cosa de niñas. Pero cuando llegamos a una sala con doce o catorce camas pudimos comprobar que todos los pacientes, ancianos la mayoría, llevaban también los malditos camisones y eso nos tranquilizó: nuestra virilidad quedaba a salvo.

Pronto cogimos confianza y nuestra alegría y alboroto invadieron la sala: Josechu y yo nos perseguíamos chillando y riendo mientras los ancianos enfermos sonreían o nos regañaban, según los casos. Por fortuna para ellos, nuestras excursiones al resto del hospital se hacían cada vez más frecuentes y acabamos conociendo al dedillo cada rincón.

Los enfermos y sus familiares nos daban golosinas y pronto «aprendimos» a mendigar: el brazo doblado en ángulo recto y la mano extendida con la palma hacia arriba mientras decíamos: «*Espanis peni*» (*Spanish penny*, en inglés), según el sonido fonético, que captábamos erróneamente. Más tarde, en la colonia, enseñaríamos a nuestros compañeros la nueva habilidad.

Todo lo exploramos: la cocina, el lavadero, los jardines, los patios y hasta creo que hubiéramos sido capaces de hacer excursiones a la ciudad si no hubiera sido porque no teníamos más ropa que los camisones.

En el hospital conocimos la comida inglesa, que, aunque sana, era insípida para nuestro gusto. Comíamos huevos fritos (no los habíamos catado desde el día de nuestra partida de Bilbao), el beicon, *porridge* (cereales), probamos (con asco la primera vez, pero acabamos cogiéndole el gusto) el té, el ruibarbo con natillas (con su sabor entre acre y dulzón), tapioca y otros alimentos que hasta entonces desconocíamos.

Nuestro primer encuentro formal con la dieta se produjo al día siguiente de nuestra llegada —Josechu y yo— durante el famoso desayuno inglés. Nos indicaron que nos sentáramos en una mesa al centro de la sala donde ya esperaban varios ancianos lo suficiente movibles para poder trasladarse de sus camas a la mesa. De entrada se nos sirvió un plato de gachas de *porridge*. Como Josechu y yo no conociéramos el plato, copiamos a los ancianos y sazonomos el mejunje con muy generosas raciones de azúcar y leche antes de llevárnoslo a la boca.

—¡Jodé, si es engrudo! ¡Qué asco! —vociferó Josechu después de probarlo, y los dos rechazamos el *porridge*.

Mientras tanto las sirvientas llegaron con un carro de baldas transportando el plato principal, huevos fritos con *bacon* (beicon) que yo bauticé «jamón serrano», unas rebanadas de pan con mantequilla y otras de mermelada y una tetera de porcelana de la que sirvieron —a taza por persona— un líquido humeante y oloroso.

—Es café aromatizado —observó filosófico Josechu.

—Jo, qué bien güele —contesté.

En fin, los ancianos —típica costumbre inglesa— sin excepción, trincaban el huevo frito con el tenedor y lo cortaban en pedazos mientras la yema se derramaba y se secaba en el fondo del plato.

—¡Me cagüen la mar, qué chorras! —dijo Josechu—, están gastando toda la clara... Con lo rica que sabe untada en el pan. (Muchos niños confundíamos la yema con la clara). También me sorprendió ver a los ancianos intercalar entre bocado y bocado pe-

queños sorbos de café «aromatizado», nosotros lo reservaríamos para saborearlo al final del desayuno. Y llegó el momento.

—¡Humm...! qué rico debestar, menudaroma echa —dije.

Acto seguido los dos apuramos un buen trago. Sólo mantuvimos el delicioso elixir unas fracciones de segundo en la boca, el paladar sintiéndose traicionado nos instó que lo librásemos del maldito brebaje y moldeando los labios a usanza de surtidores, lo expelimos regando a los desayunos y comensales más cercanos.

—¡Qué asco...! tú y tu puñetero café «aromatizado».

Josechu, desconcertado, no tuvo por suerte ánimos para amonestarme. Después del fracaso, fuimos poco a poco acostumbrándonos al té, que llegó a gustarnos.

Dos o tres semanas después de llegar, nos anunciaron por señas mezcladas con alguna palabra en castellano, que iban a venir dos compañeros nuestros que también tenían sarna. Después de esperar impacientes lo que nos parecieron horas inacabables, se presentaron en la sala dos chavales ataviados con camisones como los nuestros. Uno de ellos era Ramonchu y el otro, José Luis Fuentes, quien había venido desde Bilbao, acompañado por su hermana mayor..

—¡Si es Ramonchu...! ¡Josechu, es Ramonchu —dije, y lo llamé—: ¡Ramonchu, Ramonchu!

Ramonchu al oír su nombre levantó la cabeza, nos vio y se acercó ligero a nosotros.

—¡Esos ingleses de la mierda me han dejau sin culo... ¡Cabrones!

Lo apaciguamos como mejor pudimos, animándolo, que las curas no eran tan malas como parecían de primeras. A todo esto, el otro chaval permanecía apoquinado donde Ramonchu lo había abandonado momentos antes y nos dirigimos los tres hermanos hacia él. José Luis era un chaval listísimo, de un ingenio increíble en relación a su edad, poseía una capacidad creadora que nos maravillaba. Los demás aprendimos mucho de él. Al pobre José Luis de nada le había servido su sabiduría o su ingenio para librarse de la sarna y ahora allí se encontraba cabizbajo, sin moverse, como anclado al suelo, derramando profusas lágrimas, completamente deshonrado y derrotado... Pero allí estábamos los Santamaría para remediarlo.

Poco a poco José Luis fue recobrándose con nuestro constante apoyo. Fue el único problema incapaz de resolver sin ayuda.

A las once de la mañana siguiente, cuando se efectuaban las curas ambulantes en la sala, al llegar ante una cama ocupada por un anciano que padecía, le contaba a Josechu, de *elefantitis* (elefantiasis), le dijo:

—¡José Luis!, ahora vasaver algo gordo... ¡Fíjate en los güevos de ese viejo! pa que nos quejemos luego de la sarna... Ya querría él lo que nosotros en vez desos cojones que son como un balón de futbol... ¿Sabes? ¡Tiene elefantitis!

—Jo, ¿queseso?

—Pos ahora vasaver.

Al quedar el pobre anciano descubierto, José Luis y Ramonchu —Josechu y yo ya estábamos acostumbrados— se quedaron atónitos musitando: «¡Jooo!».

No hay mal que por bien no venga... La horrorosa enfermedad que el anciano padecía sirvió de consuelo a José Luis y se convirtió en otro sarnoso más, sin otra preocupación que la de salir curado del hospital lo antes posible.

Con la llegada de los nuevos sarnosos los juegos y el estrépito en la sala aumentaron, con el consecuente enojo del resto de los enfermos. Finalmente acabaron trasladándonos a un edificio muy pequeño —seguramente servía de almacén y administración o quizá fuese una sala para el aislamiento de enfermos contagiosos— con un pequeño patio cerrado por una alta valla de ladrillo. Para nosotros era mucho más cómodo y supongo que también para el resto de los enfermos, ya que allí no molestábamos a nadie. Además, seguíamos moviéndonos con casi entera libertad por el resto del hospital y seguíamos mendigando golosinas y obsequios.

Las curas y los baños iban siendo cada vez menos frecuentes, según iba remitiendo la sarna. Durante algunos días inventamos un juego que nos apasionaba. Las bañeras donde nos remojaban con azufre eran muy grandes. Cuando estaban vacías, muchas veces, uno de nosotros vigilaba mientras los demás «nadábamos» y nos tirábamos en *chombo*. Por supuesto, la bañera debía estar llena hasta el borde, lo que, lógicamente, hacía que el suelo se empapara. Después lo secábamos con una toalla, aunque el resultado, como se puede suponer, no era demasiado brillante.

Estuvimos haciendo esto hasta que acabaron cerrando con llave la habitación donde estaban las bañeras. El problema, cuando íbamos a «nadar» a las bañeras, era decidir quién vigilaba.

—Güeno, ya sabéis, tres nadando y uno de centinela —dijo Josechu.

—Sí... pero no como ayer, que estuve yo todo el tiempo de espía.

—¡Hostias tú todo el tiempo! ¿Y yo qué? —le contesté.

—Pos yo más que tú y que Josechu —dijo Ramonchu.

—Ramonchu, no seas idiota, ¿eh? ¡No empieces! Todos hacemos nuestro turno —le cortó Josechu, que por lo general se limitaba a regañarle (en cambio conmigo a menudo acompañaba la riña de dos o tres golpes).

—Sí, sí, ¡mierdas, a mí siempre me toca más que a vosotros!

Al final, se solucionaba sorteando quién empezaba la guardia. El sorteo se llamaba «la pirula», se contaba ligero sacudiendo la mano hasta que uno decía «basta», entonces el que contaba seguía por turno apuntando a cada contrincante hasta llegar a «21 la pirula» y ése quedaba libre.

Josechu, que era el encargado de contar, lo hacía muy deprisa, con el fin de señalar a quien él quisiera. Con este método tenía toda la ventaja de su parte.

Había otras formas de sortear. En el juego de guardias y ladrones, por ejemplo, se señalaba siguiendo las letras del abecedario: «a, b, c, d, e, f, g», y a quien le correspondiera la letra *g* le tocaba hacer de guardia. Al que le tocara la *l* haría de ladrón y así se formaban los dos grupos.

Otro método de sortear era ir señalando a los miembros del grupo a la vez que se recitaba:

*En un rosal
había una rosa.*

*Flor con flor,
rosa con rosa,
la más bonita,
la más hermosa
que usted escoja.*

Probablemente, este método de sortear fuera una alusión a la famosa apuesta de Quedo, quien aseguraba que llamaba a la reina «coja» sin que ésta se diera cuenta. El afortunado no solamente se libraba él, como el verso indica, sino que elegía a otro participante (el que quisiera), que también se libraba.

Había aún un poema más que también se usaba para sortear:

*Al don, don, qué ladrón.
Isabela, Manuela,
cigarreta reta,
benetecho ríe
como Isabel.
Antonio, Polonio,
pasa por ahí.
Arreta, arreta, Conchi,
salga usted de aquí.*

Otra travesura era la guerra de almohadas, donde volaban también sábanas, mantas y hasta algún colchón, todo ello en medio de un griterío ensordecedor. En una de estas «batallas» apareció de pronto el médico, acompañado de varias enfermeras. Pese al carácter afable que nos había demostrado en muchas ocasiones, esta vez no nos libramos de una fuerte regañina. Se nos hizo, primero, ordenar el cuarto; nos quedamos sin postre varios días, y la puerta que comunicaba el patio del edificio donde estábamos con el resto del hospital se cerró con llave hasta la semana siguiente, quedando nosotros dentro. Pero el lunes siguiente el médico apareció con dulces que habían dejado para nosotros. En efecto, muchas de las visitas de otros enfermos, al enterarse de que había cuatro niños víctimas del fascismo, nos obsequiaban con golosinas.

Otro día alguien se dejó abierta la puerta del cuarto donde se guardaba la ropa de los enfermos. ¡Qué tesoro para nosotros: bombines, corbatas, trajes, camisas con cuellos postizos, botas, zapatos...! Excepto la ropa interior, que no nos interesaba, todo llamaba nuestra atención. Todo estaba bien planchado y dobladito, en pequeños montones, cada uno con su sombrero. Sin pensárnoslo dos veces, comenzamos a probarnos toda la ropa, por supuesto sin tener en cuenta que podíamos contagiar la sarna a quien la usara después. Al cabo de una hora decidimos volver a doblar la ropa y devolverla a sus montoncitos (aunque seguro que no coincidirían con los que había antes). Todos menos Ramonchu, al que nos costó convencer de que dejara el bombín y las ropas que llevaba puestas, que según él hacían juego; solamente accedió cuando le prometimos que al día siguiente repetiríamos la operación.

Al día siguiente la puerta estaba cerrada con llave y no pudimos volver a jugar, pero no nos cayó ninguna bronca por aquella travesura.

En total permanecimos en el hospital aproximadamente un mes y medio. Después nos vistieron de pies a cabeza con ropas nuevas —las primeras y las últimas nuevas, que yo recuerde, de nuestra niñez— y se despidieron de nosotros aquel médico bondadoso y varias en-

fermeras. Después de tantos quebraderos de cabeza como les habíamos ocasionado, el médico aún nos dio algunas monedas y lloraron cuando nos marchamos.

* * *

De vuelta en la colonia, Ramonchu y yo nos volvimos a juntar con nuestros amigos Pepito, Eliseo, Fausto y Alejandro. Un domingo en el que no nos había tocado salir a merendar con las visitas ni había ninguna excursión de las que solíamos hacer, con la colonia medio vacía de niños, víctimas del aburrimiento, decidimos construir una barca con la que navegar por el lago cercano. Fausto, que era el más ingenioso, trazó el plan.

—Lo que vamos a necesitar son troncos y una cosa plana para poner encima. Luego lo atamos todo con cuerdas y alambres y también metemos clavos grandes y ya está.

—Güeno —dijo Ramonchu—, pero ¿cómo llevamos la balsa hasta el lago?

—¡Jolines, pos es mu fácil! —aseguró Fausto—. Llevamos las cosas al lago y allí armamos la balsa.

—Claro, eso es lo que yo había pensau —exclamó entusiasmado Ramonchu.

Al enterarse de que lo que queríamos usar para poner encima («una cosa plana») era una puerta que íbamos a coger de la colonia, Alejandro (que había visto unos troncos «muy gordos» en uno de los lagos), Fausto y Ramonchu no quisieron saber nada del asunto y prefirieron encargarse de otra cosa.

—¡Hostias, vaya cagones! —les reproché—. Güeno, no importa, vosotros vos encargáis de los troncos, de las cuerdas y de los alambres, y de los clavos grandes. Pepito, Eliseo y yo nos encargamos de encontrar la puerta.

Fuimos, pues, al caserón con la idea de desvencijar una de las puertas de las cuerdas, pero al verlas delante observamos que eran enormes y nos dimos cuenta de que no íbamos a poder sacarlas y menos llevarlas hasta el lago.

—¡Hostias! —exclamó Eliseo—. ¿Yaora qué hacemos?

Había que recurrir a la imaginación. Pepito apuntó a la puerta del caserón que daba al patio y propuso:

—¿Qué tal si nos llevamos aquella?

—¡Jo...! —suspiré y, después de pensarlo, añadí—: Podemos probar, pero como nos echen mano nos la cargamos.

—¿No sería mejor si vamos a buscar otra puerta? —dijo Eliseo.

—Sí, ¿dónde? Todas las demás están dentro de la casa y va a ser más fácil que nos cojan.

—Es verdaz y como no llevemos la puerta los otros nos van a decir que nos hemos rajau —reconoció preocupado Eliseo— y que somos unos cagones.

—Pues a mí no me llaman «rajau» ni «cagón» —dijo Pepito enojado.

—Ni a mí —contestamos a la vez Eliseo y yo.

—Entonces, ¿qué? ¿Vamos a por ella? —les pregunté.

—¡Pos hala!

Sabíamos que era muy arriesgado. Teníamos que tener muchísimo cuidado de que no nos sorprendiera ningún chaval y menos alguien del personal. Sabíamos que si nos pillaban seríamos castigados severamente, pero eso no nos echaba atrás.

Por supuesto, cualquier otro día que no hubiese sido domingo habría sido imposible, pues alguien nos habría visto. Pepito quedó al cargo de vigilar que no viniera nadie desde dentro del caserón, en cuyo caso silbaría. A Eliseo le tocó vigilar que nadie entrara en el patio desde la calle. A mí me tocaba derribar la puerta.

Pepito y Eliseo cogieron dos piedras de pedernal y las colocaron entre la puerta y el marco, junto a las bisagras, mientras yo hacía presión desde el picaporte para que no se cayeran. Ellos se fueron corriendo a vigilar si alguien se acercaba. Yo, nervioso, di un empujón a la puerta y ésta saltó violentamente del marco, se balanceó y cayó. Yo perdí el equilibrio y caí sobre la puerta y encima de ésta, pero sin darme, la piedra de pedernal. El ruido nos pareció infernal, pero nadie parecía haberlo oído.

Ahora llegábamos al punto más comprometido de la aventura, con la puerta en el suelo ya no era posible la vuelta atrás. Había que sacarla de allí y rápido, si no queríamos que nos pescaran con las manos en la masa.

—¡Venga, joder, vamos a llevarla antes de que nos vea nadie! ¡Espabilar, hostias!
—les dije.

Cargamos la puerta como pudimos entre los tres y salimos dando tropezones hacia una de las cuadras, que sabíamos que tenía ventana. Una vez en la cuadra pensamos que lo más difícil iba a ser elevar la puerta hasta la ventana, que estaba más bien alta. Había otro problema. La ventana se abría de arriba a abajo y hacia dentro de la cuadra y unas varillas de hierro impedían que se abriera más de unos treinta grados. Ya nos habíamos cargado una puerta y no queríamos cargarnos también la ventana, así que miramos en las otras cuadras, pero las ventanas tenían el mismo sistema. Pepito cogió entonces una barra de hierro largo y ya iba a lanzar el golpe para romper el cristal y poder sacar la puerta, cuando le grité:

—¡Para, para, que me se ha ocurrido otra idea!

—¡Jopé, Luisito! —me dijo reteniendo a duras penas el golpe—. Ya te se podía haber ocurrido antes.

—Es que la he pensau ahora.

—Pos a ver, ¿qué idea tienes? —me preguntó algo seco, sin duda molesto por haber tenido que parar el golpe a mitad de camino.

—Güeno, pos mira, igual no hay que romper la ventana. Yo la tengo cerrada con este palo y tú pegales a esos hierros a ver si se doblan. Además, seguro que así vamos a meter menos ruido.

—¡Aivá, pos igual sí! Sujétala que yo le doy —dijo con entusiasmo Pepito.

Comenzó a golpear los resguardos de metal y éstos cedieron con facilidad y yo, con mucho cuidado, dejé bajar la ventana hasta que ésta quedó, ya totalmente abierta, apoyada contra la pared. Sacar la puerta por la estrecha abertura de la ventana resultó ser una ardua tarea. Al principio, sin embargo, la cosa marchó bastante bien, mientras la mayor parte del peso de la puerta caía hacia dentro. La puerta poco a poco, a empujones, se deslizaba hacia fuera, a pesar de que, como la ventana estaba más alta que nosotros, nos costaba bastante esfuerzo. De pronto, la puerta se balanceó y quedó horizontal, paralela al suelo.

—Ahora vaser más fácil —comentó Pepito.

¡Cómo se equivocaba! Un empujón más y la puerta, sin dar aviso de sus intenciones, comenzó a elevarse, vencida por su peso exterior. Conseguimos detener su ascenso y darle aún

dos o tres empujones más. Pero como con cada empujón el peso por fuera era mayor, se nos escapó y, crujiendo, se fue elevando hasta que se apoyó en el canto superior del marco de la ventana, quedando así atascada. Hicimos todo tipo de esfuerzos por seguir moviéndola, imposible, no se movía ni para adelante ni para atrás. A punto estuvimos de darnos por vencidos y dejar allí la puerta, pero todavía no. Invadidos por el pesimismo, decidimos probar fortuna tirando de la puerta desde el exterior.

Salimos de la cuadra con sigilo, mirando nerviosos en todas direcciones. Nuestro temor a ser descubiertos probablemente nos hubiera delatado si alguien nos hubiera visto, pero afortunadamente no había nadie a la vista. Salimos del patio y, ocultándonos entre los arbustos de azaleas que había junto a la valla, nos acercamos a la parte exterior de las cuadras, donde se encontraba la puerta. Al llegar se nos cayó el alma a los pies, se nos había olvidado que debajo de esa ventana estaba lleno de zarzas y ortigas. ¡Qué estúpidos! A pesar de que conocíamos el terreno a la perfección, no habíamos tenido en cuenta la nueva dificultad. Sin duda, hubiera sido mucho mejor habernos arriesgado unos metros más con la puerta a cuestas y en vez de habernos dirigido hacia las cuadras haber salido directamente por la puerta del patio, pero ya no había vuelta atrás.

Cogimos unas varas y con ellas empezamos a abrir entre las ortigas un estrecho camino hacia la ventana. Por supuesto, nos ortigábamos a menudo, pero teníamos el consuelo de que la maleza nos ocultaba y era difícil que ahí nos pescaran. Por fin sólo nos separaba de la puerta, que colgada de la ventana parecía burlarse de nosotros, un espeso zarzal. Cogimos troncos y, subiéndonos sobre ellos, conseguimos ir aplastando las zarzas. Después de muchos arañazos y pinchazos, conseguimos alcanzar la puerta. Una vez ahí, poco esfuerzo nos costó desencajarla; si desde dentro su peso no nos permitía sacarla, ahora facilitaba la operación.

Nos abrimos paso como pudimos y, llenos de picaduras, logramos sacar de aquel matorral nuestro preciado botín. Allí estábamos los tres con nuestra puerta que tanto trabajo nos había costado conseguir.

—¡Mecá, vaya tíos que somos! —dijo Pepito con regocijo—. Y además sin romper la ventana, ¡para que luego se queje la Lorito!

—Es verdaz, otros la habrían roto —añadió Eliseo.

—¡Jo, ya lo creo!

Cosas de niños, a nuestro parecer habíamos hecho casi una obra de caridad al no romper la ventana, a pesar de que no hacía tanto que Pepito había estado a punto de romperla. De todas formas, nadie habría notado nada con la rotura de la ventana, pues las cuadras no se usaban y estaban en un estado de abandono total. Desde luego, no pasaba lo mismo con la puerta, que había estado colocada dando acceso del patio a la casa y de cuya ausencia no había duda de que se iban a dar cuenta.

Nos alejamos de la casa unos cien metros; por prudencia, caminábamos paralelos al camino, pero fuera de él. Sólo nos quedaba ya atravesar el camino, cruzar una valla de espino y, campo a través, llegar al lago. Aún dimos un rodeo buscando ir por los sitios por los que no nos pudieran ver desde la casa; la verdad es que no creo yo que la *Lorito* ni la señorita Antonia estuvieran espiando desde el tejado o subidas a una chimenea, pero, como dijo Pepito:

—Por si las moscas, no vaya a ser que nos vean ahora.

Finalmente, baldados por el peso de la puerta, sucios y desgredados, llenos de arañazos y picaduras de ortiga y riendo a carcajadas —porque, al fin y al cabo, no nos habían pillado— llegamos al lago. Sólo entonces, maravillado por nuestra hazaña, exclamé:

—¡Jodé, no nos han pescau!

Allí nos esperaban, impacientes, nuestros tres compañeros. Alejandro, al vernos, nos dijo:

—¡Jolín, lo que habéis tardau!

—Otra vez la coges tú, gilipoyas —le contestó Eliseo de mal humor a la vez que se rascaba furiosamente las picaduras de ortiga.

La tarde ya estaba entrada y Ramonchu exclamó:

—¡Jo!, ¿a que nos hemos quedau sin merienda?

—¡Aivá, es verdaz! —dijo Fausto golpeándose la frente—. ¡Jopé, ya podemos correr antes de que nos quedemos también sin cenar!

Escondimos la puerta (en verdad no era necesario, porque nadie nos la iba a quitar) y echamos a correr camino de la colonia, olvidándonos de que ya se habrían dado cuenta de la desaparición de la puerta.

Ya llegando al caserón oímos la campanilla que anunciaba que la cena estaba preparada y que debíamos lavarnos e ir al comedor; serían, pues, las seis de la tarde.

—¡Qué rabia, ya deben de estar cenando! —refunfuñó Alejandro.

—Pos venga, vamos —añadió Ramonchu, que (como los demás) después de haberse quedado sin merienda no quería quedarse también sin cenar.

—Primero mejor que nos lavemos para que no se den cuenta —aconsejó inocentemente Fausto.

—Güeno, pero corriendo, no vaya a ser que se coman nuestra cena —añadió Pepito.

Por desgracia estaban confundidos. Limpios o sucios, ya hacía tiempo que el personal había notado nuestra ausencia. Deprisa, pero en silencio para no llamar la atención del personal (¡qué ingenuos!), nos acercamos a la puerta principal. En ese momento, cortándonos el paso, apareció la señorita Antonia, que sin duda nos había estado esperando. Al verla hacernos ademanes inconfundibles se nos cayó el mundo encima. Cabizbajos, nos acercamos a ella.

—¡Tunantes!, ¿de dónde venís a estas horas? Contestad, sinvergüenzas —y como recibiera un silencio absoluto por respuesta, continuó—: Estoy esperando, responded.

—Es que... —dijo alguien tímidamente.

—Es que... ¡es que no habéis acordado cómo excusaros!, ¿no es eso?

—Sí, señorita —contestamos en voz baja, sin haber entendido bien la pregunta.

La señorita Antonia no pudo evitar que se le escapara una leve sonrisa. La pregunta nos había pillado de sopetón, no nos la esperábamos. ¿Era posible que nos hubieran descubierto? Pero... ¿cómo era posible si nadie nos había visto? Seguro que estaba viendo a ver si picábamos, tendríamos que andar con cuidado para no delatarnos.

—Conque sí, ¿eh? ¿Y la puerta? ¿Qué habéis hecho con ella?

—¿Qué puerta? —tartamudeé.

—¡Jo, algún mierda se ha chivau! ¡Qué asco! —metió la pata Alejandro.

—¿Que qué puerta? La que habéis desvencijado, vándalos. Pero ¿qué voy a tener que hacer con vosotros? —nos preguntaba la señorita Antonia mientras nosotros, avergonzados, nos mirábamos las botas.

Lo cierto es que no les había sido nada difícil deducir quiénes habíamos sido los culpables de la fechoría. Los demás niños se habían mantenido limpios y aburridos, como corresponde a una tarde de domingo. Habían acudido impecables al toque de campanilla para merendar y los únicos que habíamos faltado a la merienda éramos nosotros seis. Habíamos desaparecido toda la tarde sin dejar rastro, al igual que la puerta, con lo que la deducción era fácil para la señorita Antonia. Lo malo era que la *Lorito* había llegado a las mismas conclusiones y también se mantenía al acecho esperando nuestra llegada.

—¡Aivá, la Lorito! —avisó Ramonchu aterrado.

—¡Sinvergüenzas! —dijo la señorita Antonia—, ¿dónde está la puerta?

La inminente llegada de la *Lorito* apremiaba a poner fin al asunto lo antes posible, siempre sería mejor confesarse con la señorita Antonia que con la otra.

—La hemos quemau en una fogata que hemos hecho —mintió Pepito para, por lo menos, no tener que devolverla.

—Así que la habéis quemado... ¡qué bonito! —dijo la señorita Antonia—. Pues ahora mismo a la cama sin cenar. Además, toda la semana sin postre y después de comer os quedaréis en la hora del recreo limpiando el patio y ¡pobre del que pesque jugando en vez de limpiar! ¡Sinvergüenzas!

La *Lorito*, por fortuna, llegó al grupo a la vez que la señorita Antonia pronunciaba la última palabra.

—¡Malhechores, judíos...! —bramó la Lorito.

—Déjelos usted, que ya van bien servidos estos sinvergüenzas —le cortó con decisión la señorita Antonia y, cambiando el tono, se dirigió de nuevo a nosotros—: ¡Venga, animales, a la cama! Y ya podéis lavaros bien si no queréis recibir más castigos.

Nosotros nos dirigimos al dormitorio quejándonos del castigo a regañadientes, sin darnos cuenta de que la señorita Antonia, al imponérselo, nos había librado del que nos hubiera podido poner la *Lorito*.

La verdad es que el tercer día, mientras cumplíamos nuestro castigo barriendo el patio, apareció la señorita Antonia, quien, fingiendo aún enfado, nos llamó a los seis y sacando unas manzanas nos dijo:

—Tomad, sinvergüenzas, y que no os vean comiéndolas.

Y se alejó con una sonrisa en los labios. Lo cierto es que desde aquel día hasta que se acabó el castigo lo cumplimos con postre; o bien la señorita Antonia o bien su hermana Lola nos lo daban, eso sí, sin que lo viera la *Lorito*.

La balsa la construimos en los ratos que nos quedaban libres después de las clases de la tarde. Cogíamos la merienda y nos la comíamos camino del lago. Íbamos dando un rodeo, para que nadie nos viera. Al fin, un sábado soleado, terminamos la barca.

—Venga, vamos a flotarla —dijo Pepito ansioso a la vez que intentaba empujar el armatoste, pero sin moverlo un solo milímetro—. ¡Venga, joder, no os quedéis ahí como momias! ¡Ayudarme, hostias!

—No, espera, Pepito —dijo Ramonchu—, primero tenemos que bautizarla pa que no nos traiga mala suerte.



Swansea. La señorita Lola y la señorita Antonia.

—¡Yastá! —exclamó Alejandro entusiasmado (cosa rara en él), que no quería perder más tiempo sin probar la barca— ¿Por qué no la llamamos *Habana II*.

—No, ¡qué va! *El Habana* no es un barco de guerra y no tiene cañones —protestó Pepito, que no consentía que se relacionase para nada su deseo de ser marino con la marina mercante.

—Sí y además es verdaz lo de los cañones —le apoyé—. Mi tío Josemari está en uno que se llama el *Donostia*⁷ y tiene un cañón en la punta, que yo y Ramonchu se lo hemos visto cuando estaba en el muelle de la ría, un poco más lejos del Arenal.

—Es verdaz. Y también lo ha visto mi hermano Josechu —añadió orgulloso Ramonchu.

—Pos a mí me gusta el *Jaime I* y también el *José Luis Díez* —dijo excitado Eliseo—, ¡que menudo cómo silbaban en Begoña los obuses que disparaban a los aviones fachas! Si no se lo preguntáis a mi hermano Germinal, que él también los ha oído.

—A mí también me gustan, lo que pasa es que nuestro barco —objetó Ramonchu, que ya había convertido la balsa en barco— es mu pequeño y éstos son acorzaus...

—¡Mecá, pos sí que es verdaz! —contestó Pepito.

—Güeno, entonces ¿qué? —preguntó impaciente Alejandro.

—Pos podemos bautizarle el *Císcar*, que es destróyer —sugirió Fausto no demasiado convencido, pues su sentido de la realidad, seguramente, no le permitiría ver más que una puerta clavada a dos troncos.

⁷ El *Donostia* fue un *boat* pesquero que junto a otros *boats* (con un cañón pequeño como armamento) entró en combate contra, creo, el *Cervera*; pese a sus heroicos esfuerzos, varios fueron hundidos. El *Donostia* y algún otro fondearon maltrechos en la costa francesa. Mi tío Josemari fue internado con sus compañeros supervivientes. Murió en Le Havre en la década de los cincuenta.

Nosotros, por el contrario, ya nos imaginábamos un navío de guerra capaz de hundir toda la flota fascista. Todos estábamos de acuerdo, así que propuse que Fausto, que se le había ocurrido el nombre, fuera el encargado de bautizar la embarcación.

—¡Jopé! ¿Y qué digo? —preguntó cohibido.

—¡Bah! Pos dices que todos queremos que se llame el *Ciscar* —aconsejó Eliseo.

—Sí —añadió Ramonchu— y dices también que queremos que hunda pronto al *Canarias* y al cabrón del *Baleares*, que salió a hundirnos cuando íbamos en el *Habana*.

—¡Me cago en la hostia —dijo Pepito entusiasmado—, eso sí que está güeno! Y también al hijo puta del *Cervera*, que me cañoneó con obuses en San Sebastián.

Fausto, antes de que la fórmula del bautizo se complicara aún más, se dispuso a comenzar.

—En nombre de...

—¡Un momento, Fausto! —le corté—. ¡Todos con los puños en alto!

—¡Eso! Y cuando acabes cantamos *La Internacional*.

Entonces nos pusimos todos alrededor de nuestra creación con el puño en alto y Fausto dijo ceremoniosamente:

—En nombre de los testigos aquí presentes, nombro a esta bals... digo... a este barco el *Ciscar*. Que ojalá tenga mucha suerte y que hunda pronto al *Canarias*, al *Baleares* y al *Cervera*. ¡Que viva la República!

—¡Que viva! —rugimos los demás.

—¡Que gora *Euskadi askatuta!* —volvió a gritar Fausto.

—¡Que *Gora!*

—¿Has acabau? —preguntó Alejandro, como si no fuera evidente—. Pos venga, a cantar *La Internacional*. ¡Una, dos y tres!

*Arriba los de la cuchara,
abajo los del tenedor...*

Al acabar, hubo quien propuso cantar el himno de Riego e, incluso, el *Gernikako arbola*, del que había dos versiones. Una la cantaban, chapurreando el euskera, los que se sentían más *abertzales*:

*Gernikako arbola
laralai batua
larala sabalsasu,
arbola santua...*

Los que nos sentíamos más republicanos, socialistas o comunistas cantábamos esta otra versión:

*Al árbol de Gernika
Azaña se subió
y al llegar a la punta
mil duros se encontró...*

Después de la «ceremonia», ya estábamos listos para probar la balsa, que para nosotros era un destructor de guerra. Comprobamos admirados que flotaba, aunque muy a ras de la superficie. Pero esto, aunque ninguno sabía nadar, no nos importó lo más mínimo.

No cabíamos todos de una vez, así que hicimos dos turnos. Ramonchu, Pepito y yo fuimos los primeros en montarnos. Fausto, Eliseo y Alejandro, desde la orilla, dieron un empujón a la balsa y ésta se deslizó sobre el lago. Ninguno de los que estábamos a bordo dimos importancia a los centímetros que se había sumergido la embarcación al subirnos.

—¡Aivá, flota! —gritaron maravillados desde la orilla, como si el hecho estuviera en contra de sus expectativas.

Pepito, entusiasmado, comenzó a cantar mientras remaba; Ramonchu y yo le seguimos la bola:

*¿Dónde está el España⁸?
Matarile-rile-rile,
¿Dónde está el España?
Matarile-rile-ron.
¡En el fondo del mar!
Matarile-rile-rile,
¡En el fondo del mar!
Matarile-rile-ron.
¿Quién irá a buscarle?
Matarile-rile-rile,
¿Quién irá a buscarle?
Matarile-rile-ron.
¡Le irá el Cervera!
Matarile-rile-rile,
¡Le irá el Cervera!
Matarile-rile-ron.*

A nadie se le había ocurrido pensar que si no hubiera flotado nos habríamos convertido en naufragos; al parecer nos importaba más la seguridad de la balsa que la nuestra propia. Mientras tanto, Pepito, Ramonchu y yo, ayudados con unos palos, remábamos furiosamente tratando de dar a la patética embarcación la velocidad que corresponde a un destróyer. Flotaba tan bajo la embarcación que el agua nos mojaba la culera del pantalón, pero estaba claro que no le íbamos a dar importancia a un detalle así. Finalmente llegamos hasta el centro del lago, donde vimos con horror que no podíamos tocar el fondo con los remos.

Llegado el turno de los otros, a Alejandro le entró miedo y no quiso embarcar, por lo que rápidamente Pepito decidió repetir y ocupar su puesto. Comenzaron a navegar, pero la barca iba sumergiéndose cada vez más en el agua. Tanto que, cuando Fausto, Eliseo y Pepito llegaron al centro del lago, el agua les llegaba ya al ombligo.

—¡Aivá, si se va a pique el Ciscar! —gritamos preocupados desde la orilla.

Para Pepito, Eliseo y Fausto el único objetivo ahora era alcanzar la orilla. Remaban descontroladamente, como locos, consiguiendo únicamente que la balsa girara sobre sí misma,

⁸ El *España* era un crucero en manos de los sublevados que operaba en el mar Cantábrico cuando fue hundido por un avión republicano. Según la versión, una sola bomba penetró por la chimenea hasta las entrañas del buque, mandándolo en instantes a pique. Los chavales atribuíamos orgullosamente el hundimiento a la puntería sin igual del piloto republicano.

sin avanzar. Fausto comenzó a llorar, pero el miedo no sólo les había invadido a ellos: también en la orilla nos dábamos cuenta por vez primera del peligro que corrían nuestros compañeros. Aterrados, les gritábamos desde la orilla recomendándoles lo que tenían que hacer.

—¡Callaros, jodé! ¿Cómo van a entender a todos al mismo tiempo? —les dije a Alejandro y Ramonchu, quienes se callaron al instante. Ahora ya podía darles instrucciones sin temor a confundirles—: ¡Idiotas, no estáis remando bien! ¡Tú, Eliseo, y tú, Pepito, remar juntos por los lados y Fausto que guíe al *Ciscar* por detrás!

Afortunadamente me hicieron caso y se pusieron a remar todos en la misma dirección; lograron llegar a la orilla, aunque ya digo que con el agua por la cintura.

—¡Vaya balsa de los huevos! —gritó Eliseo, despojándola del honor de haber sido bautizada *Ciscar*.

Por fortuna, el susto había pasado.

* * *

Por aquel entonces, los buques mercantes *Arizmendi* y *Artzamendi* solían cargar comestibles y otros productos en los puertos ingleses y luego, burlando el bloqueo, abastecían con ellos a la República, que aún resistía el embate fascista. Varios marineros vascos aprovechaban, cuando atracaban en el puerto de Swansea, para visitarnos en la colonia. Aquellos heroicos navegantes, que exponían su vida atravesando el bloqueo de los barcos fascistas, eran el único vínculo (junto a la escasa correspondencia de nuestros familiares que las circunstancias permitían) que nos unía a nuestra patria. Si venían a la colonia supongo que era principalmente por invitar al cine o a bailar a las jóvenes auxiliares que nos cuidaban, pero no por eso se olvidaban de nosotros. Casi siempre llegaban cargados de caramelos y no olvidaban traernos noticias de nuestra patria, que servían para mantener vivo nuestro odio hacia los militares rebeldes.

En una de aquellas visitas un marinero le regaló a la señorita Antonia un cachorro de perro lobo, al que llamamos Acherri.

Desde el primer momento, el animal se convirtió en juguete y compañero de los chavales, hasta tal punto que me habría resultado inconcebible hablar de la colonia de Swansea sin mencionar a Acherri. Se dejaba acariciar por todos y los más pequeños lo usaban de Babieca.

Habrían pasado unos dos meses desde la llegada de Acherri cuando Pepito y yo descubrimos a un perro vagabundo alrededor de los cubos de basura. Abriendo los cubos, cogimos desperdicios y se los ofrecimos. Al acabar de comer, el perro se alejó campo arriba.

—Después de que le damos de comer, va y se larga —dijo Pepito.

—Igual vuelve mañana... —le contesté no muy convencido.

Pero sí, al día siguiente el perro volvió a aparecer ante los basureros. Pepito y yo nos alegramos mucho y volvimos a repetir la operación del día anterior. Y así al día siguiente y al siguiente, hasta que conseguimos ganarnos su confianza y, poco a poco, el nuevo perro fue haciéndose habitual en la colonia y acabó por quedarse.

Solamente la *Lorito* se mostró disgustada.

—¡Bah! Lo que nos faltaba. Como si uno fuese poco, otro perro...

Por el contrario, el resto de la colonia estábamos encantados. El perro vagabundo engordó de tal forma que sólo recordaba al perro esquelético que había aparecido en los ba-



Antonia y Lola con uno de los marinos vascos que visitaban la colonia.

sureros el color rojizo de su pelo. Enseguida se había hecho amigo inseparable de Acherri y los dos vagaban todo el día juntos, solos o en compañía de algún grupo de niños. Cuando la señorita Rosa tocaba la campanilla que anunciaba la hora de la comida o de la cena, acudían rápidamente por la cocina. En cambio, cuando la campanilla anunciaba el comienzo de las clases no le hacían ningún caso.

Eran días felices para ellos y para nosotros, pero pronto aparecerían los problemas. Había una granja cercana y los dos perros comenzaron a matar gallinas. El granjero acudió a la directora de la colonia a quejarse y ésta nos impuso como condición para que los dos perros se quedasen que los amaestráramos. Nosotros pusimos todo nuestro empeño en lograrlo, pero los dos animales siguieron comiéndose salvajadas en la granja.

Un día no apareció ninguno de los dos a la hora de comer. La noticia corrió por el comedor como un rayo, pues no había ocurrido nunca antes. Comimos rápidamente y salimos en su búsqueda. Rastreamos en grupos el terreno de la colonia, pero no dábamos con ellos. Registramos también la granja vecina, sin olvidar su cuadra, gallinero y granero, sin que el granjero saliera a decirnos nada, y esto nos extrañó. Parecía que se los había tragado la tierra.

Volvimos a clase apesadumbrados. Incluso la *Lorito* presentía la catástrofe y nos trataba con cariño aquel día. Cuando acabó la clase, descubrimos con horror al perro vagabundo (en el mismo sitio donde lo habíamos encontrado por primera vez) agonizando sobre un charco de sangre. El rastro de la sangre apuntaba hacia la granja, donde había recibido un escopetazo. Acherri se encontraba también herido por perdigones, aunque las heridas eran superficiales.

Todos los críos nos apiñábamos alrededor presenciando la triste escena. Acherri lamía sus propias heridas y luego las de su compañero, aullando de una forma que nos desgarraba las entrañas. Muchos llorábamos amargamente. Otros se quejaban:

—Ha sido el maricón del granjero.

La señorita Lola se llevó a Acherri a la enfermería, viendo que nada podía hacer por el otro. La *Lorito* y Antonia se encargaron de cubrir al agonizante perro con una manta y nos alejaron de allí.

Ese día no hubo más clases, no hubo juegos ni ganas de merendar ni de cenar. El silencio sustituía al barullo habitual. No era más que la calma que precede a la tempestad. Entre nosotros, el odio hacia el granjero no se podía ver, pero se notaba. La rabia nos invadía y el granjero perricida no podía saber la que se le venía encima.

A Acherri las heridas se le habían infectado y le producían ataques de fiebre. No tenía fuerzas para ponerse en pie y permanecía en un rincón de la enfermería sin probar bocado. Por fin llegó el veterinario y se lo llevó a su casa para extraerle los perdigones. La señorita Antonia y Lola se esforzaron en convencernos de que no se iba a morir.

Al día siguiente las maestras acordaron que fuera de luto y no hubo clases. Así nos encontramos libres y sin más tarea que rendir homenaje al pobre perro. Todos juntos enterramos al perro e incluso le pusimos un epitafio: «héroe republicano». En el entierro cantamos, como teníamos costumbre en todas las ocasiones que tuvieran algo de ceremonioso, *La internacional*, el *Gernikako arbola* (en sus dos versiones, tanto la que imitaba los sonidos de la lengua de nuestra patria como la versión castellana) y otras patrióticas.

*Sí me quieres escribir,
ya sabes mi paradero,
en el Batallón Meabe,
primera línea de fuego...*

Había otra que sólo la cantaban las niñas:

*Somos enfermeras,
vamos a curar
a los milicianos
que en el frente están.
¡Viva la República,
en ella nuestra fe!
¡Viva España libre!
¡U.H.P..!⁹*

Niños y niñas, ya juntos, cantábamos esta otra:

*Arroja la bomba,
escupe metralla,
coloca petardo
y empuña la star,
empuña la star.
Con petróleo y dinamita...*

⁹ Unión de Hermanos Proletarios.

A la música del *Eusko gudariak* («Los soldados vascos») le poníamos la siguiente letra:

*Cobarde requeté,
asoma esa cabeza,
verás cómo el gudari
el fusil maneja.*

Sin duda, también cantaríamos:

*Ya está la guerra,
ya se preparan
los españoles
para luchar.
Madres y esposas
quedan llorando,
porque no saben
si volverán.*

*Los alemanes,
los italianos,
los portugueses
forman legión
con los traidores
de Franco y Mola
para traernos
la Inquisición.*

*No llores, neska¹⁰,
que, si en campaña
no me asesinan
los requetés,
para recuerdo
las dos orejas
de un falangista
te he de traer.*

Agotado el repertorio de canciones de guerra que conocíamos, acabamos la ceremonia, quizá puerilmente cómica, pero solemne a la vez, pues estábamos emocionados de verdad. Llenamos la fosa con tierra, colocamos la lápida y el cerco de ladrillos y la adornamos con flores.

Allí mismo juramos vengar al pobre perro. Los mayores, nada más morir el animalillo el día anterior, habían acordado que nos reuniéramos para ver cómo llevábamos a cabo nuestra venganza contra el granjero. Aunque se había denunciado al granjero y es de suponer que las autoridades inglesas, famosas defensoras de los animales, le multarían, no era ése nuestro concepto de la justicia: para nosotros no era suficiente.

Una vez reunidos todos los niños y algunas niñas, las más osadas, decidimos hacerle «la guerra» (*sic*) al maldito granjero, tomando como ejemplo los disturbios que habíamos cau-

¹⁰ «Muchacha» en euskera.



El famoso perro Acherri. Swansea, 1937.

sado en el primer campamento (Southampton) cuando nos dieron la noticia de la caída de Bilbao. Luis, que era el mayor, se nombró a sí mismo comandante y repartió cargos entre los más mayores: Eleuterio, Teodoro, Josechu, Victoriano y Enrique. Los demás seríamos «soldados» rasos divididos en cinco grupos bajo las órdenes de éstos.

El «Estado Mayor» se retiró un poco y en unos minutos volvió a comunicarnos lo que había decidido. El plan que había diseñado era simple: las dos compañías más fuertes atacarían frontalmente, apoyados por una compañía en cada flanco. El otro grupo haría ataques de diversión por la parte trasera de la granja para distraer al enemigo: cinco o seis personas y dos perros. Según el ataque frontal creciera, las compañías de los flancos y la parte trasera se unirían a las dos de choque. Las chicas, mientras tanto, harían de enfermeras y de enlaces entre los distintos grupos.

Para no despertar sospechas entre el personal de la colonia, nos fuimos acercando a nuestro objetivo en pequeños grupos y por el camino íbamos llenando los bolsillos con todas las piedras que encontrábamos e incluso fabricamos algunas hondas —nosotros sabíamos que en el frente de Madrid las usaban los milicianos para lanzar granadas.

Eliseo y yo habíamos quedado bajo el mando de Josechu; Ramonchu y Pepito fueron a parar a la compañía de Enrique; Fausto quedó en la compañía de su hermano, y a Alejandro le tocó ser corneta y mensajero al mando de su hermano mayor.

Cuando llegamos a la granja, nos apostamos a su alrededor y cuando Luis dio la orden comenzamos a lanzar piedras. Fue un fracaso, porque nos habíamos colocado demasiado lejos y las piedras no llegaban. Los perros comenzaron a ladrar, pero nadie salió de la granja.

Nos acercamos más y comenzamos de nuevo el ataque. Las pedradas ahora caían sobre el tejado y rompían las ventanas. Se abrió la puerta y allí apareció *Mataperros* (ese apodo le dimos a partir de entonces) con una escopeta en la mano. Nosotros no nos amedrentamos y concentramos nuestra puntería sobre él. Los habitantes de la granja, furiosos, echaron a co-

rrer en dirección a los artilleros, que seguíamos lanzándoles piedras sin retroceder. En ese momento junto al resto de los niños, bajo la orden de nuestros capitanes, nos lanzamos sobre ellos sin dejar de apedrearles. *Mataperros* y los suyos, sorprendidos, se retiraron dentro de la granja.

Mientras tanto, los otros habían atacado la parte trasera y, al no encontrar oposición, no habían dejado un cristal sano. El granjero salió a la puerta y disparó al aire, pero no nos dio miedo y, ante la salva de piedras, tuvo que volver a refugiarse dentro.

Josechu, envalentonado por el éxito, cogió una estaca y una rata muerta (de las que había por allí tiradas) y, como la chimenea tiraba humo, dijo con una gran carcajada:

—La vieja de *Mataperros* debe de estar haciendo el puchero: yo le voy a echar la carne.

Ayudado por otros dos chavales, se subió al tejado mientras *Mataperros* permanecía dentro de la casa; éste había hecho varios intentos de salir por la puerta de atrás y sorprendernos, pero Enrique y Teodoro, que estaban apostados de vigías, habían dado la señal de alarma y los de la granja, bajo la lluvia de piedras, se habían tenido que refugiarse de nuevo. Era, pues, difícil que nadie pudiera sorprender a Josechu en el tejado. Entonces cogió la estaca, que era para romper la porcelana de los cables del teléfono y evitar así que pudieran avisar a la policía, y al dar el primer estacazo los hilos telefónicos, tensos, salieron disparados. A Josechu le faltó un pelo para perder el equilibrio, pero por fortuna se pudo abrazar a la chimenea. Cogió después la rata por el rabo y la dejó caer dentro de la chimenea. Todos dimos un grito de júbilo.

—Cuidau, Santa¹¹, que sale *Mataperros* —gritó alguien.

Una lluvia de proyectiles cayó sobre él, obligándole a refugiarse una vez más y dando tiempo a que Josechu pudiera saltar desde el tejado y ponerse a salvo.

Antes de que pudiésemos cortar los cables del teléfono habían conseguido avisar a las autoridades. Éstas dieron la alarma a nuestras profesoras, que se presentaron de inmediato en la granja, y no precisamente para ayudarnos. Esquivándolas como podíamos, seguíamos lanzando piedras. Poco a poco, entre amenazas y empujones, lograron controlarnos.

Cuando las autoridades aparecieron ya nos encontrábamos en la colonia recibiendo una bronca de padre y muy señor mío. Los castigos y amenazas llovían sobre nuestras cabezas casi con la misma intensidad con que habían caído las piedras sobre *Mataperros* y su granja. Sólo nos quedaba un consuelo: eran tantos los castigos que nos habían caído, colectivos, por grupitos e individuales, que por mucho que lo intentasen les sería imposible recordarlos y sería difícil que se cumplieran todos.

Por ejemplo, uno de los castigos era ayudar al granjero en las horas de recreo hasta compensar todos los destrozos que habíamos causado. Más tarde nos reunimos y decidimos negarnos a tan humillante tarea. Tampoco creo yo que él tuviera muchas ganas de volver a vernos las caras.

¹¹ A Josechu, con excepción del personal, Ramonchu y yo, siempre, en todas las colonias, le llamaron *Santa* (de Santamaría), nombre que le acompañó hasta su muerte, en 1983.

El caso es que la policía apareció mientras nos echaban la bronca. La visión de los uniformes nos atemorizó y a mí me recordaron una canción que era muy popular en los años anteriores a la guerra:

*Mamá, yo quiero ser
guardia de asalto.
No quiero trabajar,
porque me canso.
Cincuenta duros dan
y una pistola
y una porrita, sí,
de estira y toma.*

En el salón la tensión era palpable e incluso temíamos que nos mandaran de vuelta a Bilbao. Respiramos con alivio cuando los policías, después de hablar con la directora —eso sí, en tono muy serio—, le dieron la mano y se marcharon.

La directora nos abroncó con dureza; hablaba de justicia y leyes, de que se sentía avergonzada de nosotros, de nuestra falta de gratitud y moral. Nosotros nos debatíamos entre el sentido de culpa y, por qué no, la satisfacción de haber vengado a nuestros perros. Nos dijo que la policía había querido llevarse a los cabecillas y que le había costado mucho convencerles de lo contrario, así que respiramos aliviados: no nos enviaban de vuelta a Bilbao. Aparte de los castigos que ya nos habían puesto, nos quedaríamos sin postre y con el dinero que se ahorrara se pagarían los desperfectos; quedaban canceladas todas las excursiones del verano, también para ahorrar dinero; no habría más visitas al cine, etc. Por supuesto, las niñas quedaban excluidas de tales castigos. También recibimos algunos castigos físicos, pero ya no los recuerdo con claridad.

Fue al salir, cabizbajos, de la reunión cuando nos dimos cuenta de la ausencia de Pepito, no le habíamos visto desde el ataque a la granja. Pepito había sido intrépido en la lucha, incluso imprudente, y temíamos que hubiera sido hecho prisionero o algo peor. El resto de la banda (Ramonchu, Fausto, Alejandro, Eliseo y yo) comenzamos a registrar, sin éxito, la colonia y ya estábamos dispuestos a avisar a Luis para que nos ayudara cuando apareció.

Mientras duraba la bronca Pepito había estado ocupado en otra labor. Nos llevó a la cuadra y nos enseñó su botín de guerra: un cerdito. Después de la primera emoción, sopesamos los inconvenientes: no teníamos con qué alimentarle, el personal de la colonia acabaría descubriéndolo (y, desde luego, no parecía el momento más adecuado) y, por último, el granjero nos podía denunciar y la policía sabría dónde buscar el cerdo sustraído. Al final, con mucha pena, acordamos poner al cochinito en libertad lo más cerca de la granja que fuera posible y confiar en que consiguiera llegar por su cuenta a la cochiguera, y así lo hicimos.

La liberación del animalito significó para nosotros el fin de «la guerra». Los dos perros quedaban vengados. Acherri, además, acabó recuperándose.

* * *

Las ocasiones en las que teníamos que chapurrear el inglés en la colonia eran pocas: cuando nos escapábamos a Swansea a mendigar, cuando nos sacaba de paseo alguna visita, etc. En un principio nos comunicábamos con gestos y poco a poco fuimos aprendiendo algunas palabras. Seguramente, las primeras que aprendimos fueron *Spanish, English, Vasque,*

penny, icecream, money... La temporada que pasamos en el hospital, al tener que relacionarnos con gente que no sabía castellano, aprendimos mucho. Allí dábamos los buenos días y las buenas noches en galés (*bore-da, nos-da*).

La *Lorito*, por ejemplo, cada vez que venía una visita le decía: «Setatito, plis» (por *sit down, please*). Como no la entendieran, solía exclamar ofendida: «¡Qué torpes son!». Los niños nos reíamos a escondidas de su pronunciación, todos sabíamos lo de *sit down, please*, porque cuando alguna visita nos llevaba a su casa a merendar ésa era la señal para sentarnos y empezar a comer (por eso lo relacionábamos más con el comer que con el sentarse).

Un 25 de diciembre, después de cenar nos hicieron el reparto de regalos (el Father Christmas). Un miembro del comité de ayuda local se disfrazó con una peluca y barba de algodón, un sombrero rojo en pico y una casaca también roja con puños blancos sobre una gran barriga postiza.

La señorita Antonia, el día anterior, nos había avisado de su llegada.

—Bien, niños, se trata de demostrar vuestro agradecimiento a los señores del comité, que van a hacer posible la llegada del rey mago de Inglaterra para que os haga muchos regalos.

La mayoría reímos. Sólo los más pequeños creían todavía en los Reyes Magos.

—Bueno, dejas de tonterías —continuó diciendo—. Os voy a enseñar a decir en inglés unas palabras muy fáciles que me ha enseñado la directora. Cuando os haga la señal tenéis que decir: «Epe purey». Vamos a hacer una prueba, tenéis que repetirlo tres veces.

—¡Epe purey!, ¡epe purey!, ¡epe purey! —gritamos todos.

—No ha estado mal. Venga, otra vez.

—¡Epe purey!, ¡epe purey!, ¡epe purey! —repetimos.

—Mejor, mejor... pero no lo digáis tan corriendo, dejad espacio entre una frase y otra. Venga, otra vez.

—¡Epe purey!, ¡epe purey!, ¡epe purey!

—Estupendo, ahora sí que ha salido bien.

Al día siguiente, después del banquete, el Father Christmas repartió sus regalos. Cuando terminó, un hombre del comité local nos habló y la directora tradujo al español sus palabras. Ni nos enteramos de lo que dijo, pues estábamos deseando estrenar los nuevos juguetes. Cuando llegó el momento, la señorita Antonia se dirigió a nosotros:

—¡Ahora! ¡Una, dos y tres!

—¡Epe purey!, ¡epe purey!, ¡epe purey! —gritamos al unísono.

Los galeses que nos visitaban se miraron perplejos mientras la señora directora se echaba las manos a la cabeza. La señorita Antonia se quedó desconcertada: viendo que habíamos cumplido sus instrucciones a rajatabla no comprendía qué era lo que había fallado. La verdad es que lo correcto habría sido gritar: «¡Hip, hip, hurra!».

Por aquella época, como no sabíamos casi nada de inglés, nos ocurrió lo siguiente. Ya cuando vivíamos en Bilbao el nombre de ciertos personajes, nacionales y extranjeros, despertaban en nosotros odio o admiración. Franco, Mola, Hitler, Mussolini, Queipo de Llano, Sanjurjo, Primo de Rivera... eran nombres hacia los que sentíamos animadversión. En cambio, Largo Caballero, Azaña, Prieto, Miaja, Lenin, *La Pasionaria*, Negrín o Stalin despertaban

nuestras simpatías. Había, pues, un minero galés que visitaba la colonia de Swansea a menudo. Siempre nos traía golosinas, pero había otra razón, puramente fonética, para que lo viéramos con simpatía: se llamaba Stanley.

—¡Jo, se llama Stalin! —le dije entusiasmado a mi inseparable amigo.

—¡Mecá, vaya suerte que tiene! ¿A que sí, Luisito? —contestó Pepito.

Así que todos los niños de la colonia siempre pensamos que aquel minero se llamaba Stalin, lo que unido a las golosinas que nos traía no hacía sino aumentar nuestro cariño hacia él.

Por aquel entonces también aprendimos la primera canción en inglés. Más o menos, pronunciábamos así:

*Ay guan satajo, Margarita
anchole ustole famiasta
más que rey.*

Muchos años después, por casualidad, me enteré de que debiéramos haber cantado lo siguiente:

*I once had a heart Margarita
and someone stole it from me
at the masquerade.*

*Margarita, tuve una vez corazón
y alguien me lo robó
en el carnaval (de máscaras).*

No tan distante fonéticamente, aunque una verdadera catástrofe lingüística.

* * *

Pasaron, pues, el verano y el otoño y llegó el invierno. Las previsiones de nuestros padres, guiadas tal vez por el deseo de que nuestra ausencia del hogar fuera lo más corta posible, no se cumplían y esa victoria que esperábamos rápida de la República no llegaba. Nuestra salud no era muy buena. Comenzaron a aparecer las gripes y los sabañones en la colonia. Fausto sufrió mucho aquel invierno. Los sabañones le hinchaban los dedos causándole una dolorosa coquección y se llenó de heridas y grietas que supuraban, amenazando infectarse. No había guantes y tenía que protegerse las manos con ungüento y vendas, y a veces con calcetines.

Los tres o cuatro meses que habíamos calculado para volver a casa se convertían en cinco, seis, siete... Deseábamos que una victoria relámpago de la República nos permitiera regresar junto a nuestros padres. Sin embargo, la política de «no intervención» seguía estrangulando a la República, alargando la funesta guerra. Pese a los esfuerzos de los defensores de la libertad, los republicanos perdían terreno palmo a palmo. El gobierno republicano demandaba justicia ante la Sociedad de Naciones, que permanecía sorda, ciega y muda. No se aplicaban sanciones contra el fascismo internacional, que había devorado ya la zona desmilitarizada del Rhin, Abisinia y estaba devorando España.

Las noticias que nos llegaban por correo de nuestros padres eran mutiladas por la censura fascista. A pesar de esta situación, cuando veíamos en los periódicos ingleses cómo iba disminuyendo el terreno republicano, nos negábamos con terquedad a admitirlo. Pensábamos que era una situación temporal y que pronto desaparecería el fascismo de nuestra pa-

tria. Nos animábamos con las ofensivas del Jarama, Madrid, Teruel, el Ebro... Confiábamos en que pasaría el invierno, llegarían la primavera y el verano y, a mucho tardar, el otoño siguiente podríamos volver a Bilbao. Con qué envidia nos escucharían contar nuestras aventuras nuestros amigos de plaza Zumárraga: Chulo, Jausorito, Rasines, etc.; volveríamos a robar las peras y manzanas de la huerta de Atano... ¡Cómo nos confundíamos!

* * *

Cuando helaba, se formaban en los salientes de la casa enormes estalactitas de hielo. Nosotros las chupábamos, por lo que las llamábamos *pirulis*. Uno de aquellos días que heló, después de comer, nos acercamos todos los niños, pequeños y mayores, al lago para ver si estaba helado. Desde lejos vimos el resplandor grisáceo del hielo. Nada más llegar, los mayores tomaron el mando.

—Que no se meta nadie. Primero hay que ver cuánto resiste el yelo. ¡Eh, vosotros dos, imbéciles, que os salgáis he dicho! —dijo Luis—. Vamos a tirar unas piedras pa ver si se rompe.

Una lluvia de piedras, algunas de tamaño considerable, cayeron sobre el hielo.

—Parece que está duro, vamos a probarlo.

—Pero ¿quién va a ser el primero? —preguntó Josechu.

—Uno que sepa nadar —propuso Ramonchu.

En toda la colonia, si había cuatro que supieran nadar ya eran muchos. Bastantes aseguraban ser expertos en natación, pero sólo dos lo habían demostrado: Luis entre los mayores y Fausto (de mi edad), el hermano de Teodoro. A algunos nos parecía bien la propuesta de Ramonchu, pero los que sabían nadar no eran partidarios de ser los primeros en arriesgarse. Así que al final decidimos que fuera el más pequeño el primero: Jerónimo¹². Pese a sus protestas y lloriqueos, no tuvo más remedio que intentarlo.

—¿Quién sabe? Igual resiste el hielo y entonces tú vas a ser el primero que va patinar —le dijo alguien «por darle ánimo».

Las protestas, el llanto, las miradas suplicantes de nada le sirvieron: no estábamos dispuestos a quedarnos sin patinar. Con la cara descompuesta por el miedo, puso un pie sobre el hielo mientras mantenía el otro en tierra firme.

—Güeno, ya lo he probau. Ahora, otro.

—Déjate de chorradas y pon los dos pies —ordenó Luis—. ¿A qué esperas? Venga, agárrate a este palo por si las moscas. Vas a ver cómo no pasa nada, idiota.

Jerónimo se aferró a la rama con las dos manos como si su vida dependiera de ello, a pesar de que estaba en la misma orilla donde no había más de diez centímetros de profundidad. Poco a poco fue apoyando los dos pies sobre el hielo, que resistía su peso. Pero no soltaba la rama, estaba aterrado de miedo. Los demás gritábamos desde la orilla.

—¡Jolín, qué cagón! ¡Patina, órdigas!

Ni por ésas... Jerónimo, invadido por el miedo, permanecía inmóvil.

—¡Empieza ya, desgraciau! ¿No ves que no pasa nada? —le ordenaba Luis—.

¹² Jerónimo Hinojal Calvo. Jerónimo era el crío más joven de la colonia, tendría unos seis años.

Como no patines, vas a recibir un par de hostias.

Y dicho esto dio un tirón y le quitó la rama de las manos. Jerónimo se abalanzó sobre la orilla, pero resbaló y cayó de culo sobre el hielo. Pero ante la amenaza de los mayores, se volvió a poner de pie y se apartó de la orilla un par de metros. Al final fue tomando confianza y llegó hasta el centro del lago. Entonces Luis comenzó a dar instrucciones de cómo entrar cada uno al lago helado, pero nadie le hizo caso. Todos los niños y niñas que estábamos allí nos habíamos unido ya a Jerónimo y comenzábamos a patinar. No sé por qué en vez de dispersarnos por el hielo nos juntábamos todo el rato en el centro del lago. De vez en cuando los mayores se daban cuenta y nos decían que nos separáramos. En un primer momento hacíamos caso, pero enseguida nos olvidábamos y volvíamos todos al centro del lago.

—¡Mirar, mirar! —dijo Pepito— ¡Igual que Sonja Henie!

Y emprendió una carrera disparatada. Seguidamente se dejó deslizar sobre un pie y, doblando el tronco por la cintura, extendió los brazos, completando una cómica figura «acrobática» que, por supuesto, acabó en el suelo.

—¡Jo, vaya hostia que me he dau! —rió Pepito.

Sonja Henie era una famosa patinadora noruega que había conseguido ganar las Olimpiadas de 1928, 1932 y 1936. Había hecho en Hollywood varias películas y nosotros, que por aquella época íbamos al cine algunos sábados, la habíamos visto. Sin duda, era tan buena patinadora como mediocre actriz, pero todos estábamos enamorados de ella.

Ya todos seguíamos el ejemplo de Pepito y queríamos ser Sonja Henie. La capa de hielo no se hundía, resistía. Organizamos un concurso para ver quién conseguía deslizarse más lejos... y el hielo seguía resistiendo.

Llevábamos cerca de dos horas sobre la pista. Muchos habíamos renunciado a la merienda por seguir disfrutando el nuevo pasatiempo, desconocido en nuestro Bilbao. De pronto, un chasquido proveniente del centro del lago. Aterrados, volvimos la vista y vimos cómo Enrique, el hermano de Alejandro, Luis y Lola, se hundía en el lago. Otro niño, cuyo nombre no recuerdo, intentaba evitar, sin éxito, caer en el mismo agujero por donde había desaparecido Enrique. Mientras tanto, los demás salimos corriendo del lago. Desde la orilla, mirábamos preocupados hacia donde habían desaparecido sin dejar rastro nuestros amigos. «Ojalá que salgan, que no se ahoguen», me decía a mí mismo.

El tiempo que pasó nos parecía una eternidad. Josechu, con voz preocupada se dirigió a Luis, quien lloraba en silencio.

—Luis, tú (que sabes nadar) vas a tener que ir a por tu hermano y el otro.

El pobre Luis, luchando contra el miedo que sentía, comenzó a quitarse la ropa. Tenía la cara desfigurada por el dolor, pero no se sentía tan seguro como para ayudar a su hermano. De pronto se produjo el milagro que esperábamos. Por encima del hielo apareció la cabeza de Enrique, que gritaba desesperado. Al poco se vio también la otra cabeza. No podían trepar al hielo, porque se rompía, pero poco a poco se iban acercando a la orilla. Por fin consiguieron salir del lago. Tenían la piel amoratada y temblaban de frío, pero al menos estaban vivos. Aún recuerdo cómo, cuando consiguieron salir del peligro, Enrique levantó el puño (copiado por el otro niño) y con una expresión imbécil marcando su faz, tiritando de frío, a modo de sanvito, gritó tan sólo dos veces:

—¡Victoria! ¡Victoria!

Afortunadamente, lo que podía haber sido una tragedia acabó felizmente. Supongo que no duraría todo más de seis o siete minutos, pero a nosotros nos pareció mucho más. Una vez todos a salvo, volvimos a la colonia. Aún quedaban dos lagos más con la superficie helada, pero ya nadie quiso hacer de Sonja Henie... Habíamos escarmentado.

Por este episodio, Luis cogió fama (injusta) de cobarde. Estaba Luis entonces enamorado de Mari Kolinos, la hermana de Eleuterio. Juntos paseaban, hablaban a solas, se querían como dos adolescentes. Eleuterio, pinchado por nosotros, aunque hasta entonces no le hubiera preocupado el asunto, prohibió a Luis que viera a su hermana. Éste no le hizo el menor caso y Eleuterio, al que seguíamos pinchando, se vio en la obligación de retarle a una pelea. Acudió Luis acompañado de algunos amigos, sus hermanos y nuestra banda (más por acompañar a Alejandro que por simpatía hacia Luis). A Eleuterio le acompañaban el resto de los chavales de la colonia.

Comenzaron a pelear. Eleuterio atacó furiosamente, pero Luis sólo se defendía, sin devolver ni un solo golpe. Al rato, Eleuterio, al ver que Luis no iba a atacar, se alejó llorando de rabia. Luis había comprendido que Eleuterio le atacaba porque los demás habíamos echado leña al fuego, que no tenía nada contra él. A pesar de que tenía catorce años, ya había demostrado su valentía en el lago, pues se había desprendido de la ropa para ir a ayudar a su hermano, aunque fuera con miedo; pero ahora también demostraba su valentía al no querer golpear a Eleuterio, a pesar de ser más fuerte. El resto de los niños nos sentimos un poco avergonzados y comprendimos que Luis no era un cobarde. A partir de ese momento, volvió a ser el líder de todos los niños de la colonia.

* * *

Llegó la primavera de nuevo. Ya llevábamos once meses alejados de Bilbao. Muchos niños deseaban volver a sus casas. Nosotros, los Santamaría, preferíamos quedarnos un poco más. Resulta que, como éramos tan traviosos, temíamos que al volver nuestros padres nos regañaran. Además, siempre que nos regañaban en la colonia nos amenazaban con mandarnos de vuelta a Bilbao. Josechu ejercía de mayor y se esforzaba (eso sí, a coscorriones) en que nos portáramos bien cada vez que nos llamaban la atención, pero con frecuencia era él mismo el primero en incumplir esos deseos de reforma, así que dejábamos lo de «ser buenos» en suspenso hasta la siguiente amenaza de expulsión.

Con la llegada de la primavera decidimos construirnos unos tiragomas para cazar pajarillos. Las horquillas las conseguíamos en cualquier arbusto. Las lenguetas de los zapatos y botas nos proporcionaban el cuero necesario donde iría la piedra. El problema era conseguir gomas, pues entonces resultaba casi imposible conseguir neumáticos. Fue José L. Fuentes quien, haciendo cálculos matemáticos —por algo contábamos con su ingenio—, dio en el clavo.

—Las bragas de las chicas tienen gomas... —dijo un día.

Ese mismo día, cuando las bragas estaban tendidas en la cuerda para secarse, nos acercamos. Ni que decir tiene que no quedó braga sana para cuando las auxiliares se dieron cuenta. Los castigos para todos los que pescaron con un tiragomas fueron severos, pero aún así conseguimos esconder unos cuantos.

Por otra parte, en el patio de la colonia unos obreros que habían estado arreglando las tuberías se dejaron olvidado una rosca de tubo de plomo que, estirada, tendría unos quince

metros de largo. José Luis, armado de un cuchillo, cortó del tubo trocitos pequeños, en forma de postas. Como proyectil, funcionaba mucho mejor que cualquier piedra de las que usábamos, porque se podía apuntar mejor. Por supuesto, en menos de un mes, desapareció todo el tubo del patio.

Lo verdaderamente curioso fue que a nadie, ni siquiera al ingenioso José Luis, se nos ocurriera pensar en chatarra; de habérsenos ocurrido, con el dinero que podía habernos proporcionado la venta del valioso metal podríamos haber comprado tres o cuatro rifles de aire, que incomprendiblemente se vendían en las tiendas de juguetes.

Aquel año nos dedicamos a buscar nidos y coger pajarillos. Todo el que caía en nuestras manos, lo alimentábamos con pan mojado en café, pero al poco tiempo moría.

También recuerdo que esa primavera nos dedicamos a coger —usando como herramientas tenedores— los narcisos silvestres que crecían al lado de los árboles más frondosos y trasplantarlos a pequeñas parcelitas que adornábamos con piedras. Pero aquel entusiasmo por la botánica no duró más de tres o cuatro semanas. La única que se opuso a aquella afición, como siempre, fue la *Lorito*, que nos castigó por usar los tenedores como rastrillos.

Un día de verano nos encontrábamos jugando al fútbol cuando apareció corriendo Pepito, que venía de dar una vuelta. Se presentó sudoroso y jadeante, gritando como un desesperado. Le rodeamos y, recuperando el aliento, consiguió contarnos lo que pasaba:

—En el campo que tiene la yerba tan alta, el questá fuera de la entrada...

—Sí, ¿qué pasa allí? —le apremió Luis.

—Jo, pos que hay un tío con el pito al aire que le está sobando las tetas a su novia.

—No digas, ¿de verdaz? —preguntó Luis intrigado.

—Que sí, en serio.

—¿Vamos a ver, Luis? —dijo Germinal sin poder disimular su entusiasmo.

—Bueno, pero sólo los mayores y los medianos, que estas cosas no son pa los pequeños. Además, vosotros os quedáis aquí pa disimular.

—Jolines, siempre con el mismo cuento —se quejó Jerónimo, pero no le sirvió de nada.

Ramonchu y Pepito también eran considerados pequeños cuando convenía, pero como era Pepito el que sabía dónde estaban los novios y no pensaba decirlo si no le dejaban ir, quedaron incluidos Ramonchu, Alejandro y él.

—Vosotros vos quedáis aquí jugando —dijo Luis a los más pequeños— y si viene alguien, no sabéis dónde estamos.

—Mierda, nosotros también queríamos ver cómo chingan —dijo un chaval.

—¡Como te eche mano, vas a ver, idiota! Vosotros aquí jugando y si vos movéis, veréis lo que vos espera.

Ésa fue una de las pocas veces que vi a Luis tratar injustamente a chavales más pequeños que él. El caso es que nos dirigimos al campo cercano. Cuando llegamos, siguiendo las instrucciones de Pepito, nos fuimos acercando silenciosamente a donde se encontraba la pareja, rodeándolos pero lo suficientemente lejos para que no nos vieran. En efecto, allí estaban, al amparo de la alta hierba, ocultos de la vista urbana. La amorosa pareja, en completo abandono, se encontraban disfrutando de las delicias del sexo. La muchacha se había desabrochado, o lo había hecho el joven por ella, la blusa, dejando al descubierto unos senos exquisitos, libres del sostén. Él los acariciaba con ternura mientras los dos se mantenían unidos por un beso que

nos parecía interminable. La joven, de vez en cuando, por pudor, procuraba apartar la mano del chico de sus pechos, pero sin mucha convicción. Cuando lo conseguía, él separaba sus labios de los de ella y le murmuraba al oído palabras dulces que no comprendíamos, entonces se volvían a besar glotonamente y su mano volvía a los pechos de la joven.

Nosotros, excitados, apartábamos discretamente la hierba para no perder detalle y sospecho que no hubo chaval que no sintiera el crecimiento endurecido de sus partes privadas. Al poco, el joven reposó su mano sobre las rodillas de la muchacha. Tras una breve resistencia, las rodillas se fueron separando y su mano se metió por debajo de las faldas, que dejaban al descubierto los bellos muslos de la chica. No veíamos la mano, pero sí oíamos los suspiros de placer que salían de la garganta de la joven. Después, el joven tumbó a su novia sobre la hierba y mientras le murmuraba palabras cariñosas se desabrochó por completo los pantalones. Sólo vimos un momento su aparato erecto, pues enseguida se echó sobre ella y comenzaron a mover sus caderas.

—Joder, se han puesto a chingar —exclamó Enrique.

—Órdigas, vaya trabuco.

Intentamos que se callaran, pero ya era demasiado tarde. Los pobres amantes pararon con brusquedad sus movimientos amorosos. El joven se levantó de un salto mientras nos buscaba con la vista entre las matas. La muchacha había comenzado a llorar amargamente y trataba torpemente de tapar sus senos y nalgas, aún desnudos. Nosotros nos levantamos como impulsados por un resorte y salimos corriendo en todas las direcciones. El joven hizo amago de perseguir primero a éste, luego a aquél, pero no cogió a nadie.

Ya fuera de peligro, todos nos reíamos como idiotas. Solamente Luis, que por su edad ya estaba cerca de tales enlaces amorosos, dijo lamentándose:

—Jo, les hemos estropeau el flete.

No hubo queja alguna de nosotros al personal. Claro, ¿cómo se iban a quejar los pobres sin descubrir la causa que provocó su descontento?

Un día llegó un hombre del comité para eliminar los molestos nidos de avispas. Taponaba las entradas de los nidos con trapos y les pegaba fuego. Los trapos estaban muy apretados y ardían lentamente echando mucho humo. Después de dos días, con la ayuda de una pala cavaba en el nido y sobre los huevos, larvas, crisálidas y avispas adultas muertas o moribundas hacía una hoguera, con lo que completaba su labor insecticida.

Pero por cada nido que eliminaba aparecían otros dos. Nosotros decidimos ayudar en el exterminio de los indeseables insectos, pero no con un método tan científico... Decidimos, pues, lanzarnos sobre los nidos y golpear a las malditas avispas con ramas, trozos de saco e incluso con nuestras propias camisas, cualquier arma valía. Como se puede imaginar, en estas batallas nos llevábamos muchos picotazos. Una vez, en medio de una de aquellas batallas, Jerónimo dio un alarido. Los demás nos quedamos paralizados mirándolo. Jerónimo se quitó los pantalones a todo correr y echando las manos a sus partes privadas emprendió una loca carrera gritando sin parar la misma frase, como si no hubiera más palabras en el idioma:

—¡Ay, me ha picau una oveja en los cojones!

Nosotros le perseguíamos riéndonos. El alboroto atrajo la atención de la señorita Lola, quien cogió a Jerónimo en brazos y lo llevó a la enfermería. Desde fuera lo oímos quejarse un largo rato. Es de imaginar las muchas amonestaciones que recibimos, pero no hacían

falta, el miedo a ser picados por las avispas en parte tan delicada acabó con nuestro afán de guerrear contra ellas.

A mediados de 1938 comenzaron a correr rumores de que estaba comenzando la repatriación de los niños que habíamos salido de Bilbao huyendo del fascismo. A unos sesenta o setenta kilómetros de Swansea, en Caerleon, había otra colonia de niños vascos refugiados. Un grupo de estos niños llegó de excursión a nuestra colonia y nos contaron que algunos de ellos iban a volver pronto a Bilbao. El resto de aquella colonia serían reacomodados en otras; así fue como empezaban a desaparecer las colonias en Gran Bretaña. Poco después de aquella visita nos enteramos de que la colonia de Caerleon había dejado de existir.

Durante unos días, la atmósfera que se respiraba en la colonia cambió. Todos hablábamos sobre la vuelta a nuestra patria, todos teníamos hechas las maletas. Al cabo de unos días, nos olvidamos del retorno y la normalidad volvió de nuevo.

* * *

Desde que llegamos a la colonia, la *Lorito* se encargó de peinarnos todas las mañanas. Lo malo es que, como nos peinaba a todos, tenía que ir deprisa, así que formábamos una cola delante de ella después de lavarnos.

—La cola —nos había advertido— deberá ser continua hasta llegar al último. Si se rompe la cola, todos los que estén detrás recibirán un cocotazo al instante; si vuelve a romperse, los que falten de peinarse, además del sopapo, se quedarán sin postre y si se vuelve a romper la cola... ¡pobres de los que lleguen después!

Nosotros, ante tal advertencia, procurábamos por todos los medios que no se rompiera la cola. Así que si veíamos que no llegaba nadie, nos echábamos un poco de agua por encima y nos acercábamos para ser peinados.

Un día de aquellos, mientras nos lavábamos, le grité a Ramonchu:

—Corre, Ramonchu, que se rompe la cola...

Ramonchu no había hecho más que mojarse el pelo, pero logró llegar a la cola justo antes de que la *Lorito* acabara con el niño que estaba peinando. Nada más llegar, la maestra notó que no se había lavado y le soltó una fuerte bofetada.

—¡Granuja, tú no te has lavado!

Ramonchu intentó esquivar la bofetada, con tan mala fortuna que recibió el golpe de lleno en la nariz y comenzó a sangrar abundantemente. La *Lorito* se quedó por un momento desconcertada, pero enseguida dijo, casi con dulzura:

—¿Ves, Ramonchu, lo que pasa por ser malo? Ven aquí, que no ha sido nada. Pon la cabeza en alto y verás qué pronto para la sangre.

Demasiado tarde. Ramonchu, y yo detrás, había salido corriendo como un bólido en busca de nuestro hermano mayor. Entre sollozo y sollozo, iba gritando:

—La cabrona de la *Lorito* me ha pegau un puñetazo en las narices...

Por el camino iba dejando un rastro de sangre. Encontramos a Josechu con un grupo de chavales que por lo visto ya le habían informado. Ramonchu estaba lleno de sangre y Josechu se enfadó mucho.

—Pos ahora vaver la chocha esa de los güevos.

Y salió como un terremoto en busca de la *Lorito*, seguido de nosotros dos y un grupo de curiosos. La encontramos en el salón de juegos. Ella también parecía estar buscando a Ramonchu.

—Ven aquí, judío. ¿Qué forma de insultar a una profesora es ésa?

Enseguida dejó de dirigirse a Ramonchu, porque Josechu se había avalanzado sobre ella como un salvaje. La maestra se quedó cortada ante la furia que demostraba Josechu. Éste la embestía mientras daba puntapiés a diestro y siniestro. La *Lorito* no se quedaba corta y le lanzaba bofetadas al tiempo que gritaba:

—Sinvergüenza, ¿cómo te atreves?

Ramonchu y yo llorábamos, pero de vez en cuando, si Josechu se veía en un aprieto, nos lanzábamos contra la maestra para defenderle. Atraída por el vocerío, llegó corriendo otra profesora, la señorita Antonia, que separó a Josechu dándole un fuerte golpe:

—Pero ¿qué estás haciendo, salvaje?

Josechu no creía merecer ninguna amonestación por defender a su hermano pequeño, y menos si venía de su *ángel de la guarda*.

—Mire ustez cómo le ha puesto las narices a mi hermano Ramonchu esa vieja.

Y sin poder contenerse más, rompió a llorar amargamente. La señorita Antonia entonces se dirigió a la otra profesora con severidad:

—Pero ¿qué ha hecho usted?

—Estos judíos son unos granujas sin vergüenza ni educación —contestó sin dar ninguna explicación.

La señorita Antonia, con la compostura y sensatez de las que no era capaz la *Lorito*, se dirigió a Ramonchu:

—Ven, hijo mío. Ven para que te cure y te limpie. Y vosotros —nos dijo a Josechu y a mí—, retiraos inmediatamente, que no me entere yo de que seguís molestando a la maestra.

—¡Por unas jodidas alubias! —exclamé sin contenerme.

—¿Qué? —preguntaron las dos sorprendidas y enfadadas a la vez.

Yo salí corriendo. Nadie entendió, y menos las dos profesoras, lo que había querido decir con lo de las alubias. Unos días antes, la *Lorito* nos había castigado a los de la banda, yo incluido, sin postre por no acabarnos las alubias, de ahí era de donde venía mi comentario.

Pero no acabó ahí el asunto. Aparte de lo que discutieran a puerta cerrada las dos maestras, Josechu se quedó con deseos de vengarse. La oportunidad se le presentó unos días después.

La *Lorito* siempre estaba tejiendo. Raro era el día que no se la veía con un ovillo de lana y unas agujas de hacer punto. Incluso cuando nos daba clase, muchas veces estaba haciendo punto. De vez en cuando olvidaba dónde lo había dejado. Pedía entonces la ayuda de unos cuantos chicos y enseguida lo encontraba, pero un día el punto no apareció. La *Lorito* se enfadó muchísimo según pasaba el día, pues sabía que alguno se lo habíamos quitado. En efecto,

Josechu, sin decírselo a nadie, lo había arrojado al zarzal que había detrás de la cuadra. ¡Ya estaba vengado su hermano!

—Bueno, a la cama todos, mañana aparecerá mi punto —amenazó la *Lorito*.

Todos temíamos lo peor, pero nadie, excepto Josechu, sabía qué había pasado con el dichoso punto. La mañana siguiente la *Lorito* cambió de táctica y prometió no castigar a nadie si el punto aparecía... pero ni por esas. Comenzó entonces a interrogarnos uno a uno. El resto de los niños no escuchaban las preguntas, sólo las respuestas y se preguntaban si alguien se estaba chivando, que era precisamente el ambiente de desconfianza que la *Lorito* quería crear. Entonces le llegó el turno a Eliseo. La maestra, que hasta ese momento se había movido con aplomo, le miró fijamente y le preguntó en tono acusador:

—¿Dónde está mi punto?

—¿Qué punto? Si yo no sé nada —contestó aterrizado.

—Sabes muy bien a qué punto me refiero, el mío, el que me has cogido.

—Pero si yo no he sido —gimió el pobre Eliseo.

La *Lorito*, viendo que por ese camino no conseguía nada, cambió de tono:

—Mira, Eliseo, hijo, me he enterado de que has sido tú y de nada te servirá negarlo. Uno de tus amigos me lo ha dicho, así que no seas tonto, dime dónde lo has escondido y no te castigaré.

No podía ser. Era evidente que estaba pescando, porque los críos temíamos más ser tachados de chivatos que los castigos y los azotes; éstos pronto se pasaban y acababan siendo olvidados, pero la mala fama, sobre todo de cobarde o de chivato, te podía acompañar más tiempo, así que era difícil que nadie hubiera delatado a Eliseo. Pero él sólo supo replicar gimiendo:

—Se lo juro por mi madre que yo no he sido.

—Si tú no has sido, sabes quién ha sido. No seas tonto y dímelo.

—Le juro que no sé nada —volvió a gemir Eliseo.

Entonces la *Lorito* abrazó a Eliseo y con voz cariñosa le dijo:

—Si sé que has sido tú, hijo mío. Lo has hecho en broma, ¿no es eso?

—Si yo no...

—Ale, no seas tonto y dímelo, que no te castigaré. Has sido tú, ¿verdad? —dijo mientras le abrazaba alentándole a confesar.

Esta última demostración de afecto desarmó completamente a Eliseo, que confuso, pero fiándose de lo que le prometía la maestra, rompió en llanto admitiendo la culpa (a pesar de no tener ninguna).

—Sí, yo he sido, perdóneme...

—¡Sinvergüenza, judío! —le cortó la *Lorito*—. Ya lo sabía yo, con que tú no habías sido, ¿eh?

Mientras decía esto comenzó a zarandearlo, a la vez que Eliseo, entre la sorpresa y la incredulidad por lo poco que habían durado las promesas de que no habría castigo, ahogándose en llanto, volvió a quejarse alegando su inocencia.

—De verdaz que yo no he sido.

Demasiado tarde, la araña había tejido su red y el insecto había caído en su trampa. La *Lorito* golpeaba al niño por todos lados a la vez que le preguntaba:

—¿Dónde está mi punto, canalla?

Alguien fue en busca de Germinal, que era hermano de Eliseo, tal vez pensando que haría como Josechu y nosotros, los Santamaría, y se lanzaría sobre la *Lorito*, pero Germinal era un chaval muy sensible que no se metía en una pelea violenta y menos contra una persona de autoridad; se limitó a mirar llorando cómo su hermano recibía una bestial paliza. Estoy seguro de que a Josechu le remordía la conciencia, porque por su culpa otro estaba recibiendo semejante castigo, pero ya nada podía salvar a Eliseo.

—¡Qué paliza le está dando, si le ha hinchau el morro!

—Por favor, señora —dijo Germinal—, no pegue más a mi hermano Eliseo.

Pero la *Lorito*, sorda a sus súplicas seguía machacando a Eliseo.

—¿Dónde está mi punto, granuja? Vas a seguir recibiendo hasta que lo digas, así que ya lo sabes.

Eliseo no sabía dónde podía estar el punto, pero tampoco podía seguir alegando su inocencia, porque los golpes no iban a parar por eso. Así que, desesperado, dijo lo primero que se le ocurrió.

—Lo he tirado por el retrete y le he dado a la bomba.

—¿Qué? Sinvergüenza, ahora mismo a por él.

La *Lorito* salió del cuarto zarandeando al pobre Eliseo. Detrás salimos todos los chavales que estábamos presentes en ese momento.

—¿En qué excusado? —quiso saber la *Lorito* mientras le soltaba otro bofetón.

—En el tercero —tartamudeó Eliseo.

A lo largo de una pared había un urinario y en la de enfrente, seis pequeñas celdas, cada una con su retrete.

—¿En cuál de ellos dices que lo has tirado?

—¿Qué? ¡Ay, ay! En ese de ahí.

—Pues venga, a cogerlo —y le obligó a rebuscar mientras le pegaba—. ¡Mete la mano más adentro!

Eliseo no sacaba más que excrementos del fondo de la taza. Poco a poco fue manchándose con las repelentes heces hasta el hombro. La *Lorito* no por eso dejaba de pegarle. De vez en cuando Eliseo se cubría de los golpes con el brazo manchado, embadurnándose toda la cara y, a la vez, a la profesora. Los demás, por repugnancia y por temor a que la furia de la maestra se extendiera también hacia nosotros, nos habíamos alejado un poco.

La escena era grotesca. Eliseo yacía en el suelo con el brazo metido hasta el hombro en la taza, embadurnado por una mezcla de orines, excrementos y sangre, la cara desfigurada por los golpes y emitiendo débiles suspiros, sin fuerzas ya para llorar. La *Lorito* no por eso dejaba de pegarle. De pronto sonó a nuestras espaldas la voz airada de la señorita Lola:

—Pero... ¿qué está haciendo?, ¡bárbara!

Sin ningún reparo dio un fuerte empujón a la maestra, lanzándola contra el urinario de la pared de enfrente y con las lágrimas escapándosele de los ojos se agachó sobre Eliseo.

—¡Qué horror! —dijo mientras lo llevaba al lavabo más cercano para limpiarlo.

Después de lavarlo un poco se lo llevó abrazándolo mientras se oía la voz de Eliseo que, llorando, decía:

—Yo no fui, señorita.

* * *

Había un chaval que creo recordar que se llamaba Santi. Un día, al desnudarse para tomar uno de aquellos baños de azufre para combatir la sarna, estaba Josechu delante. El muchacho en cuestión estaba bastante desarrollado para su edad e incluso le comenzaba a aparecer el vello púbico. Josechu, al verlo, exclamó:

—¡Joder, vaya mondongo!

Desde aquel día se quedó con el nombre de *Mondongo*. El crío era bastante tímido y cuando alguien le llamaba por este mote se sonrojaba, pero no protestaba. Josechu, no contento con haber inventado el mote que tanto atormentaba al chaval, cantaba con la música de una canción inglesa que se llamaba algo parecido a *The Family (La familia)* la siguiente letra:

*Mondongo, pija toro
cojones de mamut,
cojones de mamut,
cojones de mamut.*

Y repetía esta pesada estrofa hasta la saciedad. Ni con castigos suaves ni con severos consiguió el personal que cesáramos la práctica de burlarnos del chaval. *Mondongo* fue el primer chiquillo de la colonia que volvió a España. Su repatriación se produjo mucho antes de que comenzaran las verdaderas expediciones de retorno. Casi no nos dimos cuenta de su desaparición. Un día estaba jugando con nosotros, lo llamaron y no lo volvimos a ver más.

Por lo visto, según los rumores que corrieron, le habían reclamado sus padres. Más tarde nos llegó la noticia de que su padre había sido fusilado por los fascistas y que a su madre la habían torturado, dejándola tuerta. Los niños sentimos la triste noticia y verdadera preocupación por la suerte del amigo ausente. «Pobre *Mondongo*», decíamos como si fuera su nombre y no un apodo. También se decía que la habían obligado a reclamar a su hijo. Esto no lo dudo, puesto que mucho más tarde, cuando nuestra madre nos hizo la primera visita a Gran Bretaña, en el año 1948 ó 1949, nos contó que entre los años 1938 y 1940 —justo la época en la que tanto se jacta un antiguo alcalde de Bilbao de haber colaborado para posibilitar el retorno de los niños vascos evacuados— se obligó con amenazas de severos castigos a muchos padres a reclamar la vuelta de sus hijos. Nuestra madre nos explicó también cómo ella, con el marido preso y sin medios para sustentar como es debido a nuestras hermanas, había sufrido estas presiones para que nos reclamara a nosotros tres, a lo que siempre se negó.

Una mañana de julio nos reunieron en el salón de juegos. Allí nos informaron de que la colonia se cerraría en breve: algunos serían repatriados y otros irían a una nueva colonia. La repatriación sería numerosa, por lo que los que no fueran repatriados ocuparían los pue-

tos que quedaran libres en otras colonias. La directora nos diría después quiénes eran los que regresaban y quiénes se iban a otras colonias.

La noticia nos pilló de improviso. El ambiente que se respiraba era de inseguridad. Nos quedamos esperando inquietos. Los que éramos hermanos nos juntábamos e inconscientemente nos cogíamos de la mano, como para no perdernos.

Por fin llegó la directora. Quedamos en silencio esperando entre intrigados y confusos la información que una vez más decidía nuestro destino. El drama estaba a punto de comenzar, una vez más nos iban a dividir, después de habernos hecho a la idea de que ya éramos prácticamente una familia.

—Queridos niños —dijo la directora—, como ya os han explicado, la colonia se va a cerrar. Vuestros padres se encuentran ansiosos por teneros a su lado de nuevo. Algunos, por razones que no vamos a tratar aquí, aún no pueden reclamaros. Los que se queden irán a una colonia cerca de Liverpool, así que será mejor que os despedáis antes de subir al tren —continuó emocionada—. Ahora prestad mucha atención, que voy a pasar a leer la lista de los que volvéis a España.

Completamente innecesaria la última observación de la directora. No había niño o niña que no estuviera completamente atento. Todos deseábamos volver. Esperábamos ansiosamente conocer quiénes eran los «afortunados», a los que esperaba un duro destino en la España fascista por ser hijos de obreros humildes que habían estado al lado de la República.

Cuando la directora acabó de leer la lista de los que iban a ser repatriados, se mezcló la alegría de los que se iban con los llantos de los que nos quedábamos. El ambiente era patético. La directora, ahogándose por la congoja, balbuceó llorando:

—¡Pobres hijos míos! No lloréis, pequeños, que todos volveréis muy pronto con vuestros padres.

La mitad de los niños, entre ellos nosotros, los Santamaría, no habíamos sido reclamados.

—Bueno, no me importa quedarme un poquito más... No tenía muchas ganas de volver todavía.

Los Santamaría hubiéramos sufrido gustosos unos días más la presencia de la *Lorito* con tal de haber vuelto a Bilbao. Esa era la realidad, por eso era inevitable que los que nos quedábamos nos preguntáramos si es que ya no nos querían nuestros padres. La mayoría no sabíamos nada de la situación en la que se encontraban. Las noticias eran muy escasas y, cuando llegaban, no nos contaban todas las penalidades que estaban pasando para no alarmarnos. Mis hermanos y yo, por ejemplo, desconocíamos que nuestro padre estaba prisionero en un campo de concentración. Mi madre había sido recogida por la tía Raquel y luchaba por dar abasto con la manutención de nuestras dos hermanas, Esther y Lolita.

Por fin llegó el domingo en el que nos despedíamos de Swansea. Los repatriados se irían con la *Lorito* y el resto con la señorita Antonia. Nuestra despedida fue rabiosa. A algún idiota se le ocurrió organizar un recorrido por fuera del caserón e ir rompiendo las ventanas a pedradas. Para cuando el personal, horrorizado, consiguió imponer su autoridad, una multitud de críos habíamos roto una cuarta parte de los cristales de la casa. ¡Qué mal nos despedíamos de la casa que nos había acogido con tanta generosidad!

Ahora todos, arrepentidos de la fechoría que acabábamos de cometer, escuchábamos las severas palabras de reproche de todo el personal. Nos dolían especialmente las de la señorita Antonia, que acabó su intervención de forma demoledora:

—Estoy completamente avergonzada de todos vosotros. Os habéis comportado como las bandas de sinvergüenzas que se dedican a saquear nuestra patria. ¡No sé si podré perdonaros!

Nos sentíamos insignificantes e indignos del cariño que nos profesaba. Su hermana nos miraba con disgusto también. ¡Lo que nos iba a costar convencerlas de que, más que una maldad, lo que habíamos hecho había sido una idiotez sin ninguna explicación posible...! Nos dolía terriblemente ser comparados con los fascistas, que era el peor insulto que se nos podía hacer, por segunda vez (la primera lo había hecho la directora después de nuestro ataque a la granja de *Mataperros*). En ese momento, además, necesitábamos más que nunca del cariño de nuestras dos maestras preferidas. Yo, como supongo que harían otros muchos niños, juré mentalmente no darles nunca más motivos de disgusto y que en el futuro sería siempre bueno y obediente. ¡Menos mal que el juramento había sido hecho sólo mentalmente...!

Los autobuses que nos llevarían a la estación llegaron por la mañana. Nos despedimos de nuestros amigos y cada uno se dirigió al autobús que le correspondía. Desde las escaleras de la mansión, la señorita Rosa y la directora nos deseaban buen viaje.

En la estación de Swansea nos separamos los que nos quedábamos de los que se iban, pues íbamos en distintos compartimentos. Muchos no nos volveríamos a ver nunca.



La señorita Antonia con un grupo de niñas en la Colonia Swansea.

Llegamos a la estación de Liverpool a media tarde. En el andén de la estación nos esperaban un señor inglés cuarentón —alto y enjuto— y dos señoritas que parecían bilbaínas. Eran el director de la nueva colonia, una maestra y una auxiliar. Entre la señorita Lola, la señorita Antonia y ellos nos llevaron al autobús que nos llevaría a nuestro nuevo hogar.

Éste se hallaba en una pequeña aldea llamada Upton Village, junto a la desembocadura del río Mersey (una importante zona portuaria explotada por dos ciudades: en la orilla norte, Liverpool y en la orilla sur —que era donde estábamos nosotros—, Birkenhead).

Llegamos a la colonia a la hora de la cena con un poco de retraso. Los niños de aquella colonia que tampoco habían sido repatriados tuvieron que esperar a que llegáramos para cenar. Nos acogieron con frialdad. Cuando sonó la campanilla, se sentaron en el comedor, dejando un par de mesas completamente vacías para los que llegábamos de Swansea, de esa forma mostraban su rechazo. De todas las colonias en las que estuve con mis hermanos, ésta fue la única en la que perduró mucho tiempo la segregación entre dos grupos: ellos eran los *viejos* y nosotros, los que habíamos invadido su privacidad, los *nuevos*. En parte tenía su lógica: ocupábamos el puesto de sus amigos, de los que habían repatriado, aunque, obviamente, no fuéramos culpables de ello.

A la mañana siguiente, la maestra que nos había ido a buscar a la estación, que, si mal no recuerdo, se llamaba Eulalia, comenzó a darnos clase. La primera tarea que nos encomendaron, que se había convertido ya en una cuestión de rutina, fue escribir a nuestros padres para mandarles las nuevas señas. Mi carta supongo que sería tan escueta como las anteriores, algo así como:

Espero que al recibo de ésta os encontréis bien, nosotros sin novedad. Nos han cambiado de colonia porque la de Swansea se ha cerrado. Mis señas son:

The Basque Children's Home

Upton Village

NR. Birkenhead

Cheshire

Inglaterra

Sin más que deciros, se despide este que os quiere y no os olvida.

Luisito

La vida en la nueva colonia tenía la ventaja de que ya no teníamos que sufrir a la *Lorito*. De nuestra banda había regresado a España sólo Eliseo. Josechu había perdido varios amigos, pero aún le quedaban bastantes. Sólo la segregación entre los *viejos* y los *nuevos* enturbiaba el ambiente. El personal pronto se dio cuenta de la situación e hizo grandes esfuerzos por remediarla. En definitiva, la cosa no pasó de un ambiente frío entre ambos grupos, pero la denominación de *nuevos* y *viejos* duró toda nuestra estancia en Upton; la total segregación entre grupos, aproximadamente dos largos meses. El cambio se produjo con la hábil intervención de doña Eulalia y la señorita Lola. Un día en el comedor especulaban entre ellas en voz alta:

—Sería interesante ver quiénes juegan mejor al fútbol. Aquí en Upton tenemos un buen equipo... —dijo doña Eulalia.

—Pues en Swansea jugaban mucho, y no eran malos con la pelota —contestaba la señorita Lola.

De esta manera quedaba abierto el desafío de jugar un partido de fútbol entre los dos grupos de niños, desafío que, por supuesto, no íbamos a rechazar. Los dos mayores (Joaquín Sánchez por los *viejos* y Luis Ortiz de Pineda por los *nuevos*) se pusieron frente a frente. Ceremoniosamente se dieron la mano.

—Güeno, entonces parece que vamos armar un partido.

—De acuerdo —contestó Luis.

—¿De cuántos jugadores?

—De los que digáis, nos da lo mismo.

—Pos a nosotros no —chilló indignado Ramonchu—. ¡Queremos jugar todos!

—Tú te cayas el pico, chorra —le cortó Luis y, volviéndose hacia Joaquín, continuó—: Güeno, entonces ¿a ti qué te parece?, ¿cuántos jugamos?

—No importa, los que vosotros queráis. Total, como vos vamos a meter un palo...



Colonia de Upton Village, cerca de Birkenead. Vista del caseroón.

—Eso ya se verá. Güeno, ¿qué te parece quince por cada equipo?

—Bien, de acuerdo.

Tenían los *viejos* cuatro pares de botas de fútbol viejas que habían llegado entre los donativos de calzado que nos hacían de vez en cuando.

—Pos nos tendréis que dejar dos pares de botas o, si no, se juega sin botas.

A Joaquín no le gustó mucho la proposición de Luis, pero después de discutirlo acordaron que lo más justo, para que luego no hubiera excusas de si las botas influían o no en el resultado del partido, era cedernos la mitad del calzado de fútbol.

—Güeno, entonces os dejamos las botas, para que después de que vos demos una palizota no vengáis luego con cuentos.

—¿Con cuentos? Ya os hemos dicho que os jugamos un partido todos sin botas, ¡joder! Además, ¿quién quiere vuestras botas? Si no fuera porque no nos cabían en las maletas, habríamos traído todo nuestro equipaje de Swansea.

«Todo nuestro equipaje» al que Luis hacía alusión se reducía a un viejo balón de cuero todo lleno de remiendos cuya goma picada arreglábamos mendigando parches de las visitas que venían a vernos en sus bicis y uno o dos pares de botas que habían llegado mezcladas con el calzado de segunda mano que la gente nos donaba. No importaba, los *nuevos* apoyábamos con gestos afirmativos la fanfarronada que Luis acababa de hacer, ¡no íbamos a admitir que los *viejos* presumieran ante nuestras propias narices de su equipaje futbolístico y no decir nada!

Un inciso a propósito del equipaje de fútbol. Al enterarse mi familia de que yo había comenzado a escribir este libro para contar la odisea que tuvimos que pasar los niños vascos cuando huíamos del fascismo, me regalaron dos libros de Luis de Castresana: *El otro árbol de Gernika* y, completando al anterior, *La verdad sobre el otro árbol de Gernika*. El primero trata de otro éxodo de niños vascos y de otras regiones españolas, similar al nuestro. En su caso, el destino fue Bélgica, pero las circunstancias que les obligaron a abandonar su querida tierra fueron idénticas. Me sorprendió leer en dicho libro que Santi pide una camiseta de fútbol con los colores del Athletic de Bilbao y a los dos días la consigue. Eso hubiera sido imposible en cualquiera de las colonias en las que yo estuve. La realidad que conocí en Inglaterra, como me supongo que ocurriría en Bélgica, en Francia y en todos los sitios donde llegamos huyendo de la guerra, fue la de niños mal vestidos, piojosos, sarnosos y mal alimentados. Nosotros incluso llegamos a pasar hambre en una de las colonias en las que estuvimos, como se verá más adelante.

The Basque Children's Committee, lo he dicho ya, fue el encargado en Gran Bretaña de nuestro mantenimiento. Sus recursos eran los donativos que recogían de sociedades benéficas, sindicatos y las campañas para recoger fondos entre la población. Debo mencionar que la empresa Cadbury's Ltd. en general y el señor Cadbury en particular aportaron una ayuda respetable a la causa de los niños vascos. Otro gran benefactor fue Lord Farrington. No sólo fue solidario con los niños vascos: más adelante ayudó también a miembros del derrotado ejército republicano que habían huido a Gran Bretaña, entre ellos algunos miembros de la Junta de Julián Besteiro y el propio Besteiro.

Aunque esa ayuda desinteresada por parte del pueblo inglés se mantuvo más o menos sólida hasta 1945, nunca llegó a cubrir todos los aspectos. Supongo, además, que habría fallos en la administración central, puesto que algunas colonias tenían más suministros que otras.



Grupo de niños con las señoritas y benefactores ingleses.

En Swansea, por ejemplo, sobraba la comida, pero la ropa siempre escaseó. Incluso algunos niños, por no llevar el culo al aire, tuvieron que usar bragas de niña. Eran éstas de un paño tosco y de color azul oscuro y si se les hubiera quitado la goma que las ajustaba a las piernas por encima de las rodillas, hubieran sido unos estupendos pantalones de fútbol. Recuerdo que a Ramonchu le dieron un abrigo de niña y que, a pesar de sus quejas, no tuvo más remedio que ponérselo (aún conservo una fotografía en la que lleva dicho abrigo). Por supuesto, en esas condiciones, cuando faltaba lo imprescindible, de ropa de deporte ni hablar.

Volviendo al libro de Luis de Castresana, me sorprendió que no se expusiera la trágica miseria a la que fuimos arrojados la mayoría de los niños evacuados. También eché de menos más referencias a la causa fundamental de nuestros sufrimientos y una condena más firme a los verdaderos culpables de que aquellos niños no pudiéramos jugar al calor del verdadero árbol de Gernika. Pero es comprensible si tenemos en cuenta que Luis de Castresana escribía bajo la negra sombra de los mismos fascistas que atropellaron impunemente tantas libertades; quizás si lo escribiera ahora, otra sería la historia. Tampoco comparto sus observaciones en cuanto a la postura que debe adoptar un escritor ante la política. No creo yo que uno pueda quedarse al margen de la política, que a todos nos afecta. Tampoco veo que un escritor pierda su genio literario o su independencia por hablar de política o ponerse al servicio de la defensa de los derechos humanos de la mayoría. Es más, ¿no debe ocuparse cualquier escritor de la política que en el Tercer Reich, y probablemente todavía en el presente, destruyó montañas de libros quemándolos? ¿Es que no ha de hacer referencia a la política que durante 40 infames años «de paz» esclavizó al pueblo español? ¿Es que puede un escritor olvidar la mordaza que sufrió durante esos 40 años lo mejor de la literatura española? Yo creo que no, que no está mal «mirar como los caballos, en una sola dirección» si es la dirección de la verdad, del amor al prójimo y de la libertad. Antes de que sea tarde, ya es hora de frenar las intrigas políticas que nos acechan para que no nos veamos en una situación peor que la de los años treinta, cuarenta, cincuenta, sesenta, setenta (malditos años de paz franquista), para que nos alejemos del peligro de un holocausto nuclear de los malditos ochenta y ¿qué mejor forma que unir y reforzar con la pluma la protesta del humilde?

Pero, volviendo al partido de fútbol que nos enfrentaba a *nuevos* con *viejos*, arreglados los problemas «técnicos», quedamos un día para jugar. Antes del partido Joaquín y Luis,

como capitanes, revisaron cada uno el equipo contrario para asegurarse de que se cumplían los acuerdos. Quince jugadores por cada bando, bien. Pero... ¿qué es esto? Tres jugadores de los *nuevos* con botas de fútbol...

—No, eso no vale, tenéis tres tíos con botas... —se quejó Joaquín.

—¡Hostias! ¿Y qué? Sólo tenemos dos pares de botas, como vosotros.

—Sí, pero son tres con botas...

—Pos hacéis vosotros lo mismo... Es que Luisito es zurdo, si no tenéis uno pos os aguantáis.

Joaquín y Luis estuvieron discutiendo y a punto estuvieron de llegar a las manos. Siempre, en las raras ocasiones en que llegaba un par de botas, yo, por ser el único zurdo, era agraciado con la bota izquierda. No importaba la talla que fuera, con tal de que me entrara el pie. Si sobraba bota, era cuestión de rellenarla con trapos o papeles. La disputa se resolvió al final llegando al acuerdo de usarlas cuatro miembros en cada equipo, a bota por jugador.

El partido duró cuatro días y, cosa difícil, terminó en empate, gracias a la diplomacia de doña Eulalia y la señorita Lola, que así lo sugirieron. Si no llega a ser por ellas, no sé hasta cuándo habría durado el partido.

Después de aquel partido «épico» los *viejos* seguían siendo los *viejos* y los *nuevos* los *nuevos*, pero ya no nos manteníamos separados en nuestros juegos. Quedaba como único vestigio de la pasada tirantez el apodo que nos dábamos. Tan sólo en otra actividad no nos llegamos a mezclar nunca.

Antes de que llegáramos a la colonia, Joaquín había formado un grupo con los más mayores de la colonia al que llamaban, si no recuerdo mal, *Batallón Meabe*. Decían que se preparaban para ir a España y luchar contra el fascismo. A menudo marchaban marcando el paso y cantando a voz en grito alguna canción como *La internacional*, *La joven guardia* o al-



Upton Village. A la izquierda, «niños nuevos»; a la derecha, «niños viejos».

guna otra de guerra que se amoldara bien al paso. Recuerdo en concreto el estribillo de una muy rítmica que cantaban en inglés (y que pienso que está traducida del alemán):

*Turn left, right, left,
Turn left, right, left,
There is a place, comrade, for you.
As we march in the Worker's United Front
For you are a worker too¹³.*

Los *nuevos* observábamos cómo hacían la instrucción con admiración y envidia. También queríamos, con ellos, formar parte del *Batallón Meabe*. Sentíamos tanto como ellos los deseos de participar en la lucha contra el fascismo, pero no conseguimos convencer a Joaquín de que nos dejara entrar en sus filas. Alegaba Joaquín que no tenía tiempo suficiente para enseñarnos y de nada valió que Josechu y Ramonchu dijeran en mi favor que yo ya sabía mucho de aquello, porque había hecho la instrucción en Laguardia.

—Yencima tocaba el tamboril —decía Ramonchu, a pesar de no ser verdad.

Lo cierto es que la guerra acabó unos meses después, mucho antes de que aquellas inocentes criaturas cargadas de buena intención crecieran lo suficiente como para luchar por la liberación de su querido país.

* * *

El primer animal de envergadura que tuve lo capturé en Upton. Hasta ese momento sólo había conseguido cazar, aparte de algún pajarillo que otro, insectos de diferentes clases, algún crustáceo cogido en la orilla del mar al que era mucho pedir que durara vivo un día en cautividad, un frasco de renacuajos y, muy de tarde en tarde, una rana. En Bilbao también cazábamos sogalindas¹⁴, pero en Inglaterra no había casi.

A menudo explorábamos la fauna y la flora de los alrededores. Un día en el que iba yo solo, al atravesar una barrera de arbustos (de esas que delimitan una finca de otra), vi un bulto al que de primeras no di importancia. Enseguida volví la vista. No podía ser, sí, ¡era una tortuga! Sin dar apenas crédito, me abalancé sobre el reptil y salí corriendo, campo a través, hacia el caserón.

—¡Una tortuga! ¡Una tortuga! —gritaba según me acercaba a la casa.

Nada más llegar quedé encerrado en medio de un círculo de niños que se formó a mi alrededor. Todos querían ver la tortuga.

—¡Jo, deja que la toque un poco!

—Oye, ¿por qué no sale? A lo mejor está muerta.

¹³ «Vuelta a la izquierda, vuelta a la derecha,
hay un puesto, camarada, para ti
según marchamos en el Frente Unido de Trabajadores,
pues también tú eres trabajador.»

¹⁴ Sin duda «sogalinda» era una corrupción fonética que curiosamente los niños utilizábamos como una voz más del castellano sin reparar que fuese una palabra vascuence (en euskera *sugelinda* quiere decir «lagartija»). Así mismo ocurría con *zampaburu* (renacuajo) que los niños pronunciábamos «zampaburro». Lo mismo ocurría con *saguchu* (ratón) en ese caso «ratoncillo», que los niños, ni soñar que no fuese una voz perteneciente a la lengua castellana.

—¡Qué va! Es questá asustada. Antes, cuando la traía, ha salido y me ha giñau en los pantalones.

—Ponla en el suelo, Luisito —ordenó de pronto Luis.

—¿Para qué? —contesté, porque no quería soltar el animalito.

—Joder, para ver si anda, chalau.

—¡No, no! No la pongas, Luisito, que igual se *nos* escapa —me aconsejaba Ramonchu haciéndola también suya con el *nos*.

Josechu, como hermano mayor, puso fin a la reunión y se hizo cargo de la tortuga quitándomela de un estirón.

—¡Suéltala, joder! ¡Que la vas apachurrar!

Ya en la colonia no nos faltaron —digo «no *nos* faltaron» porque Josechu y Ramonchu se nombraron socios de mi nuevo «zoo»— ayudantes voluntarios para atender al animalito. Construyeron un vallado enano, pero suficiente como para evitar la fuga de la tortuga. José L. Fuentes se encargó gustoso de construirle una pequeña chabolita para que pudiera resguardarse. Hubo «expertos» en dietas que se encargaban de requisar vegetales de la cocina y de la huerta mientras discutían entre ellos qué era y qué no lo que comía la tortuga. Uno aseguraba que sólo comía carne; otro, que vegetales; incluso uno dijo que sólo comía moscas. La verdad es que ninguno estaba seguro de cuál tenía que ser la alimentación correcta.

Antes de mi fabulosa adquisición, uno de los *viejos* había conseguido capturar un ratón de campo. Hasta la aparición de la tortuga, el ratoncillo era la más preciada mascota de todas las de la colonia. Yo, desde el primer momento, había mostrado gran interés por el animalito, pero pese a todas las ofertas que hice de cambiar el ratoncito por algo mío no pude convencer al chaval. Ahora la cosa había cambiado...

—Oye, Luisito, a ti siempre te ha gustau mi *saguchu*... Te lo cambio por tu tortuga —me dijo el hermano de Joaquín, Javier Sánchez, que era el dueño del ratón.

—¡Joder, Javier, no eres listo que se diga! No te cambio mi tortuga ni por todo tu parque zoológico.

—Pos te doy también mis juguetes.

—¡Qué va, hombre! Que no la cambio por nada.

—Pos antes bien querías cambiarme el *saguchu*.

—Güeno, antes era antes y ahora es ahora. Mi tortuga no la cambio por nada, pero puedes jugar con ella cuando quieras.

—Güeno, ya sabes, y tú con mi *saguchu*. Yo te lo habría cambiado, ¿eh?

La tortuga permaneció en mi poder unos quince días. Una mañana que me presenté cargado de hortalizas de la huerta me llevé un gran disgusto al comprobar que había desaparecido. No la volví a ver más¹⁵.

* * *

¹⁵ Quizá hoy día no se da uno cuenta de la implicación que significaba en 1938 que un niño hubiera visto y mucho menos que poseyera una tortuga. Yo aseguraría sin mucho temor a confundirme que casi el cien por cien de aquellas generaciones de niños sólo conocían al animal a través de dibujos, fotos y cuentos. Teniendo en cuenta que el reptil no es nativo de las islas Británicas, sino importado para luego ser vendido como curiosa mascota, en aquellos tiempos vedado a los niños de familias humildes, el impacto que provocó en mí como dueño de uno y en los demás chiquillos como admiradores y testigos presenciales, fue de magnitud extraordinaria.

Siempre me había gustado la música. Cuando estaba en Bilbao, había aprendido canciones en la escuela y en la calle, pero la mayor parte de las que conocía las había aprendido de mi madre. Mi madre no cantaba mal y, aunque no tenía una voz potente, cantaba con dulzura y nunca desentonaba. Prefería las canciones románticas, pero también cantaba tangos, jotas, flamenco, cuplés, pasacalles, canciones vascas, zarzuela o romances larguísimo, siempre con fin trágico, que hablaban de caballeros, de damas, de niñas... Muchas de ellas, dignas de figurar en las páginas de «sucesos» de cualquier periódico sensacionalista...

*Allá en las catacumbas de la ciudad de Nueva York
ha desaparecido de las tres hijas la menor [¿o era la mayor?]
con vestido de volantes, zapatitos de charol,
allá en las catacumbas de la ciudad de Nueva York.*

O aquella otra que sucedía en la calle del Oro, en la que había una chica muy guapa que iba a salvar a su novio; la de otra chica que iba al cadalso ¿era Mariana Pineda?; la de la moza que se niega a obsequiar al caballero con la flor que le pide, él lo toma a mal y la moza, muerta de miedo, le dice:

*Tenga, caballero, la flor de mis manos
y déjeme vivir con mi querido hermano.
No quiero la flor de tus manos
ni tampoco a ti
que mi conciencia ha dicho
que tienes que morir,
que tienes que morir.
Sacó un puñal de oro y allí la mató;
sacó otro de plata y allí la enterró.*

O la de la huerfanita que anda buscando a su madre por los portales, que acaba así:

*No llores, niña, no llores.
Tu madre, tu madre en el cielo está.*

Pero las que más me gustaban eran *Quisiera volverme hiedra* y *Cojo la vara y mi carro*, además de una de estilo flamenco:

*Me llevaron a la audiencia,
a la audiencia me llevaron.
Me llevaron a la audiencia,
me fartaron los testigos.
La rasón salió perdiendo,
la rasón salió perdiendo,
la rasón salió perdiendo
porque el dinero ganó.
Yo la revorvía, yo la revorví
los calsones de tu viejo se te arruguen
por no haber sabido querer.*

O bien esta otra:

*Traigo mansana, guinda, frambuesa y siruela
y pa lo bueno mercaore traigo la breva.
Que ya le picó el pajarillo a la breva.*

Queridant
Upton, Winal
Biquentosa
Cheshue

Upton 19-8-38.

Querida madre hermanas y demas familia: perdona por no haberte escrito antes pero es porque la Sr. Antonia y su hermana se fueron 15 de vacaciones y no han vuelto hasta anteaayer y como a ella le dan la carta y luego ella nos la da a nosotros tuvimos que esperar a que ella vendiera y ademas que nosotros no sabiamos si habiamos tenido carta.

Perdona por no haberte felicitado pero creo que ya sabes que yo no sabia cuando hacias tu cumpleaños, y por eso a sido. A Ramonchu le estoy haciendo que se porte mejor con todos y que no sea malo.

Aqui estamos bien. ayer fuimos en unos barcos que se llaman Foxis que son unos vaparitos que dan la vuelta a la costa en dos horas y lo pasamos muy bien comimos galletas heladas

y recibimos limonada limonada y mas cosas y tambien cantamos me gusto mucho pues vimos muchos edificios de Liverpool y muchos barcos muy bonitos.

El sabado de esta semana vamos a ir a una playa a nadar y andar en unas gasolineras que son para dar choques como los autos de las barracas, solo que estan andando por agua: ama ya se nadar bastante y Luisito un poco y Ramonchu sabe ya sostenerse, pero da pocas avanzadas.

Ama ya he escrito al tío Candido y le he mandado una foto de los tres que es como la que te mande a ti. Me alegro mucho que Paquito este bien pero si puedes le dices que me escriba. En mas por ahora muchos abrazos y besos para todos y tu recibe todo el cariño de tu hijo.

Josechu

Los tres hermanos Santamaría
escriben a casa desde la
«Tierra Verde», Upton.

Querida madre hermanas y de mas familia aqui sin novedad como tu lo espero que tu estes bien siento no haberte escrito antes porque no hemos podido porque la Sr. Antonia fue a veranear.

Nosotros fuimos a un barco y somos uno de Belgica y otro de Papones tambien. habia un portaviones y uno de guerra haciendolos, comimos limonados helados cuando ibamos en el autobus le vimos le vimos a la Sr. Antonia que venia de veranear pasamos muy bien la tarde.

Como le dices a las meninas que nos escriban diciendonos lo que saben de escuela, personas españolas y nos traen muchas cosas ya se nadar algo por que lo ancho de

la piscina me lo paso por dos veces y media, tambien se nadar por debajo del agua cada dia sabemos mas de escuela aqui no tenemos escuela porque es fiesta muchos recuerdos a mis padeinos sin mas se despide tu hijo con muchos besos y abrazos y tu recibe muchos besos muchos recuerdos abrazos y besos para Paquito y para las meninas y primas

Luisito

Querida madre y hermanas estamos muy bien hace muchos dias se habian marchado la señorita Antonia y la señorita Lola a una isla ya han venido y nos han traído otro juego del golf uno para los mayores y otro para los pequeños que ese juego es muy bonito. Este sabado que a pasado hemos ido a parar una

vuelta a la costa en barco con todos los de la colonia y muchos niños ingleses y no se podía dar un paso de tanto que había y nos dieron una limonada un chocolate y un helado y vimos muchos barcos y alíen
Lire mas por hoy se despide tu hijo que te quiere y te desea beste pronto.

Ramónchín

Buenita señora:

Como verá por lo que le dicen sus hijos, he estado de vacaciones 15 días en un sitio muy bonito y lo he pasado muy bien, pero ha sido un gran descanso para nosotros, pero en estas casas es mucho el trabajo que tenemos.

Por aquí hace un tiempo esperaba y esta semana van a llevar a los niños a una playa muy

grande donde hay unas maravillas bonitas, así que están muy contentos todos. El día mas por hoy, con recuerdos a Paquito, Raquel y Chus, se despide de Ud. muy cariñosamente

Antonio

La oportunidad de enriquecer mi sentido musical con un instrumento se me presentó en las navidades de 1938. Aún estaba presente en la mente del pueblo inglés la desdicha de los niños vascos y, pese a nuestro comportamiento en ocasiones asilvado, nos invitaban a participar en las fiestas escolares que hacían para los alumnos británicos unos días antes de que comenzaran las vacaciones de navidades. La totalidad de niños de la colonia acudimos a dos o tres de estas fiestas. Todas consistían en lo mismo: primero juegos, luego una succulenta merienda y, por último, antes de partir de vuelta a la colonia, regalos para todos los niños, españoles e ingleses.

En una de aquellas fiestas, estuvimos jugando a las *Musical chairs*. Se colocaban sillas en círculo y, mientras sonaba el piano, íbamos bailando alrededor, siempre un número de niños superior al de las sillas disponibles. Cuando el piano dejaba de sonar, debíamos sentarnos en una de las sillas. Quienes quedaban sin silla eran eliminados. Se quitaban algunas sillas y así sucesivamente hasta que sólo quedaba una silla y dos niños.

Los niños ingleses, bien porque nos dejaron ganar, bien porque sus ataques por conseguir una silla no eran tan furiosos y violentos como los nuestros, quedaron eliminados en la tercera o cuarta ronda, dejándonos a los niños de la colonia campo libre para disputarnos salvajemente las sillas en medio de una batalla campal.

Aquel día, cuando Father Christmas vino a repartir los regalos, dejó el saco con los juguetes en el suelo para que nosotros mismos cogiéramos lo que quisiéramos. Los niños ingleses cogían cada uno un regalo, pero nosotros enganchábamos dos y hasta tres regalos, y luego había que convencernos para que los dejáramos... No era el único problema. Si los niños ingleses esperaban su turno, nosotros queríamos todos meter la mano en el saco a la vez (¡no fuera a ser que por no andar uno listo se quedara sin su regalo!). Lo único que con-

siguió aquel señor disfrazado de Caperucita Roja fue dar una cierta imagen de orden y que los ansiosos niños vascos, de uno en uno, no cogiéramos más de un regalo.

Uno de los chavales vascos que ya había obtenido su regalo, al desenvolverlo gritó:

—¡Jo, una filarmónica!

—¡Aivá, filarmónicas! —nosotros solíamos llamarlas así—. Ramonchu, prueba a coger una y, si a mí no me toca, te la cambio —le pedí a mi hermano.

A partir de ese momento, chiquillo que metía la mano en el saco, chiquillo que buscaba entre los regalos una armónica. Cuando me tocó el turno aún pude lograr una. Con la reluciente armónica en mi poder me sentía feliz. Exploré un poco el instrumento, ayudado de mi buen oído, y ese mismo día logré tocar de principio a fin *No me mates con tomate*.

En dos o tres días aprendí una canción que nos habían enseñado los *viejos* y que habían adoptado como el himno de su equipo de fútbol antes de que llegáramos de Swansea. La inocencia infantil no logró captar el doble sentido. Decía así:

*Dicen que van a construir
un ferrocarril de hierro
para transportar carbón,
para transportar carbón,
para transportar carbón,
pa calentar las mujeres.*

*Pa calentar las mujeres
ya no hace falta carbón,*



Niñas de Upton Village interpretando el baile vasco «Hilanderas».

*que sin carbón se calientan,
que sin carbón se calientan,
que sin carbón se calientan,
viendo jugar al futbol.*

*Viendo jugar al futbol
no hay mujer que tenga frío
porque al tiempo de chutar,
porque al tiempo de chutar,
porque al tiempo de chutar
dicen que se la han metido.*

*Dicen que se la han metido
el balón entre las redes,
pero no se han dado cuenta,
pero no se han dado cuenta,
pero no se han dado cuenta
que José estaba en la puerta.*

José, por lo que los *viejos* nos decían, era un chico que jugaba de portero muy bien y en la colonia era todo un mito, aunque nosotros no lo llegamos a conocer, porque había sido repatriado antes. También aprendí a tocar *Luciano tiene unas botas, Eres alta y delgada, Ator, ator, La casa del señor cura, Paloma del palomar, En un anchuroso lago, Desde Santurce a Bilbao*, algunas canciones de guerra, pasacalles, el *Gernikako arbola, El himno de Riego, La joven guardia*, parte de *La internacional* y, también, el *Cara al sol*, que me habían hecho aprender a la fuerza en Laguardia y que la tocaba de oído cuando algún chaval me lo pedía:

—Toca la desos cabrones fachas, ya sabes. A ver cómo va, Luisito.

Llegó el momento en que con sólo saberme la tonada ya la podía tocar de primeras, sin ensayar siquiera. También, instintivamente, sabía cuándo una canción no la podía tocar con la armónica. En el siguiente campamento, al conocer a un chico que se llamaba Enrique y que tocaba la armónica muy bien y ver que él tenía una armónica de las de botón¹⁶ que daba todas las notas, comprendí que la mía sólo tenía las notas naturales.

Cuando llegó a oídos del personal mi habilidad musical, pasé *ipso facto* a acompañar al grupo de bailes y cantantes que constantemente organizaban conciertos para recoger fondos en nuestro beneficio. Mientras tocábamos y cantábamos las niñas bailaban la jota:

*Andre Magdalen, andre Magdalen,
lauren erdi bat olio
aitat jornala ezkariltzeran
amat pagatu olio...*

Y pasábamos de la jota a la porrusalda:

*¿Qué quieres que te traiga?,
que voy a Madriz.
¿Qué quieres que te traiga?,
que voy a Madriz.*

¹⁶ Armónica cromática.

*No quiero que me traigas,
que me dejes ir, ¡ay, ay, ay!
que me dejes ir, anda resalada,
que me dejes ir*

*Al pasar el trébole, el trébole...
Al pasar el trébole, la noche de San Juan...
Al pasar el trébole, el trébole, el trébole...
Al pasar el trébole, los mis amores van...*

Y luego seguíamos:

*La porrusalda bailo,
que no bailo más,
la porrusalda bailo,
que no bailo más,
no bailo más ni menos,
ni menos ni más, ¡ay, ay, ay!
ni menos ni más, anda resalada,
ni menos ni más...*

Al pasar el trébole, el trébole, el trébole... Etc.

Como el repertorio era siempre el mismo, nos aburríamos bastante. Yo tocaba la armónica, así que lo que cantaran los otros no era asunto mío. Un día se decidió, y a mí no me incumbía, cambiar la letra de lo que cantaríamos. El objetivo era que no nos hicieran más formar parte de aquellos conciertos y se decidió no avisar a nadie ajeno de lo que íbamos a hacer. Las chicas que bailaban esperaron que comenzara la música y se pusieron a bailar.

*Andre Magdalen, andre Magdalen,
lauren erdi bat olio... Etc.*

*El cura de Retuerto
y el de Santa Cruz,
el cura de Retuerto
y el de Santa Cruz
se juegan los cojones
a cara y a cruz... ¡ay, ay, ay!
A cara y a cruz
se juegan los cojones,
a cara y cruz.*

Al pasar el trébole, el trébole...

*Currucu, la gallina,
currucu, el gallo,
currucu, la gallina,
currucu, el gallo,
currucu, las pelotas
del boticario... ¡ay, ay, ay!
Del boticario,
currucu, las pelotas
del boticario.*

Al pasar el trébole, el trébole...

Las niñas, ruborizadas, no dejaron de bailar la porrusalda. Al salir del escenario, dieron rienda suelta a su rabia:

—¡Idiotos, qué vergüenza! ¡Mierdas, más que mierdas!

—¡Bah, si los ingleses no se han enterau!

Pero las que sí se habían enterado fueron la señorita Antonia y doña Eulalia. Los castigos fueron severos, pero yo, afortunadamente, pude convencerlas de que no podía tocar la armónica y a la vez cantar y, por esta vez, me libré del castigo. De lo que no nos libramos ninguno fue de seguir tomando parte en los conciertos. Por tanto, nuestra grosera protesta no tuvo el efecto deseado.

* * *

El cinco de noviembre se celebra el Guy Fawkes Day, «sanjuanada» inglesa. No nos era difícil identificarnos con la fiesta conmemorativa de la llamada «Conspiración de la Pólvora», después de todo el fuego siempre ha ejercido una atracción hipnótica sobre los niños.

La señorita Lola se había comprometido a organizar una fogata para celebrar la «sanjuanada» inglesa. Además, el director de la colonia había prometido que esa noche habría fuegos artificiales. Los chicos nos dedicamos a almacenar combustible, mientras las niñas y la señorita Lola hicieron un monigote que representaría a Franco para quemarlo en la hoguera. Amontonábamos las maderas, pero la pira se desmoronaba y caía al suelo. Fue a José Luis Fuentes al que, como siempre que se trataba de un problema técnico, se le ocurrió la solución. José Luis explicó, a su forma, que aquella fogata necesitaba una chimenea en el centro para dar tiro a las llamas y que lo mejor sería buscar un árbol lo suficientemente grueso y verde como para que resistiera la pira el tiempo necesario. Añadió además que de la parte superior podíamos colgar el monigote de Franco.

Encantados con la idea, con Joaquín y Luis a la cabeza, fuimos al bosque cercano armados de un sinfín de herramientas que servían para todo menos para talar un árbol. Ya en el bosque, Joaquín y los suyos habían elegido dos o tres árboles que, según ellos, eran los apropiados. Por nuestra parte, Luis y su grupo estábamos completamente convencidos de que los que habíamos visto nosotros eran mejores. Finalmente, echamos a cara o cruz a quién hacíamos caso. La suerte recayó sobre Joaquín, que, magnánimo, le ofreció a Luis que eligiera entre los árboles que ellos habían visto.

—Elije el que esté menos torcido...

—Pos éste —dijo Luis después de examinarlos cuidadosamente.

—Es el que iba a eslejr yo... —contestó Joaquín satisfecho.

El árbol elegido medía unos siete metros y era relativamente recto. En la huerta habíamos cogido palas y aunque no tenían los cantos afilados, pues no eran hachas, hicieron el mismo papel. Palazo va, palazo viene, después de una hora de golpes conseguimos despedazar, porque aquello no era cortar, una brecha profunda en el árbol. Por sugerencia de José Luis, atamos a una rama la soga que las chavalas usaban para sus juegos. Llegaba el momento de tirar de la cuerda para derrumbar el árbol. Los más mayores, bajo el mando de José Luis, tiraban con fuerza.

—Venga, todos a la vez. ¡Una, dos y tres! ¡Estirar!

El árbol se resistía, pero por fin se dejó oír un crujido.

—¡Se viene abajo! ¡Se viene abajo!

Y el árbol comenzó a caer, primero lentamente, pero enseguida a más velocidad. Los chavales que tiraban de la cuerda salieron corriendo cada uno en una dirección. Sólo faltaron unos centímetros para que pillara con sus ramas a más de uno. Con el árbol en el suelo, caímos sobre él armados con las palas y algunas azadas y en media hora lo desplumamos como si fuera una gallina. Con el tronco al hombro, volvimos al campo de fútbol de la colonia, donde íbamos a hacer la hoguera y José Luis preparó el cadalso donde fue colgado el monigote fascista. Cavamos un hoyo de algo más de un metro y en él enterramos la base del tronco. José Luis colocó cuatro estacas que apuntaban el tronco. Después comenzamos a amontonar el combustible alrededor. El resultado era perfecto. El cono que formaba la pira era casi exacto y el viento movía el monigote que colgaba en lo alto. ¡Pronto iba a saber ese señor fascista lo que era bueno!

Aquella misma tarde llegaron a la colonia dos señores que no conocíamos. Traían dos cajas llenas de cohetes, petardos y bengalas que nos regalaba la sociedad de Amigos de España Republicana local. Aquellos dos hombres eran los encargados de encender los fuegos artificiales, una pena, porque queríamos encenderlos nosotros mismos. Como consolución, nos dieron a cada uno un sobrecito que contenía seis inofensivas bengalas de mano.

El director roció con dos latas de aguarrás la parte baja de la pira y le prendió fuego ayudado de una larga antorcha. Una columna de humo negro envolvió la pira y el monigote.

—¡Joder, no vamos a poder ver cómo se quema ese cabrón...! —me dijo Ramonchu.

—¡Qué va! Mírale, Ramonchu, mira cómo baila el mamón colgado del pescuezo.

El calor nos hizo retroceder un poco. Cuando las llamas alcanzaron al monigote, un grito de júbilo resonó al unísono desgarrando el aire. El malhechor responsable de nuestros sufrimientos y desgracias se abrasaba... A continuación caía un aluvión de insultos contra aquel montón de trapos viejos e insignificantes.

—¡Que se joda!

—Pa que te acuerdes de nosotros —decía otro.

—A ver si así escarmienta el idiota —se oía a una niña.

De pronto, el odiado muñeco desapareció tragado por las llamas. Pepito, dándonos un codazo a Ramonchu y a mí, decía:

—Se ha ido a tomar pol culo. Le ha estado bien empleado.

Quemado el monigote, llegaron los fuegos artificiales, que nos dejaron maravillados. A lo lejos se veían otras hogueras que quemaban otros monigotes que representaban al infame popular, Guy Fawkes. Muchos veían en aquellos monigotes, sin embargo, al infame germano, italiano o íbero, porque aquellos tiempos era lo que demandaban.

Dos días después de la fiesta, el guardabosques se presentó en la colonia a demandar el pago por el destrozo que habíamos hecho en el bosque. Por lo tanto acabamos, como de costumbre, con el consabido castigo.

* * *

Como ya he dicho más arriba, el balón para jugar al fútbol que teníamos estaba destrozado. José lo cosía con cuidado poniéndole parches que sacábamos de las lengüetas de nuestro calzado, pero raro era el partido de fútbol que duraba más de un cuarto de hora

sin que el balón se pinchara. El caso es que, viendo que peligraba la práctica de nuestro deporte favorito por falta de balón, continuamente pedíamos al personal de la colonia que nos consiguieran uno nuevo. Siempre nos hacían promesas, pero el balón no llegaba nunca y nosotros, refunfuñando, esperábamos la siguiente oportunidad que se presentara para volver a hacer nuestra petición. Tanto insistíamos que un buen día doña Eulalia nos dijo muy seria:

—Mirad, niños, siempre queréis saliros con la vuestra sin aportar siquiera un grnito de arena por vuestra parte. Estáis siempre cometiendo diabluras, desobedecéis a menudo al personal y en no pocas ocasiones nos habéis dejado mal ante los ingleses que tanto nos ayudan. Nos abochornasteis en el concierto cantando canciones desvergonzadas con palabrotas que mejor es olvidarlas. Se han quejado de vosotros los dueños de varias tiendas del pueblo y el guardabosques... Peor aún, os habéis olvidado de que habéis nacido cristianos y juráis y blasfemáis de continuo y, además, os habéis negado a ir a misa los domingos.

Todos escuchábamos en silencio a doña Eulalia, sin atrevernos a llevarle la contraria. A algunos nos parecía que exageraba un poco, pero sabíamos por experiencia que después de una regañina tan larga era fácil que consiguiéramos lo que habíamos pedido, aunque llegara cargado de condiciones. Por eso permanecimos atentos sin rechistar.

—Vais de granujada en granujada —seguía su perorata— y creéis que tenéis derecho a pedir lo que os plazca sin reparar en vuestro comportamiento. Bueno, no queremos recibir más quejas de los ingleses sobre vosotros —por lo que decía doña Eulalia, parecía que empezaba ya la lista de condiciones—, tendréis que obedecer al personal y portaros siempre con educación. También habréis de desistir...

—¿De de qué? —interrumpió alguien.

—Que habréis de acabar con el uso de palabrotas, juramentos y blasfemias semejantes. Y, por último, tenéis que ir todos a misa los domingos, como hacen las niñas. Si cumplís todas estas cosas, os agenciaremos un balón nuevo.

Dicho esto, se fue y allí nos dejó pensando lo que nos había dicho.

—Güeno —empezó Joaquín—, todos queremos un balón nuevo, ¿no? Pos ya sabéis lo que ha dicho doña Eulalia. ¿Qué os parece? —preguntó acompañando sus palabras de una mirada amenazadora.

—¡Joder, ni a los presos les dejan sin balón! —protestó Enrique rebelde.

—Ni les hacen ir a misa si no quieren —intervine yo—. Yo estau en Laguardia yabía muchos presos republicanos ya ninguno lo yevaban a la iglesia.

—Sí, pero ¿qué ganaban? Seguro que luego los fusilaban los fachas.

—Pos claro, pero no iban a la iglesia.

—¡Jo, qué chorra! —me reprendió Luis—. A ellos les fusilaban por no ir a la iglesia. ¿Qué quieres?, ¿que a nosotros no nos compren un balón por lo mismo? Total, sólo es media hora los domingos.

—Güeno, si lo pones así... —contesté apoquinado.

—A ver, ¿hay alguno que no quiera balón? —intervino Joaquín.

—¡Jo, vaya pregunta!

—Güeno, pos entonces todos de acuerdo y una cosa: ¡pobre del que trate de zafarse de ir a misa! Como nos quedemos sin balón por algún chalau, yo mismo le romperé las narices.

Así todos nos esforzamos en hacernos merecedores del ansiado balón. Muchas veces a algún incauto se le escapaba algún taco delante del personal, pero enseguida se lo reprochábamos nosotros mismos. Además, nuestras maestras sabían que no podíamos cambiar nuestra forma de hablar de la noche a la mañana.

El más molesto de todos los compromisos, pero más fácil de cumplir a rajatabla, fue el de ir a misa los domingos. Así que aquellos domingos pasábamos media hora de interminable aburrimiento en la iglesia del pueblo.

Cinco semanas después, cuando volvíamos de misa, con cierto recelo —porque habíamos esperado recibir el balón en la semana que concluía—, decidimos pedir cuentas a doña Eulalia, ya que habíamos cumplido nuestra parte del compromiso y sólo quedaba que ella cumpliera su parte. Joaquín y Luis hablarían con ella, pero el resto los acompañaríamos.

—Doña Eulalia, ¿podemos hablarle? —dijo Joaquín mirándola con ojos suplicantes.

—¡Cómo no! ¿Qué queréis, que me parece veros un poco afligidos?

—Pos es que... güeno, es que... pos que queríamos saber lo del balón.

—¿Lo del balón? ¿Qué balón?

Joaquín se quedó cortado. Había hecho un esfuerzo para encararse con la maestra y la respuesta inesperada le había dejado descolocado, pero Luis acudió en su ayuda:

—Ya sabe, el balón nuevo que nos iban a comprar por ir todos a la misa, ¿no se acuerda?

—¡Ah, ya! Pero ¿creéis que os lo habéis ganado?

—Pos sí, señora —contestó Joaquín—. Ya hemos ido a la misa, como usted nos pidió, y nos prometió que si íbamos nos darían un balón nuevo.

—Pues yo creo que aún no os lo merecéis —decía mientras a nosotros se nos caía el alma a los pies—. Es verdad que habéis ido a misa, pero ¿quién se arrodillaba cuando había que hacerlo? Ninguno de vosotros. Y ¿quién rezaba y se persignaba a su debido tiempo?

—¿Quién se hacía qué? —cortó Ramonchu, honestamente intrigado.

—Que quién se santiguaba, quién se hacía la señal de la cruz con la mano —explicó algo airada por la interrupción—. ¡Ninguno! Todos os sabéis, por lo menos, el *Padrenuestro*. ¿Qué hacíais entonces todos distraídos como papanatas mirando las moscas? No habéis prestado ninguna atención a la ceremonia religiosa y sólo esperabais la hora de salir y perder de vista la iglesia. Eso era lo único que os interesaba y ahora tenéis la osadía de venir aquí exigiendo un balón nuevo. ¿Acaso pensáis que con ir a misa es suficiente? Pues no, señores, no es suficiente. Mirad a las niñas y tomad ejemplo de ellas.

—Sí, pero es que ellas saben lo que hay que hacer y nosotros, no —dijo Josechu sin poder contenerse.

—Estoy segura de que todos habéis tenido lecciones de catecismo en Bilbao, los niños y las niñas, y todos habéis tenido oportunidad de aprender. Además, estoy convencida de que todos habréis aprendido algo por lo menos.

—Güeno, algunos igual se saben el *Padrenuestro*, pero a mí y a mis hermanos...

—Y el burro delante para que no se espante —le corrigió la maestra.

—Pos que mis hermanos y yo, entonces; no hemos ido al catecismo porque mis padres no querían —contestó Joaquín.

Una multitud de chavales comenzamos a quejarnos: nuestros padres tampoco nos habían llevado a las clases de catecismo.

—No me convences, Joaquín. ¿Por qué va entonces tu hermana a misa?

Joaquín se quedó mudo, sin saber qué respuesta dar.

—¿No contestas? —Y siguió, ahora dirigiéndose a todos en general—: Pues os lo diré yo. Porque vuestros padres son buenos católicos y, es más, os diré que, lo mismo que muchos os escurriáis en Southampton para no ir a la escuela aprovechando que no estaban vuestros padres, habéis aprovechado también su ausencia para faltar a misa. ¡Ay, vuestros pobres padres! ¡Menudo disgusto se llevarían si se enterasen de que muchos habéis pretendido abandonar vuestra educación escolar y religiosa! Estoy segura de que ellos, en otras circunstancias, serían los primeros en impedirlo.

La maestra atacaba nuestro puntos flacos, desarmándonos.

—Entonces, ¿qué va pasar? —preguntó Joaquín.

—Por de pronto, seguiréis yendo a misa como Dios manda y dentro de un mes volveremos a examinar la cuestión del balón.

—¡Pero no era eso en lo que habíamos quedado! —protestó Joaquín.

—Pues eso, Joaquín y compañía, es lo que hay.

—Pues nos ha hecho usted una jugarreta. Nos prometió un balón nuevo si íbamos a la misa ya ora se echa pa atrás. Pues, ¿qué hostias! Yo no pienso volver a la misa —contestó Joaquín enfurecido.

—Y nosotros tampoco.

—¿Cómo? —rugió doña Eulalia—. Vaya si iréis a misa, y además os quedáis sin balón, sinvergüenzas. ¡Dios mío, qué forma tan infame de jurar! Hoy mismo escribiré a vuestros padres. ¡Ale, fuera de aquí! ¡Se terminó la tertulia!

Durante la semana que siguió la chispa de la protesta por lo que considerábamos una total injusticia fue prendiendo. Habíamos acordado no ir a misa nunca más, pero a Luis se le ocurrió una idea.

—También podíamos hacer otra cosa —nos dijo al resto de los chicos—. El domingo vamos a misa y, en vez de hacer lo que dice doña Eulalia, armamos una gorda dentro de la iglesia.

—¡Joder! Pos, pensándolo bien, no está mal la idea.

Llegó el domingo. Aquella mañana bajamos todos a desayunar sin el habitual alboroto. El personal de la colonia nos miraba sorprendido. Se habían preparado para una difícil jornada. De sobra sabían que entre nosotros había chavales mozos que bien podían rebelarse y arrastrarnos al resto a una sublevación. En cambio, se habían encontrado con un grupo de dóciles muchachos. Sus miradas delataban la inquietud. Sin duda, pensaban que algo tramábamos... La primera prueba fue al acabar el desayuno.

—Venga, niños —nos dijo doña Eulalia—, bajad al jardín y formad como siempre, de dos en dos, no vaya a ser que lleguemos tarde.

Nos levantamos sin el escándalo de sillas y gritos de costumbre y cuando bajaron doña Eulalia y el resto del personal al jardín, los niños ya estábamos formados, incluso antes de que lo hicieran las niñas. Doña Eulalia, que era muy buena profesora, desconfiaba, pero no podía regañarnos por cumplir a rajatabla sus órdenes. Todo marchó como la seda. Unos metros

antes de entrar en el templo, la maestra, guiada por un presentimiento de mal agüero y, quizás, con la esperanza de aplacar nuestra ira, nos lanzó un halago:

—¿Veis como podéis comportaros si queréis?

Recibimos su oferta de paz en silencio, también nos habíamos portado bien durante todo un mes y la recompensa había sido tomarnos el pelo. ¡Ahora iba a ver el fruto de su insensatez! ¡Mejor habría sido que nos hubiera cacheado...!

Pepito y Ramonchu entraron delante de Alejandro y de mí. Al cruzar la puerta, Ramonchu se volvió y nos dijo:

—Mirar lo que vamos a hacer.

Seguidamente se pararon delante de la pila de agua bendita y, aparentando sentirse sorprendido, dijo Pepito:

—¡Joder, Ramonchu, un lavabo! ¡Vaya, yo todavía no me he lavau!

—¡Hostias, yo tampoco! ¿Qué, nos lavamos?

—¡Mecá, pos claro! ¡No vamos a ir sucios a la iglesia!

Sacaron de entre sus ropas uno una toalla y otro jabón y ni cortos ni perezosos se lanzaron sobre la pila como cafres, demostrando un amor por la higiene que se había despertado de pronto en ellos, pues hasta ese momento habían sido enemigos implacables de lavarse.

La fila de chavales quedó inmóvil, presenciando el espectáculo a carcajada viva. La señorita Antonia, al principio de la fila, y doña Eulalia, aún fuera de la iglesia, luchaban por abrirse paso entre los chicos a base de empujones y alguna que otra bofetada. Cuando llegaron junto a la pila, estaban desencajadas, sin duda por la vergüenza que sentían, pues ya había gente del pueblo que había llegado para la misa. Al momento confiscaron la toalla y el jabón y se llevaron a la colonia, sujetos por el cogote, a los dos cómplices. No sabían lo que les esperaba, porque si no de buena gana habrían pactado con nosotros no haberlos castigado a cambio de nuestro buen comportamiento.

Entramos, pues, y nos sentamos en las hileras de bancos reservadas a los niños vascos, en la parte trasera de la pequeña iglesia de pueblo. Con disimulo, fuimos preparándonos para seguir adelante con nuestro plan. Nos habíamos armado con gomas y tacos de papel doblado. Colocamos las gomas en nuestros dedos, en forma de tirachinas, y las cargamos con los tacos de papel. Entonces, esperamos impacientes a que empezara la ceremonia, que era lo que habíamos acordado. Comenzó la misa y esperamos aún unos minutos más sin que nadie se atreviera a romper el hielo. El cura, mirando al techo, pronunciaba frases en latín solemnemente en un tono entristecido, no sabíamos por qué. Ni por milagro mostraba el más mínimo regocijo.

—¡Joder! —gritó Josechu—. Pero ¿qué le pasa a ese tío? ¿Por qué llora tanto? Yo creía que el cielo estaba lleno de alegría, pero, si vaser tan aburrido, que vaya su agüela.

Una carcajada seguida de un poderoso eco resonó por todo el templo. La congregación, atónita, siseó con desagrado mientras doña Eulalia y la señorita Antonia nos lanzaban una mirada que parecía querer apuñalarnos. El sacerdote continuaba con su letanía en latín sin cambiar la expresión de tristeza de su cara. ¿No se habría dado cuenta? De pronto, el cura

hizo una mueca de dolor: un taco de papel le había alcanzado de lleno en la cara, pero ignorándolo siguió rezando como si nada ocurriera.

—¡Hostiá, le han dau con un taco en los morros!

Doña Eulalia se volvió buscando con la vista al culpable, pero no pudo ver a nadie haciendo nada raro. Se encontraba en un aprieto, no podía seguir la misa y controlarnos a un tiempo. Al primer taco le siguieron otros, primero bastante salteados, después con más frecuencia. Cuando el sacerdote se dirigió al púlpito, una verdadera granizada de tacos de papel cayeron indiscriminadamente sobre él y los ingleses que había alrededor. A pesar del atropello, la ceremonia continuaba. De vez en cuando el cura pestañeaba, hacía una mueca, uno de los fieles se echaba la mano a la nuca... y la misa seguía.

Doña Eulalia, que había renunciado ya a rezar, sollozaba con la cabeza entre las manos. La señorita Antonia, con más espíritu ante la adversidad que ella, nos amenazaba con las manos y con la mirada. Nosotros no hacíamos caso ni a una ni a otra. Por fortuna para el sacerdote y los devotos, nos quedamos sin munición. Cuando el cura consagró el vino, Josechu preguntó con sarcasmo:

—¡Jo! ¿Qué bebe?

—Pos ¿tú que crees, Santa? ¡Una copa de vino! —contestó Citores¹⁷ en el mismo tono.

—Dirás un copón. ¡Menudo trago sestá echando! ¿A que acaba borracho el tío?

Llegó el momento en que el cura daba su paseo habitual por el pasillo central y con una pequeña «ducha de mano» regaba a todos los miembros de la congregación que se encontraban a su alcance. Los devotos, con resignación, se dejaban mojar e incluso hacían muestras de agradecimiento, pero al final del pasillo estábamos nosotros. Cuando se puso a la altura de Joaquín, éste, aparentando enojo, trataba de retroceder:

—¡Joder con el viejo de los güevos! ¡Báñale a tu padre, que yo ya estoy limpio!

—¡Órdigas, Joaquín, que por tu culpa me ha regau a mí! ¡Aquí hay que venirse con paraguas! —se quejó Luis.

Los demás niños, siguiendo su ejemplo, hacíamos aspavientos de desagrado mientras el sacerdote, ignorándonos, pasaba de largo.

Algo más tarde, cuando el cura encendió el incienso, Luis dio un berrido:

—¡Fuego!

A su grito de alarma se unieron otros. Entonces, Enrique dijo en voz alta:

—Mestán llorando los ojos por culpa del jodido humo. Yo me salgo de aquí.

Ni corto ni perezoso, tal y como había dicho, salió atropellando a los chavales que estaban en su mismo banco. Mientras salía del templo, simulaba que bufaba sin poder controlar la risa. Los demás chicos, organizando un alboroto descomunal, le seguimos y salimos de la iglesia.

De vuelta a la colonia, hubo muchos castigos. No hubo balón nuevo, pero tampoco hubo más misas los domingos.

¹⁷ José Luis Citores (nunca le llamamos por su nombre de pila).

El desonroso suceso no fue del todo negativo, tuvo también su parte positiva.

Lo negativo:

La postura errónea e injusta adoptada por doña Eulalia... El comportamiento desvergonzado y vindicativo de los niños... Y más importante, el desprestigio que nuestra cobarde e insensata acción acarrió consigo ante una parroquia inocente... Cobarde y además en masa, porque bien sabíamos que los devotos no responderían con otro acto violento contra nosotros, hallándose donde se hallaban.

Lo positivo:

Lo que a mí, y creo que a casi todos, nos enseñó... Nos enseñó que por muy buena que pueda ser la creencia de uno, no puede éste difundirla a la fuerza ni por la violencia, sino por el convencimiento. Tanto derecho tiene aquel que se le hace objeto de la doctrina que alberga uno a divergir con uno y además serle por uno, respetada su opinión, como uno tiene derecho a propagar —incluso con entusiasmo— su doctrina... Por contradecir vigorosamente a Maquiavelo:

«El fin (por muy justo que sea, nunca) justifica los medios» (a través del engaño ni la violencia).

Por la fuerza jamás se convence. Se convence demostrando respeto a la opinión contraria sin necesidad de aceptarla, con la persuasión, o no se convence... Eso ya, va en la elocuencia, convicción y honestidad del apóstol.

* * *

A finales de 1938 la guerra en la patria, por lo que nos concernía, marchaba de mal en peor. Se acercaba el fin y, aunque no aceptábamos lo evidente, estaba clara la victoria de las tropas fascistas sobre los defensores de la democracia. En unos meses, se implantaría una odiosa dictadura que habría de sojuzgar al pueblo español durante cuarenta años de grotesca «paz» franquista.

Además de los asesinatos y encarcelamientos arbitrarios, se produjeron innumerables casos de atropellos, como el de aquel anciano bilbaíno que fue obligado por un flecha de doce o trece años a mantenerse firme con el brazo en alto saludando a una bandera falangista. Como previamente había pasado de largo, el pequeño granuja falangista incluso le dio un bofetón.

La que hoy es mi esposa, por ejemplo, fue multada por entrar en una iglesia sin medias, cuando no sólo no tenía dinero para comprar un par, sino que ni siquiera tenía para comer. No era de extrañar que no quisiera, en adelante, entrar más en la iglesia. Otra vez fue multada por la misma razón cuando paseaba por la plaza de Baracaldo. Ella había perdido a su padre (muerto a principios de la guerra cuando se preparaba a salir al frente) y a su hermano mayor, Pepín, quien a la edad de veintiún años había sido asesinado en la Universidad de Deusto, que entonces se usaba como cárcel para presos republicanos.

A finales de 1938 ya se notaba en la población inglesa una cierta preocupación por la situación internacional. Mientras Stanley Baldwin y Neville Chamberlain seguían con su nefasta política de no intervención, Hitler se apoderaba de Austria apoyado por Mussolini, quien tres años antes había invadido Abisinia. La anexión de los sudetes y el desmembramiento de Checoslovaquia colmaban el vaso.

Neville Chamberlain se jactaba de haber llegado a acuerdos de no agresión mientras la población británica clamaba por la adopción de otra política. El caso es que por esa época se empezaron a construir refugios contra ataques aéreos. También se repartieron entre la población caretas de protección contra gas venenoso. Por si acaso, no había por qué alarmarse...

Por otro lado, el cuerpo de defensa civil, el Air Raid Precautions (ARP), trabajaba como un enano preparando a la población para el caso de un ataque aéreo. Era lógico que ni aquella organización ni el pueblo se fiasen del gobierno.

Por aquel entonces se popularizó una canción: *Underneath the spreading chestnut tree* («Bajo el frondoso castaño»). El pueblo inglés, experto en sufrir contrariedades sin exaltarse mucho, cantaba con la misma música otra versión:

*Underneath the spreading
chestnut tree,
mister Chamberlain
said to me:
If you want a gasmask,
don't ask to me,
ask the fucking ARP.*

Cuya traducción es la siguiente:

*«Bajo el frondoso
castaño,
míster Chamberlain
me dijo:
Si quieres una careta antigás,
no me la pidas a mí,
pídesela a la jodida ARP».*

Una canción que demostraba la inquietud del pueblo, pese a las estúpidas manifestaciones de paz de Chamberlain. En la colonia, los niños nos tomamos todas aquellas precauciones casi como un juego. En realidad, éramos expertos, pues todavía estaba fresco en nuestra memoria el recuerdo de los viles bombardeos sobre las poblaciones civiles de Bilbao, Gernika y otras localidades vascas.

Las autoridades inglesas nos habían prometido que también nosotros seríamos equipados con caretas antigás e, incomprensiblemente, esperábamos ilusionados recibir el nuevo «juguete». Pero las máscaras no llegaban. Entonces, José Luis Fuentes empleó su ingenio en fabricarse su propia máscara antigás con un trozo de neumático. El filtro del aire era un bote lleno de trapos y lana. El único problema fue el visor, que no lo consiguió colocar. No importaba, cuando jugábamos a guerras, José era el único que lucía su careta.

A finales de aquel año de 1938 se repatrió a otro grupo de niños vascos. Los tres hermanos Santamaría seguimos sin ser reclamados por nuestros padres y, por si fuera poco, perdimos para siempre numerosos amigos, entre ellos los hermanos Ortiz de Pineda. Quedamos los *nuevos* sin líder y yo, en particular, sin la novia que había añorado en secreto. Nuestra banda quedó reducida a tres: Pepito, Ramonchu y yo. Joaquín se quedó sin la mitad de su *Batallón Meabe* (que quedó ya definitivamente disuelto), pero a cambio, con la repatriación de Luis, quedó como líder indiscutible de todos los que quedábamos, *viejos* y *nuevos*. A la colonia no llegaron nuevos niños, lo que indicaba que su cierre era inminente. Aquel invierno

corrieron rumores de una nueva repatriación. Algo habría de cierto, porque a mediados de febrero nos metieron a los tres Santamaría con otros dos hermanos más en un tren con destino a otra nueva colonia, en Oxfordshire.

La señorita Antonia, Lola y doña Eulalia (que ya nos habían perdonado hacía tiempo) nos despidieron con tristeza y consejos, pero seguro que también sintieron algo de alivio. Años después, siendo yo ya adulto, en una visita que le hice a la señorita Antonia para presentarle a mi madre, ésta le preguntó:

—¿Eran buenos?

—¿Buenos? —le contestó—. Mire usted, Francisca, sus hijos eran unos diablos incontrolables. Bueno, eran como todos, traviesos.

Y acto seguido nos contó cómo en Swansea, en una reunión del comité de ayuda con el personal de la colonia, habían estado buscando la forma de expulsarnos a Bilbao a los tres por nuestro mal comportamiento. Ella se había opuesto rotundamente, alegando que no habíamos sido reclamados por nuestros padres. En medio de la acalorada discusión que se desarrolló, Antonia, enfurecida, había dicho que no estaba dispuesta a consentir un atropello semejante contra unos niños indefensos. En ese momento, el miembro del comité de ayuda al que se dirigía, le contestó flemáticamente con una sonrisa en los labios:

—Eso se verá... Si encontramos la forma de enviar a esos tres granujas a España, lo haremos. Y usted, como no se calle, será expulsada con ellos.

Pero no debieron de dar con la fórmula adecuada, pues allí estábamos, muchos años después, la señorita Antonia y yo hablando.

Bueno, el caso es que nos metieron en el tren y allí nos dejaron a los cinco, cada uno con la usual etiqueta en la que venían nuestros nombres y destino. La mía decía así:

Luis Santamaría García
The Basque Children's Home
Shipton Under Witch Wood
Oxon.

Capítulo 7

SHIPTON UNDER WITCH WOOD

Llegamos a la ciudad universitaria de Oxford a primera hora de la tarde. En la estación nos esperaba un señor muy bajito de aspecto enclenque. Era el director de la colonia y todo el mundo le llamaba simplemente León, aunque su verdadero nombre fuera Walter Leonard. No parecía tener apellido y nadie le ponía delante un m^íster o señor, León a secas (nada por delante y nada por detrás). Allí tomamos otro tren que paraba en todas las estaciones y que nos llevó hasta el pequeño pueblo de Shipton Under Witch Wood (cuya traducción, literalmente, es «Shipton Bajo el Bosque de Brujas»).

En esta colonia, la mayoría de los niños tenían entre catorce y diecisiete años. Josechu, por su edad, sería en Shipton del grupo de los medianos. Lo primero que nos llamó la atención fue que en la colonia no había niñas y tampoco maestras o auxiliares que fueran mujeres. La cocinera era una mujer mayor que se llamaba *mrs.* Somerset y los profesores eran Mr. Lake, don Luis Portillo¹⁸ y don Manuel Lazareno. El primero era un maestro inglés, don Luis era abogado y Lazareno había trabajado para la República como músico. Los dos últimos, derrotados y exiliados, con problemas y preocupaciones familiares, no mostraban demasiado ánimo en su tarea de educarnos. Sólo los pequeños y, en menor número, alguno de los medianos recibíamos algo parecido a una educación escolar. El resto, sin tener que acudir a clase (probablemente desde el momento de su llegada), hacían lo que les venía en gana.

Nosotros ya habíamos oído hablar de la existencia de colonias como ésta, tres o cuatro en total. Se decía que a este tipo de colonias mandaban a los niños más malos, a los descontrolados, a los cabecillas de las bandas y a los que no se sometían a ninguna disciplina y que estas colonias eran el equivalente a un reformatorio. No podían estar más equivocados estos rumores.

Los Santamaría estábamos muy preocupados, porque pensábamos que nos habían mandado a esta colonia como castigo por nuestro comportamiento. Pero no podía ser, porque, aunque los tres hermanos éramos, no lo niego, demasiado traviosos, los otros dos hermanos que venían con nosotros eran más bien modosos y se comportaban bien.

Por lo que nos contaron los chavales en Shipton, la colonia se había formado con los chavales que no habían conseguido en Southampton, el primer punto de Gran Bretaña al que

¹⁸ Padre de Michael Portillo (político conservador).

fuimos, apuntarse a ningún campamento. Ninguna maestra ni auxiliar de las que nos habían acompañado en el *Habana* se quedó con ellos. Se habían quedado en el campamento prácticamente abandonados. No era por casualidad que la mayoría fueran chicos y tuvieran más de catorce años, los primeros en ir a ocupar las otras colonias habíamos sido las niñas y los más pequeños, más fáciles de controlar. Con ellos se había quedado un grupo de chiquillos, los hermanos más pequeños. Así se quedaron en Southampton esperando hasta que el comité de ayuda formó esas tres o cuatro colonias que tan mala fama tenían y contrató personal inglés para dirigirlos. Este personal (con escasas excepciones), bien porque no conocía nuestras costumbres y cultura, bien porque se hartaban de los chiquillos, dejaba el trabajo en muchas ocasiones y, hasta que eran reemplazados, había vacíos administrativos y falta de control sobre los chavales. Después se culpaba a éstos de malos y así se propagaba su mala fama por las demás colonias.

Es esto, el haber dejado a aquellos niños solos, casi abandonados, en Southampton, lo único grave que les reprocho a aquellas mujeres que sacrificaron por nosotros una buena parte de sus vidas.

Así comenzamos nuestra vida en aquella colonia. Los pequeños, en cuyo grupo nos incluiríamos Ramonchu y yo, no eran más de diez niños, por lo que no hubo muchas dificultades de integración. Josechu tuvo más problemas. Acostumbrado a ser de los mayores, aquí era uno entre tantos y eso no le agradó: estaba más acostumbrado a dar órdenes que a recibirlas. Además, tenía que librarse de los abusos de los mayores. Los pequeños, en cambio, no sufríamos esos abusos, les quedábamos muy lejos. La mayoría tenía hermanos entre los mayores y quienes no los tenían eran «apadrinados». Así que ¡pobre del mediano que se metiera con nosotros!

A cambio del apadrinamiento de los mayores, los pequeños les ayudábamos de diversas formas, como hacer de centinelas cuando tramaban alguna barbaridad, llevar mensajes entre ellos, cuidarles o limpiarles las bicicletas o, lo que era más frecuente, recoger colillas de



Grupo de niños de la colonia Shipton Under Witch Wood.

cigarro. De tarde en tarde, alguno nos hacía una proposición lujuriosa. Como contestación, echábamos a correr gritando:

—¡Te laces tú, cabrón!

A menudo, los mayores nos daban sus cajas de lata vacías para que se las llenásemos con colillas. Era, quizás, el único abuso que cometían con los pequeños. Si no se las devolvíamos lo suficientemente llenas, se enfadaban y nos hacían volver al pueblo a coger más. Pero si se las llevábamos llenas, como muchos trabajaban en las granjas de los alrededores y tenían algo de dinero, nos pagaban un penique por cada caja de colillas y todos quedábamos contentos. Algunos, sin embargo, eran muy señoritos e insistían en que sus colillas fuesen de *Player's*, *Kentitas* o *Gold Flake* (nada de *Woodbines* o de tabaco liado, que eran de peor calidad).

Shipton era la única colonia, que yo sepa, donde se daba una paga semanal a los que no trabajábamos. La cantidad dependía de la edad. Para los pequeños, eran tres peniques. Esta cantidad se completaba con tres o cuatro peniques más, según las cajas de colillas que hubiéramos podido reunir. Esto nos permitía, además de comprar caramelos o helados, visitar el Town Hall («Casa del Pueblo»), una especie de barraca comunal donde cada dos sábados se proyectaban películas. En el Town Hall los pequeños nos fundíamos nuestra paga. Los peores enemigos que nos acechaban eran nuestros propios hermanos mayores, Josechu incluido, que nos quitaba la paga para, como solía decir: «Arrejuntar ahorros pa cuando volvamos», ahorros que eran tan secretos que nunca los llegamos a conocer.

El pobre León, el director de la colonia, ya he dicho antes que era de aspecto enclenque. Tenía muy poca personalidad, por lo que no era capaz de controlar a los chavales más mayores. Éstos, como si fuera un derecho suyo, le solían pedir cigarrillos, casi siempre con grosería y en ocasiones con amenazas.

Un día en el que nos encontrábamos varios pequeños con León en su oficina, que a la vez hacía de estanco, entró un muchacho de unos dieciséis años sin siquiera llamar a la puerta.

—Oye, León, dame los tres pitillos que me debes.

—No, que ya te los di ayer. Si quieres más, los pagas.

El chaval, iracundo, se acercó al administrador y comenzó a gritarle:

—¡Me cago en tu madre, cacho cabrón! Me das los pitillos o te rompo la crisma.

León, aterrado, sin quejarse siquiera, sacó tres cigarrillos y se los entregó. El chaval, no contento con su infamia, se dirigió hacia los que observábamos la escena boquiabiertos y nos dijo:

—¡Maricón...! Quería que le pagara dos veces los mismos pitillos.

Los meses que los Santamaría pasamos en Shipton fueron para nosotros los más felices de nuestra infancia en Gran Bretaña. ¿Que no había control? ¿Que la organización era inexistente? ¿Que por eso los chicos eran malos? Mejor. Era un aliciente para convertirse en salvajes sin miedo a sufrir luego represalias. Como los demás, aprendimos a contestar a León cuando nos castigaba:

—¡Bah, vete a la mierda!

A *Mister Lake*, en cambio, le tratábamos con más cuidado, pero ni hacíamos mucho caso a sus reprimendas ni él tampoco se esforzaba demasiado por controlarnos. Aunque en-

tonces no lo creía así, ahora pienso que habría sido mejor que nos hubieran prestado más atención entonces.

Al día siguiente de nuestra llegada, los tres hermanos, acostumbrados a las tareas de las otras colonias, nos levantamos, nos lavamos, hicimos nuestras camas y bajamos al comedor a desayunar. Pronto comprobamos que aquí los horarios no tenían la vigencia a la que estábamos acostumbrados. El comedor se encontraba casi vacío. Algunos mayores desayunaban para no ir con el estómago vacío a trabajar. También había algunos de los de mediana edad y prácticamente todos los pequeños.

Las clases, para los que íbamos, eran por la mañana o por la tarde, en teoría por no ser posible dar clase a todos a la vez.

—¡Jo, sólo escuela por la mañana! —dijo Ramonchu cuando se enteró—. ¡Cojonudo!

Para colmo, comprobamos que muchos faltaban a clase cuando les daba la gana. Incluso ya en el propio aula, algunos, sin pedir permiso, se levantaban de su asiento y decían:

—Voy al retrete.

Y luego no volvían en un par de días. Míster Lake, en esas ocasiones, se encogía de hombros y no decía nada. Probablemente se alegraba, porque así tenía que soportar menos salvajes en sus clases. Josechu, Ramonchu y yo enseguida aprendimos las nuevas normas y en una semana éramos ya expertos en el arte de evadir las clases, levantarnos a la hora que nos daba la gana, asearnos cuando nos parecía y quejarnos groseramente si para cuando aparecíamos por el comedor ya habían retirado la comida. En esas ocasiones nos dirigíamos a la despensa, que nunca estaba cerrada, y cogíamos una de las enormes latas de piña en conserva o de *bake beans* y pan. Con el botín en nuestro poder, nos íbamos fuera de la casa a comer. Nos valíamos de un clavo roñoso y una piedra para hacer una hilera de agujeros alrededor de la lata y luego, usando el clavo como palanca, la abríamos. Con ayuda de una cuchara o de un tenedor (cogido en el comedor de la colonia) comíamos hasta saciarnos y después dejábamos tirada la lata, casi siempre medio llena, y junto a ella los cubiertos que hubiéramos usado.

Alrededor de la casa había una zona muy pantanosa donde abundaban ranas, sapos y tritones. Ramonchu y yo, guiados por un chaval de mi edad del que nos habíamos hecho amigos —Faustino Gómez se llamaba—, fuimos a uno de aquellos charcos que rodeaban la casa. Faustino aseguraba que había montones de ranas y *sogalindas* de agua.

—Ranas, vale, pero las lagartijas —dije yo, que me las daba de experto en zoolo-gía— no son de agua y, además, todavía hace mucho frío para eyas.

—Eso es lo que tú te crees. Si vienes conmigo, ya verás como es verdaz.

Al llegar, entre grandes masas de gelatina (los huevos) había una cantidad enorme de ranas. Nos quitamos las botas (los calcetines sólo los usábamos los domingos, pues eran una prenda de lujo) y nos metimos en el agua a coger ranas y meterlas en los tarros que llevábamos. Ramonchu cogió también un trozo de aquella masa gelatinosa formada por huevos de rana.

—Para que tengamos después *zampaburros*¹⁹.

¹⁹ Deformación de *zampaburu*, que en euskera significa «renacuajo».

A pesar de lo fría que estaba el agua, después de coger las ranas, nos pusimos al acecho de los tritones (a los que llamábamos *sogalindas*, lagartijas). Ramonchu vio uno que subía a la superficie.

—Faustino, ¿son venenosas las sogalindas?

—¡Qué van a ser venenosas! ¡Cógela, gilipoyas!

—Cógela Ramonchu, que sólo son los lagartos los que son venenosos —añadí yo, algo molesto porque Ramonchu le preguntara a Faustino en vez de a mí.

Ese tritón se escapó, pero el siguiente no tuvo tanta suerte. Estaba reposando en el fondo cuando, sigilosamente, conseguí cogerlo. Mi orgullo de cazador era completo. Aquella «lagartija» no sólo sabía nadar, también pasaba largo rato buceando; además, estaba adornada con bonitos tonos rojizos; su membrana dorsal, con pequeños lunares negruzcos, tenía forma de sierra y era casi transparente. Era mucho más bonito que todas las lagartijas que yo había cogido antes y, más importante, el rabo no se partía cuando lo cogías, como pasaba con las lagartijas, que después ya «no valían».

Cogimos otro tritón más (después descubriríamos que aquellos dos eran machos) y nos volvimos a la colonia.

—A ver qué lleváis ahí —nos dijo Joaquín Ruiz, un chaval que tendría unos catorce años—. Ranas, ¿eh? Oye... ¿no sabéis que las ranas se tiran pedos?

Faustino, Ramonchu y yo intentamos dar una evasiva y seguir de largo, sin éxito. No sabíamos lo que quería, pero nos figurábamos que nada bueno.

—Venir que vos enseñe.

Y sin más ceremonia metió la mano en el tarro de las ranas y extrajo una.

—¡Déjala, abusón! ¡No queremos ver cómo se tira pedos!

—¡Quita de ahí, idiota! ¡Como no vos paréis quietos vos voy a dar una hostia! —nos amenazó.

Recordé una escena que había visto en Bilbao y me temí que se repitiera. En una plaza, antes de tener que huir de mi tierra, aparecieron unos chavales mayores del barrio cargados de ranas que habían cogido en La Peña²⁰. Uno de ellos había cogido una y la pisó, produciendo la rana al ser reventada un ruido repulsivo.

—¡Joder, qué pedo se ha tirau! —había dicho aquel desagradable chico.

Pues bien, yo temía que Joaquín Ruiz hiciera lo mismo, pero me equivocaba: él era un simpático brutote que reservaba para el batracio un suplicio mucho más «científico». Se acercó a un matorral y cogió una hierba con el tallo hueco, de esas que en la parte superior tienen una pequeña espiga.

—¡Sujeta la rana y no te muevas! —le exigió a Ramonchu.

Entonces comenzó a afilar la brizna de hierba, pelando cuidadosamente las capas exteriores del tallo.

²⁰ Salto artificial de agua en el río Nervión al extremo suroeste de Bilbao donde los niños bilbaínos solían ir a nadar. Los ahogamientos por aquellas fechas eran frecuentes.

—¡Tú! ¡Dame la rana!

Ramonchu se la entregó de mala gana, pero sin rechistar. Por algo nos llevaba unos años y no nos íbamos a arriesgar a que nos diera un mamporro. Joaquín cogió la rana y le introdujo aproximadamente un centímetro de aquel tubito por el ano.

—¡Eres un cabrón! ¡Nos estás fastidiando la rana al drede! —chilló Ramonchu enfurecido.

—No seas chorra. Ya verás ahora —rió él.

Tomó una gran bocanada de aire y comenzó a soplar por el otro extremo del tallo. «¡Ojalá se le giñe la rana en la boca!», pensé para mis adentros. Pero no fue así. La rana se fue hinchando poco a poco. Él tomó otra vez aire y volvió a soplar.

—¡Que va a explotar, cacho burro! —le grité llorando de rabia.

Cuando acabó de soplar, el abdomen se le había hinchado hasta tener el tamaño de una pelota pequeña.

—Ahora vais a ver qué pedos se tira —dijo riéndose.

Retiró entonces la pajita del ano de la pobre rana y comenzó a apretarla como si fuese una bocina. Cada vez que la apretaba, la rana soltaba un poco de aire que sonaba como un pedo y el brutote de Joaquín se desternillaba de risa. Ni a Ramonchu ni a mí nos hizo nada de gracia. Faustino, en cambio, mostró una indiferencia que casi, casi, denotaba que se estaba divirtiendo. A mi hermano y a mí nos molestó mucho esto y no nos explicábamos el porqué de su actitud, si era por falta de sensibilidad hacia los animales o era porque abundaban mucho las ranas. No sabíamos que, en un futuro cercano, tanto Ramonchu como yo, también practicaríamos el «arte» de hacer que las ranas se tirasen pedos.

—¡Aha, ya sabéis cómo se tiran pedos las ranas!

Joaquín dejó la rana, aún inflada, en el suelo y se alejó riendo en busca de otras diversiones. Ramonchu, llorando de rabia al ver a la rana inmóvil, le chilló a grito pelado:

—¡Asqueroso, nos has jodido la rana! ¡Ya no la queremos, te la puedes meter por el culo, mierda!

Joaquín, dándose la vuelta, nos miró severo y esbozó una amenaza, pero volvió a reírse, nos dio la espalda y se alejó.

Después de aquel episodio, Faustino notó que estábamos enfadados con él por no haberse indignado con Joaquín. Posiblemente para arreglar el asunto y proteger la nueva amistad, nos propuso:

—Oye, mañana, si queréis, vos llevo a un río que yo me sé a pescar cangrejos.

Nos olvidamos de nuestro enfado y nos propusimos ampliar rápidamente nuestro parque zoológico.

* * *

Ya he dicho que cuando había peleas en la colonia los pequeños quedábamos al margen. Éramos tan pocos que tampoco nos peleábamos entre nosotros mismos. Josechu tuvo, al menos, dos peleas. En una de ellas, a pesar de que habían quedado muy nivelados, los mayores nombraron campeón al otro chaval, puesto que (generalmente) no se

medían los golpes, sino el estado en el que habían quedado los contendientes y, si bien el otro chaval sangraba por la nariz, Josechu había quedado con un ojo *borrado* (como solíamos decir).

A Ramonchu y a mí aquella derrota, acostumbrados como estábamos de otras colonias a ver a Josechu salir vencedor, nos causó un profundo sentimiento de vergüenza del que nos costó deshacernos. Si alguien nos cizañaba recordándonoslo, alegábamos (sin ningún convencimiento) que el otro chaval era mayor que Josechu, aunque creo que, en todo caso, era Josechu el que le sacaba al otro algunos meses.

A pesar de la pelea, Josechu no tardó en integrarse en el grupo de los medianos, donde sufrían juntos los frecuentes abusos de los mayores.

Los Santamaría nos íbamos convirtiendo en salvajes descontrolados. Hacía semanas que no acudíamos más que a alguna que otra clase de Luis Portillo; mister Lake se encontraba de vacaciones perpetuas y tanto él como León no parecían preocuparse demasiado por nosotros; Lazareno, por su parte, soñaba con su música y poco podíamos contar con él.

Los chavales vagábamos por la colonia o por la aldea de Shipton y sus alrededores. Muchos días, no aparecíamos por la colonia más que para comer y dormir. Los habitantes de Shipton se habían cansado de nuestra presencia hacía ya tiempo; a diario llegaban a la colonia quejas sobre nosotros y León, siempre en estado de temor por su seguridad personal, no se atrevía más que a suplicarnos débilmente en las horas de las comidas —que era cuando nos veía a la mayoría— que nos portásemos con prudencia. Los pequeños ignorábamos sus súplicas y seguíamos cometiendo barbaridades. Los mayores y los medianos, aprovechándolas, obtenían de León más cigarrillos a cambio de promesas de buen comportamiento que luego se llevaba el viento. Llegó un momento en que los más mayores entraban en la administración y ellos mismo se servían los cigarrillos, ante la impotencia de León, quien sólo se atrevía a decirles que no cogieran demasiados para no dejar a los demás chavales sin tabaco.

Mister Lake, insensible a estos problemas, se mantenía al margen. No he entendido por qué fueron contratadas por el comité para cuidar chicos dos personas que, el uno por incompetencia y el otro por su indiferencia, obviamente no tenían aptitudes para ello. No niego sus buenas intenciones. Sí, éramos trágicas criaturas. Sí, éramos víctimas de una guerra inmundada, pero no éramos perritos ni bichos raros. Con toda la desgracia y la tragedia sobre nuestras tiernas espaldas, éramos niños normales privados de una infancia normal, del calor de nuestros hogares, de una educación y una formación adecuadas. De nada servía que sintieran pena por nosotros. De nada servía que nos consideraran como desgraciados animalitos raros, porque no lo éramos. Necesitábamos que comprendieran y reconocieran nuestra tragedia sin despojarnos de nuestra dignidad, que aceptasen que teníamos derecho a una vida normal. Ni más ni menos.

El estado de la colonia era desastroso y a ello se unió la desaparición de *Mrs. Somerset*, la cocinera. ¿Qué sería ahora de nosotros?

* * *

En febrero de 1939, las fuerzas republicanas huían de la derrota. Los que habían huido por los Pirineos se hacinaban en las playas del Roussillon, en campos de concentración como el de Saint Cyprien, vigilados por tropas senegalesas. En el puerto de Gandía,

poco antes de la entrada de las tropas fascistas, el *Galatea*²¹ —destructor inglés— sacaba al exilio a las tropas republicanas, salvándolas de una muerte casi segura. Los hombres que habían defendido la República, lo mejor de la clase obrera e intelectual de España, tienen que abandonar su tierra. Un núcleo de los que llegan a Inglaterra influirá mucho, dentro de algunas colonias, en los pequeños niños vascos.

A principios de marzo, uno o dos días antes de que se fuera *mrs.* Somerset llegaron Fas y Paulino, ex milicianos republicanos. Fas había sido cocinero y Paulino, camarero. Rondaban los treinta años de edad y ambos se hicieron cargo de la cocina, que había dejado vacante *mrs.* Somerset. De Paulino sospecho que no trabajaba en la cocina por agrado, sino porque alguien nos tenía que dar de comer. Fas, sin embargo, sentía un amor profundo por su trabajo y nos preparaba, a pesar de la poca variedad de ingredientes, excelentes platos. Cuando preparaba uno de estos suculentos platos, los niños solíamos gritar a coro:

—¡Que salga el cocinero!

Fas se hacía de rogar y al final los chavales teníamos que medio forzarle para que saliera. Fas disfrutaba esos momentos con una candidez casi pueril.

—¿Qué, chavales? —nos preguntaba con despiste fingido ya en el comedor—
¿Qué queréis?

Un día nos pilló *in fraganti* haciendo una guerra con la comida. El disgusto que se llevó no lo olvidaré nunca. Viendo lo que hacíamos con el plato que había preparado, con lágrimas en los ojos, se declaró en huelga. Tuvimos que enviarle varias delegaciones de chavales durante más de una semana para convencerle de que no habíamos querido despreciar su comida, que la guerra de comida había sido una estupidez por nuestra parte y suplicarle que volviera a cocinar para nosotros. Fas, hombre bondadoso, accedió a seguir cocinando, pero no sin antes demandar que en el futuro tendríamos que pelar las patatas y fregar los cacharros. Nosotros no tuvimos más remedio que aceptar.

Un mes y medio, poco más o menos, después de la llegada de Fas y Paulino, llegaron a la colonia José Estruch y José María Lara, directamente desde el infame campo de concentración de Saint Cyprien. José Estruch²², Pepe, tenía veinte o veintiún años de edad y había abandonado sus estudios para incorporarse a las fuerzas republicanas, a pesar de haber padecido la polio, que le había dejado la pierna izquierda deformada. Lara era más joven, diecinueve años si no recuerdo mal, y también había sido voluntario en el campo de batalla. La llegada de estos cuatro impulsó un cambio de carácter en la colonia. Pepe y Lara, a la vez que nos daban clases, compartían nuestros juegos y se sentaban en el comedor al tiempo que nosotros. Con ellos, comenzamos a hacer ejercicios de gimnasia en el césped antes de desayunar.

Este grupo de exiliados que llegó a la colonia se vio reforzado por otro hombre que, si mal no recuerdo, se llamaba Alec Weighman, quien no vivía en la colonia, sino en el pueblo. De él se decía que era *lord*. Alec era un ferviente defensor de la República. En su casa hospedó a Marcelino Sánchez, otro exiliado republicano. Marcelino era el mayor de los exiliados que pasaron por la colonia. Su abundante cabellera y su copioso vello habían sido ya plateados por

²¹ *H.M.S. Galatea*.

²² José Estruch nació en 1916. Cuando llegó a Shipton tenía o estaba por cumplir veintitrés.



En Shipton, con Luis Portillo.

la edad. A pesar de su madurez, Marcelino era de carácter jovial y le gustaba relatar fantásticas aventuras que, supuestamente, le habían sucedido y que situaba en el Orinoco.

El espíritu juvenil de Pepe y Lara pronto contagió a Portillo y Lazareno e incluso hubo un cierto acercamiento de mister Lake a los niños. Ahora casi nos sobaban maestros y, espoleados por los exiliados —que a toda costa querían aprender inglés—, se organizaron nuestras primeras clases de este idioma, a cargo de mister Lake (a quien se le veía, por primera vez, dar clases con gusto). Poco a poco, comenzamos a faltar menos a las clases. Sin ser maestros de profesión, supieron irnos convenciendo (sin regañarnos) de que nos convenía tener en cuenta nuestra educación. Convertían nuestras incursiones por el campo en estudios de la naturaleza, en vez de su destrozo. Si planeábamos un ataque contra el pueblo cercano, ellos se las apañaban para disuadirnos y convertirlo en un encuentro cultural y amistoso.

Al principio vimos la llegada de aquellos hombres con recelo. Nos temíamos que llegarán acompañados de un montón de normas que coartaran nuestra libertad. Pronto nos convencimos de que no iba a ser así. Iban a cambiar las cosas, sí, pero a mejor. Cuando, al cerrarse la colonia, nos despedimos de ellos, todos —sobre todo los más pequeños— los adorábamos.

La primera señal del cambio se produjo a los pocos días de llegar Pepe y Lara. Un muchacho mayor había pegado una cruel paliza a uno de los medianos. Pepe y Lara, horrorizados, nos hicieron reunirnos a todos. Allí acusaron al agresor, y en general a todos los mayores por permitirlo, de gandules, cobardes, abusones y sinvergüenzas que, en vez de cuidar a los menores, se ensañaban con ellos. Entonces se ofrecieron como defensores de los

medianos y en general de cualquiera que necesitase justicia, retando a los mayores a que, el que quisiera, se peleara con ellos. Los mayores escucharon apoquinados, sintiéndose ridículos, sin defenderse siquiera. Fue la única vez que vimos a Pepe y Lara enfadados de veras. Desde aquel momento, conquistaron nuestro cariño y nuestro respeto y los abusos de los mayores casi desaparecieron. Las peleas, cuando se producían, eran entre gente de la misma edad e incluso éstas fueron desapareciendo, porque Pepe y Lara, con hábil sutilidad, se encargaban de poner en ridículo a los beligerantes ofreciéndose como árbitros. Hacían seguir las reglas del boxeo e incluso aparecieron un par de guantes por la colonia. Cuando hacían de árbitros, siempre insistían en que los contendientes se dieran la mano al empezar y al acabar la pelea. En esas condiciones... ¿quién se podía pegar a gusto? Además, si la pelea era muy desnivelada, los árbitros le ponían fin rápidamente alegando que los pesos de los dos boxeadores no se atenían a las normas, pues pertenecían a diferentes categorías. Y de esta forma las peleas, antes frecuentes, llegaron a desaparecer casi por completo de la colonia.

Lo primero que nos enseñaron fue a que les tuteáramos. Todos vivíamos juntos, todos éramos amigos y ellos no necesitaron del *señor* o del *don* para que les tuviéramos el respeto que merecían. A partir de su llegada, sólo quedó el tratamiento de *mister* para mister Lake, el resto eran *tú*.

Poco a poco fueron mejorando también nuestras relaciones con los vecinos del pueblo. Nosotros ya no practicábamos el vandalismo como antes y los vecinos de Shipton nos lo pagaron recibiéndonos con sonrisas cada vez que aparecíamos por el pueblo. Hasta el tabernero del pueblo nos permitía —aunque la ley inglesa lo prohibía tajantemente— entrar en su local a comprar las *patatas a la inglesa* (que venían en bolsas de papel transparente con un pequeño cucurucho en el que iba la sal).

Lazareno organizó entonces un coro de chavales que cantábamos canciones regionales. Se hizo una representación en la Casa del Pueblo y fue tal el éxito que nos pidieron seguir cantando. Algún chaval de los que mejor dominaban el inglés introducía las canciones:

—We're going to sing a Basque fishing song²³... ¡Una, dos y tres!

Entonces, todos a coro, comenzábamos:

*Anguleros... anguleros...
tener valor...
Con sus linternas
van a las tabernas,
con su farol
van al mostrador...
Anguleros... anguleros...
tener valor...
Entre las angulillas
hay un pez gordo,
entre las angulillas
hay un pez gordo,
arrimamos el farol...*

²³ Vamos a cantar una canción pesquera vasca.

*¿Qué era?
Era un mocordo²⁴
así de grande
y así de gordo.*

Cantamos luego un sinfín de gamberradas más que también estaban de moda por aquellos tiempos, bajo la severa mirada de Lazareno; los ingleses, claro, no se enteraban de lo que decíamos. Recuerdo, por ejemplo, que cada chaval cantaba una estrofa y el resto le respondíamos con el estribillo de *La cucaracha*.

*Una vieja en un corral
tiró un pedo y mató a un burro,
luego dicen que las viejas
no tienen fuerza en el culo.*

*La cucaracha, la cucaracha
ya no puede caminar...*

*La mujer de Pancho Villa
ha venido de Calcuta
y por no tener negocios
ha puesto una casa de putas.*

La cucaracha, la cucaracha...

*Una vieja se comió
ciento y pico de sardinas
y toda la noche anduvo
sacando del culo espinas.*

La cucaracha, la cucaracha...

*Pancho Villa y Amadeo²⁵
fueron a pescar jibiones,
Pancho Villa se cayó
y se pescó los cojones.*

La cucaracha, la cucaracha...

*Una vieja se comió
kilo y medio de tomates
y toda la noche anduvo
con el culo a disparates.*

La cucaracha, la cucaracha...

*Una vieja se cagó
debajo un confesionario*

²⁴ Cagada.

²⁵ Amadeo, por Francisco Madero. Qué más nos daba a los chavales; de él sólo conocíamos que Pancho Villa (Wallace Berry) en la película usaba un paraguas de escudo para protegerle cuando fue asesinado (versión Hollywood).

*y otra vieja lo cogió
creyendo que era un rosario.*

La cucaracha, la cucaracha...

*Una vieja se meó
en un vaso reluciente
y otra vieja lo bebió
creyendo que era aguardiente.*

La cucaracha, la cucaracha...

Cuando cantábamos, los aldeanos de Shipton se unieron al coro, tarareando el estribillo: «La cucaracha, la cucaracha...» (sin duda, cortesía de Hollywood, que también saturaba los cines ingleses de películas). Llegamos al límite cuando un muchacho comenzó a cantar:

*Al pasar por el puente de Luchana,
cochina, marrana,
el coño de tu hermana la pochá la vi...*

Pepe, de un salto, subió al escenario cortando el concierto por lo sano mientras con su precario inglés chapurreaba:

—«No mo son! Conser finis!»²⁶

* * *

Sánchez venía a menudo a la colonia. Con sus famosas historietas ocurridas en el Orinoco nadie se aburría. Un día llegó con el señor Weighman para decirnos que éste nos invitaba a pasar una velada seminocturna en su finca viendo diapositivas de sus viajes por distintos países europeos. Hasta entonces, sólo habíamos entrado en el extenso territorio que era de su propiedad, furtivamente. Éste incluía un trecho del río Evenlode (afluente del Támesis), donde Faustino nos había llevado a pescar cangrejos.

Alec (así le llamábamos a partir de aquel día) dominaba perfectamente el castellano y, según nos aseguró Sánchez, otras ocho o nueve lenguas. Viendo las diapositivas de distintos monumentos y escuchando sus explicaciones pasamos una tarde muy agradable e instructiva. Al acabar la sesión nos dijo:

—Venid cuando queráis.

Y nosotros le tomamos la palabra. Visitábamos los campos de tenis y de golf, el coto de caza, el río pesquero... En una semana nos atrevimos a pedirle su canoa y él nos la dejó gustoso.

Montar en ella con Joaquín o algún otro de los más brutotes era un riesgo. Cuando la canoa llegaba al centro del río, si les daba la venada, comenzaban a bambolearla adrede para hacerla zozobrar, pese a las quejas de, sobre todo, los que no sabíamos nadar. Así nos llevamos varios chapuzones y algunas veces tuvimos que luchar contracorriente por salir del río con el agua hasta el ombligo.

Un día Joaquín se embarcó él solo en la canoa. Varias horas después, apareció en la colonia con los calcetines atados uno al otro por la boca y colgados al cuello, como unas pe-

²⁶ En inglés correcto: «No more song, concert finish».

queñas alforjas. Había ido por el río robando de los nidos de las orillas huevos, unos veinte, de pato salvaje y de fúlica. Joaquín anunció que iba a hacer una tortilla gigante. Le seguimos a la cocina, donde requisó una gran sartén, un tenedor, una fuente donde batir los huevos y un taco de mantequilla y nos fuimos a un lugar discreto para hacer la tortilla.

—Güeno, quien quiera tortilla que ayude. Tú, vete a por leña para el fuego. Tú y tú me traéis seis ladrillos y tú, Ramonchu, pifa un pan grande en la despensa.

—¡Jo, a mí siempre lo peor! —gruñó Ramonchu.

Cuando la tortilla estaba hecha, Joaquín cogió un gran trozo de pan y, abriéndolo con la mano, empezó a llenarlo con tortilla.

—¡Jo, qué tacaño! ¡Nos vas a dejar sin tortilla a los demás! —me aventuré a decirle.

Joaquín, sin inmutarse, siguió llenando el pan hasta que hubo desaparecido dentro media tortilla y se alejó mientras se la comía, dejándonos a los demás la otra media y el encargo de que le devolviéramos a Fas la sartén, como si éste nos la hubiera prestado. Los demás nos comimos el resto.

Pero, por fortuna para nosotros, los mayores se cansaron pronto de la canoa y quedó para el uso casi exclusivo de los pequeños y los medianos más jóvenes. Con la magnífica canoa a nuestra disposición no quedó un nido sano dos kilómetros río arriba y otros tantos río abajo.

Aquel verano de 1939 dejamos dos canoas completamente destrozadas y otra más, casi. Alec, con generosidad, las fue remplazando a medida que se estropeaban.

Cuando no llegábamos a tiempo de coger la canoa, nos dirigíamos a la mansión y le pedíamos al mayordomo las raquetas para jugar al tenis o los palos para jugar al golf. Éramos cuatro o cinco muchachos harapientos que no le llegábamos ni a la cintura a aquel elegante mayordomo. Sospecho que no nos veía con agrado, porque cuando le devolvíamos lo que fuera, él lo cogía con dos dedos y, estirando bien el brazo —como para no mancharse—, nos daba con la puerta en las narices. Nosotros, acostumbrados a ser despreciados, nos marchábamos sin dar importancia a sus desdenes.

Nuestros estudios académicos y nuestra formación cultural y política (de la mano de Pepe, Lara, Portillo, Lazareno, Sánchez y también mister Lake) dio un gran avance. Por primera vez entonces comencé a comprender de forma racional la tragedia de nuestro país y también a odiar (con sentido de adulto) a los instigadores nacionales e internacionales de esa tragedia.

Un día que un chaval dijo que los italianos no valían como soldados, Pepe le contestó:

—Todo soldado vale mucho o poco, depende de su convencimiento y de su conciencia. Si no tiene causa que defender, no pondrá su corazón y, por lo tanto, no será buen soldado. Eso pasó en España con los italianos, que corrían en desbandada por el frente y después, en su huida, se ensañaban con la población civil. Pero en España también luchó, al lado de la República, el *Batallón Garibaldi*, en las Brigadas Internacionales. Estos también eran italianos, pero voluntarios, y también corrían por el frente, pero persiguiendo a fuerzas de enemigos casi siempre mayores en número, pero no en ánimo y conciencia.

Pepe se había convertido en nuestro hermano mayor, le venerábamos. Cuando nos separamos, Ramonchu y yo nos carteábamos con él y recuerdo que encabezábamos nuestras cartas: «Querido hermano Pepe...». A mí me llamaba Luisito y a Ramonchu, Tete. También fue de los pocos que llamaba a Josechu con su nombre de pila y no con el apellido (Santa). Pepe estimulaba con empeño nuestras cualidades artísticas. A Ramonchu le incitaba a pintar (ya en otra colonia consiguió que se matriculara como estudiante en una academia de bellas artes) y a mí me agenció una armónica. Enrique (ya he hablado de él más arriba) tocaba muy bien la armónica y me enseñó a tocar el *Bolero* de Ravel llevando el compás con la lengua. Enrique tenía una armónica «con botón» que incluía toda la escala cromática y conseguir una armónica así (*filarmónica*, la llamaba yo) se convirtió en mi anhelo desde que se la vi por primera vez.

Pepe también advirtió en Ramonchu y en mí un don natural para actuar —más tarde nos dirigiría representando obras de Cervantes, García Lorca, Pedro de Alarcón, etc.—. De momento, en Shipton se conformó con enseñarnos a recitar poesía.

Aquel espléndido grupo de intelectuales y obreros republicanos, pues, nos dio una estupenda formación como personas.

* * *

Pasó aquel verano de 1939 feliz para nosotros. Nos sentíamos amparados y, por primera vez desde que dejamos Bilbao, bien surtidos de material deportivo, gracias a Alec Weighman. La guerra que se avecinaba nos parecía lejanísima y los pequeños pasábamos los días jugando y estudiando mientras que los mayores trabajaban, generalmente en los campos de labranza, sintiéndose así hombres.

Josechu también comenzó a trabajar entonces. Como buen hermano y como veía nuestro regreso a Bilbao ya cercano, comenzó a ahorrar. Además se aseguraba de que Ramonchu y yo no nos quedaríamos sin nuestras sesiones quincenales de cine. Ganaba 3 chelines semanales, o sea, 36 peniques antiguos, suficiente para, además, tener algo de dinero para divertirse.

Muchos (no Josechu, que trabajaba en una granja muy cercana) tuvieron que comprarse una bicicleta para poder llegar a sus puestos de trabajo. Eran éstas de segunda mano y muy altas, de ésas con barra, y las llamábamos «bicis de policía». Su precio oscilaba entre los nueve y los trece chelines. A los pequeños nos costaba, pero a veces conseguíamos que nos las dejaran un poco a cambio, por ejemplo, de una caja de colillas. Como las bicis eran muy altas, no llegábamos bien e inventamos un método para montar. Nos poníamos sobre un pedal y metíamos la otra pierna por medio del cuadro, hacia el otro pedal. Nos subíamos en marcha y, claro, tenía que ser cuesta abajo, porque no podíamos pedalear. La postura era bastante difícil, por lo que nos caíamos a menudo. Si el dueño se oía algo, revisaba a fondo la bici y al ciclista y, si encontraba el más mínimo arañazo en una u otro, te soltaba un guantazo.

—¡Maricón, te has caído con mi bici! ¡Como se te ocurra pedírmela otra vez, te rompo la crisma!

Así es que, a base de caídas, heridas y bofetadas llegamos a conseguir mantener un precario equilibrio sobre la bicicleta.

Joaquín, que a diferencia del resto de los mayores se pasaba el día montando en bicicleta, me cogió aprecio y me solía llevar a dar vueltas en su bici, montado sobre la barra.

Subía y bajaba terraplenes, se metía por los baches y muchas veces acabábamos en el suelo. También, a veces, soltaba el manillar pese a mis protestas y, tapándome los ojos con las manos, me decía que condujera yo mientras él me iba dirigiendo:

—Un poco a la izquierda, un poco más. Vale, ahora a la derecha...

Ramonchu y yo, en una de nuestras caminatas encontramos el basurero del pueblo, una verdadera mina de oro. Era mucho mejor que un mercado: había de todo y gratis. Rebuscando en medio de los desperdicios malolientes fuimos amontonando cuidadosamente todo lo que pudiera ser útil. De pronto me encontré un reloj de bolsillo y, tengo que reconocer que, a pesar de que habíamos acordado que íbamos a medias, me lo escondí en el pantalón para que Ramonchu no lo viera. Poco después, arrepentido, lo saqué del bolsillo y se lo enseñé.

—¡Jopé! Luisito, miraver si anda, ¡dale galga! —exclamó entusiasmado.

Le di cuerda hasta el tope y pudimos comprobar que andar, lo que se dice andar, sí que andaba, pero lo hacía a una velocidad vertiginosa.

—¡Jo, no tiene frenos! ¿Te has dado cuenta cómo corrían las abujas? —observé.

—No importa. Anda, que es lo principal —contestó Ramonchu pragmáticamente.

Y como lo importante era tener reloj, funcionase bien o no, nos quedamos satisfechos. De pronto, Ramonchu gritó emocionado:

—¡Una rueda de bici!

Escarbamos con frenesí donde la había encontrado para ver si aparecía el resto de la bicicleta, pero era inútil. Entonces advertimos que en un extremo del basurero habían amontonado la chatarra. Fuimos allí y encontramos un cuadro, una cadena, un manillar, otra rueda... y, por fin, otro cuadro, pero esta vez de bici de mujer, ¡sin barra!

(Hay que tener en cuenta que poder «llegar a la barra» era entonces una obsesión para todos los chiquillos: quería decir que eras casi un hombre. Todos sufrimos —por negociar la barra antes de tiempo— molestos resultados en nuestras partes prohibidas, al restregárnoslas por encima de la barra y a un lado y otro de ella al pedalear. Andar en una bici de mujer, sin barra, era, por eso, todo un lujo.)

Delirantes de felicidad, fuimos eligiendo las piezas y montamos allí mismo una bicicleta. Aunque no encontramos palomillas y tuvimos que unir las ruedas al cuadro con alambre para poder transportarla hasta la colonia. Cuando regresamos a casa, hicimos una entrada triunfal en medio de las miradas halagadoras de los demás.

Después de una semana de pedir prestadas llaves inglesas, robar las válvulas de una bici que estaba aparcada en el pueblo, arreglar una buena cantidad de pinchazos y apropiarnos de las palomillas de la bici del pobre León, conseguimos acabar la bici. Joaquín, por la fuerza, fue el primero en estrenarla. Después, entre reparación y reparación, la estuvimos disfrutando Ramonchu y yo hasta que desapareció la colonia.

* * *

La alejada comarca no parecía sentir las convulsiones de la actualidad. Los labradores y los chicos más mayores de la colonia y muchos de los medianos —Josechu entre ellos— se encontraban atareados en la recogida del trigo, de la avena o la cebada. Los más pequeños también colaborábamos en la recogida de la cosecha. Aunque no se nos pagaba por ello, nos

dedicábamos, le gustase al amo o no, a ayudarle recogiendo las frutas, por supuesto, cuando él se encontraba lo más lejos posible.

Nosotros también permanecíamos ajenos a la actualidad. La guerra española había acabado en marzo y, aunque nuestro odio hacia el fascismo permanecía intacto, las caretas de gas de nuestros juegos de niños habían dejado paso a nuestro interés por los cangrejos, patos, conejos y pájaros —que tanto abundaban—, la canoa y las bicicletas. Tampoco corrían rumores sobre una pronta repatriación y, a pesar de que Josechu ahorra pensando en nuestra vuelta, no nos agobiaba este tema.

Un día que regresaba del río con Faustino y Ramonchu, nos encontramos a Pepe hablando con un aspecto serio y preocupado a algunos de los mayores, que habían salido antes de trabajar.

—¿Qué pasa, Pepe? Nosotros no hemos hecho nada, ¿eh? —dijo Ramonchu.

—Ya lo sé, Tete —dijo Pepe con una leve sonrisa.

—Pos entonces, ¿qué pasa?

Pepe palideció. Nunca antes le habíamos visto así, tan preocupado. Cuando encontró las palabras adecuadas nos explicó lo que ocurría. La noche anterior, el Parlamento inglés había logrado forzar a Chamberlain a adoptar una postura digna y mandar un ultimátum a Hitler, aunque ya demasiado tarde. Al ignorar Hitler el ultimátum, Chamberlain le había declarado la guerra, como informaban las emisoras de radio desde las nueve de la mañana. El ultimátum francés expiraba ese mismo día a las cinco de la tarde. Había estallado la guerra. Yo recordé cuando estaba en Laguardia y nos informaron de que había estallado la Guerra Civil española. Entonces todos habíamos llorado, pero esta vez teníamos más experiencia. Esto ocurría el fatídico 3 de septiembre de 1939.

Los primeros días de la Segunda Guerra Mundial —que privaría a tantos niños vascos de volver a ver nunca más a sus padres— los pasamos mirando al cielo, temiendo a cada momento ver aparecer un bombardero nazi. Ya sabíamos por experiencia de lo que eran capaces, pero los días pasaban y no aparecieron hasta casi un año después, en agosto de 1940. Fue lo que duró la llamada entonces *guerra falsa*. No por eso dejó de afectar a la población. Se veía mucha gente uniformada, diversas clases de preparación de la defensa, aviones caza *Spitfire* o *Hurricane* en vuelo rasante, quizás algunos de vuelta de los campos de batalla franceses. Los niños ingleses, al igual que nosotros antes, iban siendo evacuados a lugares alejados de las zonas de importancia estratégica, aunque nosotros no fuimos conscientes de esto. A mediados de septiembre, fueron desapareciendo de la colonia de Shipton algunos de sus habitantes, ya mozos, enviados principalmente a Londres para ocupar los puestos que quedaban vacantes por los hombres llamados a filas. Al mismo tiempo comenzaron a correr por la colonia rumores de que ésta iba a ser cerrada, despertando los mismos temores que nos habían acompañado anteriormente, como, en nuestro caso, el vernos separados los tres hermanos.

El Basque Children's Committee reaccionó ante la guerra con masivas repatriaciones de niños vascos. En octubre de aquel año de 1939, los rumores anteriores se convirtieron en realidad y se cerró la colonia de Shipton. Se nos dividió al menos en cuatro grupos. Uno de ellos llegó a Londres: eran los que se iban a vivir de patrona al este de Londres, integrándose en trabajos de guerra. Otro, el grupo de reclamados, entre ellos dos hermanos llamados Ismael y Abraham, se unió en la estación de Victoria a un gran número de niños y emprendía

el viaje de retorno a la patria. Los otros dos grupos, quizá tres, fueron distribuidos en otras colonias, que aún permanecerían abiertas una temporada.

De todos los golpes que sufrimos los Santamaría, el abandonar la colonia de Shipton fue el más severo. Nuestros temores fueron confirmados y fuimos separados, pese a nuestras quejas. Josechu, preocupado por nuestra suerte y sin haber cumplido siquiera los quince años, aún con pantalones cortos, fue enviado a Londres a ganarse el pan trabajando. Mientras tanto, Ramonchu y yo (en un grupo de tres niños, pues venía con nosotros Faustino) fuimos enviados a una colonia situada a unos treinta kilómetros de Shipton en la que todas eran mozas, excepto un chaval. En esta colonia estuvimos, de forma transitoria, sólo cinco o seis semanas, puesto que también estaba a punto de ser cerrada.

Nunca como en aquella despedida nos encontramos los tres hermanos tan impotentes. No sólo nos veíamos privados una vez más de nuestros amigos, y perdíamos también a Pepe y compañía sino que, más doloroso aún, nos quedábamos sin la protección de Josechu, que hacía para nosotros el papel del padre que nos faltaba. Allí nos quedamos viendo partir a Josechu con lágrimas en los ojos, desmoralizados, forzando una débil sonrisa. Allí permanecimos hasta que desapareció el maldito autobús que nos robaba a nuestro hermano, momento en el que Ramonchu y yo rompimos a llorar descontroladamente.

Estas fueron las últimas palabras que me dirigió Josechu antes de marcharse:

—Tú eres el mayor ahora... Cuida a Ramonchu.

Poco después Ramonchu y yo partíamos con Faustino a la nueva colonia.

Pepe nos había avisado de que la colonia a la que íbamos Faustino, Ramonchu y yo era una colonia modelo. Estaba ésta en Aston, en medio de una carretera de segundo orden.

Era Aston una pequeñísima aldea compuesta por seis o siete casas y la mansión. Cuando llegamos quedaba un grupo muy reducido de niñas vascas, pues habían repatriado a la mayoría. No quedaban en la colonia más que una veintena de chicas, un chaval (José, creo recordar que se llamaba) y dos señoritas. Era evidente que formaban parte de un número reducido de agraciados al que, injustamente, a costa de la mayoría de niños y niñas vascos, no había faltado de nada. Aún se notaba en las ropas que vestían, que no eran de segunda mano, como era usual en nuestra comunidad. También se notaba en sus caras bien alimentadas y en la increíble cantidad de juguetes comunales y privados. ¡Claro que así podía uno ser bueno! ¡Claro que así podía ser una colonia modelo!

Sólo había que ver a José. Tenía más o menos la edad de Josechu. Josechu había ido a trabajar a Londres con un pantalón corto de segunda mano. José, en cambio, tenía dos trajes de pantalón largo para los domingos, además de otro par de pantalones, también largos, para los días de diario. Al igual que la mayoría de las chicas, tenía una bicicleta. ¡Nada de bicicletas de segunda mano ni recogidas de la basura! Tenía también dos pares de patines y dos revólveres de juguete que quitaban el hipo. José nos contó que algunos de aquellos juguetes los había recibido en navidades, pero que la mayoría los había comprado con sus propios ahorros, puesto que trabajaba. Pero yo creo que llevaba poco tiempo trabajando, teniendo en cuenta que era de la edad de Josechu y éste había empezado a trabajar tan sólo dos meses antes en Shipton, y no creo que su jornal le hubiera dado para tanto.

Asalvajados como estábamos los tres, nuestra popularidad en Aston no era de envidiar: fue marchando de mal en peor hasta llegar al punto más bajo posible. El contraste entre nuestro comportamiento y el resto de los habitantes de la colonia era muy marcado. Las dos señoritas al cargo de la colonia se sentían como si el comité las hubiera clavado tres espinas al mandarnos allí. Eran incapaces de controlarnos y al final acabaron dándonos de lado, lavándose las manos respecto a nosotros. Sólo nos veían a las horas de comer y cuando tenían que asegurarse de que no faltaba nadie, a la hora de dormir. No comprendieron que necesitábamos, lo mismo que los demás, su cariño y su autoridad. Doloridos, nos vengábamos de ellas cometiendo salvajadas a diario.

Un día, explorando los áticos del caserón, nos encontramos una montaña de juguetes. Con avaricia infantil, llenamos nuestras maletas. Las niñas se quejaron de la falta de juguetes y las dos señoritas lo tuvieron fácil. Si en el pasado no había faltado nada, estaba claro quiénes eran los responsables, ya no podíamos ocultarnos como antes en la masa de posibles culpables. Nos obligaron a abrir las maletas delante de todos, a pesar de que asegurábamos que no habíamos cogido nada, y al menos tres cuartas partes de su contenido eran ajenas. Nuestro honor quedó por los suelos. De nada valieron nuestras excusas («creíamos que eran de todos») y desde aquel momento fuimos conocidos como *los ladrones*. Si ya estábamos aislados de aquel grupo de «privilegiados», a partir de aquel momento la división fue mucho mayor.

Aquellos días fueron para nosotros los más tristes hasta ese momento de nuestra estancia en Gran Bretaña. Ni por la *Lorito* habíamos sido tan despreciados. Esperábamos con ansiedad el momento en que cerraran la colonia con el deseo de ir a otra, fuese buena o mala.

Un día una de las señoritas, que no nos había dirigido la palabra desde que nos pillaran con los juguetes que no eran nuestros, nos llamó a su despacho y nos comunicó fríamente que al día siguiente nos íbamos a otra colonia, no sin antes advertirnos que comprobaría que no habíamos robado nada registrándonos las maletas.

No habían podido esperar a cerrar la colonia para deshacerse de nosotros, no nos aguantaban más. Estuvimos tan poco tiempo que ni siquiera tuvimos tiempo de mandarles nuestras nuevas señas a Josechu y a nuestros padres.

Hicimos las maletas y nos dirigimos al despacho de la señorita que nos había informado de nuestro traslado.

—Ya hemos preparado nuestras maletas. ¿Quiere verlas?

Nos miró con severidad, pero al instante se dio cuenta de nuestro lastimoso estado de inseguridad. Conmovida, cambió su expresión y casi con dulzura nos dijo:

—Bien... No habéis cogido algo que no sea vuestro, ¿verdad?

—No, señorita.

—Bueno —se fió—, pues a ver si podéis pasar el resto de la tarde sin hacer travesuras. Y sed más buenos en la siguiente colonia.

—Sí, señorita.

Faustino, ya fuera de la oficina, refunfuñó:

—Cabrona... «y sed más buenos en la siguiente colonia» —dijo imitando a la señorita—. ¡Ahora le da pena de nosotros! Pos ya es demasiado tarde.

—Es verdaz. Pos todavía nos las van a pagar todas juntas... —dije.

Y entonces planeamos nuestra venganza. Durante lo que restaba de la última tarde, no dimos motivos para que nos regañaran. No hubo quejas de robos ni palabrotas y no tuvieron que decirnos las cosas dos veces, como era usual: orden que daba una señorita, orden que cumplíamos al momento. Fuimos tres *angelitos*. Hasta José, que apenas nos había dirigido la palabra desde que llegamos, pasó la tarde hablando y jugando con nosotros. Pero debajo de aquella balsa de aceite hervía nuestra venganza. Bueno, no era tanto venganza como beneficio personal lo que habíamos tramado.

La mañana siguiente, después de desayunar, teníamos un rato hasta las diez y media, hora de nuestra partida. José se fue al trabajo, lo mismo que algunas muchachas. Las crías

se fueron a estudiar y, como de costumbre, Faustino, Ramonchu y yo nos quedamos solos rondando por la mansión. Había llegado la hora de vengarnos.

A Ramonchu, por ser el pequeño, le apostamos de centinela, mientras Faustino y yo entrábamos al cuarto que compartíamos con José y le desvalijábamos de sus juguetes. Faustino se quedó con un par de patines sin estrenar y una pistola. Ramonchu y yo nos hicimos con el otro par de patines, de segunda mano pero mejores que los de Faustino, y el revólver, prácticamente nuevo, de vaquero. Faustino quiso además despojar a José de un traje nuevo, pero le advertí que no lo hiciera, porque igual se daban cuenta y nos costaba un disgusto. No sé por qué pensaba yo que de los patines y las pistolas no se darían cuenta, pero del traje sí.

Pasamos nerviosos el tiempo que faltaba hasta que llegara la hora de irnos, pero por fortuna no nos revisaron las maletas. Con las nuevas etiquetas donde venía la dirección de la nueva colonia, nos subimos al coche que nos llevaría a la estación.

Tan pronto como perdimos de vista Aston, nos olvidamos de la colonia donde no habíamos cuajado. Queríamos llegar pronto a nuestro nuevo destino y disfrutar con nuestros nuevos regalos.

Capítulo 9

MARGATE

En el tren nos miramos las etiquetas sujetas con imperdibles a nuestro pecho, decían así:

The Basque Children's Home
Margate
Kent

La siguiente colonia estaba en Margate, condado de Kent. Nuestra permanencia en Margate, ciudad costera, fue pésima y más valdría olvidarse. Padecimos hambre, frío, abusos e injusticias. Lo único bueno que ocurrió fue que la colonia iba a ser cerrada en breve. El mal recuerdo que guardo hizo gran mella en nuestras vidas y no puedo olvidarlo.

Nuestra fama de malos nos había precedido y nada más llegar, a mediados de noviembre, recibimos una fuerte reprimenda cargada de advertencias.

Aquel invierno de 1939-1940 fue muy duro. En la orilla del mar se veía agua helada, lo que no he vuelto a ver nunca desde entonces en la costa sur de Inglaterra. En la colonia, el anticuado sistema de calefacción no creo que hubiese conseguido aumentar la temperatura del caserón ni en verano. La enorme estufa sólo calentaba tres o cuatro radiadores, siempre rodeados de niños que nos apiñábamos en torno a ellos. El resto de los radiadores más parecían neveras que otra cosa. Aquel invierno, en la colonia de Margate había siempre media docena de camas, por lo menos, ocupadas con niños y niñas enfermos. Y no con sarna, como en otras colonias, sino por el frío y la mala nutrición. Pasamos tanta hambre que nos vimos obligados (y no por capricho, como otras veces) a buscar la manera de conseguir alimento.

Al llegar a Margate pronto dimos de lado a Faustino. Nos hicimos amigos íntimos de un chaval de mi edad, Narciso Lobato, y juntos sobrellevamos los aprietos, muchas veces llorando de hambre y frío. Por suerte, ninguno caímos enfermo. La mala fama que nos acompañaba contagió también a Narciso por el mero hecho de venir con nosotros. Nunca olvidaré que se negó a deshacer nuestra amistad y, por ello, sufrió las consecuencias.

No por ser malos nos vimos al principio sin amigos. Mientras tuvimos los patines y el revólver vaquero de José, muchos fraternizaron con nosotros. Pero poco a poco, todos menos Narciso fueron ignorándonos. Solamente los mayores se acordaban de nosotros cuando se les antojaba abusar de nosotros y nos ordenaban realizar tareas tontas que se inventaban. A

los mayores el personal de la colonia les asignaba un número y cuanto más alto el número mayor era su responsabilidad, su autoridad. Ignoro si en otros tiempos de la colonia este sistema funcionó, pero cuando llegamos nosotros estaba claro que había degenerado y sólo daba lugar a abusos. Destacaban *el Quince* y *el Veinte*, cada uno con su séquito alrededor. El pasatiempo favorito de *el Quince* era esquilarse al rape a los más pequeños que él, sobre todo si llegábamos de otras colonias, porque —según decía— llegábamos plagados de piojos. El pelo te lo cortaba más o menos según le cayeras. A Ramonchu y a mí algo bueno debió de vernos, porque nos lo dejó relativamente largo. Nos lo intentó cortar más veces, pero aprendimos a esquivarle. Odiábamos a *el Quince* y a *el Veinte*, tal vez porque veníamos de Shipton, donde los mayores no nos molestaban para nada.

El Veinte me puso el único apodo que tuve en Inglaterra y que, por fortuna, no salió de Margate. Era un apodo cruel: *Cara de Hambre*. ¡Cuántas veces deseamos que *el Quince*, *el Veinte* y todo su séquito hubiesen estado en Shipton...! Allí les habrían cantado las cuarenta...

Había una habitación con una chimenea —las niñas tenían otra igual— alrededor de la cual nos apelotonábamos los niños. Solían estar en ella los mayores y para entrar les teníamos que pedir permiso —si bien es cierto que, a no ser la hora de ir a dormir, nos lo concedían siempre—. Un día pedimos entrar.

—Está bien, *Cara de Hambre*, pasa con Narciso y Ramonchu.

Con los mayores había un chico de mi edad que estaba protegido por ellos. Éste, alentado por *el Quince*, se dirigió a mí:

—Tú, *Cara de Hambre*, que dice el Quince que vayas a por leña.



Niños vascos en Margate.

Yo no le hice caso.

—¿No has oído, *Cara de Hambre*? ¡Que vayas a por leña!

El chaval no era ningún Adonis que digamos, tenía unas orejas muy grandes, así que, furioso, le contesté:

—Vas tú, *Orejas de Burro* —Cara de hambre quizás, pero mordía.

El chaval se quedó sorprendido, pero reaccionó abalanzándose sobre mí. Yo lo rechacé con un puñetazo. La escena se volvió a repetir y se llevó otros dos puñetazos. Por fortuna para mí, los mayores de su grupo no intervinieron. Desde aquel día no me volvió a llamar nunca *Cara de Hambre*.

Un día que nos cruzamos por el pasillo a solas lo amenacé:

—Ya puedes rezar para que no te manden solo a una colonia donde yo esté.

Nunca volví a verlo más. Obviamente, debió de ser uno de los «afortunados» y sería reclamado por sus padres.

El frío y el hambre aumentaban de día en día. El rancho consistía en un potaje de verduras cortadas en grandes trozos que nadaban en un caldo engrasado con algunos trozos de carne sebosa. Muchos sufríamos arcadas al intentar engullir un trozo de zanahoria o de nabo hervido. En general comíamos tan sólo el pan y el postre, una especie de engrudo dulce (algo parecido a las papillas de harina de maíz que se da a los bebés). En el desayuno y la cena comíamos pan con margarina y un líquido caliente muy aguado que sólo de muy lejos recordaba al café con leche.

Un día nos encontrábamos llorando en un pasillo cuando apareció Víctor Anduiza, un chaval unos meses más joven que Josechu que también había estado antes en Shipton (era precisamente el chico que se pegó con Josechu). Nos preguntó que qué nos pasaba y como yo le contestara que teníamos hambre nos hizo acompañarle hacia la despensa. Allí Mrs. Otter, la cocinera inglesa (que bien pudiera haber sido la madre de Uriah Heep²⁷, reencarnada para matarnos de hambre) tremendamente avariciosa con los niños que allí estábamos, guardaba succulentas rebanadas de pan con mantequilla y mermelada de naranja para la merienda del personal. La despensa tenía un candado, pero Víctor sacó un manojo de llaves, horquillas y ganchos de alambre que se había fabricado él mismo y en menos de un minuto estaba abierto el candado. Empujó la puerta, cogió las rebanadas de pan, me las dio y volvió a cerrar. Se cogió varias de las rebanadas y dijo:

—Pa vosotros las otras. ¡Ale! Marcharos por ahí y que nadie vos vea comiéndolas. Y ya sabéis, cuando tengáis hambre me lo decís.

A veces nos escapábamos a la ciudad y entrábamos en un gran supermercado de una cadena de almacenes, Woolworth, del que recuerdo un conocidísimo eslogan: «En Woolworth se vende desde un alfiler hasta un piano». Nos gustaba ir a este supermercado porque era el único de los que conocíamos donde primero se cogía el género y luego se llevaba a la caja para pagarlo, lo que nos venía de perilla. Aquí robábamos todas las golosinas que podíamos, aunque insisto en que más por hambre que por otra cosa. Pero este método era

²⁷ Personaje de *David Copperfield*, de Charles Dickens.

arriesgado, porque había vigilantes de paisano. Varios chavales fueron sorprendidos con las manos en la masa y la policía los escoltó hasta la colonia. Llegó el momento en que era tanta la vigilancia que tuvimos que desistir de este método de conseguir comida. Además, nuestra apariencia andrajosa nos delataba ya antes de entrar.

Junto a la colonia había varios campos de fútbol. Junto a ellos, unas pequeñas casetas que hacían de vestuarios. Fue Narciso quien nos puso sobre la pista: en los descansos, los jugadores se metían en esas casetas y salían tomando café (en realidad era té) con galletas. Un día que no había partido, decidimos dar un atraco a una de las casetas.

—Sólo tenemos que pasar la vaya de alambre y romper la puerta de la chabola y con tal de que no nos guipen podemos pifar muchas galletas con café.

Lo más difícil era acercarse sin ser vistos. Después de varias tentativas, decidimos esperar a que oscureciera. Armados con una barra de hierro como palanca, abrimos la puerta. No tardamos en encontrar una caja de hojalata llena de galletas y allí mismo nos comimos cada uno media docena. Lo que no pudimos encontrar fue el café (que, inocentemente, esperábamos que estaría hecho), aunque sí encontramos el té en grano, que confundimos con tabaco (tratamos de fumarlo, sin éxito).

Por prudencia, no volvimos a intentarlo y, otra vez, tuvimos que buscar métodos menos arriesgados para saciar nuestra hambre.

En otra ocasión nos dijeron que había encallado un barco. Como no habíamos visto nunca un naufragio, fuimos a la playa a verlo y cuál fue nuestra sorpresa cuando encontramos la orilla llena de cangrejos muertos o moribundos, no sé si envenenados por los productos tóxicos del barco o muertos por el frío.

—¡Aivá, está lleno de carramaros²⁸!

Narciso, Ramonchu y yo cogimos todos los que pudimos y volvimos a la colonia. Al vernos hervir los cangrejos en una fogata, varios chavales que hasta entonces no habían tenido casi trato con nosotros demostraron mucho interés. Desde aquel momento, quizá porque compartimos con ellos nuestro succulento manjar, nuestra popularidad entre los más pequeños y los medianos aumentó y ya no estuvimos tan solos como antes.

Al día siguiente, entre unos cuantos construimos una especie de trineo con el respaldo de una silla y sobre éste clavamos una caja de frutas. Con él nos fuimos a la playa y hasta que no lo cargamos hasta el tope de cangrejos no volvimos. Estuvimos varios días comiendo cangrejos, hasta que nos hartamos de ellos, ayudados además por el cambio de la marea.

* * *

Aquel invierno de 1939 a 1940 hizo tanto frío que creo recordar que ni siquiera nos lavábamos. Para combatir el frío, cogíamos todas las botellas que encontrábamos con tapón o corcho y las llenábamos con agua hirviendo, que salía por una válvula de seguridad de la caldera. Muchas de las botellas reventaban, a pesar de que para evitarlo poníamos clavos y tornillos dentro de la botella y hoy me parece extraño que no hubiera

²⁸ Cangrejos.

ningún accidente grave. Las botellas las usábamos para calentar las camas, pero era tanto el frío que, a pesar de eso, dormíamos completamente vestidos. Por falta de botellas, llegamos al extremo de usar frasquitos de tinta de insignificante tamaño, por lo que se enfriaban casi al instante.

Los cristales del caserón que se rompían por algún balonazo o alguna pedrada los arreglábamos muchas veces los propios chavales poniendo un trozo de cartón. Había, por lo menos, un dormitorio pequeño (de cuatro camas) orientado hacia el mar, el resto estaban más resguardados.

Aquel año estuvo nevando, más o menos, desde navidades hasta abril o mayo. Empezó un día a nevar por la tarde y al día siguiente todo estaba cubierto por un grueso manto de nieve. Ese día desayunamos deprisa, ansiosos por salir a jugar con la nieve. *El Quince* había salido, como de costumbre, en busca de los que se habían retrasado para el desayuno con la intención de llevarlos a coscorriones, pero volvió solo y con la cara desencajada. Se fue directo hacia un miembro del personal y le contó lo que pasaba. Rápidamente se corrió el rumor por todo el comedor. Cuando *el Quince* había llegado al pequeño dormitorio orientado hacia el mar se había encontrado con un terrible cuadro. El viento había tirado los cartones que tapaban las ventanas y la nieve se había colado en la habitación cubriendo el suelo y las camas donde dormían los cuatro niños. *El Quince* había intentado reanimarlos, pero no lo había conseguido y se temía que estuvieran muertos. Por suerte no era así. Los trasladaron a otro cuarto más abrigado y allí consiguieron que poco a poco fueran saliendo de su sopor. Si mal no recuerdo, sólo uno de ellos tuvo que ser ingresado unos días en el hospital. Por fortuna, la misma nieve se había acumulado en el exterior hasta tapar la ventana, evitando que entrara más en la habitación.

* * *

Aquellas navidades hubo pollo y postres variados que, después de pasar tanta hambre, nos parecieron un manjar. Después de la cena comenzó el reparto de regalos. Apiñados en el suelo, había un montón de juguetes, casi todos de segunda mano, donados por organizaciones benéficas o por amigos ingleses que no se olvidaban de nosotros. Entre los regalos yo había observado varios violines de juguete y, quizá por mi deseo de ser músico, estaba seguro de que uno de ellos sería para mí. Cuando llegó nuestro turno no nos dieron, ni a Ramonchu ni a Narciso ni a mí, ningún violín, nos había tocado a cada uno un rompecabezas.

—No vos vayáis entodavía, que a lo mejor entodavía tocáis a más regalos —nos dijo *el Veinte*.

De segundas nos tocaron otros dos rompecabezas, seguidos de idéntica observación de *el Veinte*. Cuando nos tocó de terceras nuestro turno, otros dos rompecabezas. Desilusionado, saltándoseme las lágrimas, le solté al que hacía de *Father Christmas*:

—¡Cagüen la mierda! ¡Otro puto rompecabezas!

—¿Eh? —preguntó sorprendido el que repartía los regalos.

Todos me oyeron pero, supongo que porque era navidades, prefirieron ignorarme. A Narciso Lobato también le habían tocado tres rompecabezas, así que los tres abandonamos el comedor desolados y nos fuimos al dormitorio a llorar, mientras el resto de los niños jugaban con sus juguetes nuevos. He de admitir que fue tal el disgusto que temo que me llevaré aquel ingrato recuerdo a la tumba.

A mediados de enero de 1940 nos llamaron a los tres a la administración, donde nos informaron de que la colonia se iba a cerrar pronto y de que saldríamos a otra al día siguiente. Nos dijeron que por nuestro mal comportamiento nos iban a enviar a una colonia de niños malos. «No será peor que ésta», pensé yo para mis adentros y, por las caras de satisfacción de Ramonchu y Narciso, deduje que estaban pensando algo por el estilo. Naturalmente, a la vil advertencia le siguieron los habituales consejos: «A ver si esta vez os comportáis como Dios manda», etc. Después de lavarse las manos de nosotros nos despidieron con un «ya podéis iros». ¡Vaya despedida!

Salimos los tres contentos. Se nos notaba una felicidad que llevábamos mucho tiempo sin sentir. No nos preocupaba la incertidumbre de no saber lo que nos esperaba, no podía ser peor que Margate. Al día siguiente abandonamos aquella maldita colonia de la que sólo recuerdo malos tratos y privaciones. Margate no había sido una colonia *para malos*, como se nos había insinuado, Margate fue una *mala* colonia, que es muy diferente.

En las solapas de nuestras gastadas zamarras (con las que con tanto orgullo habíamos salido de Bilbao casi tres años antes, sólo que ahora yo usaba la de Josechu y Ramonchu la mía) llevábamos la acostumbrada etiqueta:

The Basque Children's Home
The Oaks
Oaks Park
Carshalton Beeches
Surrey.

La nueva colonia que nos esperaba estaba en los suburbios al sur de Londres.

Ramonchu y yo viajamos excitados. Íbamos a Londres e, ingenuamente, pensábamos que Josechu estaría esperándonos en la estación. No teníamos en consideración que era día laborable y estaría trabajando ni que, además, no se había podido enterar de nuestra llegada... ¿Quién le iba a haber informado? Llegamos a la estación de Victoria a media mañana. Nos esperaba la administradora de la nueva colonia, la señorita Amparo Martínez. Era alta, delgada y muy morena. Tenía un corte de cara muy a la española y una belleza sin igual. Era dulce y severa a la vez y su edad rondaría los treinta.

En el andén, a pesar de no ser los únicos niños, nos reconoció inmediatamente. Aunque no hubiéramos llevado en la solapa las consabidas etiquetas, nos hubiera reconocido igual: sobresalíamos del resto como tres *meacamas*²⁹ en un campo de amapolas; en efecto, éramos los únicos con aspecto andrajoso.

Allí cogimos otro tren. La señorita Amparo nos prometió amablemente que preguntaría en el comité para ponernos en contacto con Josechu y con el hermano de Narciso, que estaba también trabajando en Londres y del que tampoco sabía nada. En la estación nos habíamos encontrado con un numeroso grupo de niños que volvían a Bilbao. La señorita Amparo notó nuestro descontento por no ser los afortunados y nos animó lo que pudo. Finalmente nos apeamos en Carshalton Beeches.

En la estación nos esperaba un grupo de niños, la mayoría de los más mayorcitos, y la señorita Mari Cruz. Nosotros, tímidos, caminábamos sin levantar la vista hasta que uno de ellos se puso entre Ramonchu y yo. Como siguiéramos sin mirarle, no pudiendo resistir más tiempo, nos dijo con sarcasmo:

—Hombre, hombre... ¿Vosotros aquí? ¡Qué bien! Güeno, tendremos que echar cuentas.

No era ni más ni menos que José el de Aston, a quien le habíamos robado los patines y las pistolas. Se nos cayó el alma a los pies. A pesar del frío (pues todavía había nieve), nos pusimos rojos y después fuimos palideciendo. Narciso, que no sabía nada, nos preguntó:

—¿Conocéis a ése?

²⁹ Diente de león, flor silvestre de color amarillo.

—Güeno... —contesté sin mirarle.

José se hizo cargo de nuestra maleta y con tono sarcástico nos dijo:

—Tendré que ver qué tenéis dentro...

Ni Ramonchu ni yo nos molestamos en contestar. Yo buscaba una salida desesperadamente. Afortunadamente, los patines los habíamos cambiado por una colección de sellos, pero aún estaba en la maleta el maldito revolver de *cowboy*.

Quería que no se acabase el camino a la colonia. Pensaba y no se me ocurría qué decir para descargarme de culpa. De pronto se me ocurrió una idea: la culpa había sido de Faustino. Por de pronto tenía que avisar de mi idea a Ramonchu, pero no era fácil, porque José se había colocado entre los dos y no nos quitaba ojo. Le hice una seña y, enseguida, me agaché a atarme el zapato. Ramonchu hizo otro tanto y le pude decir en voz baja:

—Ha sido Faustino.

—Venga, venga —dijo casi al mismo tiempo José.

José no nos volvió a decir nada en todo el camino. Al llegar a la colonia habían comido ya. Allí estaban la señorita Pili y la cocinera, una mujer madura y muy obesa que se llamaba Felisa del Hoyo.

—¡Dios mío, pobres hijos! ¡Si están en los huesos! —dijo sin poder contenerse al ver nuestro aspecto demacrado y harapiento.

—¡Pobrecitos...! Deben de estar muertos de hambre. Ale, guapos, vamos al comedor.

—Pero si parecen pordioseros, bueno ya les vestiremos bien aquí —iban comentando las profesoras entre ellas camino del comedor.

Aparte del hambre que teníamos, todo lo que retrasara el quedarnos a solas con José nos parecía bien. El comedor, que también hacía las funciones de sala de recreo e incluso algunas veces de aula, tenía cinco mesas cuadradas con ocho sillas cada una y un mantel de percal. Nada que ver con las tablas sobre unas borriquetas a las que estábamos acostumbrados.

—José —dijo la señorita Mari Cruz—, tú que eres el mayor, después de comer llevas a Narciso, Luis y Ramón a tu dormitorio y de paso les explicas la rutina de la colonia.

José, que ya tendría unos quince años, sonrió levemente. Narciso no sabía nada de nuestro problema con él y Ramonchu y yo ¿qué íbamos a decir?

Pudimos comprobar por nosotros mismos que allí sí que había una buena cocinera. A pesar de que asegurábamos que no teníamos hambre, repetimos de todo; mientras tanto, a nuestro alrededor se juntaban para vernos los niños y niñas de la colonia.

—¡Qué vergüenza, los han matado de hambre!

Cuando terminamos se nos acercó la más mayor de las muchachas, que rondaría los dieciocho años, y nos dijo:

—¿Habéis comido bien?



La señorita Amparo Martínez, maestra y directora de Oakx Park y más tarde de Los Calvos, The Culvers, donde falleció «al pie del cañón».

Y sin esperar respuesta nos dio un beso a cada uno. Fue el primero que recibíamos desde que nos habíamos despedido de nuestros padres en la estación de Portugalete.

Cuando hubimos acabado subimos con José al dormitorio. Yo creo que la forma en que nos habían recibido le ablandó algo, porque su sarcasmo esta vez tenía algo de simpático.

—Venga, Luisito, la llave de la maleta. A ver qué hay aquí de lo mío.

—Nosotros no fuimos, ¿eh? —le dije—. Fue el abusón de Faustino el que te robó los patines y las pistolas.

—Nos hizo vigilar a mí y a Luisito —dijo Ramonchu cogiendo el hilo— mientras él te robaba. Y luego fue y nos dio el revólver para que no nos chivaríamos.

José dudaba si creernos o no.

—¿Sí? Pues me las voy a ver yo con el Faustino ése como aparezca por aquí.

No habíamos caído en la cuenta de que Margate se cerraba y la verdad es que no era tan difícil que le mandaran a la misma colonia que a nosotros y se descubriera todo.³⁰ Yo abrí la maleta y, sumiso, le di su revólver, por otra parte José ya tenía demasiados años como para andar jugando con él. Lo cogió malhumorado y se puso a revisar la maleta por si encontraba algo más.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Un álbum de sellos que nos le dio un amigo que se ha quedado en Margate, si no que te lo diga Narciso.

—Es verdaz, yo lo vi.

—Güeno, güeno... Se va a enterar el mamón de Faustino si viene por aquí.

José no le debió de contar nada a nadie, o al menos nadie se mostró desconfiado con nosotros. Incluso olvidó cómo nos había tratado en Aston y siempre que jugábamos a algo procuraba elegirnos en su equipo.

Enseguida nos recuperamos de los malos tratos en Margate. Aquella colonia había sido mala de verdad, tanto que llegó a parecernos una lejana pesadilla... ¿Cómo pudo existir tanta diferencia entre unas colonias y otras? Aún no lo sé...

Para Ramonchu y para mí, el único nubarrón que amenazaba nuestra felicidad era la posibilidad de que el día menos pensado apareciera en la colonia Faustino. Este temor fue lo único que nos preocupó, hasta que a finales de marzo de 1940 José, cinco o seis niños más y otras tantas niñas fueron llevados a la estación de Victoria, donde comenzaba su repatriación. Al verlos marchar Ramonchu y yo sentimos un gran alivio, ya no se enterarían ni Faustino ni José (al menos en nuestra presencia) de nuestro engaño.

Pero a nuestro alivio uníamos la tristeza por, una vez más, quedarnos sin volver a nuestro querido Bilbao, donde estarían nuestros padres. Con tristeza pensé en los nuevos amigos,

³⁰ Faustino Gómez, por fortuna para él, cuando se cerró Margate fue enviado a la colonia de Barnet.



Grupo de chavales en Oaks Park. La mayoría volvió a España.



Felisa del Hoyo, nuestra cocinera en la colonia, con sus hijos Anastasio y Angelines Santamaría.



Foto de grupo en Oaks Park.



Vista de la enorme mansión de la colonia de Oaks.

que ya estaban de retorno. Su marcha creó un vacío que sólo se superaría poco a poco, con la llegada de otros niños.

Aquella fue la última expedición de repatriación para los niños vascos. Las cosas marchaban mal para los aliados. Francia iba cediendo paso a paso territorio a las hordas nazis hasta culminar su derrota en las playas de Dunkerque a finales de mayo, quedaba así cortado el camino de vuelta a España. Por algo los últimos meses el Basque Children's Committee había hecho un tremendo esfuerzo por repatriarnos a todos, pero entre cuatrocientos cincuenta y quinientos niños quedamos en Inglaterra. Algunos no volverían a ver nunca su patria y morirían en suelo inglés. Otros, como Luis Sauquillo y Rafael Arana, cayeron bajo las balas nazis en los campos de batalla franceses. El resto no volveríamos a nuestro país hasta que no fuéramos ya adultos.

Los que aún no teníamos edad para trabajar fuimos concentrados en dos colonias del extrarradio de Londres: en Barnet (en la parte norte de la ciudad) y en Carshalton (en el sur), esta última a menos de cinco kilómetros del campo de aviación de Croydon. No entiendo cómo, cuando se llevaba a los niños ingleses fuera de Londres para que no corrieran peligro, a nosotros se nos agrupaba precisamente en esta ciudad.

The Oaks era una enorme mansión en el centro de un inmenso parque público, Oaks Park («Parque de los Robles»). La colonia ocupaba un ala del edificio con un patio diminuto, que era el espacio que teníamos para nuestros juegos. El resto del edificio era un museo, con su sala de refrescos y quioscos donde se vendían postales y pequeños libros que trataban sobre el parque y los bosques que rodeaban el edificio. Sólo nos internábamos en esos bosques en escapadillas aventureras que acababan cuando los guardianes nos pescaban y nos entregaban a la señorita Amparo. Así pues, una vez saciada el hambre y despojados de nuestros harapos —ahora vestíamos mejor que

2

Passo para los cuales este pasaporte es valido
Passo pour lesquels ce passeport est valable

Toda Europa

La validez de este pasaporte terminará en:
Ce passeport expire le: **9 de Julio 1940**

expedido en / délivré à: **Moscu**
fecha / date: **9 de Febrero de 1939**

Fotografías de los interesados
Photos des intéressés



Española / Espagnole
MOSCU

Firma de los interesados
Signature des intéressés

3

SEÑAS PERSONALES -- SIGNALEMENT

España -- France

Profesión / Profession: **Musista**
Lugar y fecha de nacimiento / Lieu et date de naissance: **Milagrosa (Burgos) 21-2-1905**

Dominio / Domaine: **católico**
Color de los ojos / Couleur des yeux: **castaños**
Color del cabello / Couleur des cheveux: **"**

HIJOS -- ENFANTS

Nombre / Nom	Edad / Age	Sexo / Sexe
/	/	/

REGISTRATION CERTIFICATE No. **11699200**

ISSUED AT: **Moscu / U.S.S.R.**
on: **2nd August 1939**

NAME (Surname first in Roman Capitals): **SANTAMARIA del Hoyo**

Age: _____

Left Thumb Print (if unable to sign name in English Characters): _____

PHOTOGRAPH



Address of Residence: **24 Lincoln Road, W.8**

Single or Married: **Single**

Arrival in United Kingdom on: **28.8.1939**

Place of last Residence outside U.K.: **Bilbao**

Signature of Holder: **A. Santamaria del Hoyo**

Passport is other papers as to Nationality and Identity: **Identity Card No. 2014 issued by Banque d'Espagne**

Documentos de Felisa del Hoyo y de su hija Ángela.



10 MINISTRY OF FOOD
RATION BOOK
(JUNIOR) 1947-1948

Surname SANTAMARIA - DEL HOYO
Initials A. NATIONAL REGISTRATION NUMBER CH401122:26

Address _____
(Use an Identity Card)
(For change of address) _____

Date of Birth (Day) _____ (Month) _____ (Year) _____

FOOD OFFICE CODE No. L. 63
80 7

Serial No. of Ration Book JK 328101
1107

IF FOUND RETURN TO ANY FOOD OFFICE

IDENTIFICATION CARD ISSUED BY THE BASQUE CHILDREN'S COMMITTEE.
39, VICTORIA STREET, LONDON, S.W. 1.

Card No. BCC16/ Bilbao Registration No. 2019.
Surnames SANTAMARIA DEL HOYO
Christian Names ANGELA
Nationality Spanish
Date of Birth July 30. 1930 Place of Birth Bilbao, Spain
Present address in U.K. 49, Kenoset Square W.2.

The above-named arrived in this country on 23rd May, 1937, with the party of Basque children evacuated from Bilbao.

Date: 2nd August 1946.

M. Picken
for BASQUE CHILDRENS COMMITTEE
Secretary

KOB 27487 V

Documentos de Felisa del Hoyo y de Ángela Santamaría.

nunca—, la estancia en The Oaks resultó ser más bien aburrida, pues estábamos privados de libertad de movimientos.

* * *

Un buen día la señorita Amparo nos dijo que un señor llamado Pepe Estruch nos había invitado a pasar el fin de semana en Londres con él y que nos llevaría míster Wellington, el hombre que llevaba las finanzas de la colonia. No dábamos crédito, habíamos temido no ver más a Pepe y de pronto nos invitaba a pasar con él el *weekend*.

El viernes míster Wellington se presentó con su tartana de tres ruedas (medio auto medio moto, decíamos los chavales) a recogernos después de la clase de la tarde. Fuimos a la sede del Basque Children's Committee (en el número 39 de Victoria Street), que era donde Pepe estaba trabajando. Al vernos nos dio un fuerte estrujón y casi inmediatamente nos preguntó:

—Bueno, a ver, granujas, ¿qué es lo que hicisteis en Aston? ¡Venga, decidme absolutamente todo, que me hicisteis quedar mal!

A nosotros se nos subieron los colores, pero inmediatamente soltó una sonora carcajada que nos tranquilizó. Con Pepe trabajaban miss Picken, una señora de bastante edad, y Eugenia Oribe, una chica de unos dieciocho años que había llegado también en el *Habana* con el resto de los niños. Eugenia tenía un novio que se llamaba Andrés, un muchacho sevillano que había luchado en el mítico V Regimiento. (Pasado el tiempo, Ramonchu y yo estableceríamos con Uge y Andrés una estrecha amistad que aún dura.) También trabajaba en la sede del comité un hombre español cuyo nombre no recuerdo y aquel día estaba un muchacho (Amador Díaz) preparando la revista mensual, *Amistad*, que el comité sacaba con las colaboraciones de los niños refugiados (artículos, poesías, cuentos, etc.). Daba la casualidad de que Amador estaba viviendo de patrona en la misma casa que Josechu y pudimos aprovechar para mandarle recado de que estábamos bien.

Pepe nos llevó a ver el Parlamento y luego cogimos el metro, toda una novedad donde vimos por primera vez las «escaleras que andan solas» (que nos gustaron casi más que el Parlamento mismo). Nos apeamos en Gloucester Road. Pepe vivía allí cerca con su amigo Lara, el maestro Lazareno, dos o tres españoles más que no conocíamos y varios *free Czech* y *free Austrians* («checos y austriacos libres», compañeros antifascistas que habían conseguido huir de sus países antes de que empezara la guerra). Bajamos a jugar al jardín, cenamos y nos fuimos a dormir.

Al día siguiente Pepe nos llevó a remar al lago de Hyde Park y por la tarde fuimos al New Gallery, en Regent Street, un cine que desapareció allá por el año 1948 ó 1949, a ver (aún lo recuerdo) dos películas de Walt Disney: *Victory through air power* («Victoria por superioridad aérea») y *Bambi*.

El domingo fuimos por la mañana al Museo de Historia Natural, que a mí sobre todo (siempre había tenido pasión por los animales) me impresionó mucho. Luego fuimos a comer en el Salad Bowl de Tottenham Court Road. Este local pertenecía a una cadena de restaurantes de *self service*, modalidad que todavía no estaba tan de moda. La peculiaridad del Salad Bowl era que se pagaba antes de llenarte el plato y luego podías repetir. Pero no era ésta la única sorpresa que nos había preparado Pepe. Cuando llegamos al restaurante, Josechu nos esperaba a la puerta. ¡Hacía más de seis meses que no le veíamos! Envidioso, observé que de los pantalones cortos que usaba *illo tempore* no quedaba rastro. También había desaparecido el timbre infantil de su voz.

Comimos hasta saciarnos y nos dirigimos al zoo. Sólo otra vez habíamos visto fieras de la selva vivas. En la «campa de los ingleses», en Bilbao, se instaló (antes de la inmundicia guerra) un circo que llevaba, que recuerde, un rinoceronte, leones, tigres y un par de elefantes.

Fueron aquellos dos días, quizá, los más felices de nuestro trágico destierro. Cuando acabó el fin de semana nos volvimos, tristes, a la colonia, no sin antes hacer prometer a Pepe que volvería pronto a visitarnos.

Fiel a su promesa, al mes escaso se presentó en la colonia acompañado de una joven austriaca llamada Mela y fuimos al parque de enfrente. La visita quedó algo enturbiada por la aparición de Mela. Pepe y ella se comportaban como si fueran novios y Ramonchu y yo nos sentíamos celosos. De todas formas, aprovechamos la tarde dándole la tabarra para que viniera a cuidarnos. No debió de encontrar muchas dificultades, porque al mes volvió de nuevo y esta vez para quedarse de maestro en la colonia. Como cuando había llegado a Shipton, todo cambió con su llegada.

Las consecuencias del desastre de Dunkerque no se dejaron esperar. Una noche, mientras dormíamos, oímos sonar la sirena de alarma aérea. Narciso y yo nos levantamos de un salto. Inmediatamente fui a la cama de mi hermano y lo desperté.

—No te asustes, Ramonchu. Es la sirena... ¡Corre, que tenemos que ir al refugio!

Trataba puerilmente de no alarmarle, ¿cómo no se iba a asustar si me veía a mí aterrado?

—¡Aivá! ¿Qué vamos hacer? —me preguntó con lágrimas en los ojos.

En ese momento entró Pepe en el dormitorio simulando una tranquilidad que daba confianza.

—No hay por qué apurarse. Tranquilizaos. Coged una manta cada uno y vamos al refugio, ya veréis como no pasa nada. ¡Venga, daos prisa!

Pepe ya había pasado por todos los dormitorios y todos esperaban, cada uno con su manta, en el pasillo. Algunos lloraban, aunque no todos. Pepe nos contó para ver si estábamos todos y bajamos al sótano. Allí nos encomendó a los más mayores que cuidáramos del resto y se fue a buscar a las niñas.

En el dormitorio de las niñas el pánico se había apoderado de muchas, que gritaban y lloraban sin hacer caso de las señoritas Amparo, Maricruz o Pili. A doña Felisa le había dado un ataque de histeria, seguramente por el recuerdo de otros bombardeos, y sólo era capaz de abrazarse a su hija Angelines a la vez que preguntaba por su Anastasio, que estaba ya en el refugio con el resto de los niños. Con la llegada de Pepe y la ayuda de algunas de las chicas mayores lograron calmar a las crías y bajaron al refugio. Cuando llegaron la sirena ya había dejado de sonar. Como teníamos que permanecer algún tiempo en el refugio, Pepe pensó que por qué desaprovecharlo y comenzó a cantar:

Ahora que vamos despacio...

Contagiados de su alegría, fuimos uniendo nuestras voces a la suya. No duró mucho la euforia. Un sonido de moscardón en la lejanía se iba acercando, poniendo fin a la canción. Casi de inmediato sonaron, también a lo lejos, los estallidos de las baterías antiaéreas. Nues-

tros ojos miraban hacia el techo y los oídos se concentraban en distinguir los sonidos, como si esa actitud fuera nuestra mejor defensa. Los estampidos acabaron por perderse en la lejanía y parecían garantizar que, por esta vez, nada ocurriría, así que nos fuimos calmando. Algunos, envalentonados, comenzamos a fanfarronear:

—¿Habéis visto a esas tontas llorando?

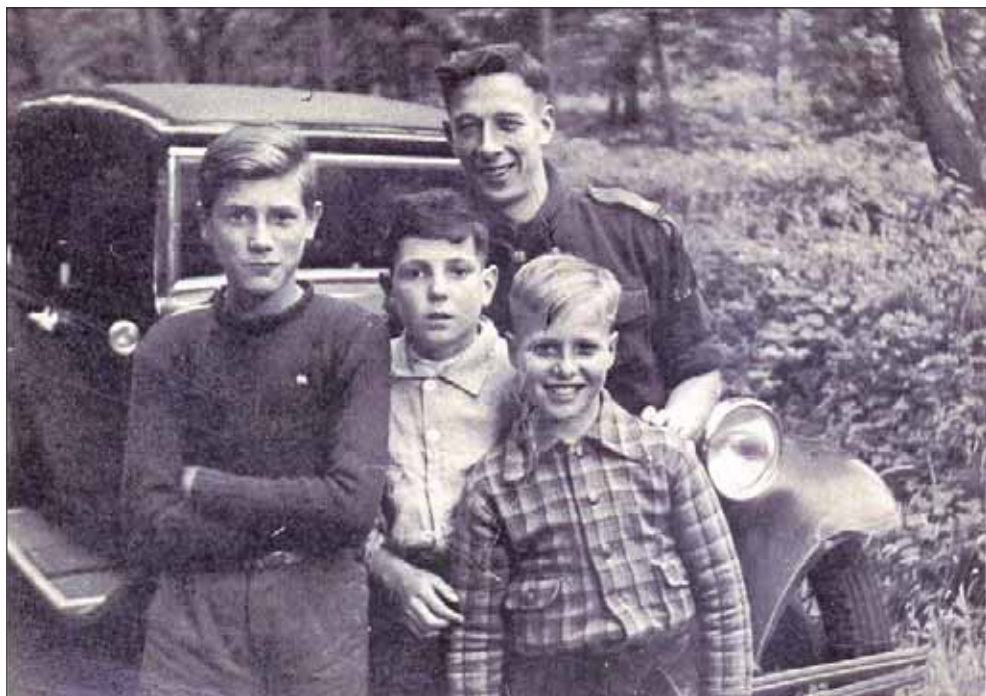
—Idioto, ¿es que vosotros no habéis tenido miedo o qué? —me contestó una niña.

—¿Quién? ¿Nosotros? —repliqué con una expresión ridícula en la cara.

Cuando sonó de nuevo la sirena anunciando que el ataque había acabado y que podíamos abandonar el refugio aún no había amanecido. Subimos al dormitorio y contemplamos atónitos a través de la ventana cómo en la lejanía, a la altura de Londres, todo el horizonte resplandecía y aparecían continuamente destellos fugaces. ¡En medio de aquel infierno estaba Josechu!

Los ataques de los bombarderos se repetían casi a diario. En los momentos más álgidos, los nazis llegaron a efectuarlos de día y de noche. Nos fuimos acostumbrando y llegó el momento en que, como en Bilbao, algunos no nos refugiábamos para poder ver los *junkers* y los *doniers*, pajarracos que sólo anunciaban muerte.

Cuando estábamos en The Oaks ingresamos en una escuela inglesa. Quizá fuera la primera señal de resignación del Basque Children's Committee ante la idea de que nos conver-



Oaks Park. De gira con un amigo inglés.

tiríamos en hombres y mujeres en Inglaterra, sin volver a pisar nuestra patria... Por de pronto, excepto media docena de chicas que habían rebasado la edad escolar, el resto nos integramos en el sistema educativo inglés. Esto ayudó a romper la monotonía y además aprendimos rápidamente a dominar la lengua. Era un paso para acabar con la separación que manteníamos con el pueblo inglés.

El éxito fue total, sobre todo con las crías inglesas, y nos hicimos un montón de nuevas amistades, casi hasta el punto de tener que rifarnos, así éramos de populares. También tuvimos enemigos, no sé si a causa de nuestra popularidad con las chicas o por otro motivo. El caso es que nos hicieron pasar ratos difíciles retándonos a peleas que nos veíamos, por honor, obligados a aceptar. En general, los que nos retaban eran los abusones clásicos: un año o dos más que nosotros y bastante más grandes. Gracias al estado semisalvaje en que nos habíamos criado, las peleas para ellos no eran tan fáciles como se creían y más de uno sufrió alguna sorpresa.

A expensas de uno de aquellos enemigos enconados al que poco le faltaba para cumplir los catorce años, recibí como regalo a través de un amigo (su hermano) mi primera armónica cromática (yo le había incitado a que se la hurtase para mí), mi gran ilusión. Muy pronto dominé el botón que permitía conseguir los medios tonos y amplié mi repertorio a canciones hasta ese momento para mí imposibles de tocar.

Por aquellas fechas comenzaron con un ímpetu hasta ese momento desconocido los conciertos, no sólo ya de ayuda a los niños vascos (nosotros mismos), sino también como contribución al esfuerzo para recoger fondos para la guerra. Nos veíamos entonces en muchas ocasiones subidos al escenario junto a ingleses y otros refugiados de diversos países. A veces estos conciertos nos llevaban a localidades lejanas.

En una ocasión la señorita Mari Cruz —que, dicho sea de paso, era una experta en folclore vasco y tocaba el piano— se empeñó en que Ramonchu y yo representáramos un extracto de *Morena Clara*. Debíamos cantar aquello de *Échale guindas al pavo...* Para ello, a Ramonchu le vestiría de gitana y a mí de gitano. Aunque habíamos ensayado los días anteriores y no me había sentido tan ridículo, cuando llegó el día del estreno acordamos negarnos a actuar. A pesar de todo, nos vistieron y maquillaron. A Ramonchu le puso coloretos, le pintó los labios y le hizo un rizo agitanado en cada sien... Estaba monísima, pero era mi hermano. Un sentido de vergüenza al verlo vestido de mariquita me invadió. Me parecía que nos jugábamos la honra, y de eso nada.

—Ya sabes, no bailamos —le recordé.

Aquello me parecía ultrajar el honor de los Santamaría y yo no estaba dispuesto, de ningún modo, a ceder.

—Pos yo y Ramonchu no hacemos el indio.

Ya nos habían presentado y la señorita Mari Cruz, que para entonces sabía ya lo tozudos que podíamos ser, pálida, trataba de convencernos de que saliéramos al escenario. Mientras Ramonchu guardaba silencio, yo me negaba a voces. Intentó Pepe convencerme diciéndome que no fuera obstinado, que nadie se iba a burlar de nosotros, que sólo era una actuación y que lo tomase a juego...

—Pos como no se va a reír nadie, vas tú y te vistes de chavala y lo haces, que ni yo ni Ramonchu salimos ahí a hacer los chorras —le repliqué con soberbia.

—Bueno ya estoy cansada de tus humos —dijo la señorita Mari Cruz—. ¿Vas a salir o no?

—¡No!

—Pues castigado una semana sin postre. ¿Y tú, Ramonchu? ¿Sales o no sales?

—Güeno... yo por mí, si quiere ustez... —contestó mirando hacia el suelo.

En aquellos instantes le odié como si fuera mi peor enemigo. Ramonchu seguía mirando al suelo, avergonzado por su traición. En el último momento el valor le había abandonado. Yo me di media vuelta y le dejé allí solo con su conciencia y la señorita Mari Cruz.

Claro, Ramonchu no actuó solo ni se quedó sin postre. Yo, dolido, no le hablé en cuatro días, hasta que un día, después de comer, se me acercó completamente arrepentido. Con lágrimas en los ojos, me dijo titubeando:

—Luisito, mira, te he guardau mi postre, ¿lo quieres?

¿Qué iba a hacer yo? Al fin y al cabo era mi hermano, así que accedí a engullirme su postre. Ramonchu, contento, no se separó de mi lado y no paró de contarme cosas en toda la tarde, eso sí, evitando cualquier referencia al motivo de mi enfado. El resto de la semana compartió gustoso conmigo su postre, claro, a escondidas.

Después de la última repatriación solamente quedaban dos colonias funcionando. En ellas se fueron agrupando niños y niñas de otras colonias que se cerraban y, en un número muy reducido, procedentes de casas particulares. Estos últimos, que entonces nos parecían los más agraciados, a la larga fueron despojados en muchos casos de su lengua y costumbres.

Llegaron entonces a The Oaks dos hermanas gemelas idénticas que recuerdo que al principio sólo respondían a los nombres de Peggy y Molly, con los que las había bautizado la familia inglesa que las había acogido. «We want our mummy» (Queremos a nuestra mamá), sollozaban Paquita y Manolita desoladas recordando a su madre inglesa. Habían olvidado ya hablar en castellano y teníamos que dirigirnos a ellas en nuestro aún rudimentario inglés. Durante dos o tres semanas su desconuelo era total. Recuerdo que Narciso, Ramonchu y yo un día nos disfrazamos de faquires con unas toallas como turbantes y unos precarios calzones, corriendo el riesgo de quedarnos *in puribus* por hacer el indio para consolarlas. Para ellas había sido un duro golpe perder a sus padres ingleses, pero poco a poco se fueron recuperando y resultaron ser muy simpáticas.

De otra familia llegaron Félix y Tere Urrutia. Félix era el mayor, tenía entonces unos catorce años. En Walsall, de donde procedían, por capricho de sus padres adoptivos, había quedado su hermana mediana. Félix había luchado por no perder su lengua. También luchó por mantener la identidad de sus hermanas pequeñas, hasta que un buen día sus padres adoptivos, cansados de las impertinencias de Félix, enviaron a Félix y a Tere a The Oaks. Félix, apoyado por Terechu, mantuvo durante su niñez y su juventud una lucha incesante por recuperar a su hermana mediana. Aquellos señores, sin ningún miramiento por los sufrimientos que les causaban, llegaron a amenazar con que apelarían al gobierno pidiendo la expulsión de Inglaterra del niño si no cesaban sus reclamaciones. Llegaron a adoptar legalmente a la niña, Justina, y consiguieron, mucho más tarde, que renunciara a su apellido natural en favor del de los padres adoptivos.

A finales de septiembre la colonia se mudó a otra mansión más adecuada, a orillas del río Wandle, un afluente que desemboca en el Támesis en el distrito central londinense de Wansworth.

El nuevo destino sería:

The Basque Children's Home

The Culvers

Culvers Avenue

Carshalton

Surrey.



Ramontxu (centro) y Luis (2º por la izquierda) luciendo la famosa zamarra azul de Josetxu.

La colonia de The Culvers pronto la bautizamos como «Los Calvos», por su semejanza fonética. Desde la avenida Culvers se acercaba un camino que, bordeando el río, llegaba a la mansión. Delante de la fachada principal había jardines, cuerdas, un gran patio y un magnífico huerto plagado de árboles frutales. También había un embarcadero techado que pertenecía a la casa.

Si bien con el cambio nos habíamos alejado unos kilómetros del aeropuerto de Croydon, de donde despegaban los *Spitfires* y los *Hurricanes* para hacer frente a los aviones nazis, al mismo tiempo nos habíamos acercado al centro de la capital. El área estaba plagada de baterías antiaéreas y con cada ataque caían bombas incendiarias y otras apodadas *butterfly bombs* («bombas mariposa»), que explotaban al contacto humano. No fueron pocos los niños ingleses que murieron al coger el vil «regalo».

Recibimos nuestro segundo bautizo de fuego un domingo de verano. Hacía un par de horas que habíamos comido. El sol quemaba a través de un cielo completamente despejado y nos encontrábamos felizmente atareados en juegos unos y otros, disfrutando del río, que era poco caudaloso. De pronto, justo encima de nosotros pero a mucha altura, observamos unos cuantos aviones biplanos y monoplanos que nos copiaban el juego: tan pronto volaban unos perseguidos por otros en una dirección como, de pronto, alguno de los perseguidos daba una vuelta repentina colocándose en la cola del que le había acechado. Parecía el juego una especie de «tiente» aérea, la única diferencia sustancial era que habían iniciado los dos bandos el juego formados en dos cadenas y cuando nosotros jugábamos a la «tiente» la cadena sólo se formaba a medida que progresaba el juego. Habíamos parado de jugar y mirábamos anonadados el espectáculo que se desarrollaba a tanta altura, ajeno a nuestro propio juego. Alguien afirmó con certeza pueril:

—¡Son de los nuestros, que están entrenando!

El juego de la «tiente» aéreo era acompañado por un casi inaudible y espasmódico traqueteo, debido a la gran distancia; nadie relacionaba aquellos distantes, casi imperceptibles, sonidos con disparos de ametralladora. Ramonchu, que tenía vista de lince, me dijo en el mismo instante de haber sido hecho blanco uno de ellos:

—¡Aivá! ¡Mira, Luisito, aquel de ahí se ha prendido fuego!

Era uno biplano. A pesar de la distancia, pudimos distinguir en las alas su emblema: tres círculos, uno rojo al centro, seguido por un anillo blanco y otro azul. Era «de los nuestros».

Para entonces despedía ya, al parecer por la cola, una columna de humo negro que serpenteaba en el vacío, mientras el avión se desplomaba moribundo a tierra dando vueltas y virajes grotescos y aletargados, creando la ilusión de que el vuelo atroz duraba horas en vez de segundos; parecía estar titubeando: «No, aquí no. Ahí tampoco, ni allí.» Como si estuviera buscando un lugar adecuado para darse él mismo sepultura.

De pronto apareció Pepe por la puerta principal. Parecía medio loco.

—¿Qué hacéis ahí parados como estatuas? ¡Venga, ligeros al refugio!

Fue el único de los casi diarios ataques aéreos que pilló a la comarca desprevenida. Fue la única vez en la comarca que la sirena sonó a alarma después de la aparición de la escuadrilla atacante.

Pasamos muchas horas en el refugio de la escuela inglesa a la que asistíamos o en el sótano de The Culvers. Al principio fuimos al barrio adyacente de Rose Hill a ver la primera casa destruida por una bomba en el distrito, después esa clase de sucesos se sucedieron con monotonía y perdieron interés para nosotros. Hasta que un día unos amigos ingleses nos avisaron de que en Mitcham Common había un avión alemán derribado y, ¿cómo no?, fuimos a verlo. En efecto, era un *Donier* bimotor y se hallaba casi entero, aunque acribillado de balazos.

También se notaba la guerra en el racionamiento. Todo estaba racionado, hasta los caramelos. Los huevos frescos y la leche eran en polvo. La carne escaseaba. Las naranjas desaparecieron hasta bien terminada la guerra (allá por 1946 se repartieron las llamadas «naranjas de Sevilla», amargas como ellas solas). De vez en cuando salían anuncios en radio y prensa apelando a los jardines botánicos y a todo aquel que tuviera un naranjo para que donase su fruta



Colonia de Carshalton «Los Calvos».

en favor de algún chiquillo enfermo por falta de vitamina C. Funcionaba, porque al poco solía difundirse por los mismos medios de comunicación el agradecimiento de alguna madre.

Los soldados vagaban por las calles disfrutando sus permisos. Largos convoyes trasladaban hombres y armas de un punto a otro. Se puso en marcha la campaña Dig for Victory («Cavad para la victoria»). Parques y jardines, incluso las cunetas de las carreteras, se utilizaron para cultivar hortalizas. Se recogía toda la chatarra, desapareciendo verjas (solamente se libraron las históricas de Buckingham Palace, Hampton Court, etc.), vallas de hierro y toneladas de utensilios de cocina. Los pocos coches que siguieron funcionando (la mayoría quedaban en los garajes esperando el fin de la guerra) lo hacían con grandes bolsas de lona en el techo, donde recogían el gas desprendido en la combustión, que luego se reutilizaba para obtener hasta el último átomo de energía. Se formaron batallones de muchachas en el Land's Army («Ejército rural»), que labraban las tierras en lugar de los hombres llamados a filas. Las mujeres también trabajaban en las fábricas, en los talleres, en la defensa civil...

Apareció un sinfín de canciones patrióticas o sentimentales. Quizá la más famosa fuera *The White Cliffs of Dover*. Muy al contrario que en nuestra guerra, las canciones tenían muy poco contenido político, incluso tuvo gran popularidad la canción favorita del Africa Korps alemán, *Lili Marlene*. Se hicieron también numerosas películas de guerra (serias y en clave de humor), así como teatro y revistas musicales. Incluso el Windmill («Molino de viento») —teatro que exhibía revistas en aquella época consideradas semipornográficas— se jactaba de no cerrar a pesar de la guerra («We never close», rezaba un cartel en la entrada). En realidad fue cierto. Hasta Tarzán y Sherlock Holmes, famosos de la pantalla, se vieron envueltos en una guerra sin cuartel contra los nazis.

Un buen día se presentó en «Los Calvos» una furgoneta del ARP cargada hasta los topes. ¿Qué querían?, nos preguntábamos mientras el chófer y su acompañante eran guiados a la administración y nosotros figoneábamos a través del parabrisas y las ventanillas de la furgoneta, tratando de descubrir qué había dentro por si podíamos averiguar el motivo de su visita.

Al momento salieron acompañados de la señorita Amparo y Pepe, quienes nos dieron instrucciones para que nos reuniéramos todos en el salón de estar, que así llamábamos vulgarmente a la sala donde nos refugiábamos en días lluviosos o en los ratos de ocio.

—¡Sin faltar uno! —recalcó Pepe.

Tardamos diez o doce minutos en reunirnos todos, incluyendo al personal, a excepción de la cocinera (una señora inglesa que, hacía algún tiempo, había sustituido a doña Felisa, que se fue con sus hijos, reclamada, creo recordar, por su marido que se hallaba en Londres. Esta mujer había estado más interesada en hacer estragos con nuestras raciones para forrarse los bolsillos que en alimentarnos, muy al contrario que doña Felisa).

Después de colocar al costado de una mesa la «mercancía» que trajeron consigo, uno de los representantes de la ARP se dirigió a nosotros:

—Right! Everybody understands English?³¹ —preguntó.

A pesar de que Cesáreo Bueno y alguno más aún estaban muy torpes con la lengua, contestamos que sí... Ya les pondríamos al tanto después a Cesáreo y compañía.

³¹ «¡Bien! ¿Todo el mundo entiende inglés?».

—Good! Well children! It's been brought to our attention that you haven't as yet been issued with gas masks... We are here to remedy that situation... but first my colleague and I will demonstrate how you must put them on, in the event of a poison gas attack. There's nothing difficult about it, but of course it's very, very important that you should put them on correctly and that you should carry them at all times³²...

—¡Aivá, nos van a dar caretas! —gritó Ramonchu excitado.

Acto seguido, el hombre extrajo dos caretas y entregó una a su compañero. Ambos nos enseñaron la forma correcta de ponérselas, mientras todos, sin perder detalle, les observábamos. Quitándose las caretas de gas de nuevo, el que había hablado antes siguió diciéndonos:

—That wasn't too bad, was it?³³

Afirmamos que no y el hombre añadió:

—All right then... Who's going to be the first one?³⁴

Casi no le dio tiempo a terminar la frase cuando Ramonchu, emocionado, ya se había adelantado a la mesa. Quería ser el primero. El hombre que había hablado sacó una careta de su caja y se dispuso a ponérsela. Ramonchu le hizo una seña para que aguardase un momento, cogió el extremo de la manga de su jersey con la palma y, estirándola, se la pasó ceremoniosamente por la nariz, esparciendo las candelas verdes por su cara y la manga.

—¡Ramón (a Ramonchu siempre le llamaban Ramón cuando le reprendían), no seas cochino! ¡Usa el moquero! —le riñó la señorita Amparo.

—¡Idiota...! —murmuré avergonzado, aunque, por lo menos, no se le había ocurrido absorberse la moquilla, como era su costumbre.

El hombre, haciéndose el desentendido, le colocó la máscara y, después de ajustarle las correas, le entregó una caja de un cartón fuerte que iba sujeta con una cuerda fina para poder llevarla sobre el hombro. Entonces dijo:

—Next!³⁵

Ramonchu se retiró contento, con su nueva posesión aún calada en la cabeza, y al llegar junto a nosotros, con una voz que sonaba lejana, nos dijo:

—¡Jodé, si casi no veo si se está «ahumando» el cristal!

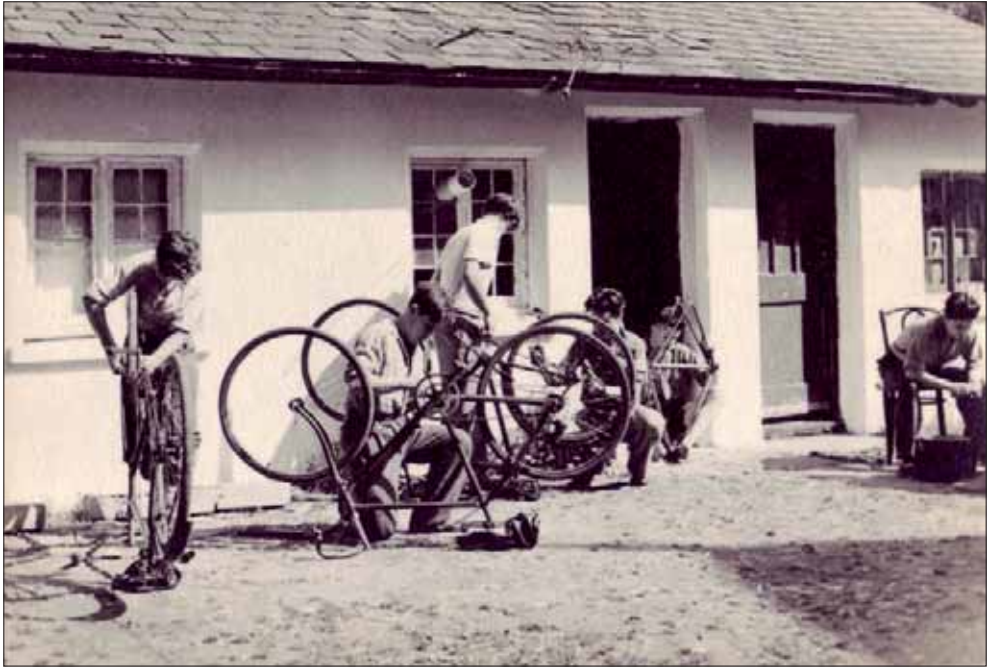
Pero no por ello se quitaba la careta. Además de repartirnos a cada uno una careta antigás —entonces comprendimos por qué la cocinera no había entrado en el reparto: como inglesa ya había recibido la suya hacía tiempo—, le dieron a Pepe tres cajitas de hojalata que

³² «¡Estupendo! ¡Bien, niños! Nos hemos enterado de que todavía no se os han distribuido máscaras de gas. Estamos aquí para remediar esa situación, pero primero mi colega y yo os enseñaremos cómo tenéis que ponérselas, en el caso de un ataque de gas venenoso. No tiene ninguna dificultad, pero, por supuesto, es muy, muy importante que os las pongáis correctamente y deberéis llevarlas encima en todo momento».

³³ «No estuvo tan mal, ¿verdad?».

³⁴ «Entonces de acuerdo. ¿Quién va a ser el primero?».

³⁵ «¡El siguiente!».



Bicis y patatas en The Culvers.



The Culvers. Rato de ocio con piano.



Bicis y patatas en The Culvers.

contenían una pasta gelatinosa, la cual servía para untar los visores por dentro y evitar así que éstos se empañasen con el aliento, como le había ocurrido a Ramonchu.

Como Pepe y las señoritas nos advirtieran que las caretas no eran para jugar, sino para llevarlas colgadas en todo momento como precaución, resultaron muy incómodas y pronto quedaron abandonadas en los dormitorios con el resto de nuestros bultos y, como el personal había notado la misma molestia que nosotros y tampoco las llevaban encima, no tuvieron a qué agarrarse para hacernos cargar con ellas. Sólo si íbamos a pasar el día en el campo o si íbamos de visita a la colonia de Barnet o al Hogar Español estábamos obligados a llevar las caretas. También cuando asistíamos a la escuela inglesa, pues no estaba permitida la entrada sin careta antigás.

También tuvimos ocasión de notar la guerra en la escuela inglesa. Al llegar por la mañana era costumbre, como primer deber, juntar a todos los alumnos en el salón comunal para orar y cantar dos o tres himnos religiosos. Los pequeños niños vascos —también niñas, pero sobre todo niños— acudíamos al sitio de reunión, pero no rezábamos. Esto no estaba mal visto. El director pensaría que, puesto que se suponía que éramos católicos, era justo excusarnos de las oraciones protestantes. Pero por alguna razón incomprensible esperaba que uniéramos nuestras voces a la cacofonía que resultaba cuando los alumnos vociferaban, a destiempo, aquellos himnos religiosos; en esto no teníamos inconveniente, puesto que uno se divertía; así es que, una vez aprendidas la música y la letra, cantábamos como el resto de los alumnos.

Un día, el director hizo selección de nuevos himnos, seguramente por romper la monotonía que suponía cantar siempre los mismos. Claro está, nosotros no cantábamos al principio, porque no nos los sabíamos. Poco a poco, los íbamos aprendiendo, hasta que llegaba el día en que, como los niños ingleses, también nosotros cantábamos.

Entre los himnos nuevos que el director había incluido había uno con la música del himno nacional alemán, *Deutschland über Alles*, aunque la letra era en inglés y, naturalmente, de temática religiosa. Al escuchar por primera vez el himno, algunos reconocimos la música y, poniendo en guardia al resto, decidimos negarnos rotundamente a cantarlo.

De primeras, nuestra actitud pasó inadvertida; fuimos aprendiendo y cantando los otros himnos, pero nos manteníamos en terco silencio cuando salía a relucir el odioso himno. El director al final se dio cuenta (o algún maestro se lo hizo notar) y un día, después de haber iniciado dicho himno, hizo una señal al pianista para que dejara de tocar.

—Everybody must sing!³⁶ —demandó.

—¡Pues nosotros no cantamos! —murmuré a la vez que negaba con la cabeza, con el fin de convencer a mis compañeros de fila.

Nuestra actitud había contagiado a varios amigos ingleses, quienes también se negaron a cantar. El pianista empezó de nuevo a tocar la melodía de *Deutschland über Alles* y de nuevo respondimos con el silencio. El rector volvió a mandar parar al pianista y nos advirtió, esta vez más airado:

—I have said that everybody must sing!³⁷

Esta vez fuimos varios los que hicimos signos negativos con la cabeza. Otra vez comenzó el piano y otra vez nos negamos a cantar...

—What's the matter now? Why aren't you, boys, singing?³⁸ —demandó mientras nos señalaba directamente, cosa que no había hecho hasta el momento.

Adoptando una postura altanera y tan enojado como él, le contesté:

—We won't sing the nazi national anthem!³⁹

Un murmullo recorrió toda la sala. Los maestros se miraron unos a otros, sorprendidos. El rector, lívido de ira, exclamó:

—How dare you? We are singing an English hymn... Sing!⁴⁰

—No, sir. It's also a nazi song and we are not singing it!⁴¹

—I will see you all in my office during the break⁴² —me contestó el rector con tono derrotado.

³⁶ «¡Todo el mundo tiene que cantar!».

³⁷ «He dicho que todo el mundo tiene que cantar».

³⁸ «¿Qué pasa ahora? ¿Por qué no estáis cantando, chicos?».

³⁹ «Nosotros no vamos a cantar el himno nacional nazi».

⁴⁰ «¿Cómo os atrevéis? Estamos cantando un himno inglés... ¡Cantad!».

⁴¹ «No, señor. También es una canción nazi y no la vamos a cantar».

⁴² «Os veré a todos en mi despacho a la hora del recreo».

En otras ocasiones habríamos esquivado ir a la oficina del director, sabíamos lo que allí nos esperaba: unos varazos en las palmas de las manos. Pero esta vez nos jugábamos el honor de Euskadi, de España y, personalmente, el nuestro. ¿De qué íbamos a cantar nosotros el himno de los canallas que habían arrasado Guernica y bombardeado tantas ciudades de nuestra patria? A nosotros nos constaba que aquel era el himno alemán, una asquerosa canción nazi. Con orgullo pueril, admirados por todos los alumnos de la escuela, nos presentamos, sin fallar ni uno, en la oficina del rector a la hora del recreo, como nos había ordenado el rector.

Cuando nos dio permiso para entrar, el rector ya se había calmado, pero aún estaba dolido con nosotros. Entre otras cosas, nos dijo que su hijo había estado en la RAF (Royal Air Force) y había muerto luchando contra los nazis; que odiaba a los nazis y que jamás ordenaría a nadie cantar el himno nacional de Alemania; que él sería el primero en no cantarlo, pero que estábamos confundidos, puesto que el que nos mandaba cantar era un himno religioso inglés (aunque admitió que la música era idéntica en los dos casos, recalcó que, aparte de eso, nada tenían que ver entre sí los dos himnos). Como no nos convenciera con sus explicaciones y nos seguíamos negando a cantar dicho himno, nos dijo:

—Well, I will have to punish you with the cane.⁴³

Nos golpeó entonces, a razón de tres varazos por mano. Nada más notar los golpes, nos dimos cuenta de que éstos no eran aplicados con el brío acostumbrado.

Al día siguiente, el himno con la música del *Deutschland über Alles* había desaparecido del repertorio. Nuestra postura nos hizo ganarnos la estima de los chavales ingleses y en adelante ni siquiera los abusones clásicos (que los había) nos molestaron a ninguno de los niños vascos.

A la colonia llegaba ahora un verdadero aluvión de niños vascos procedentes de casas particulares. Si Félix y Tere habían mantenido su lengua, no ocurría así con la mayoría de ellos. Además, como a excepción de Cesáreo Bueno —que nunca llegó a dominarlo— todos hablábamos ya inglés, nos era difícil dirigirnos a ellos en castellano. La señorita Maricruz y Pepe continuaban dando clases en la colonia y el problema se iba solucionando poco a poco.

Un día apareció con Pepe un niño nuevo.

—Pero si es Pepito... —exclamamos Ramonchu y yo.

—*Hallo!* —dijo cuando nos vio.

¡Otro que no hablaba castellano! Enseguida cogimos la hebra que habíamos dejado a principios de 1939 en Upton, como si no hubiesen pasado casi dos años, y reanudamos la amistad que pensábamos que habíamos perdido para siempre. Pepito no hablaba castellano, pero era el mismo niño travieso y simpático... ¡Ya aprendería en seis o siete semanas!

Nos contó que no le había faltado de nada, pero que se había aburrido mucho, que en la familia en la que estaba no le dejaban hacer nada y que había echado mucho de menos la vida en la colonia. Otros chiquillos, sin embargo, lloraban al principio de dejar su familia inglesa. Llegaban vestidos como señoritos, con un sinfín de posesiones como relojes de pulsera, bicicletas, juguetes, etc., y se sentían fuera de lugar.

⁴³ «Bueno, tendré que castigaros con la vara».

Así llegó a la colonia Eduardo Martínez, un chiquillo tres o cuatro años menor que yo. Era pequeño y enclenque y, por supuesto, sólo hablaba inglés. Se presentó cargado de juguetes, ¡hasta un rifle de aire llevaba! Además, la familia inglesa que lo había acogido mantenía contacto con él y le mandaba tebeos periódicamente. Los de la banda decidimos apadrinarle: eran tan tentadoras sus posesiones... Lo primero que se nos estropeó fue el rifle de aire (ya lo habíamos hecho *nuestro*), pero aún quedaban los otros juguetes y los tebeos (que siguieron el mismo camino que el rifle). Cuando, al final, los padres adoptivos dejaron de mandarle más tebeos, le dijimos que era mejor que jugase con críos más pequeños.

* * *

En «Los Calvos», Félix y Cesáreo, que eran los mayores, eran los únicos que trabajaban y podían pagarse el cine y otros caprichos. Los demás dependíamos de almas caritativas. Lo curioso es que, regularmente, los sábados y domingos nos encontrábamos en el cine. No faltaban amigos ingleses que nos invitaran o que nos diesen unos peniques, aunque el más generoso resultó ser Cesáreo.

A Cesáreo se le daban mal los estudios. Era fortachón y, aunque no era muy alto, sí tenía un pecho y unos brazos poderosos. Además, como trabajaba en una granja, se robustecía cada vez más. También era muy vergonzoso. Pero por encima de todo era un buen amigo (quizá demasiado noble) y nunca abusaba de su fuerza; éramos los demás, en todo caso, los que abusábamos gastándole bromas pesadas. Era tan tímido que le daba vergüenza hasta comprar las entradas en la taquilla del cine y, por evitar esa situación, nos invitaba a Ramonchu y a mí a ver una película a cambio de que fuéramos nosotros quienes pidiéramos las entradas.

En efecto, el cine era entonces uno de nuestros pasatiempos favoritos. Además de las películas de guerra y del Oeste, nos gustaban las que protagonizaba Dorothy Lamour, por la que incluso una vez nos llegamos a pegar Pepito y yo, pues todos estábamos enamorados de ella.

Durante 1941 y 1942 actuamos numerosas veces para recoger fondos para los niños vascos y para campañas de ayuda al esfuerzo de la guerra, hasta el punto de que no pasaban diez días seguidos sin que tuviéramos alguna actuación. En el repertorio de canciones y danzas tomábamos parte casi todos los chicos y chicas de la colonia. En ocasiones actuábamos con el grupo de *ezpatadantzaris* de la colonia de Barnet y, a veces, con el grupo artístico de los exiliados políticos, que dirigía el maestro Lazareno. Éstos, además, bailaban muñeiras, jotas, sevillanas, etc., en fin, de todas las regiones de España.

También por aquel entonces la señorita Maricruz y Pepe organizaron una competición de teatro. La señorita Maricruz presentó *El Conde Sol*, basada en el romance de *La romerita*. En el grupo que dirigía Pepe, José Luis Tovar, Manolita (una de las mellizas), Ramonchu y yo representamos *El doctor simple* y ganamos el concurso.

A «Los Calvos» acudían *los chicos de Londres* —así llamábamos a los que vivían de patrona fuera de la colonia—, atraídos por las niñas de la colonia, que ya se iban convirtiendo en mozas y comenzaban, a su vez, a ir a la ciudad. Además, de paso, aprovechaban para saquear el huerto, lo que no nos hacía ninguna gracia. Por este motivo le pusimos letra a un pasacalles bilbaíno y se la dedicamos en uno de aquellos conciertos.

*Los chicos vascos de Londres
son calaveras,
los chicos vascos de Londres*

*son calaveras,
porque vienen a Los Calvos
y roban las peras.
¡Uf, ay, ay, ay!*

*Las chicas vascas de Londres
son postineras,
las chicas vascas de Londres
son postineras,
porque se creen muy guapas
y son muy feas.
¡Uf, ay, ay, ay!*

A aquellas obras de teatro siguieron otras: *El sombrero de tres picos*, *Rinconete y Cortadillo*, *Los dos habladores*, *El retablo de las maravillas*, *El juez de los divorcios*, *La zapatera prodigiosa*, *La casa de Bernarda Alba*, *Yerma*, *El alcalde de Zalamea*, *Nuestra Natacha*, etcétera, a lo largo de dos décadas.

Comenzó el grupo de teatro con niños y cuando acabamos ya éramos adultos. Más adelante, casi todos los miembros del numeroso grupo teatral participaríamos en la Producción América Latina de la BBC de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha*, con música compuesta por el maestro Manuel Lazareno.

A las sesiones teatrales se unieron las clases que nos daban la señorita Maricruz y Pepe de lengua y literatura españolas, mejorando nuestra expresión (frente a la mayoría de *los chicos de Londres*, que, tristemente, no tuvieron esa oportunidad).

Pepe se empeñó en llevarme a una prueba teatral, aunque yo no tenía ningún interés. Estaba entonces el actor Emlyn Williams buscando un niño extranjero de unos once años y aunque yo tenía trece, por mi estatura encajaba en el papel. Se trataba de una obra de Lillian Hellman, *Watch on the Rhine*, de gran éxito.

Nos presentamos en la audición Pepe y yo y me hicieron algunas pruebas. En contra de mis esperanzas y como veía que la entrevista parecía marchar bien, cuando Emlyn Williams me preguntó si me gustaría participar en la obra mostré mi falta de entusiasmo (mientras Pepe me asesinaba con la mirada).

En el camino de vuelta Pepe, muy dolido, no dejaba de reñirme, pero yo me sentía contento, pues su actitud me garantizaba que había fracasado. Yo participaba con ilusión en nuestro pequeño grupo artístico porque a través de nuestras canciones, nuestras danzas y nuestras representaciones teatrales podíamos mostrar que éramos víctimas del fascismo, pero de ahí a actuar de forma profesional había un abismo.

Pepe fue a ver la obra y cuando, de vuelta a la colonia, me vio me dijo:

—¡Idiota...! El chaval que eligieron para actuar en la obra no te llegaba a ti a la suela de los zapatos.

El grupo artístico en su totalidad —los grupos de The Culvers, Barnet y el grupo adulto de exiliados políticos— alcanzó su punto cumbre a finales de 1941 con la participación en un acto internacional que se celebró en el Albert Hall, en ayuda del Ejército Rojo del mariscal Timochenko. Por aquel entonces los soviéticos tenían tanta popularidad que el acto es-



Momentos de ocio. Concentrándose en una partida de ajedrez.

tuvo presidido por el mismísimo ministro de Asuntos Exteriores, Anthony Eden. Además de nuestro grupo, participaban checos, austriacos, alemanes, franceses e ingleses.

Cuando nos llegó el turno, el presentador nos anunció:

—Ladies and gentlemen, ¡the antifascist Spanish Artistic Group!⁴⁴

¡Había llegado nuestro momento de gloria!

Pepe nos dio la señal y comenzamos a salir a las tablas de acuerdo a las instrucciones que nos habían martilleado en el cerebro durante los ensayos.

El efecto que causó nuestra salida en el público fue tan inesperado como increíble. Marchando de dos en dos, se habían presentado ante el innumerable gentío unos insignificantes niños. En cabeza, conduciendo al resto del grupo, iban los más pequeños en estatura, quienes medirían a duras penas un metro veinticinco. El público, acostumbrado aquel día a no ver más que adultos en escena, hizo que la sala se viniera abajo.

Marchamos hasta el centro del escenario y allí dimos media vuelta a la derecha, poniéndonos de cara al público; al mismo instante nos quedamos casi ciegos, nuestra vista sólo alcanzaba a ver las luces del límite frontal del escenario. Más allá, una penumbra brillante y grisácea (por las numerosas pantallas que nos enfocaban desde el fondo del auditorio) nos privaba, como si fuera una barrera impenetrable, de ver más lejos; pero podíamos apreciar los aplausos atronadores que invadían la gran sala de conciertos y nuestros tímpanos.

⁴⁴ «Damas y caballeros, ¡el Grupo Artístico Español antifascista!».

Cohibidos por el recibimiento, seguimos nuestro camino por el centro casi hasta el borde del escenario, guiados por Raimundo y Manolita, que eran los más pequeños. Los *espatadantzaris* de Barnet se quedaron detrás de nuestro grupo, mientras los miembros adultos se extendían, más atrás aún, hacia los costados; a un lado del escenario había un piano, donde se sentó la señorita Maricruz esperando paciente, aunque algo nerviosa, a que cesaran los aplausos. Nosotros, agradeciendo el recibimiento pero molestos a la vez por no saber qué hacer con nosotros mismos, esperábamos que el piano comenzara a sonar para librarnos de aquella situación que parecía no acabar. Empezó a disminuir el sonido de los aplausos. La señorita Maricruz quiso aprovechar el momento y atacó varias notas musicales, momento en el que otra oleada de aplausos comenzaba desde un lado, para nosotros invisible, del auditorio y contagiaba al resto del público, forzando a la señorita Maricruz a cesar la tonada, en espera de que acabasen los aplausos. Aún se repitió la escena un par de veces más y, después de esperar cinco minutos como siglos, por fin pudimos ofrecer nuestra aportación a la campaña de ayuda.

Comenzamos los críos de «Los Calvos» bailando la primera danza y al terminar se repitió el emocionante acogimiento. «Nuestras» chicas bailaron la *sagardantza*... más aplausos interminables.

Después nos separamos del grupo principal los cuatro que estaban delante y yo, con mi armónica. Bailaron y toqué una jota vasca... muchos aplausos. Bailaron y toqué una purrusalda... muchísimos aplausos. Se retiraron los cuatro pequeños, tomaron su puesto cuatro medianos y bailaron y toqué una jota castellana. El público, delirante, no quería que acabásemos. Inseguros, miramos suplicantes a Pepe: no sabíamos qué hacer. Él nos indicó por gestos que repitiéramos y así lo hicimos... muchos, muchos más aplausos.

Volvió a sonar el piano y los chavales de Barnet bailaron el conjunto completo de danzas que componen la *espatadantza*. Para entonces el público, extasiado, no daba fin a los aplausos. Terminaron los *espatadantzaris* y bailaron los adultos... ¡qué aplausos! ¡Y qué aplausos cuando el coro adulto, bajo la dirección del maestro Lazareno, concluyó la aportación que hacíamos el grupo artístico de los españoles antifascistas!

Habían recibido calurosamente a todos los grupos, mas la acogida que nos dieron al grupo español rebasó todos los límites, debido, indudablemente, a la aparición sobre el escenario de aquellos trágicos *niños vascos* que conducían, como si se tratase de pastores, a sus superiores.

Aquel día podríamos haber hecho lo que nos hubiera entrado en gana. Poco después de terminar, vi cómo la señorita Maricruz, con lágrimas en los ojos, le decía a Pepe:

—Parece mentira, estas pobres criaturas, que diariamente nos vuelven locos con sus diabluras, se han ganado hoy el respeto y la admiración de miles de personas.

Pepe, también emocionado, simplemente asintió con la cabeza. Nosotros, orgullosos, recibíamos los elogios de los adultos en el grupo. «Muy bien, chavales», nos decían con simpatía mientras nos palmoteaban los hombros.

* * *

Llegó el momento en que algunos de los chavales medianos nos fuimos uniendo a los mayores y comenzamos a trabajar. Yo entré en la carpintería en la que estaba Félix, donde se dedicaban a hacer cajas de munición. Dejé la escuela unos días antes de cumplir los catorce años.

Al principio me había sentido tentado de trabajar para poder disponer de mi propio dinero, pero pronto descubrí que era pesadísimo y monótono. El ruido del taller era insoporrible y quedaba medio sordo (aún varias horas después de terminar la jornada me silbaban los oídos). Además, el trabajo era agotador. Como no nos dejaban descansar más que diez minutos por la mañana y otros diez por la tarde (aparte de la hora de la comida), descubrí un truco: ir al cuarto de baño cada dos por tres. A la semana de abusar de esta técnica, el oficial debió de quejarse al capataz, porque me enviaron al departamento de armadores de los componentes. Allí me fue mejor, pero me harté de meter clavos.

Dos terceras partes de mi sueldo iban a la colonia, para colaborar en mi manutención. A pesar de estar trabajando, seguía atado a las reglas de la colonia, que ya en mi pubertad no aceptaba, y comenzó para mí un período de discordias y enfrentamientos.

Llevaba un año y medio trabajando cuando Pepe me extendió el último cable en mi niñez. Había entonces una beca (la Juan Luis Vives) que, si no entendí mal, daba el gobierno de la República y que siguió funcionando cuando estaba en el exilio. Pepe solicitó esta beca para cinco niños y una niña de la colonia.

Para que te concedieran la beca, había que pasar unos exámenes. Pepe, a pesar de que por aquella época había una cierta tirantez entre nosotros, me propuso dejar el trabajo para poder prepararlos. Como yo tenía casi dieciséis años le planteé el problema que se me presentaba.

—Mira, Pepe, no te lo tomes a mal, es sólo que ya sabes que necesito algo de dinero para gastar y si no trabajo...

—De eso no te preocupes. Si no podemos arreglarlo con el comité, yo mismo te daré la paga de mi bolsillo —me contestó.

Agradecí su gesto, pues estaba al tanto del poco dinero con el que Pepe contaba y sabía que iba a ser para él un esfuerzo.

—Joder, Pepe, pues gracias... Yo más bien pensaba si es posible que hiciera algunos trabajos en la colonia, además de los que me tocan, a cambio de un poco de dinero para gastar.

—Ya veremos, ya veremos... Lo importante ahora es que estudies. Piénsatelo unos días y luego me dices qué quieres estudiar.

Me fui contentísimo: ya se había pasado mi corto entusiasmo por el trabajo y ahora tenía la oportunidad de pasarme los dos años que duraba la beca estudiando. Yo quería estudiar música, pero Pepe me dijo que en dos años no se podía y que buscara otra cosa.

—Pues zoología.

—No digas tonterías —me contestó.

—Está bien, mecánico entonces —que era el único oficio que siempre me había atraído.

—¿Sabes tú el frío que se pasa en invierno de mecánico? Eso tampoco te va.

—Pues igual que Félix, ¡total va a ser lo que tú digas!

—No, lo que yo diga no, lo que tú quieras.

—Bueno, pues ebanista, como Félix.

Caireles (Jesús «Caireles» Martínez), Coque (José María «Coque» Martínez), Ramonchu y Gloria (Gloria Moreno) fueron al Instituto de Bellas Artes de Croydon, mientras que Félix y

yo ingresamos en el Shoreditch Technical Institute para estudiar ebanistería. Félix y yo nos trasladamos a High Wiccombe, una pequeña ciudad a la que se había evacuado esta escuela.

En High Wiccombe Félix y yo vivimos de patrona y allí cumplí los dieciséis años. El gobierno inglés por entonces, a pesar de la ayuda que el Estado fascista español daba a los alemanes e italianos, consideraba a España como neutral y mantenía relaciones diplomáticas con ella. Por eso no reconocía oficialmente el gobierno de la República en el exilio y las consecuencias las pagábamos los mayores de dieciséis años. A partir de esta edad, controlaban nuestros cambios de trabajo y domicilio y teníamos que informar si nos ausentábamos más de veinticuatro horas de nuestro domicilio oficial. No nos reconocieron como lo que éramos, refugiados políticos que luchábamos desde nuestros puestos por liberar a los pueblos de la barbarie nazi. (Entonces creíamos que, una vez vencido Hitler, le llegaría el turno a Franco.) A pesar, pues, de despertar simpatías, éramos denominados *enemy aliens* («extranjeros enemigos») por el solo hecho de ser españoles.

A las doce de la noche teníamos que estar en casa. Si te pescaban las autoridades después de esa hora, te echaban una reprimenda. Si se repetía, lo normal era que te hicieran ir a comisaría al día siguiente, donde te informaban sobre los horarios que había que cumplir, y ahí quedaba todo.

Más grave era viajar sin permiso. Como mínimo, te enviaban de vuelta al punto de partida, con lo que perdías el dinero del billete y por eso (aunque costaba poco) procuraba siempre que me iba de vacaciones tener el permiso y la documentación en orden.

A pesar de que los bombardeos continuaban, el Shoreditch Technical Institute fue trasladado de nuevo a Londres y Félix y yo regresamos a la colonia de The Culvers.

Todos los días íbamos a Shoreditch, a dos kilómetros de Hackney, donde vivía Josechu. Esto me permitía visitarle a menudo, después de acabar las clases del instituto, lo que a Pepe no le hacía ninguna gracia, pues llegaba a la colonia a las tantas de la noche y normalmente no le avisaba antes.

Me faltaban unos meses para cumplir los diecisiete y yo creía que todo el mundo era mío. Pepe creía todo lo contrario y la tirantez que ya existía de antes se convirtió en discordia, hasta que llegó a un punto intolerable. Pepe no comprendía que yo ya no era un niño y pretendía seguir modelando mi carácter a su capricho. No comprendía que yo tenía derecho a aceptar o rehusar sus consejos, aunque me equivocase. Después de todo, era de él precisamente de quien había aprendido que la libertad del individuo es sagrada. El caso es que, unas veces por querer él imponer su experiencia sobre mí, otras porque yo tampoco era un santo, terminábamos siempre chocando.

Pepe era una excelente persona, pero muy posesivo. Gozaba con la veneración que los chiquillos sentíamos por él. Pero transcurrido el tiempo, esa veneración de niño debería haberse convertido en amistad de igual a igual y no en adoración, como Pepe pretendía. Yo entonces necesitaba ser convencido, no derrotado.

Tampoco me agradaban de él otros aspectos. Pepe tenía un cierto sentido irreal y utópico que causó algunos problemas. Por ejemplo, había creado una sociedad estilo «socialismo democrático», con aparente (sólo aparente) igualdad absoluta para todos. Se elegía periódicamente un «gobierno» representativo de todas las edades donde se discutían los problemas

que surgían. Yo también formé parte de uno de esos «gobiernos», pero, al ver que cualquier opinión que no fuera la de Pepe al momento se descartaba, me negué a seguir participando.

Pepe también organizó un «Palacio de Justicia», con su fiscal, abogado, juez y jurado, donde se juzgaba a los malhechores. Yo creo que con este sistema se cometieron verdaderas injusticias, no porque no tuviera la culpa el juzgado en la mayoría de los casos, sino porque el procesado salía del juicio brutalmente humillado.

Recuerdo, por ejemplo, que un chaval de casi catorce años recién llegado a «Los Calvos» fue acusado de robo. En vez de ser castigado por los adultos de la colonia, el pobre chava fue sometido a un juicio por los niños y humillado sin piedad. En vez de ayudarlo a enmendarse, le dejaron como un trapo. Lo peor era que Pepe no parecía ver lo negativo de aquellos juicios y éstos siguieron celebrándose.

Como ya he dicho, mis relaciones con Pepe se habían ido deteriorando. Finalmente, en parte por mi culpa, se celebró otro juicio en el que yo era el acusado. Yo me negué a asistir y me sancionaron expulsándome de la colonia. Para colmo, mi hermano Ramonchu tuvo que estar presente en el juicio y tomar parte en la decisión. Nunca le pregunté qué había pasado en el juicio ni qué había votado él. Después del juicio Pepe me dijo como si tal cosa:

—Se ha decidido en el comité expulsarte de la colonia.

—¡Di que tú lo has decidido! —le contesté con soberbia y me di media vuelta.

—Tienes dos semanas... —continuó diciéndome.

—¡Mejor! —contesté con desprecio y me fui dando un portazo.

Al día siguiente, después de clase, me fui a Hackney y hablé con Josechu. Él habló con *miss Perrin*, su patrona, quien aceptó que me instalara allí. Un día después, cogí mis cosas y me dispuse a abandonar la colonia. Mi terquedad no me había permitido decir a Ramonchu a dónde iba y él, alarmado, avisó a Pepe. Pepe, acompañado de Ramonchu y Pepito y verdaderamente preocupado por mi inminente partida, me alcanzó ya camino de la estación.

—Pero ¿a dónde vas, Luisito?

—A ti no te concierne —le contesté y seguí andando.

En ese momento me acompañaba Pepito, algo asustado. Ramonchu, destrozado, venía detrás llorando. Yo, olvidando su participación en la decisión de expulsarme, me ablandé y le dije:

—No te apures, Ramonchu. Voy donde Josechu, ya está todo arreglado. En cuanto pueda haré todo lo que sea para que tú también vengas.

Capítulo 12

EL FINAL DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Durante un tiempo mi vida transcurría entre el instituto, la nueva casa y mis visitas al cine. Josechu y sus amigos se movían en un pequeño grupo, aislados del resto de los *niños vascos*, que era como nos llamaban, y aún hoy nos siguen llamando así. Yo iba con ellos a veces, pero la diferencia de edad era muy marcada y me aburría. Además, sus costumbres me parecían demasiado «inglesas», tanto que algunos comenzaban ya a intentar conseguir la nacionalidad británica, aunque las posibilidades por aquel entonces eran prácticamente nulas. Solamente nos juntábamos todos los niños vascos en las fiestas que de tarde en tarde se organizaban en el Hogar Español en nuestro honor o en las reuniones anuales que organizaba el Basque Children's Committee todos los 23 de mayo para recordar el perteneciente a 1937, día de nuestra llegada a Inglaterra. Yo añoraba a mis amigos de «Los Calvos». A Ramonchu lo veía muy de vez en cuando y sólo el contacto diario con Félix en el instituto mantenía en mí viva la identidad nacional.

El Hogar Español (en 22, Inverness Terrace, Bayswater) fue arrendado con fondos de la República y en él tenían su sede diversos partidos políticos, desde donde proyectaban sus luchas contra el régimen franquista. Había varios salones y una cantina y allí los españoles en el exilio se reunían, charlaban, merendaban u organizaban actos y funciones. Era un rincón alegre, libre, donde no alcanzaba la tiranía fascista.

Félix, cuando yo aún estaba en la colonia, acudía casi todos los fines de semana y tomaba parte activa en las reuniones, actos políticos y culturales. Militaba en las filas de la JSU, donde pronto demostró su capacidad política. Era, como muchos entonces, un firme prosoviético.

En el instituto, Félix se esforzaba para convencerme de que tomara parte en los actos políticos que organizaban. También me pedía que tocara para el grupo de danzas cuando había alguna actuación. Yo me hacía de rogar, pero al final acabé acudiendo de vez en cuando al Hogar Español. Acabó convenciéndome también de que entrara en el coro, que seguía dirigiendo el maestro Lazareno, y en el que la mayoría éramos niños vascos, porque los mayores se habían ido retirando. Acabé ensayando tres o cuatro veces por semana y no por hacerle un favor a Félix como antes, sino porque lo asumía como un deber mío, fruto de un nuevo ímpetu político.

El grupo de teatro seguía dirigido por Pepe. Yo, cuando me lo encontraba, ni siquiera le saludaba. Félix, a pesar de ello, me propuso que tomara parte en el grupo de teatro. Aun-

que yo me negué en un principio, él insistía en que era importante políticamente, que había que dejar de lado las diferencias personales, etc. Al final le dije que lo haría si me lo pedía el mismo Pepe en persona y a los pocos días me encontré con él.

—Luisito, quisiera hablar contigo, ¿te importa?

—No veo que tengamos nada que decirnos —le contesté con brusquedad.

—Luisito, tú sabes que yo siempre te he tenido aprecio —me dijo a la vez que hacía un ademán de tristeza.

Quise cortarle, pero al ver su rostro entristecido comprendí que lo decía honestamente y que se encontraba en una situación muy difícil y yo, a pesar de todo, también le apreciaba. Me mantuve pues en silencio, dejándole que hablara.

—Siento mucho lo que pasó y quisiera que fuésemos amigos de nuevo...

—No sé —contesté titubeando—, me dolió mucho lo que ocurrió.

—A mí también, aunque tú no lo creyeras entonces. Pero no olvides que tú no eras un santo, creabas muchos problemas y al final pasó lo que pasó, y yo lo sentí mucho personalmente. Además, la colonia ya no te iba, ¿verdad?

—Pues no, en eso tienes razón...

—Y por lo que he visto no te ha causado ningún mal asumir responsabilidades de adulto.

—Así lo pienso yo...

—¿Amigos entonces? —preguntó alargando la mano.

—Amigos —contesté estrechando su mano tendida.

—Mira Luis —era la primera vez que no me llamaba con el diminutivo—, te invito a un café en la cantina, que quiero proponerte una cosa.

—Ya sé, Félix me ha dicho algo del tema.



Manifestación antifranquista en Trafalgar Square, de J.S.U. y refugiados.

Desde aquel momento me trataría como a un igual. Reímos juntos y la atmósfera se relajó, como si nada hubiera ocurrido. De nuevo éramos amigos de verdad. Me propuso actuar en la obra que estaban montando (*La zapatera prodigiosa*, de Federico García Lorca) y acepté inmediatamente. Haría un papel corto y Ramonchu hacía el papel principal. Así, pues, recuperé la amistad con Pepe, que sólo se había cortado temporalmente.

Poco después Félix me propuso ingresar en la JSU y yo acepté. En realidad ya llevaba tiempo trabajando en la JSU, sólo me faltaba el carnet. Comenzó entonces en serio mi vida política. Funciones, conciertos, mítines, actos político-culturales, protestas ante la embajada española, bailes, excursiones al campo o a la playa para atraer a otros niños vascos a las filas de la organización, reuniones de célula y de dirección o con otros grupos políticos (compatriotas e ingleses), difusión y venta de la revista *Juventud*, colectas, rifas, etc., ocupaban todo mi tiempo.

Nuestro trabajo se basaba en tres puntos: preparación política, fortalecimiento de la Juventudes Socialistas Unificadas (JSU) y llevar la lucha al campo enemigo. Llegamos a contar con unos cincuenta miembros (alrededor del 25 por 100 veníamos de los niños vascos evacuados a Inglaterra al principio de la guerra), que no era una cifra baja.

La única recompensa que recibí por mi trabajo fue el saber con orgullo que aportaba mi grano de arena para posibilitar nuestra vuelta a una patria liberada de un régimen retrógrado e inhumano. Si no fue así, no se debió a la falta de esfuerzo por nuestra parte.

La guerra había comenzado a girar en favor de los aliados. Los nazis habían sido expulsados de África y luchaban en Italia a la defensiva. La batalla de Stalingrado hacía tiempo que había pasado a la historia y el Ejército Rojo avanzaba a marchas forzadas sobre Berlín. Las incursiones de aviones sobre cielo inglés habían terminado y ya sólo se veían volar numerosísimas formaciones de B-29 norteamericanos. Sin embargo, un presentimiento de catástrofe torturaba nuestra mente. Hacía mucho tiempo que no caía una bomba sobre territorio británico, pero Hitler aún amenazaba con un arma secreta.

A principios de 1944 cayeron las primeras bombas volantes (V1) sobre el sur de Inglaterra. El pueblo inglés dio a este tipo de bomba el apodo de *doodle bug*, «pulga estúpida». Hitler pretendía que las bombas, programadas para caer sobre Londres, crearan tal pánico en la población que obligara al gobierno inglés a negociar un armisticio. No contaba con el valor del pueblo inglés. Poco a poco se mejoraron los sistemas de defensa y numerosos V1 eran destruidos en vuelo, antes de llegar a su objetivo. Aun así, centenares de bombas volantes explotaron en Londres, causando muchas muertes. Por fortuna, cuando se inició el segundo frente, con el asalto al continente, los aliados consiguieron poner fuera de combate a la mayoría de las lanzaderas de estas bombas. Hitler lanzó entonces su segunda arma secreta, el V2, para el que no había defensa posible. Este cohete teledirigido despegaba verticalmente, subía a la estratosfera y, cuando llegaba sobre el objetivo, bajaba también verticalmente, aumentando su velocidad a medida que se acercaba al suelo. El primer V2 cayó sobre Londres al tiempo que los V1 daban sus últimos coletazos, a finales de 1944. Los ataques con V2 duraron hasta pocos meses antes de acabar la guerra.



Manifestación antifranquista en Trafalgar Square. Enrique Lister rodeado de jóvenes vascos (JSU) y soldados republicanos.

En Sidworth Street, donde vivía con Josechu, José Luis Gutiérrez, Amador Díaz y la patrona, miss Perrin, cayó uno de estos cohetes. El impacto se produjo sobre una fábrica de zapatos, que quedó absolutamente destrozada. Una iglesia construida con piedra que había a la entrada de la calle protegió con su mole al resto de las casas y sólo murió una chiquilla de catorce años. Nosotros dormíamos (eran las tres de la mañana) y cuando se disipó el espeso polvo que la bomba había levantado vimos, incrédulos, que había desaparecido el tejado de la casa.

Aún amenazaba Hitler con una tercera arma secreta, aludiendo a la bomba atómica, pero llegó al fin el día en que Londres se vio libre de todo bombardeo. Por fin, en mayo de 1945 acababa la guerra en Europa.

En todas las ciudades europeas se celebró la victoria. En Londres comenzaba una nueva época, ya no habría más bombas. Las calles se alumbraban de noche, algo que no veíamos desde hacía más de cinco años, nos habíamos acostumbrado a vivir en la oscuridad y ahora, de pronto, todo era luz.

Pero para los refugiados políticos españoles aquellos tiempos de triunfo y paz no tenían el mismo significado que para nuestros compañeros europeos. Mientras el resto de Europa recobraba la libertad, los españoles de la República seguíamos en el exilio y nuestra patria con-

tinuaba amordazada por uno de los últimos bastiones del fascismo. Pensábamos que si la guerra mundial había comenzado en España no acabaría más que con la derrota del régimen franquista y la restauración de la República.

* * *

A finales de 1945 o principios de 1946, una delegación de dirigentes republicanos (Ignacio Gallego, Federico Melchor y, si mal no recuerdo, Santiago Carrillo y Fernando Claudín, acompañados de cinco o seis jefes guerrilleros) visitó Londres. Allí quedaron asombrados con la actuación del grupo artístico que manteníamos (en aquel momento, ya casi la totalidad del grupo la constituíamos los *niños vascos*) y con las posibilidades propagandísticas que éste poseía. Ángel Balanzategui había sustituido al maestro Lazareno (por razones de salud) en la dirección del coro, que interpretó canciones regionales y de la República. Terminado el acto, nos invitaron al grupo artístico en su totalidad a participar en diversos actos propagandísticos que se iban a realizar en Francia en octubre de 1946. Así pues, con pasaportes de Naciones Unidas y por primera vez desde que llegáramos en mayo de 1937, abandonábamos Inglaterra.

El primer destino fue París, luego Burdeos, Tolosa, Perpiñán, Marsella, Lyon, Orleans y de vuelta a París. Nuestras actuaciones fueron presenciadas por miles de españoles, refugiados políticos. A raíz de estas actuaciones, surgieron numerosos grupos artísticos por toda



Primera visita del grupo artístico de Londres a Francia con Dolores Ibárruri, Santiago Carrillo, José Struch «Pepe».

Francia. El folclore y la cultura españoles no estaban muertos. Si al otro lado de los Pirineos la cultura había quedado presa y amordazada, las obras de Lorca, de Miguel Hernández, de Alberti, el folclore vascongado, las canciones de la guerra, los cantos y bailes regionales de España y la literatura más progresista de la península seguían en pie enarbolando la bandera de la República, de la democracia y la libertad.

Antes de salir de París, nos entrevistamos con el entonces presidente del gobierno en el exilio de la República, doctor Giral, y otros dignatarios, quienes nos dieron la enhorabuena por nuestra actividad antifascista. Era grato, aunque no fuera necesario, ver reconocido nuestro esfuerzo por aquellas personalidades.

Desde Francia fuimos a Checoslovaquia, invitados por la federación de juventudes checas. Durante el viaje en tren se podían observar las funestas consecuencias de la guerra. Ciudad tras ciudad, aldea tras aldea, completamente devastadas. Los escombros se amontonaban por doquier, mudos testigos de la furia destructiva del género humano. En Praga, abundaban en las aceras los ramos de flores en recuerdo de los compatriotas caídos en la lucha por la liberación de la ciudad.

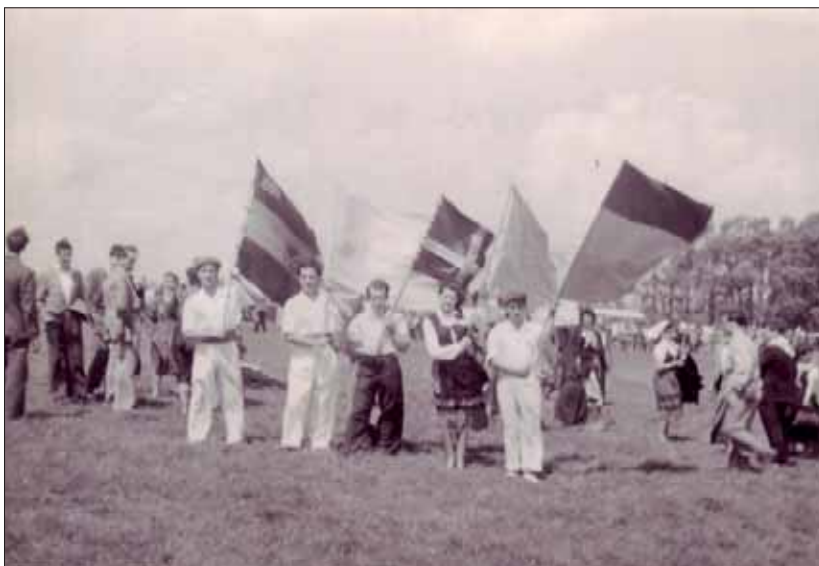
En Checoslovaquia, Libuse Prokopova, una mujer de veintinueve o treinta años, fue nuestra intérprete. Bastaba con que nos presentaran como jóvenes españoles antifranquistas para que los checos se desbordaran en manifestaciones de cariño hacia nosotros. Hicimos conciertos en Praga, Slin, Brno, Kladno, Bratislava y otras ciudades cuyos nombres he olvidado. Volvimos a entrevistarnos con Dolores Ibarruri (ya lo habíamos hecho en Francia) y fuimos huéspedes de honor del gobierno checo. También participamos en un «domingo rojo», haciendo una jornada voluntaria en la mina de carbón de Kladno.

Volvimos a Londres casi dos meses después de nuestra partida, donde reanudamos nuestras actividades político-culturales. Aparte de nuestra propaganda antifranquista, participábamos en actos y protestas de carácter internacionalista, como la campaña para conseguir la libertad de Toni Ambatielos (patriota griego encarcelado por el régimen fascista de ese país) o la lucha demandando la libertad de Jomo Kenyatta, encarcelado por los ingleses, que tenían intereses en Kenya.

Participamos también en los festivales organizados por la Federación Mundial de la Juventud Democrática en Praga, Budapest, Bucarest y Berlín. En esta última ciudad recuerdo con cariño que Pablo Neruda (quien nos recitó algunos poemas) me pidió que tocara a la armónica *Adiós Granada*.

Así seguimos luchando muchos de *los niños vascos* dentro de la JSU hasta mediados los años cincuenta, en que la JSU se disolvió y pasamos a otras organizaciones de carácter adulto, donde continuamos nuestra lucha para acabar con el régimen de Franco y, más tarde, por la reconciliación nacional.

Mucho más tarde, el asesinato (a pesar de las protestas internacionales, en las cuales participábamos) de Julián Grimau conmovió al mundo (Fraga, ministro entonces de Información y Turismo, negándose a acceder a las peticiones de clemencia, diría entonces irónicamente: «¿Quién es ese caballerete?»). Más tarde vendría el proceso de Burgos, las torturas de tantos jóvenes (como Eva Forest), los asesinatos de Txiki y Otaegui, José Baena, Ramón García Sanz y José Luis Sánchez Bravo a finales de septiembre de 1975, cometidos por aquella fiera ya moribunda que era el régimen franquista.



Festival de jóvenes. Sheffield. 1948.



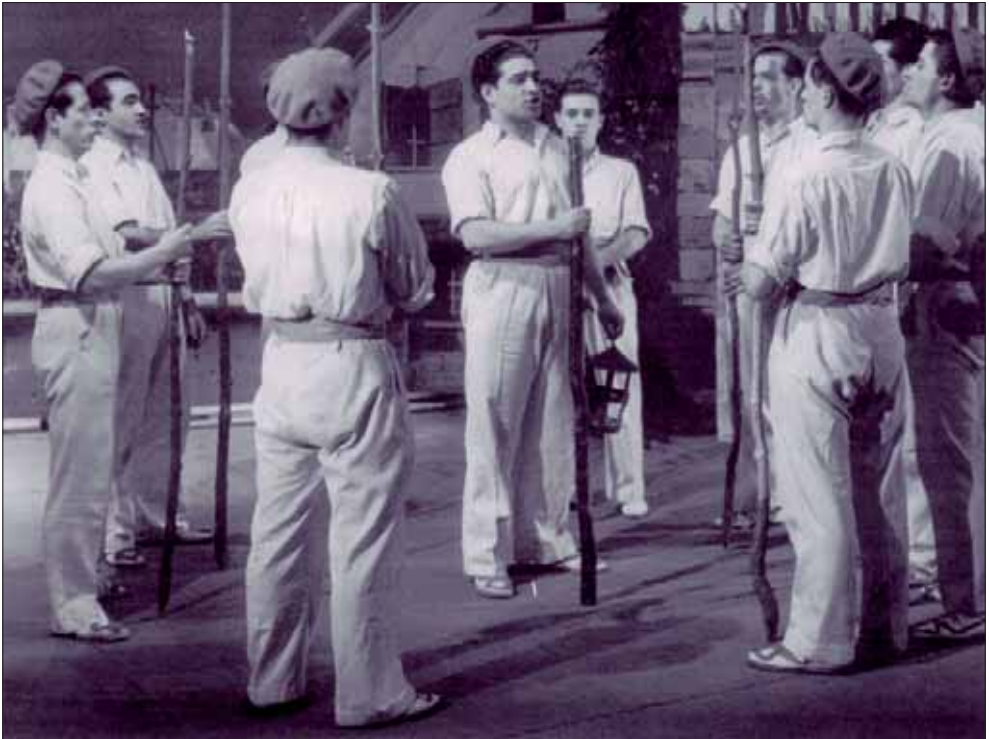
Festival de las Juventudes Democráticas. Praga.



Gira de la VSU a Twickenhan. Año 1950. Luis a la derecha sentado.



Santamaría, Alcón y Sitores en un descanso. (Grupo artístico en la BBC. Años 50.)



Grupo artístico en la BBC. Años 50.

Habíamos llegado a Inglaterra como *Basque children* o *Basque refugees*; iniciada la Segunda Guerra Mundial, cuando alcanzábamos los dieciséis años nos convertimos en *enemy aliens*, y después de la guerra fuimos *stateless persons* («personas sin país») residentes en el Reino Unido —ciudadanos de las Naciones Unidas con pasaportes y salvoconductos expedidos por esta organización (obviamente inservibles en la España franquista) que sólo nos permitían desplazarnos y volver al país de residencia—. La posición nos parecía insoportable. Vivíamos España, luchábamos por España, añorábamos el triunfo de la democracia. Ya en la década de los sesenta, iniciamos una campaña consistente en una petición masiva en los consulados franquistas de que se nos reconociera a los exiliados políticos la ciudadanía española. No nos la negaron, pero nos pusieron una gran cantidad de impedimentos. Muchos de *los niños vascos*, cansados de la burocracia, prefirieron adoptar la nacionalidad británica, lo cual tampoco era fácil si tenías antecedentes de ideología progresista. Los que insistimos contra viento y marea en recuperar nuestra nacionalidad española al final lo conseguimos.

Tengo constancia de que a los que nos manifestábamos delante de la embajada española nos fotografiaban agentes franquistas para ficharnos. Por ejemplo, doña Inés Zamarréno, bilbaína del barrio de Recalde —que más tarde sería mi suegra—, nos contó a su hija y a mí (en una visita que nos hizo a Londres) lo siguiente:

—Tocaron a la puerta dos señores que querían hablar conmigo. Les hice pasar y me enseñaron unas fotos donde aparecía un grupo de jóvenes. «¿Es ésta su hija?», me preguntaron. ¡Qué iba a pensar yo que eran policías...! Llena de alegría al verte a ti en la foto, Florita, les dije que sí y les agradecí su amabilidad por haberse tomado la molestia de traérmela desde Londres. Les pregunté entonces que qué tal estabas. Ellos no se esperaban aquella reacción. «Bueno, señora, déjese de flautas. Somos detectives», dijo uno de ellos de mal humor. Yo me quedé con la boca abierta y empecé a figurarme lo peor. «¿Usted no sabe que su hija es comunista?». «Pero ¿qué están diciendo ustedes? ¡Qué barbaridad! Mi chica siempre ha sido buena hija. Nunca me ha dado disgustos, y ahora vienen ustedes aquí con ésas. Mi hija comunista, ¡qué disparate!», les contesté yo. Los dos tipos se miraron desconcertados. Debieron de creer en mi franqueza, porque la verdad es que yo pensaba que tú no te habías mezclado en políticas y no tenía por qué imaginar lo contrario. Antes de marcharse me dijeron: «Pues mire usted, señora, esta foto fue sacada en un baile organizado por comunistas. Si su hija no sabía dónde se había metido, dígaselo para que no vuelva a suceder». Se metieron la foto que yo tanto quería en el bolsillo y, sin dármela, se largaron.

En efecto, la foto fue tomada por un agente franquista disfrazado de fotógrafo profesional que más tarde sería descubierto en uno de los bailes organizados por la JSU.

Florita trabajaba entonces de doncella. En las pocas horas libres que le permitían, se enteró del baile organizado por españoles. Recién llegada a Inglaterra y plena de juventud, añoraba la compañía de compatriotas y acudió al baile, donde los jóvenes la acogimos calurosamente. Después de varias visitas al baile, la invitamos a *Sixapa* —como llamábamos cariñosamente a la dirección donde vivíamos un grupo de amigos, 6 (*six*), Upper Addison Gardens—, donde la conocí más a fondo y me quedé prendado de ella. Después de un cortísimo noviazgo nos casamos, pero hasta ese momento mi esposa sólo había expresado sus críticas contra el régimen de Franco a nivel privado.

En el pasaporte de mi esposa figuraba que su estado civil era soltera. Florita proyectó un viaje a Bilbao con nuestros tres hijos (Luis Ángel, Mirella y Belinda) y decidimos acudir a la embajada a corregir el error de su pasaporte. En la embajada nos dijeron que nuestro certificado de matrimonio no se ajustaba a la ley nupcial española y que, por lo tanto, mi esposa estaba soltera (y yo, inexplicablemente, según mi pasaporte español, casado). La razón era, claro, que nuestro matrimonio había sido por lo civil, sin pasar por la vicaría. Florita viajó en esta ocasión con el pasaporte de soltera, acompañada de nuestros tres hijos, y pasó más de un año antes de que fuera reconocida como casada (cuando esto ocurrió, nuestros hijos tenían ya entre cuatro, la menor, y ocho años, el mayor).

En mayo de 1974 trabajaba yo en una empresa de montaje de ferias de muestras. Yo, que trabajaba como capataz, solía ocuparme del montaje de las ferias dentro de Inglaterra y un compañero inglés de las que tenían lugar fuera. Coincidieron entonces dos ferias: una en Varsovia y la otra en Düsseldorf y se decidió que yo iría a la ciudad alemana (pues en mi pasaporte aún figuraba aquello de «válido para todos los países excepto Rusia y sus países satélites»).

Me había caducado el pasaporte, por lo que había que ir a renovarlo en el consulado. Fue mi esposa Florita acompañada de mi hija Mirella. Una vez allí, la funcionaria les dio un formulario para rellenar de carácter ideológico que, entre otras cosas, preguntaba si yo era creyente. Mi esposa se negó con firmeza a rellenarlo y, como le dijeran que era necesario para obtener el pasaporte, pidió una entrevista con el cónsul. Después de hacerle esperar un buen rato, éste la recibió. Florita amenazó con denunciar el caso a la prensa inglesa y el cónsul, a su vez, la amenazó con detenerla si ponía los pies en España y las echó del consulado. Al día siguiente le conté a mi patrón, el señor Harris, que no me concedían el pasaporte. Éste llamó al consulado y les puso verdes. A media mañana me llamaban por teléfono desde el consulado y me decían que rellenar el dichoso cuestionario era opcional, que no estaba obligado a ello. Pero me ponían otro impedimento: tenía que presentar un certificado del Home Office que demostrara que yo no tenía la nacionalidad británica. En el Home Office se enfadaron bastante cuando mi mujer les pidió tal certificado, pues no era necesario según ellos, pero se lo dieron y al final conseguí mi pasaporte. El entonces cónsul general de España era el señor Fernando Morán López, quien luego sería nada menos que ministro de Asuntos Exteriores con el gobierno socialista y, posteriormente, embajador de España en la ONU.

Con la muerte de Franco acabaría un período que para España fue de los más negros de su historia. Unos pocos recordarán con nostalgia al dictador, pero la inmensa mayoría nos preguntamos con incredulidad cómo fue posible que durara tanto años este régimen despótico. El ultraje cometido contra la democracia por unos cuantos militares, políticos y jerarcas eclesiásticos no nos hará olvidar que también hubo militares, políticos y religiosos que defendieron la voluntad mayoritaria del pueblo español al lado de la República. No olvidaremos los muertos durante la contienda y en los siguientes cuarenta años de «paz», cerca de dos millones —muchos más que las bajas que sufrió, por ejemplo, el pueblo inglés durante la Segunda Guerra Mundial—. No podemos olvidar los bombardeos brutales de Gernika, Madrid, Durango, Barcelona, Belchite, etc., ni la huida en los puertos de Alicante, Gijón, Gandía, ni los campos de concentración en Francia y África. Recordamos con cariño a Lorca, Machado, Miguel Hernández, Rafael Alberti, Picasso, a Lina Odena, a Gayoso, Grimau, Txiqui y Otaegui, a Garmendia y a los centenares de héroes vilmente asesinados por luchar por la libertad. *Los niños vascos* no olvidamos la evacuación forzada de nuestra patria, no olvidamos que fuimos arrancados de los brazos de nuestros padres, privados de su protección y cariño, alejados de nuestro Bilbao, de nuestras amistades, de nuestro Pagasarri, de nuestro Nervión, de nuestras playas y escuelas.

En contra de la opinión generalizada de que hay que olvidar nuestra guerra civil, yo creo que es necesario tenerla presente, para que nunca se vuelvan a repetir hechos tan trágicos como aquel y la larga dictadura que padeció el pueblo español.

De los cuatro mil niños y niñas que fuimos evacuados, después de las repatriaciones de 1940, quedamos cuatrocientos cincuenta, quizá más, en Inglaterra. Nos hicimos adultos lejos de nuestra patria y recibimos todo tipo de humillaciones.

Los Santamaría éramos cinco hermanos: Josechu, Luis (que soy yo), Ramonchu y las dos mellizas, Esther y Lolita. Esther falleció a los treinta y cinco años en Londres, dejando un hijo huérfano, el 9 de marzo de 1967. Josechu falleció a los cincuenta y ocho años, también en Londres, dejando cuatro hijos, el 22 de agosto de 1983. Entre los cinco hermanos, hemos tenido diez hijos, ninguno de los cuales ha nacido en la que es, por derecho, nuestra tierra. Yo no volví a España, de visita, hasta la muerte de Franco, exactamente en julio de 1977. Dejamos a nuestros padres cuando éstos aún eran jóvenes y cuando los volvimos a ver ya eran ancianos (los míos murieron en 1979 y 1984).

Muchos de *los niños vascos* murieron en el exilio: José Santamaría, Fernando Butrón, Candelas, Daniel de la Fuente, Rafael Arana, Carmen Maíz, la señorita Amparo, Encarna y muchos otros. Muchos de nosotros han echado profundas raíces en Inglaterra. Los que deseamos volver a España nos enfrentamos a un problema: nuestros hijos, a pesar de su sangre española, han vivido siempre en Inglaterra, son ingleses y eso significaría separarnos de ellos.

Otro problema es el de nuestra identidad. En Inglaterra somos extranjeros, a pesar de todo el tiempo que llevamos viviendo aquí, pero cuando volvemos a nuestra tierra nos convertimos en «ingleses».

No, nosotros no podemos olvidar todo el daño que nos hicieron la guerra y la larga dictadura que la siguió.

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a la periodista Lala Isla su contribución a este libro, con su acertado prólogo. A Bernardo Fernández, Consejero de Trabajo y Asuntos Sociales en el Reino Unido, su empeño en publicar este texto y a José Julio Rodríguez, de la Dirección General de Emigración, su dedicación y entusiasmo para rescatar del olvido esta parcela de mi memoria.

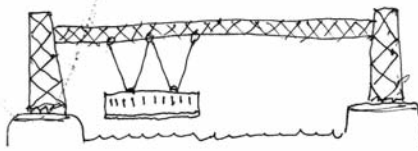
L.S.

DEDICATORIA

No podría dar por terminado mi trabajo sin hacer mención al apoyo que he recibido de mi esposa Florita para sacarlo adelante. Lo dedico a mis tres preciosos nietos Adam, Eva, Saioa y Quique. Lo dedico a mis hijos Luis Ángel, Mirella y Belinda. Lo dedico póstumo a Josechu, que falleció en Londres el 22 de agosto de 1983, y a mi hermana Esther, que falleció en Londres el 9 de marzo de 1967. Lo dedico a todos los niños que se lanzaron a la «aventura» por diversos países europeos en 1937. Por último, lo dedico a todos los niños de todos los tiempos, por ser las primeras víctimas de ambiciosos adultos en este maldito mundo.

¡AGUR EUSKADI!

HASTA NUNCA



LUIS SANTAMARÍA

Para huir de la guerra, los tres hermanos Santamaría, Josechu, Luis y Ramonchu, de 12, 10 y 9 años, subieron a la cubierta del buque Habana el 21 de mayo de 1937 con destino a Inglaterra. En Bilbao quedaban sus padres y dos hermanas mellizas más pequeñas.

Al despedirlos en el muelle de Santurce les aseguraban que «en tres meses estaréis de vuelta porque habremos ganado la guerra», pero de los 4.000 niños que salieron de Euskadi ninguno pisó su tierra a los tres meses de dejarla. Las repatriaciones comenzaron a finales del 1937 y siguieron a lo largo de 1938 y 1939 y durante la primera fase de la Segunda Guerra Mundial. Entre los 400 niños y niñas que no volvieron estaban los hermanos Santamaría. Luis regresó en 1976 a los cincuenta años: «Dejé a mis padres jóvenes y los volví a ver de nuevo siendo ya ancianos».

Agur Euskadi, hasta nunca rescata del olvido, con el mismo lenguaje infantil que usaron sus protagonistas, las vivencias de Luis, sus hermanos y amigos, en los campos y colonias británicas que acogieron la adolescencia de ese puñado de niños víctimas del éxodo provocado por la Guerra Civil Española.

Para el Ministerio de Trabajo e Inmigración publicar este testimonio, estremecedor al tiempo que vitalista, es un orgullo además de un deber, en cuanto modesto reconocimiento literario al dolor padecido por los niños y niñas que, de múltiples maneras, sufrieron las consecuencias de la Guerra Civil Española.

